

ANYTA  
SUNDAY

GÉMINIS SE  
QUEDA CON  
CAPRICORNIO

# GÉMINIS SE QUEDA CON CAPRICORNIO

Signos de amor #3

---

ANYTA SUNDAY

Traducido por  
VIRGINIA CAVANILLAS

# Índice

<a href="#"><u>Café 1</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 1</u></a>
<a href="#"><u>Café 2</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 2</u></a>
<a href="#"><u>Café 3</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 3</u></a>
<a href="#"><u>Café 4</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 4</u></a>
<a href="#"><u>Café 5</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 5</u></a>
<a href="#"><u>Café 6</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 6</u></a>
<a href="#"><u>Café 7</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 7</u></a>
<a href="#"><u>Café 8</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 8</u></a>
<a href="#"><u>Café 9</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 9</u></a>
<a href="#"><u>Café 10</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 10</u></a>
<a href="#"><u>Café 11</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 11</u></a>
<a href="#"><u>Café 12</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 12</u></a>
<a href="#"><u>Café 13</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 13</u></a>
<a href="#"><u>Café 14</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 14</u></a>
<a href="#"><u>Café 15</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 15</u></a>
<a href="#"><u>Café 16</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 16</u></a>
<a href="#"><u>Café 17</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 17</u></a>
<a href="#"><u>Café 18</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 18</u></a>
<a href="#"><u>Café 19</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 19</u></a>
<a href="#"><u>Café 20</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 20</u></a>
<a href="#"><u>Café 21</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 21</u></a>

[Café 22](#)

[Capítulo 22](#)

[Café 23](#)

[Epílogo](#)

[Disponible en español: Nota que estoy aquí](#)

[Disponible en español: Ángel caído](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Primera publicación en 2017 por Anyta Sunday,  
Contacto: Bürogemeinschaft ATP24, Am Treptower Park 24, 12435 Berlín, Alemania.

Una publicación de Anyta Sunday  
<http://www.anytasunday.es>

Copyright 2019 Anyta Sunday

Traducción: Virginia Cavanillas  
Corrección: Pilar Medrano

Diseño de portada: Natasha Snow  
Dibujos de géminis y capricornio: Maria Gandolfo (Renflowergrapx)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida sin previo permiso del propietario del *copyright* de este libro.

Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con otras personas, vivas o muertas, es una mera coincidencia.

Advertencia: este libro contiene escenas de sexo explícito y un protagonista que lleva lo de no enterarse de nada a otro nivel.



*Para Morry,  
mi precioso gatito géminis.  
No tenía ni idea de que esta sería tu última historia.*



**Mi corazón *latte* desbocado.**

## Capítulo Uno

---

Un enorme gemido resonó por toda la habitación.

Y ojalá se debiera a un ardiente encuentro sexual. Desde luego, a Wesley Hidaka le hubiera encantado que así fuera. Pero nada más lejos de la realidad: el gemido que había soltado poco tenía que ver con orgasmos y mucho con la aburridísima página trescientos treinta y cinco del interminable manual de *Historia del Derecho Civil*.

Además, era difícil concentrarse cuando podía oír las risas y murmullos procedentes del pasillo. Las voces de sus compañeros de residencia se filtraban a través de la puerta de su dormitorio revelando que, mientras él estudiaba, los demás residentes se disponían a salir. Seguro que se dirigían a Glitter o a Dash, las discotecas del centro a las que solían ir, armados con sus carnés falsos y sus ganas de bailar. Que es lo que le gustaría hacer a él. Recoger a Suzy en su cuarto y unirse al resto en la pista de baile.

Pero no podía, así que empezó a darse cabezazos contra la mesa y soltó un par de gemidos de frustración más.

Y entre quejido y quejido, oyó cómo alguien tiraba de la cadena en el baño contiguo a su habitación.

Cinco minutos después el agua seguía sonando.

Página trescientos treinta y seis.

Segundo párrafo de la página trescientos treinta y seis.

Cuarto párrafo de la página trescientos treinta y seis.

Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó una caja de galletas caseras que había hecho hacía un par de días. El quinto párrafo se llenó de migas, haciendo que las letras parecieran nadar entre pepitas de chocolate.

Incapaz de concentrarse en nada que no fuera el agua de la cisterna y la posibilidad de una inundación fétida, se levantó y salió de su habitación. Le recibió la luz brillante del pasillo, que iluminaba los suelos de madera y los pósteres motivadores que tenían colgados en las paredes. Aún más brillante era la luz procedente del baño que incidía de forma directa sobre el tocador gigante, como si le estuviera llamando e invitándole a entrar.

Wesley se guardó su pulsera negra en el bolsillo de los vaqueros para no mojársela, se subió las mangas con determinación y se dirigió al cubículo del fondo. Con cara de asco, abrió la tapa de la cisterna y metió el brazo dentro. Había visto al supervisor de su planta hacerlo otras veces. Un arreglo rapidito y como nuevo.

Como el juego ese: Operación.

Solo que, en vez de tener que evitar tripas y vísceras, había que meter la mano y toquetearlas

hasta que todo se arreglara.

Tiró de la cadenita y ¡voilà!

Los dedos se le quedaron atascados en algo. No podía ser... LOS DEDOS SE LE HABÍAN QUEDADO ATASCADOS EN ALGO Y NO PODÍA SACARLOS.

Tener que hacer esto a mano ya era bastante desagradable, pero ya que el váter te comiera vivo en el proceso... Pues no era su forma favorita de morir, la verdad.

Tiró con tanta fuerza para poder desengancharse que, cuando logró sacar el brazo, salió disparado contra la puerta del cubículo, salpicando de agua toda la pared.

Vale. Lo había intentado.

Era hora de ir a buscar a Lloyd.



LLOYD ALEXANDER REYNOLDS ERA UNO DE LOS SUPERVISORES DE LA RESIDENCIA WILLIAMSON. SE encargaba de los estudiantes de la tercera planta y podría decirse que era la personificación de la ley, un auténtico manual con patas; de hecho, era la única cosa relacionada con la ley que le gustaba estudiar.

Wesley se apoyó contra el marco de la puerta abierta de Lloyd, que tecleaba algo en el portátil, con un trozo de apio entre los labios. Llevaba desabrochados los puños de la camisa, que le caían sueltos sobre las muñecas y sus ojos color avellana estaban fijos en la pantalla, pendientes de lo que escribía.

Dejó de teclear un segundo y se pasó la mano por el pelo. Bueno, por la cabeza afeitada que tenía ahora en lugar de pelo. Parecía haber olvidado que el día anterior, de la forma más abrupta e inesperada, se había rapado. Al darse cuenta, dejó caer la mano.

Lloyd se desabrochó otro botón de la camisa y frunció el ceño en un gesto muy suyo que estaba a medio camino entre la concentración más absoluta y una mala leche que a Wesley le resultaba adorable. Porque, además, ese ceño fruncido siempre se acentuaba cuando él le hacía una de sus visitas.

—¿Wesley? —le dijo sin levantar la vista de la pantalla del portátil—. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte ahí parado?

Wesley entró en la habitación. Era individual, como la suya, y muy acogedora. Se quedó mirando el póster que Lloyd tenía enmarcado sobre la pared del escritorio. Era una lámina que, bajo el título *Cómo persuadir a tu audiencia*, enumeraba varias formas de empezar una frase convincente: *sé, estoy seguro, estoy convencido...* Wesley lo usó a su favor y dijo:

—Es vital que arregles el baño.

Lloyd dejó de escribir y con dos dedos se quitó el apio de los labios, como si fuera un cigarro.

Wesley siguió hablando:

—¿Por qué siempre sabes que soy yo aunque estés concentrado en otra cosa?

—Por tu olor.

—¿Te refieres a mi magnífico *aftershave*? Es una mezcla de roble y cítricos. Y esta noche, además, lleva una pizca de agua de váter.

Wesley se sentó en una esquina de la mesa y siguió hablando:

—La cisterna se ha quedado atascada y el ruido que hace me está desquiciando. Tienes que arreglarlo.

—¿Wesley?

—Dime.

Lloyd le apuntó con el palito de apio.

—«Hola, Lloyd, ¿cómo estás hoy?». Esa sería una forma agradable de empezar una conversación con tu supervisor antes de pedirle que haga algo por ti.

Wesley batió las pestañas y balanceó las piernas de forma teatral.

—Hola, Lloyd.

—¡Hombre, Wesley! —le contestó Lloyd de forma animada, mirándole a los ojos—. ¿Qué puedo hacer por mi residente de tercero favorito?

—Soy el único residente de tercero que tienes.

Lloyd dejó el apio en un cuenco con mantequilla de cacahuete y esperó.

Wesley levantó las manos en señal de derrota y suspiró.

—Vale. Es el váter. Está mal.

—Le echaré un vistazo.

Lloyd se desabrochó el último botón de la camisa y se la quitó. A pesar de la camiseta que llevaba debajo, los abdominales se le marcaban una barbaridad. Con un gesto de asentimiento, se dirigió al baño que estaba entre la habitación de Wesley y un pequeño armario que hacía las veces de almacén.

Wesley le siguió hasta el cubículo del infierno y se apoyó contra el lavabo.

Lloyd le miró de reojo.

—¿Quieres algo más? —le preguntó.

Wesley señaló el váter.

—Escupe agua. Es parecido a la primera vez que intenté hacer una mamada. Un momento de lo más embarazoso que no necesito revivir.

Lloyd alzó una ceja, incrédulo.

—Esto no es nuevo. La cadena se engancha desde antes de que tú y yo fuéramos vecinos de planta. Y de eso ya hace dos años y medio.

—Ya, pero por si acaso me voy a quedar a ver cómo lo arreglas. Porque de verdad que no quiero tener que enfrentar la ira de mi madre cuando descubra que uso bolsas de plástico a modo de zapatos.

Lloyd hizo una pausa y se quedó mirando los pies de Wesley.

—¿Por qué tendrías que llevar bolsas de plástico?

—Porque es invierno, no puedo pagar el alquiler y mi casero no me deja que le pague con favores sexuales.

—Pero ¿en qué universo paralelo pasa todo esto? —preguntó Lloyd, perplejo, sin apartar la vista de los pies de Wesley.

Los calcetines negros habían sido una mala elección. Con ellos, parecía que tenía los pies pequeños, y no era así para nada. Sus pies tenían un tamaño perfectamente normal. Cambió de posición, esperando que Lloyd prestara atención a la parte superior de su cuerpo.

—En uno que se originará si suspendo mi examen de mañana.

—Pues intentaremos evitar que eso pase, entonces —contestó Lloyd ya sin mirar a Wesley, centrando toda su atención en el váter *comebrazos*—. Pero ya sabes que en cuanto alguien tire de nuevo de la cadena, volverá a sonar.

—Eres el mejor.

—Claro, claro... —dijo Lloyd haciéndole un gesto con la mano para que se fuera—. Vete a estudiar.

Wesley emprendió la marcha hacia el ameno y maravilloso manual de *Historia del Derecho Civil* que le esperaba en su habitación, pero al llegar a la puerta del baño, cambió de idea y

volvió sobre sus pasos. Se apoyó contra la pared de azulejos.

Lloyd estaba sacando una caja de herramientas de debajo del lavabo y se sorprendió al ver a Wesley ahí, mirándole.

—¿Qué haces aún aquí? ¿No tenías que estudiar?

—He pensado que quizá sea mejor que me quede y te estudie a ti. Así, la próxima vez que pase, puedo arreglarlo sin ayuda.

Lloyd sacó una llave inglesa.

—Eso habría que verlo.

Wesley le miró con los ojos entornados.

—¿Insinúas que los guapos no sabemos arreglar cosas?

—No, no quería decir eso en absoluto.

—Ya, ¿seguro?

Lloyd le miró con paciencia.

—Sí, seguro. No eres guapo. Y he visto cómo te apuñalabas *sin querer* con un tenedor de plástico de los pequeñitos.

—Es que creí que era una cuchara. La gente debería advertirte si te van a pasar un minitridente afilado. Es peligroso. —Wesley empezó a caminar de nuevo hacia su habitación, pero solo había dado tres pasos cuando se dio media vuelta—. Eh, un momento, ¿qué has querido decir con que no soy guapo?

Lloyd se giró hacia él y puso los ojos en blanco.

—¿Eso es lo que te preocupa?

—Es que soy guapo, tengo mucho éxito.

Lo tenía... con chicas que no le interesaban, pero bueno.

—Y modesto. Seguro que es eso lo que más les atrae.

Wesley fingió indignación. Lloyd siempre sabía cómo picarle.

—Oye, que mi encanto es un *bajapantalones* total.

—Me pregunto cómo sigo con los míos puestos —dijo Lloyd en un tono lleno de sarcasmo.

Wesley le frunció el ceño. A lo mejor había suerte y el váter se lo comía.

—Eres un listillo, un mandón y un gigante de cabeza rapada. Me voy a estudiar.

Lloyd se giró despacio y se quedó mirándole mientras tiraba de algo. El gorgoteo dejó de sonar.

—¿Te has quedado a gusto?

—Sí, como nuevo.

Lloyd se dirigió al lavabo y miró la imagen de Wesley en el espejo.

—Pues el nuevo tú sigue sin ser guapo.

Wesley soltó una carcajada y se fue a su cuarto a seguir estudiando. Después de leerse un párrafo enterito, comprobó las páginas web de astrología que más solía visitar.

Leyó su horóscopo mensual con avidez y, dado que era ya noviembre, decidió comprobar si el anual había acertado en algo.

—Vaya. Eso tiene pinta de Derecho Civil del duro. —La voz de Lloyd le llegó desde atrás, sobresaltándole.

—Me estaba tomando un descanso de cinco minutos.

—¿Un descanso de qué? ¿De comerme con los ojos en el baño?

Lloyd apoyó las manos en el respaldo de la silla y Wesley echó la cabeza hacia atrás, mirándole desde esa posición.

—Ya te gustaría a ti que te comiera con los ojos. Aunque la verdad es que la camisa que llevas

te queda de muerte.

—No llevo camisa.

—Exactamente.

—Ponte a estudiar, anda.

Wesley hizo girar la silla para quedarse cara a cara con Lloyd que estaba leyendo su correo electrónico sin pudor.

—Mira, por eso lo nuestro nunca funcionaría. Bueno, aparte de porque las relaciones residente-supervisor están prohibidas y por tu total aversión a romper las reglas.

—Y porque estoy saliendo con alguien —intervino Lloyd.

—Bueno, a eso le doy una semana más como mucho. Lo nuestro no tendría futuro porque eres un capricornio gruñón que todo lo sabe. Tenemos uno de los peores índices de compatibilidad.

Eso fue recibido con un alzamiento de ceja.

—¿Ah, sí?

—Todas las webs de astrología dicen que no tenemos madera de pareja. Y que el sexo sería una mierda.

—Me hace mucha gracia que le hayas dedicado tanto tiempo a buscar nuestra compatibilidad.

—Es que buscaba un rayo de esperanza y me da pena no haberlo encontrado, la verdad—. Wesley le guiñó un ojo—. Estás al otro lado del pasillo y con lo vago que soy me vendría de maravilla.

—Aunque estuviera soltero y no estuvieras bajo mi supervisión, no me prestaría a ser una de tus conquistas de una noche.

Wesley suspiró.

—Nunca digas de esta agua no beberé, porque querré demostrarte que estás equivocado. Tanto, que me arriesgaría al sexo horrible que se supone que nos espera.

La mirada de Lloyd fue de Wesley al correo electrónico que tenía abierto.

—Géminis —leyó Lloyd en voz alta—, «incansable» es una palabra que lo define a la perfección.

Wesley le señaló el párrafo siguiente y le dijo:

—Me gusta más esta otra descripción.

—¿«Encantador, optimista, exuberante e irresistible»? Pues yo creo que lo que más se adapta a ti es eso que pone ahí de que «tu doble personalidad hace que entenderte sea todo un reto». —Lloyd se cruzó de brazos—. Entonces, ¿solo me das otra semana? ¿Crees que mi chico se hartará de mí tan pronto?

—No, no es eso. Creo que recobrarás la razón, como el buen capricornio que eres, y le dejarás. Puede que te hayas rapado el pelo como medida preventiva, pero aún así, te mereces algo mejor.

Lloyd se pasó una mano por la cabeza.

—Ya te dije que todos los hombres de la parte materna de mi familia se quedaron calvos a los treinta.

—¿Acaso tienes treinta años?

—No, veinticuatro.

Wesley se apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Y luego dices que *yo* soy complicado de entender.

—Quiero ir acostumbrándome a estar calvo.

—Te brilla tanto la cabeza que me veo reflejado en ella.

No era verdad, pero a Wesley le encantaba sacarle de quicio.

—Siento ser yo quien te lo diga, pero hay muchas posibilidades de que tú también acabes sin pelo.

Wesley se acercó un poco más a él y le susurró de forma un tanto teatral:

—Tengo un plan, ¿quieres que te lo cuente?

—Sí, por favor —susurró a su vez Lloyd, con fingido interés.

Wesley se peinó su abundante pelo negro.

—La idea es seducir a un sagitario mientras tenga esta melenaza y cuando se dé cuenta de que me quiere por mi carácter entrañable y juguetón y no por mi estupendo físico, dará igual que me quede calvo y que mi cabeza tenga una forma rara.

Lloyd soltó una risotada y se dirigió hacia la puerta.

—He arreglado el váter y he puesto un cartel de «fuera de servicio». Vamos a dejarlo ahí hasta que acabes de estudiar, ¿vale? —Lloyd le señaló el póster de Elvis Presley que tenía en la puerta —. ¿Cuántos pósteres suyos tienes?

—Me apasiona todo lo relacionado con el rocanrol. Pero, si pudiera viajar en el tiempo, iría directamente a la cama de Elvis. De Elvis a los veinticuatro años, para ser exactos.

—Hay gustos para todo, supongo.

Cuando Lloyd se fue, Wesley volvió a su manual. Pasó a la siguiente página y se emocionó al ver que era un diagrama que ocupaba casi toda la hoja.

Se estudió el gráfico y se dirigió de nuevo a la habitación de Lloyd. Se quedó en el umbral de la puerta, cambiando el peso de un pie a otro.

Lloyd dejó el palito de apio que acababa de llevarse a la boca y suspiró.

—Déjame adivinar: ¿ahora hay demasiado silencio?

Wesley le dedicó una sonrisa avergonzada.

—El derecho es aburridísimo.

—¿Y por qué lo estudias, entonces?

—Porque no parece aburridísimo en mi currículum. Ahí queda bien.

Lloyd cerró el portátil, se lo puso bajo el brazo y salió de la habitación. Cerró la puerta y medio empujó a Wesley hasta su cuarto.

—Me quedaré aquí fuera y te gruñiré cuando te distraigas y quieras escaquearte.

—Me gustan esos gruñidos tuyos.

—Vuelve a tus libros.

—Pero es que tu portátil es tan brillante que me distraigo. Mira, va a conjunto con tu cabeza.

—*Ya.*

Wesley entró en su cuarto, abanicándose.

—Sí, señor.

—Medio año más. Solo medio año más —se oyó murmurar a Lloyd antes de cerrar la puerta.

Wesley se sentó frente al escritorio. Estaba lleno de energía, pero tendría que volcarla en... estudiar. El sonido amortiguado de las conversaciones de otros residentes acercándose a Lloyd en busca de consejo y el sonido constante del teclado de este, le ayudaron a concentrarse, pero cuando terminó el capítulo con el que estaba y se disponía a empezar el siguiente, las voces de fuera se elevaron, sonando más ariscas.

Pudo reconocer la voz de Gavin, el supervisor de la cuarta planta que se creía el jefe del resto de supervisores de la residencia Williamson.

—Para desempeñar bien tus funciones tienes que ser creativo, espontáneo —le estaba diciendo Gavin a Lloyd.

—¿Y con creatividad te refieres a jugar a adivinar el ingrediente secreto con tus residentes de

primer año? —le preguntó Lloyd—. Me han dicho que el *shock* anafiláctico es el último grito en creatividad.

—Fue una ligera reacción a las fresas. Nada más.

—El pobre chico dejó la residencia y volvió a su casa.

Eso no pareció disuadir a Gavin, que siguió hablando:

—A mis estudiantes les encantan las noches de juegos que les organizo.

—No pienso organizar ninguna fiesta contigo.

—¿Por qué no? Es una forma estupenda de que nuestros residentes les enseñen a su familia y amigos lo divertida que es la residencia.

—Madre del amor hermoso.

—No te lo estoy pidiendo, Lloyd. Nuestro coordinador cree que es una idea genial y que si la celebramos en la semana de puertas abiertas podríamos atraer a más estudiantes.

—Que te ayude Gemma.

—Nuestro coordinador también cree que necesitas participar más.

—Te odio.

—Podríamos hacerlo en el sótano, hay espacio de sobra. Y se me ha ocurrido que podría ser una fiesta temática. Podríamos llenarlo todo de serpentinas y globos.

—Mira, por ahí va uno de tus estudiantes y te está saludando.

—¿Dónde?

—Acaba de doblar la esquina, hacia la escalera.

La voz de Gavin sonó más lejos cuando dijo:

—Mándame un *mail* con el tema de la fiesta y con un plan de acción.

Wesley esperó unos segundos para asegurarse de que Gavin se había ido, se acercó de puntillas a la puerta y la entreabrió.

Lloyd estaba inclinado sobre su ordenador. Dejó de teclear y esperó.

—¿He oído algo sobre serpentinas? —preguntó Wesley.

Lloyd volvió a teclear.

—Sigue estudiando. Nada de serpentinas.



**Estoy solo sin ti.**

## Capítulo Dos

---

Cada vez que Wesley entraba en Me Gusta Robusta, la cafetería en la que trabajaba, hacía su camino hacia la barra saludando a sus clientes habituales. Le encantaba. Había gente de lo más variopinta, cada uno tenía su personalidad, su vida, pero todos tenían algo en común: su amor por el café.

Pasó por la mesa del chico con pinta de surfista y le chocó los cinco.

—¿Qué pasa, Americano?

—Buenas tardes, Wes.

Solía hacer eso, llamar a cada uno por el nombre del café que tomaba.

—¡Hola, Capuchino con leche de almendras!

—Hey.

—¿Qué tal, Café con leche? —dijo Wesley al pasar frente a otro habitual.

—Con leche desnatada, si no te importa —contestó él, muy estirado.

«O leche agria», pensó Wes, porque con ese carácter que se gastaba el tío...

Rodeó la barra de madera y se asomó a la cocina, donde le recibió una llamarada y la maldición de su amiga Suzy, que era quien estaba en los fogones, probablemente con las cejas chamuscadas.

Wesley se apoyó en el marco de la puerta, cruzó un tobillo sobre el otro y suspiró de forma exagerada.

—Ah, el olor a pan quemado y frustración. Ahora sí que estoy en casa.

—Trabajo, Wes —dijo Suzy pasándose el dorso de la mano por las cejas—. Estás en el trabajo y es una agonía.

—Para agonía, el examen que acabo de hacer.

Había durado una hora, pero habían parecido cinco.

Suzy cogió un delantal negro del perchero que tenía detrás de ella y se lo lanzó.

—Llevo dos meses trabajando aquí y aparentando que sé lo que hago, espero poder seguir fingiendo hasta que me gradúe.

Wesley se ató el delantal a la cintura.

—¿Ha llegado ya Café bombón?

Suzy puso los ojos en blanco.

—Sí, *tu hermano* está fuera hablando por teléfono.

Wesley se metió una libreta y un bolígrafo en el bolsillo del delantal.

—¿Y MacDonald? Volvía hoy, ¿verdad?

Detrás de él se escuchó una risa femenina y una voz cargada de sarcasmo:

—Aquí estoy. Y que sepáis que he renunciado al sexo para siempre.

—¡MacDonald! —exclamó Wesley, y se giró para saludarla.

MacDonald —Molly MacDonald, aunque nadie la llamaba por su nombre de pila— rodeó el mostrador con un par de muletas. Llevaba una escayola rosa que se perdía por debajo de su falda vaquera y que hacía resaltar aún más su pelo rojo ondulado. Wesley estaba seguro de que había elegido el color por eso.

Siempre la saludaba con un abrazo y las muletas no iban a impedirselo.

—Para, que me vas a arrugar la camisa —dijo ella.

—Yo también me alegro de verte —contestó Wesley cogiendo la muleta que con tanto achuchón se había caído al suelo.

—¿Cómo está Tostada con aguacate? ¿Me ha echado mucho de menos? —preguntó MacDonald como quien no quiere la cosa.

—Si te refieres a mi hermano, está fuera hablando por teléfono.

—Vale, pues voy a sentarme en su mesa favorita.

Wesley sonrió y la observó dirigirse a una de las mesas de la ventana, al ritmo del *clic-clac* de sus muletas.

Suzy salió de la cocina y le hizo un gesto con la mano. El movimiento dejó a la vista el tatuaje con forma de flor que tenía en la muñeca.

—Estoy pensando en hacer un cambio en el menú. Qué opinas, ¿pasta con pesto de naranja o *risotto* de setas?

Wesley apuntó el pedido de un cliente y, mientras espumaba la leche con el vaporizador, miró a Suzy.

—No sé... estoy pensando en cuál quedaría mejor con tus cejas chamuscadas.

Ella le enseñó el dedo corazón y volvió a la cocina.

—Pesto de naranja —gritó Wesley tras ella.

Instantes después, una voz que conocía muy bien se escuchó por encima del jaleo de la cafetería.

—¿Qué mierda haces en mi mesa, MacD?

Ese era Caleb, su hermano, que de pie frente al ventanal y de brazos cruzados, fulminaba a MacDonald con la mirada. Llevaba su atuendo habitual: una camisa a cuadros abierta, que dejaba ver la camiseta que llevaba debajo, y unas botas de vaquero marrones. Tenía el pelo más corto que Wesley, pero se parecían mucho, sobre todo en los ojos oscuros y en los labios, que se fruncían en una especie de puchero permanente. Sus abuelos eran japoneses y eso debía darles un *look* exótico que parecía llamar la atención de la gente.

MacDonald permaneció impassible al contestar:

—Me gustan las vistas desde aquí.

Caleb le señaló la mesa contigua.

—Tienes las mismas vistas desde ese sillón.

—Con vistas me refiero a tu ceño fruncido. Me encanta. Se te juntan las cejas y parecen formar una oruga superlarga.

Caleb se rio y se sentó frente a ella.

—¿Qué te ha pasado en la pierna?

—La explicación no es apta para menores, lo siento —contestó MacDonald.

—Tengo casi dieciocho años.

—Aún estás en el instituto.

Caleb se frotó la mandíbula, tocándose una barba que no tenía.

—Solo me sacas un año.  
—Pero soy muchísimo más inteligente.  
—¡Wes! —gritó Caleb.

Wesley puso dos cafés en una bandeja, dejó el *macchiato* en una mesa y fue hacia su hermano pequeño.

—¿Algún problema?

Caleb sonrió y dejó ver sus hoyuelos.

—Sí, que esta mujer mayor no debería estar molestando a un jovencito como yo.

—Te encanta y lo sabes, ahora no lo niegues —contestó MacDonald.

Tras decirlo, se puso de pie, armando un estruendo con las muletas al levantarse. Caleb rescató una de ellas antes de que cayera al suelo y se la tendió; ella emprendió su *clic-clac* hacia la barra no sin antes decirle a Wesley:

—Tómame un descanso de cinco minutos. Ya me encargo yo de entretener a estos clientes tan encantadores. —Después, gritando hacia la cocina, dijo—: Una tostada con aguacate en cuanto puedas, Suzy.

Wesley dejó el café bombón de su hermano en la mesa y se sentó en el sillón que había dejado libre MacDonald.

—La conozco solo desde hace un mes, pero consigue sacarme de quicio como poca gente puede —dijo Caleb cuando lo tuvo en frente.

—Se nota. Espera un segundo. —A gritos, llamó a MacDonald a través del murmullo de los clientes—. Dile a Suzy que he cambiado de opinión, que mejor haga el *risotto* de setas.

La atención de Wesley se dispersó cuando vio entrar a un chico en la cafetería. Durante un segundo creyó que era Lloyd, que venía a por su dosis diaria de caféina, pero no, era un tío bueno desconocido.

Caleb apoyó los codos en la mesa y susurró de forma teatral:

—No te preocupes, aquí seguiré cuando acabes de comerte a ese tío con los ojos.

Wesley puso los ojos en blanco.

—Solo estaba comprobando si...

—¿Si estaba bueno?

—No, si era Lloyd.

Caleb echó un vistazo al tío bueno anónimo.

—¿Nuevo novio a la vista?

Wesley suspiró.

—No, me he hartado de eso. Ya no me vale cualquiera.

—¿Buscas al definitivo, entonces?

—Es que me encantaría poderle decir «te quiero» a alguien.

Caleb soltó una risotada.

—Ya, como si nunca lo hubieras hecho.

—Pues, mira, no; para mí son unas palabras que tienen mucho significado y las estoy reservando para alguien especial. Probablemente para un sagitario.

—Buena suerte encontrándolo.

Wesley se echó hacia atrás y se apoyó contra el respaldo.

—¿Qué tal por casa? ¿Cómo está mamá?

—Como siempre. Lee la biblia como si fuera la mejor novela de la historia y los domingos después de misa tontea con el reverendo de su iglesia.

—¿Aún me odia?

—No, aún espera que cambies de opinión.

Pues podía esperar sentada... Estaría decepcionada de por vida. Wesley cogió el café de Caleb y le dio un sorbo.

—Demasiado dulce.

—Algún día tendrás que volver a hablar con ella. Devuélveme el café.

—¿Qué tal el colegio? —preguntó Wesley, cambiando de tema.

—Quiere que vuelvas a pasarte por casa, que la visites como antes.

—Uy, mira qué bien, ahí viene tu comida.

Un plato con una tostada y unas rodajas de aguacate aterrizó entre ellos y Caleb se puso a comer como si llevara más de una semana sin probar bocado.

—Suzy, eres la mejor. —Luego, con la boca llena, le dijo a Wesley—: No puedes evitar a *supermami* eternamente.

—Sí que puedo —contestó este, jugueteando con su pulsera.

Parecía que Caleb iba a decir algo más, así que Wesley se levantó del asiento a toda prisa y fue hacia Suzy y MacDonald, que estaba con cara de aburrimiento tras la barra.

—¿Vamos a salir a bailar esta noche? —les preguntó, deseoso de quemar toda esa tensión acumulada.

—Oh, por favor —dijo MacDonald mientras él cambiaba de música en el iPad—. Como si no tuviera otra cosa que hacer que veros a Suzy y a ti bailar como posesos. Prefiero la muerte, gracias.

—¿Y tú, Suzy?

—Aunque las clases del profesor Cooper podrían definirse como el rocanrol de las clases de Economía, no creo que le guste mucho que no haga el trabajo que tengo pendiente.

—¿El profesor Cooper? —preguntó Wesley, moviéndose al ritmo de la canción que acaba de poner: *Lawdy, Miss Clawdy*, de Elvis. Hizo un *triple step* antes de añadir—: Creo que Lloyd y él se llevan bien.

—Tengo que empezar con las comidas —dijo Suzy entre risas cuando Wesley la agarró y la hizo girar sobre sí misma.

—¡Pesto de naranja! —dijo Wesley de repente.

Suzy le dio con el trapo que llevaba y se metió de nuevo en la cocina.

—¿Cuántas veces piensas cambiar de opinión?

—Menos mal que escribimos el menú con tiza y es borrable —fue la respuesta de MacDonald.



DESPUÉS DE COMERSE UN PLATO ENORME DE *RISOTTO* CON SETAS Y CERRAR ME GUSTA ROBUSTA, Wesley acompañó a Suzy y a MacDonald a la biblioteca. Ya que estaba allí, decidió quedarse con ellas y estudiar un poco, pero tras un par de horas intentando concentrarse, volvió a la residencia.

Nada más llegar, fue directo al cuarto de Lloyd. Llamó a la puerta, que estaba entreabierta, y se quedó unos instantes viéndole trabajar en su portátil. Llevaba unos chinos color beige, un cinturón oscuro y una camisa desabrochada sobre una camiseta negra. Le había crecido un poco el pelo y eso le daba cierto aire militar.

Ante el gruñido de asentimiento de Lloyd, Wesley entró en la habitación y se dirigió a la silla acolchada del rincón, donde esperó pacientemente a que su supervisor de planta dejara de escribir lo que fuera que estaba escribiendo.

Lloyd se giró para mirarle, aunque sabía de sobra lo que había venido a buscar; al fin y al

cabo, era viernes. A pesar de eso, Wesley hizo un movimiento sugerente de cejas y un gesto con la mano, dándole a entender lo que quería.

Lloyd le miró impasible.

—¿Cuántos llevas esta semana?

—Tres —contestó Wesley.

—¿Y sigues sin novio?

Wesley suspiró.

—Sí, algo estoy haciendo mal.

—Sí, sin duda.

Lloyd le señaló el cesto donde estaban los condones. Sobre una pequeña estantería repleta de novelas clásicas, libros de gestión de personal, motivación y matemáticas, había un cestito de mimbre. Wesley se levantó y caminó hacia allí con paso lento, pasando una mano por la colección de puzles y cubos de Rubik que había en una de las baldas.

Cogió un preservativo.

—Aquí dice que resplandece en la oscuridad; nos estamos poniendo sofisticados, ¿eh?

—Sofisticación es ponerse traje y corbata, y sacar a cenar a tu cita un par de veces antes de hacer nada. —La respuesta de Lloyd rezumaba ironía en cada palabra.

—Es que yo aún estoy buscando a mi sagitario. También me valdría un acuario. O un leo... Sí, con leo podría funcionar. Bueno, y con aries.

Lloyd apartó la vista del ordenador y negó con la cabeza.

—Los horóscopos no son algo sólido en lo que basarse. No son más que palabrerías.

—Típico de capricornio...

—No se te olvide firmar el libro de visitas.

Wesley obedeció y desenganchó el librito de donde estaba colgado en la pared, firmó y lo devolvió a su sitio.

Ya en el pasillo oyó cómo Lloyd suspiraba de forma exagerada, así que se dio la vuelta y volvió a asomarse a su puerta. Lanzando el condón arriba y abajo, le dijo:

—Algún día tendrás que decirme cuándo es tu cumpleaños.

Lloyd se levantó y fue hacia él.

—¿Es por eso por lo que siempre parece estar mirando mi cartera? ¿Para ver si un día puedes sacármela del bolsillo y mirar en mi carné mi fecha de nacimiento?

—Hombre, no creerías que quería robarte, ¿no? Estaría feo.

Lloyd le miró con detenimiento, sus orbes color avellana muy fijos en él.

—Si sabes que soy capricornio, ¿para qué necesitas saber cuándo es mi cumpleaños?

—Porque es muy útil para saber el grado exacto de cabezonería y pesimismo al que me enfrento. Quizá la posición de la luna en el momento en que naciste nos dé alguna esperanza. — Lloyd le cerró la puerta en la cara—. O no.

Wesley se quedó ahí unos instantes, sonriendo a la puerta como el rarito que era.

Un par de residentes de primer año pasaron por detrás de él de camino a las escaleras.

Wesley volvió a llamar.

Lloyd abrió la puerta solo un poquito y por la pequeña rendija, le dijo:

—Solo estoy disponible para estudiantes a los que de verdad les pase algo.

—A mí me pasan un montón de cosas. Por ejemplo, que necesito otro condón.

La puerta se abrió y Lloyd fue hacia el cesto, lo cogió y se lo tendió a Wesley.

—Venga, Romeo, da lo mejor de ti.

Wesley metió la mano en la cestita y revolvió los preservativos, sonriendo.

—Lo intentaré.

—Y felicita a la Julieta de esta noche de mi parte.

—¿Por haber conseguido ligarse a un tío con un pelazo como el mío?

Lloyd negó con la cabeza.

—Por aguantarte el tiempo suficiente como para llegar a la parte de desnudarse y entrar en faena.

Wesley se llenó los bolsillos de condones y, haciendo un movimiento de caderas, se mordió el labio y dijo:

—Va a ser épico. Sexo del bueno.

—¿Porque es sagitario?

—No, porque es un tío creativo al que le gusta follar en todas partes menos en la cama — contestó Wesley con un movimiento sugerente de cejas.

—Pero es que para eso están las camas. Solo tengo una espalda y pretendo usarla durante sesenta años más.

Wesley se tragó la risa.

—Pobre del tonto que te... ay, mira, si ahí viene.

El novio de turno de Lloyd caminaba por el pasillo hacia ellos. Wesley le guiñó el ojo antes de irse y le dijo muy bajito:

—Una semana.

Ya en su habitación, lanzó los condones en el cajón superior de su mesilla de noche, donde tenía todos los demás. Cada vez que le pedía uno a Lloyd, lo guardaba ahí.

Desde el cuarto de al lado le llegaron gemidos y unos golpes en la pared. No eran Lloyd y su novio, pero aún así Wesley no pudo evitar pensar en ellos. ¿Cómo sería Lloyd en la cama?

Con toda probabilidad: exigente y mandón.

Se puso los cascos y se tiró en la cama. La voz profunda y sexi de Elvis inundó sus oídos a través de los auriculares mientras con una mano se abría los botones de los pantalones.

Se quedó mirando el póster del Rey, que le observaba desde su pared con una ceja alzada.

—Sé que tú también eras capricornio —le dijo Wesley a la foto mientras se acariciaba la polla—. Pero me apuesto lo que sea a que en la cama eras puro fuego. —Cerró los ojos y se la cascó con más fuerza, incapaz de sacarse de la cabeza al otro capricornio.

—No, ni hablar. Nunca —dijo con los dientes apretados mientras aceleraba las caricias—. Joder.

Un orgasmo largo e intenso bañó su cuerpo y sus sentimientos contradictorios. Se tapó la cara con un brazo y maldijo en voz alta.

—No va a pasar. Mi siguiente chico será sagitario. Esa es una promesa que me hago a mí mismo.



LOS DETECTORES DE HUMO SALTARON A LAS DOS DE LA MADRUGADA.

Wesley gimoteó, se hizo un ovillo y se tapó la cara con la almohada.

—¿Quién ha sido el listo que se ha dejado otra vez el fuego encendido? —La voz grave de Lloyd le llegó desde el pasillo—. Venga, gente, ya sabéis lo que tenéis que hacer, que todo el mundo baje al patio de forma ordenada. No uséis los ascensores.

Wesley oyó cómo Lloyd iba llamando a las puertas, e instaba a los estudiantes a abandonar el edificio. La mayoría iba saliendo en silencio, pero alguno acusó al supervisor de estar exagerando

un poco.

—Todos los residentes fuera. Sin excepción. Y no se hable más. —Entonces, llamó y abrió la puerta de Wesley—. Vamos, tú y... —Lloyd consultó el libro de visitas que llevaba en la mano para comprobar el nombre del invitado—. Don Brilla en la oscuridad, también.

Wesley salió de la cama quejándose.

—Ya se ha ido. Se me olvidó firmar el libro cuando se marchó. ¿Y tu chico?

—Solo se pasó para devolverme las llaves del coche.

—Así que no mojaste... Eso explica el mal humor.

—Estoy de guardia. Venga, fuera.

Bostezando, se dirigió hacia la silueta de Lloyd tal y como estaba: en ropa interior. Lloyd descolgó el abrigo que estaba en el perchero y se lo lanzó.

—Necesitarás esto.

Wesley lo cogió y se puso las botas militares.

—Como me coja un resfriado porque alguien ha quemado un burrito, pienso obligarte a cuidarme hasta que me ponga bien.

Lloyd le puso una mano firme y cálida en la nuca y condujo a Wesley fuera de su cuarto y hacia la escalera.

—De burrito, nada. Huele al arroz ese que se hace Randy. Le voy a matar. Después de seguir con el protocolo a rajatabla, claro.



LO DE SEGUIR EL PROTOCOLO DURÓ HASTA LAS TRES DE LA MADRUGADA.

Los residentes de los cuatro pisos de Williamson, unos cien estudiantes, tuvieron que estar ahí, en el césped mojado, durante todo ese tiempo y «siempre a cien metros del edificio», según palabras textuales de Lloyd. Wesley tenía a un lado a Suzy y al otro a MacDonald y los tres se cubrían la cabeza con el abrigo de él, usándolo a modo de capucha.

—Por favor, recordadme que use ropa interior sexi para dormir —dijo Suzy mientras levantaba una de las mangas del abrigo para taparse mejor—. Es la segunda vez que me pillan con bragas de algodón.

MacDonald, que no parecía afectada por nada de lo que pasaba, emitió un ruidito de asentimiento.

—Buen sitio para ligar. Mira, ese charco parece acogedor para darle al tema.

Wesley daba gracias por tener a sus amigas ahí con él porque, si no fuera por las bromas, la hora bajo la lluvia hubiera sido eterna. Le guiñó un ojo a MacDonald y le dijo:

—Me pregunto cómo consigues ligar. Y dado que tienes una pierna rota debido a un encuentro sexual que salió mal, entiendo que lo consigues.

Cuando los de seguridad confirmaron que lo que había hecho saltar las alarmas era una cazuela de arroz chamuscado (prepárate para la bronca, Randy) les dieron vía libre y les dejaron acceder al edificio.

MacDonald fue la primera en subir y, tras el *clic-clac* de sus muletas, subió su compañera de cuarto: Suzy.

En la puerta de entrada se encontraba Lloyd, aguantando estoicamente bajo la lluvia, con la camiseta y el bóxer empapados y pegados al cuerpo, pero esperando a que todos sus residentes entraran al edificio.

Wesley empezó a caminar entre los charcos en su dirección, pero Gavin, abriéndose camino

entre los estudiantes a su cargo, llegó a Lloyd antes que él.

—¿En serio? ¿Todo esto por una cazuela de nada? ¿De verdad tenías que sobreactuar de esta forma?

—No creo que haya *sobreactuado*. El fuego es peligroso. Hay que tomar medidas.

—Es la segunda vez que Randy nos hace bajar al patio. Es una amenaza. Deberías echarle, que haga las maletas y vuelva a casa.

—Es buen tío.

—Pues yo voy a poner una queja. Deberías atar a tus residentes en corto.

Y dicho esto, Gavin entró a la residencia como un estruendo.

Lloyd suspiró y Wesley se acercó a él, poniendo el abrigo sobre las cabezas de ambos.

—El *caraculo* de Randy tiene prohibido volver a usar la cocina si no es con supervisión.

—Quizá debería ser yo quien hable con él —dijo Wesley.

—¿Por? ¿No piensas lo mismo?

—Es que llamarle *caraculo* a la cara me parece un poco fuerte.

Lloyd le miró de reojo.

—¿Pero a mí sí me puedes llamar listillo, mandón y gigante de cabeza rapada a la cara?

Wesley le sujetó la puerta para que entrara y le dijo:

—¿Qué tal te sentaría ahora un chocolate caliente?

—De maravilla. Y si le pones dentro unas nubes blanditas y esponjosas, ni te cuento.



Hoy es el día en que te *espresso* mis sentimientos.

## Capítulo Tres

---

**E**l miércoles a mediodía, Wesley volvió directo de la universidad a la residencia. Al llegar a la zona común de la tercera planta se paró de forma abrupta en la entrada, haciendo que MacDonald, que iba tras él, se chocara contra su espalda. Wesley tuvo que agarrar una de sus muletas para estabilizarla y que no se cayera.

—Hala, venga, rómpeme la otra pierna, que mi escayola se siente muy sola y necesita compañía —dijo ella.

—¿Oyes eso? —preguntó Wesley asomando la cabeza en la sala e intentando localizar de dónde procedía la voz de Lloyd—. Suena enfadado.

—De verdad que cuando se trata de nuestro supervisor tienes el oído de un perro. —MacDonald le adelantó y se encaminó hacia su dormitorio—. Tengo que estudiar, te veo en el trabajo.

Se escuchó otro gruñido y Wesley enfiló el pasillo hacia la cocina.

Lloyd levantó la cabeza al verle. Estaba apoyado en la encimera controlando a Randy, que estaba cocinando algo en una olla.

—¿De verdad vas a hacer esto todos los días? —le preguntó Wesley a Lloyd.

—Cada vez que este pise la cocina.

Randy les dedicó a ambos una sonrisa avergonzada.

—¿Queréis un poco? He hecho de sobra.

Wesley cogió tres cuencos.

—Por supuesto —contestó.

Nadie en la residencia diría que no a una comida caliente gratis. Aunque hubiera un cincuenta por ciento de posibilidades de que supiera a cartón.

Randy les sirvió a todos y comieron. En silencio. Y Lloyd más que comer, se limitó a remover su pasta con gesto serio.

Wesley se puso un vaso con hielo y empezó a masticarlo. Quería obtener una reacción y eso era algo que normalmente sacaba de quicio a su supervisor.

—¿Qué te pasa? —le preguntó en cuanto Randy se fue, dejando los cacharros sin fregar, por supuesto.

Lloyd suspiró.

—Que tenías razón.

—Me gusta tener razón. —Wesley puso su cuenco ya vacío encima del de Randy—. ¿Pero sobre qué tenía razón exactamente?

En ese momento a Lloyd comenzó a sonarle el teléfono y cuando Wesley se quiso dar cuenta

estaba solo en la cocina.

No quería escuchar a escondidas, de verdad que no, pero sus pies parecían tener vida propia y querían pasar por delante de la habitación de Lloyd. Muchas veces. Pero no era su culpa, la pelea se oía por todo el pasillo y la voz enfadada de Lloyd traspasaba las paredes.

—¿Me estás mintiendo?

—Bueno, yo no lo llamaría mentir, más bien adaptar un poco la verdad a las circunstancias — contestó Novio de turno.

Lloyd soltó una carcajada carente de todo humor y dijo:

—Si crees que con ese discurso, que suena a politicucho de mierda, vas a conseguir algo, es que no me conoces.

—Pues mira, que te jodan. Y suerte encontrando a alguien mejor que yo.

—La cosa es que no quiero a un chico recién salido de la revista Vogue. Me gustan con personalidad y principios.

Cuando oyó el sonido de pasos acercándose a la puerta, Wesley salió pitando de nuevo hacia la cocina. Cogió el vaso de hielo, que se le resbaló por la condensación del cristal y casi se le cae al suelo, y vio como Lloyd hacía su aparición medio segundo después.

Lloyd cogió su cuenco y le miró. Se llevó a la boca un tenedor lleno de pasta y siguió ahí, comiendo y observándole. Wesley daba vueltas al vaso entre las manos y justo cuando se lo acercaba a los labios, Lloyd habló:

—¿Cuánto has escuchado?

El hielo se le salió de la boca y empezó a gotearle por la barbilla. Un trocito llegó incluso a bajarle por el cuello y a colarse dentro de la camiseta.

—¿Qué? Yo nunca... —Dejó de hablar cuando vio cómo le miraba Lloyd—. Ya bueno, es que principios, lo que se dice principios, no tengo. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque te estás sonrojando.

—Podría ser porque hace calor.

—O porque te conozco.

Wesley mordisqueó un trozo de hielo.

—Sí que lo haces. Y también tenías razón diciéndome que yo tenía razón.

Un asentimiento.

—Ya. Solo me ha durado una semana.

—Eso no, Lloyd. En lo que tengo razón en que te mereces algo mejor.

Lloyd hizo una pausa, el tenedor suspendido en el aire, mirando a Wesley sorprendido. Luego, siguió comiendo.

—Quiero un buen chico que no me ponga los cuernos y al que le guste irse pronto a la cama los sábados, ¿de verdad es mucho pedir?

—Este fin de semana voy a salir; hay un club nuevo al que quiero ir. Si quieres, puedes venir conmigo e intentar encontrar a ese alguien especial.

—Pues como ese club del que hablas no sea un club de lectura, lo veo complicado.

Violet, una chica de primero, entró en la cocina como alma que lleva el diablo, secándose las lágrimas.

Lloyd se acercó a ella.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Me ha llamado zorra! Y me ha dicho que era una guarrona, pero ¿cómo iba yo a saber que era su novio?

A falta de palomitas, Wesley se metió más hielo en la boca y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Lloyd le miró, negó con la cabeza y le pasó un poco de papel de cocina a Violet.

Ella se secó las lágrimas con él.

—No podemos vivir juntas en la misma habitación. Así, no podemos.

—¿Por qué no nos sentamos con ella y lo hablamos los tres? Y por el amor de Dios —dijo, mirando a Wesley—, deja de masticar hielo.

Wesley mordisqueó un poco más y sonrió al ver cómo Lloyd se llevaba a Violet hacia la sala común.

Les siguió, claro, no podía perderse esta mediación y, en su camino hacia allí, llamó a la puerta de MacDonald para que ella tampoco se lo perdiera.

—¿Por qué siempre dejas que me arrastres a estos cotilleos sin sentido?

—Porque aunque lo intentes ocultar, te encanta el drama.

MacDonald no lo negó y se puso a su lado en la puerta que daba a la sala, ambos pendientes de Lloyd y de las dos chicas de morros sentadas en un sofá frente a él.

—Llevamos tres semanas saliendo. ¡Es imposible que no nos haya visto juntos!

Violet sollozó.

—Os he visto juntos sin más. No *haciéndolo*.

Lloyd se pasó una mano por la cabeza. Tenía pelo de nuevo.

—Venga, hombre, vamos a intentar arreglarlo.

—¿Cómo que «hombre»? Soy una chica.

—Es una forma de hablar, perdona.

Y, entonces, apareció Gavin en el pasillo. Él y su sonrisa petulante se encaminaron hacia ellos.

La cosa iba a ponerse interesante.

Pero, por supuesto, el teléfono de Wesley tuvo que sonar en ese preciso instante.

Se lo sacó del bolsillo justo cuando Gavin les apartaba para poder pasar él a la sala.

Lloyd se levantó al verle y caminó hacia él.

—¿Qué quieres?

—Participar en esta discusión.

—Vuelve a tu planta, esto no es de tu incumbencia.

—Sí es de mi incumbencia si tus chicas se pelean en mi pasillo. Jeremy está molesto.

Lloyd gimoteó y dedicó a las residentes una mirada cansada.

—¿Cuántas veces tenemos que repetirlo? No es buena idea enrollarse con estudiantes de vuestra misma planta. Ni con nadie de la residencia, en general.

—Liarse con alguien de Williamson: prohibido —añadió Gavin.

—¿En serio? ¿Vas a aportar algo nuevo o solo a repetir lo que yo diga?

El móvil de Wesley seguía sonando, así que no tuvo más remedio que alejarse un par de pasos y contestar:

—¿Sí?

—Señor Hidaka, creo que han pasado tres años desde que tuve el placer de hablar con usted por última vez.

A Wesley se le erizaron los pelos de la nuca. Conocía bien esa voz. Habían sido muchas las veces que esa voz le había castigado después de clase.

—¿Director Bontempo?

—Sí, le llamo de Sandalwood, es en relación a su hermano.

—¿Caleb?

—Que yo sepa no hay ningún otro Hidaka. Caleb tiene demasiadas ausencias sin justificar y su

madre me ha pedido que contacte con usted para ver cómo podemos solucionar este tema. ¿Podría estar aquí en una hora?

—Sí, pero ¿qué quiere decir con «ausencias sin justificar»?

—Que falta a clase, señor Hidaka, algo con lo que, si mal no recuerdo, usted está muy familiarizado. Le espero, estoy seguro de que llegaremos a algún tipo de acuerdo.

—¿A qué se refiere...?

—Le veo en una hora.

—Pero ¿qué...? —intentó preguntar Wesley, pero ya no había nadie al otro lado de la línea.

Llamó a su hermano. Nada. No le cogió el teléfono. Cuando lo intentó una segunda vez, Caleb directamente le colgó.

—¿Qué cojones está pasando? —se dijo a sí mismo en voz alta.

MacDonald levantó la cabeza, sorprendida ante su tono. Hasta Lloyd y Gavin dejaron de discutir.

Wesley miraba su móvil como si fuera un ente extraterrestre. No se creía que Caleb estuviera faltando a clase. Era el hermano listo. Y se lo estaba currando un montón para que le admitieran en Treble, una de las escuelas de música más elitistas que existían. Tenía que tratarse de un error.

Lloyd le puso las manos sobre los hombros. Wesley levantó la vista y se encontró con sus ojos preocupados.

—¿Estás bien? —le preguntó, moviendo los pulgares sobre su clavícula, en una especie de masaje relajante.

—Me han llamado del colegio de Caleb. Tengo que ir al despacho del director.

—¿Qué ha pasado?

—Te-tengo que estar en la otra punta de la ciudad en una hora. Está como a cincuenta minutos en coche, pero no tengo coche. Así que tendría que ir en autobús, que seguro que tarda mucho menos que un coche. —Se palpó los bolsillos en busca de su cartera. Se la debía de haber dejado en su cuarto. Lo que faltaba—. Debería pedir un Uber. Si viene rápido, llegaré a tiempo.

—Hey, Wesley, respira hondo.

—Tengo que encontrar mi cartera. Y coger un Uber... ¿Me lo pides, por favor? —le pidió Wesley, presionando su móvil contra el pecho de Lloyd—. Diles, por favor, que necesito que estén aquí hace cinco minutos.

—Te ofrecería mi coche, pero está en el taller hasta esta tarde.

—Puedes coger el mío —dijo MacDonald con calma.

Lloyd aceptó la oferta por él.

—Gracias. Yo le llevo.

Wesley logró hablar a través del nudo que tenía en la garganta.

—Pero tú tienes una crisis de chicas entre manos. Y a Gavin.

Lloyd le quitó las manos de los hombros y Wesley sintió como si le quitaran el ancla que le mantenía con los pies en el suelo.

—Gavin, tus deseos se acaban de hacer realidad: vas a poder ocuparte de esto tú solito. Y ¿serías tan amable de llamar a Gemma para que me cubra esta tarde?

—¿Lloyd? —medio graznó Wesley—. ¿Por qué el colegio me ha llamado *a mí*?

Lloyd le condujo hasta su cuarto para que cogiera la cartera. Una vez la tuvo en el bolsillo, le dijo:

—Vamos, averigüémoslo.



CINCO MINUTOS DESPUÉS SEGUÍAN APARCADOS FRENTE A LA RESIDENCIA. WESLEY ALZÓ LOS BRAZOS, frustrado y dijo:

—¡Cómo no!

Lloyd intentó arrancar por tercera vez. No lo consiguió.

—Está frío, espera un minuto.

—Pues más vale que cuando se caliente vaya de cero a doscientos en cuestión de segundos, si no, mal vamos.

—Llegaremos a tiempo —dijo Lloyd dando unas palmaditas en el volante y devolviendo el coche a la vida.

Siguiendo las indicaciones del navegador de su móvil, Lloyd condujo mientras Wesley seguía intentando localizar a su hermano. ¿Y qué si había marcado diez veces y le había dejado tres mensajes de voz? Quizá a la undécima iba la vencida.

No hubo suerte.

Wesley ignoró la cara de preocupación de su supervisor y dejó caer el teléfono en su regazo.

—Hablamos mucho. Caleb me cuenta todo. De hecho, me cuenta demasiado.

—Seguro que está bien. Quizá se siente culpable y no está preparado para escuchar cómo le echas la bronca.

—Pues me va a tener que escuchar. No lo sabe él bien. Va a desear ser sordo.

Lloyd miró en su dirección y, con voz tranquila, le dijo:

—No creo que vuelva a hacer algo así, ya verás.

—Esa es la cosa. Que ya lo ha hecho antes. *Ausencias* sin justificar. En plural.

Cuando pararon en un semáforo en rojo, Lloyd le dio unas palmaditas en el muslo.

—Llegaremos a tiempo.

Una ola de calidez se extendió por la pierna de Wesley a través de la tela de los vaqueros y el pulso se le aceleró. Cuando habló, hasta tartamudeó:

—¿Q-qué pasa si ha dejado a una chica embarazada?

—No lo ha hecho —contestó Lloyd con frustrante seguridad.

—¿Por qué estás tan seguro de que no se está escapando del colegio precisamente porque es superresponsable y quiere estar al lado de la chica?

—Tienes una imaginación tremenda.

—Pero es que a lo mejor está faltando a clase por eso, para no perderse las visitas al ginecólogo.

—Wesley.

—Te lo digo en serio.

Wesley se quedó mirando la calle a través del cristal de la ventana del copiloto. Parecía que todo estaba pasando a cámara lenta. Se dio una palmada en la frente.

—Por eso mi madre le ha dicho al director que me llame a mí. Porque sabe lo del bebé ilegítimo y ha echado a Caleb de casa.

—No creo que tu madre hiciera algo así.

—No la conoces. Es tan cerrada, conservadora y estirada como el colegio al que nos dirigimos. —Miró a Lloyd—. ¿Y qué pasa si Caleb, debajo de toda esa verborrea y sarcasmo, está solo? Debe de estar preocupadísimo. Y desesperado.

Lloyd levantó la mano para cambiar de marchas y Wesley sintió toda calidez abandonar su cuerpo.

—No está solo. Te tiene a ti y tú siempre estás ahí para él.

Wesley suspiró, dándose un par de golpes contra el reposacabezas. Cuando habló, lo hizo en

voz baja:

—Cuando éramos pequeños me sacaba de quicio. Mi madre siempre le daba la razón porque, claro, era su hijo heterosexual y, como tal, el perfecto. Solía rezar para que mi madre se cabreara con él. ¿Y si de tanto rezar he hecho que se haga realidad?

Wesley miró hacia el cielo a través del parabrisas y juntó las palmas de las manos, tal y como le habían enseñado a hacer en el colegio.

—Lo retiro. Es muy buen chico. Y es muy joven para perder a su madre y convertirse en padre. —Miró a Lloyd y le dijo—: Soy mala persona.

—No, no lo eres, es típico de hermanos. Todo el mundo lo hace.

—¿Sí? ¿Tú también lo hacías?

—No.

—¿Y eso qué significa? ¿Que tú eres muy noble o que yo soy lo peor?

—Significa que no tengo hermanos.

¿Eh? Wesley parpadeó y volvió a mirar a Lloyd. Le conocía desde hacía unos años ya. ¿Por qué no sabía algo tan básico como eso? Y si no sabía algo así, ¿qué otras cosas desconocía?

—Ahora mismo no, porque estoy en medio de un ataque de pánico, pero cuando se me pase, hay unas cuantas cosillas que vamos a tener que cambiar.

Lloyd le miró por el rabillo del ojo y cambió de marcha.

—Hay *muchísimas cosillas* que tenemos que cambiar, Wesley.

Se acercaban a un semáforo que estaba a punto de cambiar de ámbar a rojo y, de repente, Lloyd *soycapricornioysiempresigolasnormas* aceleró y lo pasó sin dudar ni un instante.



—HEMOS LLEGADO A TIEMPO. ¡HEMOS LLEGADO A TIEMPO!

Ya en el colegio, ante la oficina del director Bontempo, Wesley trataba de recuperar el aliento. Entonces, la gran puerta de madera, con su brillante pomo y su reluciente plaquita de bronce, se abrió ante ellos.

—La primera vez que es usted puntual, señor Hidaka —dijo el director Bontempo, con sus ojos de bruja, su cuerpo flacucho y un traje que le quedaba como si le hubieran envasado al vacío con él—. Quizá con el paso de los años haya aprendido a medir el tiempo.

Qué encanto de señor.

Bontempo le estrechó la mano con rigidez y entrecerró los ojos cuando vio a Lloyd detrás de él. Le soltó la mano y le dijo:

—Pase a mi despacho, señor Hidaka. Su amigo puede esperar en el pasillo.

A Wesley se le erizaron los pelos de la nuca de pura mala leche y fulminó con la mirada al director Bontempo. Dios, cómo odiaba este colegio.

Una suerte que «el paso de los años» también le hubiera hecho tener más huevos.

—De hecho, me encantaría que se nos uniera.

—Este es un asunto familiar, señor Hidaka. Estoy seguro de que su madre no querría que sus *amiguetes* se inmiscuyeran.

Vale, vale. Todo en orden. Podía con ello. Ya no tenía dieciséis años.

No era como aquella vez que le hicieron venir al despacho del director tras pillarle enrollándose con Trevor Crace detrás de la capilla.

—Es casi de la familia —dijo Wesley mirando a los ojos al estirado de Bontempo—. Estamos prometidos.

Lloyd cogió aire de forma audible y luego le dio un abrupto ataque de tos.

Wesley le agarró y tiró de su brazo, pasandoselo alrededor de la cintura. Una vez medio abrazados, se echó hacia atrás y se apoyó contra el cálido y firme pecho de Lloyd. Notó la respiración de su supervisor contra el pelo y un susurro en el que creyó entender: «madre del amor hermoso».

Wesley deslizó los dedos por el antebrazo de Lloyd hasta llegar a su mano. Enlazó sus dedos a los de su supervisor y casi se ahoga al escuchar las palabras de este; palabras que sintió acariciando la piel de su cuello:

—El señor Bontempo solo estaba velando por la privacidad de la familia, cariño.

¿Cariño? A Wesley le tembló todo el cuerpo al tratar de reprimir la carcajada. Lloyd continuó:

—Pero ahora que está convencido de mi devoción y del incansable apoyo que le brindo a mi prometido, seguro que nos invitará a pasar a ambos. Le podríamos contar esa historia tan divertida de cómo mi primo abogado demandó a aquella florista por discriminación. Y por una cifra de seis dígitos, nada menos.

Wesley tenía la mirada fija en su exdirector, que se aclaró la garganta y dijo:

—Claro. Puede usted pasar, ¿señor...?

—Alexander Reynolds.

A Bontempo se le iluminaron los ojos.

—Si me permite preguntar —dijo, dirigiendo una mirada encantada a Lloyd—, ¿está usted emparentado con Tabitha Alexander Reynolds?

Lloyd dudó antes de contestar.

—Sí. Es mi tía.

—Qué mujer tan estupenda. Y de muy buena familia.

Con los andares más altivos del mundo, les condujo hacia los sillones de cuero que tenía frente a un enorme escritorio de estilo victoriano. Bontempo se sentó tras él, en una silla de piel aún más grande que sus asientos.

Una vez sentados, Wesley se echó hacia delante y apoyó los brazos en la mesa.

—¿Qué pasa con Caleb? ¿Por qué está faltando a clase? ¿Dónde está ahora mismo? ¿Por qué me ha llamado a mí y no a mi madre?

Bontempo abrió una carpeta y empezó a pasar hojas.

—Le hemos llamado porque su madre cree que hay más posibilidades de que le escuche a usted que a ella.

—¿De que me escuche sobre qué? Es un chico muy inteligente, si está faltando a clase será porque le está pasando algo aquí, en el colegio.

«O porque ha dejado a una chica embarazada», pensó Wesley, pero se lo guardó para sí mismo.

Por favor, por favor, que no fuera eso.

—Este colegio es de los mejores y, sí, Caleb era un chico muy inteligente con un futuro de lo más prometedor.

—¿Cómo que «era»?

—Sus notas han bajado en estos dos últimos años. Siguen siendo buenas, pero no espectaculares. La única asignatura en la que destaca de forma sobresaliente es en música.

—No me lo creo.

—Pues crea esto: si su actitud no cambia, Sandalwood no le dará una carta de recomendación para Treble. Y conozco a mucha gente en la junta directiva como para que se fien de mí y de mi criterio.

A Wesley se le escapó una carcajada llena de ironía.

—Caleb se merece esa carta. Incluso cuando nuestro padre murió siguió sacando unas notas buenísimas. Ha hecho trabajos que ya quisieran algunos universitarios hacer en su vida.

—Sus profesores coinciden en que, hasta ahora, su comportamiento siempre había sido ejemplar. Quizá la pena por la muerte de su padre era lo que le mantenía centrado en sus estudios. Por desgracia, eso ha cambiado. Ahora mismo no rinde lo suficiente como para que Sandalwood le haga una carta de recomendación. Eso se reserva para estudiantes cuyo trabajo es excelente en todo momento.

—¿Qué tiene que hacer Caleb para conseguir esa recomendación? —preguntó Wesley entre dientes. Lloyd cambió de postura y movió un pie, pegándolo al suyo a modo de apoyo.

—Podría considerar no ir a Treble.

Wesley se levantó de golpe. Este colegio era ridículo. Solo se valoraba a los estudiantes en función de que gustaran o no a su director.

—Eso no es una opción.

Bontempo miró a Lloyd.

—Podría ofrecer otra alternativa. Consideraré redactar la carta si, en lo que queda de año, saca sobresaliente en todas las asignaturas y no se salta ni una sola clase.

Bontempo cerró la carpeta, se levantó y rodeó el escritorio. Abrió la puerta para que salieran.

—¿Y ya está? —preguntó Wesley.

—Esto no es como cuando le castigaba en el pasado. Puede irse cuando desee.

Wesley apretó los puños.

Lloyd le pasó una mano por el cuello y lo acercó contra su cuerpo, como si hubiera sentido la necesidad de Wesley de soltar un puñetazo a algo.

—Disculpe, señor Bontempo —le dijo Lloyd en un tono tranquilo—, ¿podríamos tener una copia de su expediente y hablar con sus profesores?

Los capricornios eran así de maravillosos.

Bontempo echó un vistazo a ese estúpido reloj de bolsillo que siempre llevaba encima y contestó:

—Es la hora de comer. Pueden intentar hablar con ellos en la sala de profesores. Tendré una copia del expediente antes de que se vayan.

Wesley salió disparado del despacho y Lloyd tras él, con una mano en la parte baja de su espalda.

—Señor Hidaka —dijo su antiguo director antes de perderles de vista—. Si Caleb se pone enfermo un solo día en lo que queda de curso, olvídense de la carta de recomendación.



**Si no estás, lo veo todo negro.**

## Capítulo Cuatro

---

Lloyd le pasó la bebida y se sentó frente a él. Habían hablado poco en el camino de vuelta. Lloyd le había dado su espacio, permitiéndole hacer el trayecto en silencio, mirando por la ventana.

Al llegar a la residencia, Wesley no había querido subir a su habitación inmediatamente, así que había cruzado la calle hacia el bar de la acera de enfrente, volviendo sobre sus pasos solo para agarrar a Lloyd por el brazo y arrastrarlo con él.

Ahora, su supervisor estaba apoyado contra el respaldo de cuero de su asiento, al otro lado de la mesa, mirándole de una forma tan paciente que a Wesley le ponía nervioso.

—Un colegio muy agradable —le dijo.

—¿Verdad? —contestó Wesley mientras desbloqueaba el móvil—. Preciosos edificios de estilo victoriano, jardines que hasta han ganado premios, setos perfectamente podados para que puedan meterse sus tiasas ramas por sus estirados culos.

Wesley llamó a Caleb. Cuando le saltó el buzón de voz, hizo una mueca y dejó un mensaje:

—Escucha, Bombón, que te voy a contar lo que vamos a hacer: vas a dejar lo que sea que estés haciendo, por muy importante que creas que sea, y vas a ir a Me Gusta Robusta cuando yo entre a trabajar. Y, créeme, no quieres hacerme esperar.

Colgó y lanzó el móvil sobre la mesa.

Lloyd le miró por encima del borde del vaso que se estaba llevando a los labios.

—¿Qué? —le preguntó Wesley.

Lloyd dejó su bebida en el posavasos antes de contestar:

—Estoy intentando imaginarte en traje y corbata, y me resulta imposible.

Wesley se apartó un mechón de la frente.

—Hombre, por favor...

Lloyd se acercó a él sobre la mesa y bajó la voz.

—Y, dado que vamos a casarnos y eso...

Wesley cogió su bebida y ocultó una sonrisa tras el vaso.

—Este *whisky* con cola está demasiado suave.

—Eso es porque solo te he pedido cocacola.

Wesley deslizó el vaso sobre la superficie rugosa de la mesa.

—Pues ahí está el problema.

Lloyd cogió el refresco y se dirigió a la barra.

Wesley aprovechó y mandó un mensaje a los amigos de Caleb, preguntando dónde estaba su hermano.

Lloyd volvió con su bebida.

—El alcohol puede matarte —le dijo al llegar.

—¿Por eso nunca sales por ahí? ¿Tienes miedo de que mi gran amigo Alcohol salte de mi vaso al tuyo y acabe contigo?

—¿«Gran amigo»?

—Bueno, más bien somos conocidos. Nos vemos en ocasiones especiales y nos saludamos los fines de semana. —Wesley agarró el vaso con ambas manos y suspiró—. Y no me viene mal que me acompañe cuando mi antiguo director me da una charla y me dice que mi hermano no está yendo a clase.

—¿Qué vas a hacer con respecto a Caleb?

—Lo primero: encontrarle.

Justo entonces, le sonó el teléfono. Uno de los amigos de Caleb había contestado al mensaje: «¿Por qué no le preguntas a la señora Hidaka?», leyó en voz baja.

Wesley gimoteó. Llevaba un rato pensando que al final tendría que hacerlo y estaba agobiadísimo.

Lloyd le miró con una ceja alzada, primero a él y luego a su móvil.

—Ahora sí que necesito esto.

Wesley cogió su *whisky* con coca cola y se lo bebió de un trago.

—Jesús —susurró asombrado Lloyd.

—Mira, qué apropiado, la palabra favorita de mi madre. —Marcó el número de su casa y ella le cogió al tercer tono—. Hola, soy Wesley.

Hubo un segundo de silencio, tras el cual se oyó la voz contenida de su madre.

—Gracias por aclararlo. Jamás hubiera reconocido la voz de mi hijo mayor.

—Mamá, te llamo porque...

—¿Porque echas de menos hablar conmigo? ¿Cuándo hablamos por última vez? ¿Hace un año?

—En tu cincuenta cumpleaños.

—Eso, sí. El día que trajiste a cenar a ese jovencito. ¿Seguís juntos?

—No. Y no le llevé yo, era uno de tus invitados. Yo solo me enrollé con él.

Y fue un momentito. En el baño. Pero eso se lo guardó para él.

—¿Y tienes algún otro... novio? —preguntó su madre.

Wesley miró a Lloyd, que estaba observándole, y notó un leve cosquilleo en el estómago, justo por la zona donde Lloyd le había tocado antes, cuando le pasó el brazo por la cintura.

—Um, no. Mira, mamá...

—Me alegro. Y me alegro de oír tu voz.

Wesley cerró los ojos.

—¿Por qué has dicho en el colegio que gestionen el tema de Caleb conmigo?

—Porque tu hermano está pasando por una fase de esas... ya sabes, como tú a su edad.

Wesley agarró su vaso con fuerza, deseando que un poco más de *whisky* con coca cola se materializara en él. Y esta vez, a ser posible, sin la coca cola.

—Esa «fase», como tú lo llamas, fui yo descubriéndome a mí mismo. Y no, no tengo novio. Pero tengo un Lloyd y nos vamos a casar. A Bontempo le ha encantado conocerle.

Lloyd estaba bebiendo justo en esos momentos y escupió el refresco por toda la mesa al escucharle. Wesley le dedicó una sonrisa avergonzada y le pasó unas servilletas para que seacara la evidencia de su sorpresa.

Su madre seguía callada, absorbiendo la información que le acababa de soltar. Wesley se movió nervioso en el sillón mientras esperaba su respuesta y evitaba encontrarse con los ojos de

Lloyd.

—Aún eres muy joven. No deberías tomar decisiones precipitadas.

Qué don el de su madre, siempre haciéndole sentir pequeño.

—¿Dónde está Caleb? ¿Qué está pasando?

—Se ha ido de casa.

A Wesley casi se le cae el teléfono al escucharla. Subió el hombro rápidamente para sujetárselo bien contra la oreja.

—Perdona, ¿qué?

A Lloyd debió de llamarle la atención su tono y articuló:

—¿Estás bien?

Wesley le señaló su vaso vacío con un dedo y luego hizo un gesto hacia la barra. Pero Lloyd se limitó a pasarle lo que le quedaba a él de refresco.

—Creí que se estaba quedando contigo en la residencia —dijo su madre.

—¿Qué le has hecho?

—Eso es muy injusto, Wesley.

¿Injusto? Conocía a su madre. Había pasado por lo mismo.

—A ver, ¿qué fue lo último que hablasteis?

—Tuvimos una conversación sobre esa ridícula fijación suya de estudiar música en Treble. Como si ninguna otra universidad le valiera. A veces, me arrepiento de haberle comprado la flauta. Si tu padre aún estuviera vivo...

Si su padre aún estuviera vivo habría ido a cada puta clase de flauta de Caleb. A cada actuación. Hubiera convencido a Bontempo de que escribiera esa carta.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue de casa?

—Un mes.

—¿Y no se te ha ocurrido llamarme y contármelo?

Y lo que era peor: ¿por qué no lo había hecho Caleb?

—Me dejaste muy claro que no querías que contactara contigo.

Vale, ahí tenía razón, pero aún así...

—Por lo menos, contesta los mensajes que le mando —continuó su madre—. Dice que aún no está listo para volver a casa.

—¿Cómo sabes que está bien? Mierda, tengo que encontrarle.

Cuando volvió a hablar, la voz de su madre tenía un deje desesperado.

—Wesley, por favor..., necesito que al menos uno de mis hijos vuelva a casa.



WESLEY CONDUCE *UN POCO* POR ENCIMA DEL LÍMITE DE VELOCIDAD. LLOYD IBA A SU LADO, PÁLIDO como un muerto y con los nudillos blancos de lo fuerte que se aferraba a la agarradera sobre su cabeza; iba lamentándose en voz alta por haber sugerido que Wesley le llevara al taller a por su coche antes de ir a encontrarse con Caleb.

Su hermano no había aparecido en Me Gusta Robusta a la hora a la que Wesley entraba a trabajar, así que había tenido que convencer a Suzy para que cubriera su turno de esa tarde.

Dobló la esquina hablando a gritos hacia su móvil, que se había escurrido desde el salpicadero hasta el regazo de Lloyd y ahora este lo sujetaba contra su entrepierna para que no se le colara entre los muslos.

—Mira, Caleb... Bombón... Tostadita con aguacate... soy guapo, pero no tonto. —Wesley

siguió hablando con la vista fija en el regazo de Lloyd, que negó con la cabeza con cara de paciencia—. He conseguido entrar en tu cuenta de Google y sé dónde estás. Voy a por ti y no voy nada contento.

—¿Me has pirateado la cuenta? —Caleb tuvo los huevos de sonar indignado. Ese valor se lo daban las hormonas adolescentes, sin duda.

—No. He usado la contraseña que me diste por si un día te secuestraba una nave alienígena.

—¿Cuándo te he dado...?

—En Halloween. Cuando nos tomamos aquellas piruletas que debían de llevar droga o algo, y nos pasamos toda la noche confesándonos nuestros más oscuros secretos.

—Ah, sí. —A Caleb se le notaba en la voz que estaba sonriendo—. La noche que me contaste tu fantasía de hacerlo con un profesor o con tu...

—¡Deja de hablar! —Wesley no tenía que mirar a Lloyd para saber que se lo encontraría con una ceja alzada. Notó el calor subirle por el cuello hasta la cara y cambió de marchas, evitando de milagro a una anciana que cruzaba la calle—. Nada de lo que dijimos esa noche era cierto.

—Pues ya me dirás entonces cómo has conseguido entrar en mi cuenta.

Su hermano era demasiado avisado.

—Mira, da igual, tenemos cosas más importantes de las que hablar.

Tenía delante un tractor que iba lentísimo. Echó un vistazo a los espejos retrovisores e hizo un giro brusco a la derecha.

Lloyd se sobresaltó y el teléfono se le metió entre las piernas. Wesley se inclinó y siguió hablando a la entepierna de su supervisor, eso sí, mirando al frente, la seguridad vial era lo primero.

—¿Has dejado embarazada a alguna chica?

Desde el otro lado les llegó la risotada de su hermano.

—No. A no ser que los condones que cojo del alijo secreto que tienes en el cajón de tu mesilla estén caducados.

Lloyd tapó el micrófono del móvil y articuló:

—¿Alijo? ¿En serio, Wesley?

—Los que me sobran. Algunos chicos se me cansan enseguida. Es que yo tengo mucho aguante.

—Lloyd apartó la mano y él siguió hablando con Caleb—. ¿Nada que ver con chicas, entonces?

—Para nada. A no ser que consideres que mamá está dentro del término «chicas».

—¡Cuidado con el ciclista! —dijo sobresaltado Lloyd, que dejó caer el teléfono para agarrar el volante y esquivar al de la bici.

Wesley le intentó calmar guiñándole el ojo y giró a la izquierda.

—Vas a tener que hablar más alto, Bombón —gritó Wesley hacia el salpicadero, donde Lloyd había dejado de nuevo el móvil. La mirada que su supervisor le estaba dirigiendo hizo que Wesley tragara con dificultad—. Bueno, mejor voy a colgar, que mi prometido me está lanzando rayos por los ojos. Te veo en veinte minutos.



DEJÓ A LLOYD EN EL TALLER, Y SIGUIÓ CONDUCIENDO HACIA EL CENTRO. DEJÓ ATRÁS VIEJOS almacenes destartalados y entró en una zona medio deshabitada que los fines de semana se llenaba de puestos callejeros.

Su hermano estaba sentado en la acera frente a una fábrica abandonada. Tenía la mochila entre las piernas y estaba limpiando la flauta. Wesley aparcó junto a él y se bajó del coche.

Caleb hizo una pausa al notar su presencia, pero siguió sacando brillo a su instrumento un segundo después.

—¿Qué haces aquí fuera? —le preguntó Wesley, jugueteando con las llaves del coche.

Caleb se encogió de hombros y señaló el edificio tras él, la fábrica.

—Estaba con unos amigos.

Wesley apretó las llaves con fuerza.

—Ay, Dios mío, no me digas que vendes droga.

Caleb dejó de limpiar la flauta para ponerle los ojos en blanco.

—No tengo ni he tenido nunca ningún contacto con las drogas. Bueno, excepto por lo de esas piruletas. Y eso fue una sorpresa para ambos —dijo su hermano mientras empezaba a guardar sus cosas en la mochila.

—¿Por qué no me has contado que tenías problemas en casa y en Sandalwood?

—¿Por qué no me has contado tú que te ibas a casar?

—Sabes que no me voy a casar. Estaba bromeando. Más o menos. Con lo de «prometido» me refería a mi supervisor.

A Caleb se le iluminó la cara. Una sonrisa de verdad, con hoyuelos y todo.

—¿A Lloyd? ¿Por fin estáis juntos?

—Sí. A Lloyd. ¿Qué otro supervisor podría ser? Es solo que... tanto Bontempo como mamá se han encargado de mostrar el más absoluto desdén hacia... un momento, ¿a qué te refieres con lo de que si *por fin* estamos juntos?

Caleb cerró la mochila. Estaba a reventar, ¿qué guardaba ahí dentro? ¿Su armario al completo?

—Que os enrollarais era cuestión de tiempo. Casi todo Williamson ha apostado al respecto. Debe haber como mil pavos de bote.

—¿Qué?

—Por cierto, vas a tener que prestarme treinta dólares, porque estaba seguro de que Lloyd te haría esperar hasta verano, cuando lo vuestro no fuera contra la reglas de la residencia y todo eso. MacD se va a forrar.

—Lo que dices no tiene sentido.

—Tío, tontear con él todo el rato.

—A ver... eso lo sé. Pero es de broma. —Wesley ayudó a su hermano a levantarse—. Además, me ha dejado bastante claro que no quiere un rollo conmigo. Y yo le apoyo, estoy de acuerdo con esa decisión suya, porque en la cama seríamos un desastre.

Caleb alzó una ceja.

—Da igual. Prefiero no saber. No me vas a llevar a casa de mamá, ¿verdad?

Como si fuera a servir para algo. Caleb sabía cómo escaparse por la ventana de su cuarto. El propio Wesley le había enseñado a hacerlo.

—Por ahora, te vienes a la residencia conmigo.

—Pues en ese caso, bueno, en cualquier caso... —Caleb le quitó las llaves del coche de las manos—, yo conduzco.

—MacDonald se va a cabrear si te dejas conducir su coche.

Caleb soltó una risotada.

—Créeme, lo preferirá con creces.

Wesley se subió al asiento del copiloto y lanzó la mochila de su hermano al asiento de atrás.

—Si tanto te gusta conducir, deberías comprarte un coche. Pero para poder comprarte un coche tienes que encontrar un trabajo y, para eso, necesitas sacar notazas en Sandalwood y que te hagan una carta de recomendación para Treble.

Caleb sonrió mientras comprobaba el espejo retrovisor.

—Wes, sabes que te quiero, ¿verdad?

—Sí, sobre todo cuando me vas a pedir algún favor. O cuando estás intentando evitar que hablemos de la razón por la que no estás yendo a clase.

La sonrisa de Caleb se hizo aún más grande.

—No es que me guste conducir. Lo que me gusta es vivir.

—¿Ves? Sigues evitando el tema. Y no conduzco *tan* mal.

Caleb negó con la cabeza.

—Jamás deberían haberte dado el carnet.

—Ya, pero me lo saqué. ¿Y sabes por qué? Porque me estudié el código vial y pasé los exámenes. Y eso me abrió muchas puertas, puertas que quiero que también se abran para ti.

—Me he currado todos los trabajos que me han mandado y sacaré buena nota en los exámenes. Toco la flauta cada día. Soy lo suficientemente bueno para Treble.

—Y yo te creo, Bontempo ya es otra cosa...

—Odio su apellido. Muchísimo. Porque la música es algo precioso y «Bon» significa bueno y «tempo», ritmo. Pero no hay nada de bueno ni de rítmico en ese idiota.

Wesley se rio.

—Ya, pues el señor Buen Ritmo es el que decide si entras o no en la universidad de tus sueños. Y déjame que te diga una cosa, Bombón, por si no lo sabes: la cosa no pinta nada bien.



WESLEY LE SOLTÓ UNA BUENA CHARLA.

Y, para su sorpresa, Caleb le escuchó sin apenas interrumpirle.

—Pero en serio, lo de no ir a clase...

Caleb se frotó las manos en el volante y dijo:

—Mis notas y mi música son lo único que debería de importar.

—No vuelvas a faltar a una clase.

Su hermano hizo una mueca.

—¿Caleb?

—Vale. A ver, que he llegado tarde algunos días porque tenía ensayo a primera hora.

—¿Ensayo?

—Estoy con la orquesta de Charlie Johnson-Brown.

—¿Johnson-Brown? ¿El famoso director? —Ante el asentimiento entusiasta de Caleb, Wesley dio un gritito de satisfacción—. ¡Eso es increíble!

Caleb sonreía.

—¿A que sí?

—¡Claro que sí! —Pero Wesley tuvo que rebajar un poco su nivel de entusiasmo para poder seguir riñéndole de forma convincente—. Aunque sigues necesitando esa carta de recomendación.

—Te lo juro, trabajaré a lo bestia, pero prométeme que no le vas a decir a mamá lo de Johnson-Brown.

—No vuelvas a saltarte una clase y no tendré que hacerlo.

Chocaron los nudillos a modo de pacto entre hermanos.

Wesley se echó para atrás en su asiento y cambió de tema.

—Lloyd nunca sonrío.

—Sí que sonrío. Mucho. Pero nunca cuando tú lo miras.

—Que no.

—Que sí.

Wesley buscó su móvil.

—Voy a zanjar el tema ahora mismo.

Marcó el número de Lloyd y este descolgó al primer tono. De hecho, lo cogió *antes* del primer tono. ¿Cómo era eso posible?

Seguro que era un sentido extra que tenían los capricornio.

—Dime que estás vivo —dijo Lloyd.

Caleb debió oírle y empezó a reírse.

—Los coches son bestias metálicas enormes que no se parten en dos por un arañazo de nada. O tres —fue la respuesta de Wesley.

Caleb se rio un poco más y dijo en voz alta:

—Está bien, tranquilo. Conduzco yo.

Wesley miró fatal a su hermano.

Cuando Lloyd volvió a hablar, Wesley sintió un cosquilleo en la garganta. Debía de ser porque el cinturón le asfixiaba un poco justo ahí.

—¿Para qué me llamabas?

—¿Alguna vez sonríes?

—Como todo el mundo.

—Ya, pero yo me refiero a que si sonríes cuando yo estoy cerca.

—Randy, baja la espátula inmediatamente y aléjate del fuego. —Se oyó un chillido al otro lado de la línea, tras el cual Lloyd se despidió—: Lo siento, te dejo, tengo un residente al que darle la charla.

—Sé bueno —le dijo Wesley.

—Siempre soy bueno.

Lloyd colgó y Wesley negó con la cabeza.

—Pobre Randy, Lloyd le va a dar de lo suyo.

Caleb parecía estar conteniendo la risa.

—A ti sí que te va a dar de lo tuyo.



**Haces que mi amor suba como la espuma.**

## Capítulo Cinco

---

Cuando llegaron a Williamson, varios de los residentes del tercer piso estaban en la zona común organizando algo. Danny, Charlie, Steve y Randy se repartían pulseras de colores alrededor de la mesa de billar, por cuya felpa verde rodaba una pelota inflable. También había un dado gigante con cada cara de un color.

—Necesitamos, al menos, dos jugadores más.

Randy fue rápido divisando y señalando a Wesley y a su hermano, que acababan de entrar en la sala.

Wesley dejó su mochila y la de Caleb en un sofá y le hizo un gesto a Randy para que le pasara unas pulseras.

MacDonald estaba sentada en una butaca con un libro en las manos. Pasaba las páginas sin prestar atención y alternaba su mirada entre Wesley y Caleb. Podría haber sido un efecto de la luz, pero por un segundo, a MacD le brillaron los ojos más de lo normal.

—Tus llaves. —Wesley se las lanzó y ella las cogió al vuelo. Después, bajó la vista hacia su libro y siguió leyendo.

Wesley cogió las pulseras naranjas que Randy le pasó y, poniéndoselas junto a la suya negra, se tiró en el sofá. MacDonald cerró el libro de golpe y dijo:

—Nos tenías preocupados, Bombón.

—*Oooh* —contestó su hermano—. Y yo creyendo que no tenías sentimientos.

Ella le dedicó la más mordaz de las miradas. A Wesley le hizo mucha gracia. Agarró la mano de su hermano y le colocó tres pulseras azules, pero Caleb no le prestó ninguna atención. Seguía mirando a MacDonald con una mezcla de fascinación, adoración y miedo. Miedo del de verdad, en plan que temía por su vida.

Y debería.

—¿Qué es eso tan importante que tenías que hacer en vez de ir a clase? —le preguntó ella de forma directa.

Caleb miró hacia su mochila antes de contestar:

—Mi flauta.

—¿Tu flauta?

—Me encanta tocarla. Y no sé si está bien que lo diga yo, pero se me da muy bien.

Ella negó con la cabeza, se puso de pie sobre su pierna buena y dijo:

—Mira que sois simples los tíos, ¿eh? Os pueden las hormonas.

Caleb se enderezó.

—Perdona, ¿qué?

MacDonald cogió las muletas y Caleb se levantó para acercarse a ella.

—Que se me da muy bien, de verdad. Ven, que te hago una demostración.

—¡Ni se te ocurra! Déjala guardadita.

—¡Pero bueno, MacD!

MacDonald empezó a caminar hacia su cuarto y Caleb fue tras ella. Tuvo que hacer una pausa cuando la pelota hinchable le rozó y Randy se acercó a quitarle una de sus pulseras, pero luego reanudó la marcha y salió de la sala corriendo.

Wesley soltó una carcajada, se quitó las botas y se tumbó cuan largo era en el sofá. La pelota volvió a volar por toda la habitación, rebotó en el hombro de Danny y le dio en toda la cara a Lloyd, que en esos momentos hacía su aparición.

Lloyd cogió la pelota y los cuatro chicos se quedaron quietos como muertos. Su mirada fue de Danny a Wesley y luego la fijó en Randy.

—¿Otra vez tú?

—Estamos jugando. Y voy ganando —dijo Randy, ruborizándose y acercándose a él. Lloyd le observó unos segundos y le tendió la pelota.

—No rompáis nada —les advirtió.

El juego se puso de nuevo en marcha.

Lloyd se apoyó en el respaldo del sofá donde estaba tirado Wesley y le miró.

—¿Por qué tu hermano está aporreando la puerta de MacDonald y Suzy?

—Porque está enamorado.

—¿De cuál de ellas? Porque una de las dos opciones me parece una locura.

—Los Hidaka solemos enamorarnos de quien no debemos.

Justo cuando terminaba la frase, la pelota aterrizó contra su pecho. Danny se acercó a él con la mano tendida, reclamando una pulsera. Wesley se quitó una y se la dio mientras el resto lanzaba el dado, que fue dando botes por la moqueta hasta acabar con su lado azul hacia arriba. Wesley tenía dos opciones: ir a por su hermano, que era quien tenía las pulseras azules o ir a por Randy, que le había quitado antes una pulsera a Caleb.

—Ayúdame a levantarme, anda —dijo, alzando la mano hacia Lloyd.

Lloyd negó con la cabeza, pero tiró de él y le ayudó a incorporarse. Tenía la mano grande y fuerte, y Wesley le mantuvo el agarre unos segundos más de los necesarios.

Cuando le soltó, se puso de pie y se llevó la pelota con él hacia el pasillo. Lloyd le seguía de cerca, su cuerpo irradiando calor detrás de él.

Caleb estaba apoyado contra la puerta cerrada de MacDonald, sonriendo.

—En algún momento tendrás que salir de tu habitación.

Wesley le lanzó la pelota y le dio en la nariz.

—No creo que acechar su puerta sea lo más acertado.

Lloyd soltó una risa ronca y murmuró:

—Debe ser cosa de familia.

En un arranque de locura (y de confianza) Wesley se lanzó hacia atrás, hacia Lloyd, que le cogió sin dudar contra su pecho, emitiendo un ruidito de sorpresa.

—*Oooh*, Lloyd —le dijo contra el cuello—. Lo has dicho con tanta ternura... creo que en el fondo te gusta esa constante necesidad que tengo de rondar tu puerta.

La cara de póquer de Lloyd incitaba a Wesley a hacer algo drástico, cualquier cosa que provocara una reacción en su supervisor. Podría lamerle el cuello o algo así.

Lloyd pareció leerle el pensamiento y le apartó lo más rápido que pudo.

—Digamos que es... interesante.

—Entonces —preguntó Caleb poniéndose el balón bajo el brazo—, ¿cuándo es la boda?

—Pues, mira, creemos que en verano. En un campo lleno de flores de lavanda. ¿Has mandado un mensaje a mamá para decirle que estás bien?

—¿No querías llamarla y contárselo tú? —fue la respuesta de su hermano, que ahora miraba por encima del hombro de Wesley, abriendo mucho los ojos y haciéndole gestos con la cabeza para que se diera la vuelta.

Wesley se giró hacia Lloyd justo a tiempo de ver una especie de sonrisa asomando a sus labios; sonrisa que disimuló enseguida, volviendo a su gesto serio. Vaya... Así que ahora era una especie de juego... Pues participaría encantado, faltaría más.

Wesley no quería quitarle los ojos de encima, por si acaso, y le siguió con la mirada cuando un residente le llamó desde el otro lado del pasillo y Lloyd se encaminó hacia él. Echó de menos su cercanía al segundo en que se alejó de su lado. Pero encontraría cualquier excusa para volver a hablar con él luego. Siempre lo hacía.

—Dile a mamá que estás bien —le dijo a su hermano.

Caleb se sacó el teléfono del bolsillo, escribió algo y volvió a guardárselo.

—Ya está.

—¿En casa de cuál de tus amigos sueles quedarte a dormir?

Caleb se balanceó inquieto en sus botas de *cowboy* y se encogió de hombros, con cara de culpabilidad. Casi se le cae la pelota que seguía teniendo bajo el brazo, pero la recuperó antes de que llegara al suelo.

—Los padres de mis amigos no ven bien que me quede con ellos los días de diario.

Wesley frunció el ceño. Y, entonces, se dio cuenta de por qué Caleb le había pedido que le recogiera frente a esa fábrica abandonada.

—¿Cuando he ido a recogerte me has dicho que estabas con unos amigos!

—Y lo estaba. Estoy con ellos cada noche. De domingo a jueves. Hacemos turnos para que el fuego del bidón no se apague.

—¿Caleb!

Su hermano le puso morritos.

—¿Ya no me llamas Bombón?

—Es que no sé ni por dónde empezar... —Wesley quería buscar a Lloyd y que fuera él quien arreglara esto. Porque a Lloyd se le daba de maravilla, hacía magia cuando se trataba de arreglar cosas. Cualquier cosa. Todo—. ¿Por qué no viniste aquí conmigo? ¿Por qué ni siquiera me lo dijiste? —Hizo una pausa en su interrogatorio y olfateó el aire—. ¿Dónde te duchas?

—En el gimnasio del colegio. —Caleb se apoyó contra la puerta de MacDonald y empezó a jugar con la pelota, lanzándola arriba y abajo. Seguro de sí mismo. Como si no hubiera tomado ninguna mala decisión—. Y no quería venir a ti porque no quería que te sintieras culpable de haberme dicho tantas veces que irte de casa era lo mejor que habías hecho en tu vida.

Bendita ignorancia. Para qué habría preguntado.

—Ahora sí que me siento culpable, Bombón.

Caleb apoyó la suela de la bota contra la puerta de MacDonald y dio un patada.

—No todo es tu culpa.

—Hombre, pues gracias. Me siento mucho mejor.

Caleb le sonrió con socarronería y Wesley le devolvió la sonrisa.

—Qué podrías hacer tú, ¿eh? No te dejan tener invitados de forma permanente.

—Podemos tener invitados siempre y cuando se vayan antes de las diez y media. Y si avisamos al supervisor que esté de guardia que alguien se va a quedar a dormir, no debería de haber ningún

problema.

—Siempre y cuando la pernoctación no exceda de dos noches por semana.

—¿Pernoctación? ¿Cómo sabes tú todo eso? ¿Has estado teniendo largas e interesantes charlas con Lloyd sobre reglas y normativa?

Caleb soltó una risotada. Al ver la mirada de Wesley se calló.

—Hombre, interesantes, lo que se dice interesantes...

Wesley miró en la dirección de Lloyd, que estaba leyéndole la cartilla a un residente. Puede que a Lloyd le gustara, pero no lo suficiente como para romper las reglas por él.

—Pensaremos algo —dijo, no tanto para su hermano el fugado como para sí mismo.

Su móvil sonó justo cuando Randy gritaba:

—¡Naranja!

Caleb le tiró la pelota contra el pecho. Wesley se rio y le dio su última pulsera. Hizo un amago de darle una patada en el culo y leyó el mensaje que le acababa de llegar:

**MacDonald:** ¿Tu hermano y su flauta se han largado ya?

Y otro de su madre:

**Mamá:** Gracias, Wesley.



**Te quiero comer toda la *moca*.**

## Capítulo Seis

---

**D**urante toda la semana siguiente su hermano se quedó con él en su cuarto. Dormían juntos, apretujados en su cama de noventa centímetros y aprovechaban los ratos que Lloyd no estaba cerca para colarse en las duchas y en la cocina. Cada noche, firmaban su salida en el libro de visitas y fingían despedirse en público antes de que Caleb volviera a entrar a escondidas en su habitación.

Tras siete días de inventar excusas, Lloyd les pilló. Era increíble, tenía ojos hasta en el cogote. Así que Wesley le contó que Caleb había tenido que volver en plena madrugada porque tenía un problema con la bebida y había perdido las llaves de casa.

Le miraron fatal. Los dos. Tanto Lloyd como su hermano.

Lloyd le dijo que si infringía las normas una vez más, no tendría más remedio que informar.

Iban a tener que tener cuidado. No podían cagarla otra vez.

Iban a tener que ser como ninjas.

Por suerte, lo habían conseguido una vez más. La noche pasada. Y ahora Caleb y él estaban intentándolo de nuevo: Wesley vigilaba el pasillo desde la escalera, su hermano como una sombra tras él, viendo cómo Lloyd salía de la cocina detrás de Steve, a medio camino entre donde estaban ellos y la habitación de Wesley.

—¿Qué tal si vuelves y limpias tus platos? —le dijo Lloyd a Steve agarrándolo por el hombro y haciéndole dar un salto del susto.

—Es que tengo una cita.

—¿A las diez y media de un miércoles?

—¿He quedado para estudiar? —fue la poco convincente respuesta del chico.

Lloyd le puso una mano en la espalda y lo condujo de nuevo a la cocina.

Wesley salió al pasillo y le susurró a Caleb.

—Esta noche está en plan *capri* total. No hagas ni un ruido.

—Como un puto ninja, lo prometo —dijo Caleb un poco demasiado alto. Ante la mirada asesina de Wesley, bajó la voz—. Te sigo.

Wesley dio un paso hacia la cocina.

—No, quédate aquí. Cuando me oigas reírme, quiere decir que tienes vía libre.

Wesley hizo su entrada en la cocina con una sonrisa de oreja a oreja. Lloyd estaba ayudando a Steve a secar los platos y, al verle entrar, levantó la vista. Le echó un vistazo rápido, pero tras unos segundos, volvió a mirarle, observándole más atentamente.

Wesley se fue hacia el otro extremo de la cocina, pensando: «venga, Lloyd, tú sígueme a mí con la mirada y no mires hacia la puerta». Y, con toda la calma del mundo, cogió un vaso y lo llenó de

hielo, quedándose ahí un rato, con la puerta del frigorífico abierta.

Lloyd había dejado de secar los platos y ahora simplemente le miraba a él.

Wesley sonrió aún más.

Lloyd dejó el trapo y el plato que tenía en las manos en la encimera y Steve aprovechó el momento para escaquearse. Si vio a Caleb al salir, no dijo nada.

—¿Qué? —preguntó Wesley ante la mirada escudriñadora de Lloyd.

—Estás tan tenso que tienes hasta cara de estreñimiento.

A *alguien* se le escapó una risotada en el pasillo.

Lloyd alzó una ceja.

—¿Wesley?

Wesley puso cara de pura inocencia y alzó su vaso.

—Yo solo he venido a por hielo.

—Pues mira, yo acabo de acordarme de que anoche, cuando fui al baño —justo en esos momentos Wesley vio pasar a Caleb por detrás— hubiera jurado que vi a tu hermano entrando en tu cuarto. Pero entonces me acordé de que te había dejado claro que si te volvía a pillar colando invitados, me vería obligado a rellenar una queja formal. Así que supongo que todo fue obra del estado de duermevela en el que me encontraba.

—Fue lo del duermevela, fijo.

Caleb se asomó por la puerta y le hizo un gesto con la mano.

Wesley se palpó el bolsillo y se dio cuenta de que no le había dado la llave.

—¡Mierda! —dijo.

Lloyd dejó caer la cabeza hacia delante, su barbilla casi pegada al pecho.

—Mejor que no me dé la vuelta, ¿no?

—¿Me sujetas esto un segundo? —dijo Wesley, poniéndole el vaso de hielo en la mano y rodeándole—. ¿Y me esperas ahí sin moverte?

Lloyd soltó un bufido, pero como el paciente capricornio que era, esperó.



EL SÁBADO POR LA MAÑANA, CUANDO WESLEY VOLVÍA DE DARSE UNA DUCHA, SE ENCONTRÓ A CALEB estirado en su cama con unas partituras en la mano y una sonrisa bobalicona en los labios.

—Estamos en horario de visitas, no pasa nada si sacas la flauta —dijo Wesley que, al escuchar lo que acababa de decir, se estremeció—. Mierda, MacDonald me ha jodido el término «flauta» de por vida.

—Dímelo a mí —murmuró Caleb con la boca llena de galletas.

—¡Oye, que me estás echando migas en la cama! —Siempre había migas en su cama, pero bueno...

—¿Me lo estás diciendo en serio? El otro día te vi coger una migaja de galletita salada de entre los cojines y comértela. Y vete tú a saber el tiempo que llevaba allí.

—Era una patata, no una galletita salada. Vinagreta, para ser más exactos —contestó Wesley y acto seguido cambió de actitud, le puso cara de hermano mayor y le dijo—: ¿Cómo llevas los trabajos que te han mandado?

—Ya sabes, bien.

—No, no lo sé. Por eso pregunto.

Caleb le lanzó una almohada a la cabeza.

—Bien. Bueno, hay una cosa de matemáticas que se me resiste, pero es complicada y no creo

que nadie en clase sepa hacerlo.

—Ya, pero es que tú sí tienes que hacerlo bien.

De fondo, Wesley oyó la voz de Gemma. Lloyd no tenía guardia este fin de semana. ¿Qué haría en su tiempo libre? Wesley no lo tenía claro. Algo muy responsable y cuadrulado seguro. A lo mejor se afeitaba la cabeza otra vez.

—¿Te vas a quedar a dormir esta noche? —le preguntó Wesley a su hermano.

—No eres el único que tienes planes, ¿sabes? Aunque la verdad es que yo voy a usar mi flauta para ensayar, no como tú, que seguro que tienes prevista una noche loca.

De hecho, lo único que quería Wesley era dormir. Aunque solo fuera una noche. La espalda le estaba matando.

—No sabes tú bien la acción que va a ver ese colchón hoy.

Caleb se puso cómodo en la cama.

—Por mí no te preocupes, voy a quedarme en casa de un amigo, pero la verdad es que tampoco entiendo por qué no lo hacéis en la habitación de Lloyd, en vez de aquí.

Wesley agarró a su hermano por los talones y lo arrastró fuera de la cama.

—Lárgate.

—Pero dijiste que podría tocar mi flauta un rato.

—Y dale con la flauta, ¡deja de decirlo, por Dios!

—Oye, que me he contenido de decir que si querías la tocaba para ti, en plan *show* íntimo. Y ha sido todo un logro.

—Largo. Ya.

Caleb se puso sus botas de vaquero, cogió su mochila y sus partituras, y se dirigió a la puerta.

—¿No quieres, entonces?

Wesley le fulminó con la mirada.

Caleb salió pitando.



WESLEY HABÍA HECHO GALLETAS CON EXTRA DE CHOCOLATE Y UN TOQUE DE VAINILLA, Y SE DISPONÍA a dárselas a Lloyd.

Al llegar a su puerta, vio que Diana estaba dentro y esperó fuera sin que le vieran. La chica se estaba quejando de que no era justo que la amonestaran por tener alcohol en su dormitorio.

—No te estoy diciendo que no puedas pasarlo bien. Puedes. Pero no puedes beber en tu habitación, porque es mi responsabilidad. Además, es lunes.

—¿Y no podrías dejarlo pasar? ¿Solo por esta vez? —preguntó ella.

—No, no puedo. Sentaría un precedente.

—Los otros supervisores son mucho más permisivos que tú.

—A los supervisores permisivos, les echan.

Wesley agarró fuerte el plato de galletas, pensando en cómo metía a su hermano cada día como un polizón. Y así llevaban dos semanas ya.

Dos semanas sin casi dormir, estudiando con Caleb y siguiéndole cada mañana al colegio.

No quería que Bontempo volviera a llamarle.

—¿Wesley?

Wesley parpadeó al oír su nombre y se dio cuenta de que Diana ya caminaba pasillo abajo, hacia la sala común.

Asomó la cabeza por la puerta de Lloyd y le dijo:

—¿Cómo sabías que estaba esperando fuera?

—Mi sexto sentido.

Wesley olisqueó el aire.

—Vale, huele a galletas, ¿no?

—Y eres el único que las hace en toda la residencia.

—Te he traído unas cuantas.

Lloyd se echó para atrás en la silla, con el bolígrafo entre los labios. Se lo quitó para preguntarle:

—¿Qué quieres?

—¿Por qué asumes que quiero algo?

—Venga, por favor.

Wesley dejó el plato en un hueco libre del escritorio.

—*Cookies* con extra de chocolate.

—¿Con un toque de vainilla?

—Por supuesto.

Lloyd se levantó y cerró la puerta.

Wesley se quedó mirando la silla giratoria, ahora vacía, y se quedó casi sin aliento al sentir el calor de Lloyd tan cerca de él. Sus siguientes palabras le hicieron cosquillas en la piel del cuello.

—¿Hace cuánto que nos conocemos?

Wesley pasó una hoja de lo primero que pilló sobre el escritorio. Un cuaderno con números garabateados por todas partes.

—No sé. ¿Dos años, tres meses y casi siete días?

Lloyd se volvió a sentar en la silla con un gesto de frustración.

—Y yo creyendo que aguantaría con pelo hasta los treinta. Estas conversaciones, estas, son las que me van a dejar calvo de forma prematura.

Wesley contuvo la risa.

—Eso es porque los capricornio no aguantáis a los géminis.

Lloyd se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre las rodillas.

—¿Cuánto hace que somos amigos?

—¿Y eso qué más da? Ahora estamos prometidos.

—Claro, eso... antes de prometernos, ¿cuánto tiempo hemos sido amigos?

—¿Crees que lo nuestro podría llamarse *ser amigos*? —preguntó Wesley.

—Sí, la verdad es que eso es bastante discutible.

Wesley hizo un cálculo rápido.

—A ver... dos años, tres meses y cinco días —dijo—. Porque el primer día, me gritaste.

Lloyd bufó.

—Dejaste caer una caja llena de libros de derecho en mi pie.

—Haber llevado zapatos.

—Venía de la ducha.

Wesley no necesitaba que le recordaran ese momento, la imagen de esos músculos húmedos contrayéndose al andar estaba grabada en sus retinas.

—Pues echa la culpa a esa tersa y suave piel tuya. Y a tus músculos. Y a tu abdomen esculpido en mármol.

—Todo eso se consigue haciendo ejercicio —susurró Lloyd como si le estuviera descubriendo un secreto.

Wesley también le contestó en un susurro:

—A no ser que ya te venga de serie, como a mí, que nací así.

Lloyd le miró entornando los ojos.

—En todo el tiempo que hemos sido amigos, que es a lo que iba, nunca jamás has hecho mis galletas favoritas.

—Pero ahora estamos prometidos. Y no es nada, son *cookies* normales y corrientes.

—Tienen vainilla y tú odias la vainilla.

Wesley cogió el plato e hizo amago de marcharse.

—Si te vas a poner en plan Sherlock, me voy.

Lloyd puso el plato fuera de su alcance, cogió una galleta y dijo:

—Venga, dime lo que quieres. Estoy en plan generoso.

—Un momento... —dijo Wesley sin aliento—. ¿Acabas de sonreír?

Es que había sido todo tan rápido que no estaba seguro.

—¿Acaso me has visto sonreír alguna vez?

Que sí, que eso había parecido una sonrisa. Y se le había parado el corazón al verla.

Lloyd alzó una ceja y le dio otro mordisco a la galleta. Se le cayeron unas miguitas por la barbilla y aterrizaron en su regazo. Se las sacudió bajo la atenta mirada de Wesley que se aclaró la garganta y dijo:

—Quería pedirte que ayudaras a Caleb con un trabajo de matemáticas que no tiene buena pinta.

—Sabía que estas *cookies* eran demasiado buenas para ser verdad.

—Te haré más cuando acabe los exámenes.

Lloyd se quedó mirándole y ladeó la cabeza, un «hummm» despreocupado salió de él y... ¿no había conseguido con ese ruidito que el corazón de Wesley volviera a latir?

—¿Por qué te preocupa tanto? ¿Por qué significa tanto para ti que tu hermano entre en Treble?

Wesley jugueteó con su pulsera antes de contestar.

—Ha querido ir desde que era pequeño.

—Hay algo que no me estás contando.

Wesley fijó la mirada en el plato de galletas y respondió como si fuera uno de esos presentadores de televisión que te indican los lotes de premios en caso de que ganes:

—Si no entra en Treble significa que Bontempo tenía razón: Caleb no es lo suficientemente bueno. Si no lo consigue, supone que mi supermami también tenía razón: Caleb tendrá que ser alguien que no es.

—¿Alguien que no es? —preguntó Lloyd.

—Bueno... que tendrá que hacer otra cosa. No lo que quiere. —Wesley soltó la pulsera con tanta fuerza que podría haberle hecho un cardenal—. ¿Le ayudas con las matemáticas a cambio de galletas?



—TENGO QUE ORGANIZAR CON ÉL LA FIESTA TEMÁTICA PARA LO DE LAS JORNADAS DE PUERTAS abiertas de enero —le dijo Wesley a Suzy mientras trabajaban juntos en Me Gusta Robusta.

—Me parece un buen trato: su especialidad a cambio de la tuya.

MacDonald, que estaba en la caja registradora, soltó una risotada y dijo:

—Todo lo que tenga que ver con Lloyd es su especialidad.

Suzy empezó a espolvorear canela sobre el postre que estaba preparando. Señaló el bote en sus manos y le preguntó a Wesley con una sonrisa:

—¿Cuándo tienes pensado darle canela?

—Darle candela, querrás decir —la corrigió Wesley.

Suzy dudó, mirando la especia en su mano.

—Dar canela a alguien. Es un dicho.

MacDonald y Wesley se miraron.

—Menos mal que no estudias filología, porque déjame decirte: te quitaban la beca en un santiamén —le soltó MacD a bocajarro.

—Se dice «dar candela» —le dijo Wesley, sonriendo—. Que cuándo voy a dar *candela* a Lloyd.

—Bien, me gusta. Que te preguntes ese tipo de cosas es el primer paso. —Caleb llegó por detrás y le dio una palmada en la espalda. Guiñó el ojo a MacDonald y le dijo—: ¿Nos has echado de menos a mí y a mi instrumento?

Wesley negó con la cabeza y le dijo a Suzy:

—Una tostada con aguacate, por favor. Cuanto antes empiece a engullir, antes dejará de hablar de su flauta.

Acompañó a Caleb a una de las mesas y le puso un café bombón.

—¿Y qué? ¿Cuál es la respuesta? De lo de dar candela a Lloyd, digo —preguntó su hermano.

—¿No te parece suficiente con que sea capricornio? —Wesley se sentó frente a él y le quitó el café para, acto seguido, darle un trago—. Somos el pequeñajo del zodiaco y el más mayor. ¿No te parecería raro?

A Caleb se le contrajo el gesto.

Muy bien, así que lo entendía.

Wesley siguió hablando:

—Somos los signos que peor se llevarían del mundo. Él se aferra a las reglas como a un clavo ardiendo y tú sabes lo mucho que yo odio cumplirlas. Y, además, a los capricornio les gustan las relaciones superprofundas.

Caleb recuperó su taza y bebió un trago de café.

—Sí y eso contigo se le complica.

Wesley le dio una patada por debajo de la mesa.

—Pero bueno, digamos que me doy un golpe en la cabeza, me quedo en coma y al despertar no recuerdo que es un gruñón y decido que quiero que sea mi novio. Me dijo claramente que no quería tener nada conmigo.

—Pero, hombre, tantos años de perfeccionar tu técnica de tonto tendrán que servirte para algo.

—Pues ya ves que no. Uso todas mis armas con él, pero nada. Es como intentar ligar con una roca.

Caleb soltó una carcajada.

—Sí, una roca dura como...

—¡Tu tostada! —dijo Suzy canturreando y dejando el plato en la mesa.

—Has llegado en el momento perfecto —le dijo Wesley a su amiga—. Luego te doy parte de mi propina para agradecértelo.

Caleb empezó a comer, pero incluso con la boca llena, siguió:

—Todo el mundo se pregunta por qué no le has entrado aún.

—¿Pero es que no me has escuchado todo lo que te he dicho de la combinación Capri-Gem?

—No te he dicho que te cases con él —apuntó Caleb con un alzamiento de cejas—. Me refiero a hacer cochinas. Y sé que lo has pensado porque me lo dijiste aquella noche que...

—¡Esas piruletas llevaban algo!

—Sí, lo que tú digas. Reconóceme al menos que está bueno.

—Está bueno.

Caleb le apuntó con el tenedor.

—Vale. Y ¿por qué no has intentado nada con él nunca?

—Cuando nos conocimos, él tenía novio. Cuando lo dejaron, era yo el que estaba con alguien. Luego él tuvo otro novio. Yo un rollete. Él, otro novio, entonces yo...

—Tío, lo pillo. Nunca habéis estado sin pareja a la vez. ¿Qué más excusas me vas a poner?

—Que nuestras interacciones sexuales están destinadas al fracaso.

—Ah, mira, esa sí es una razón de peso —dijo su hermano con sarcasmo—. ¿Algo más?

—Es mi supervisor. Y dice que va contra las normas. Y...

—¿Y?

—Todavía no le he visto sonreír como Dios manda.



**Estoy molido.**

## Capítulo Siete

---

**E**l viernes Wesley tenía turno de mañana en Me Gusta Robusta con Suzy y MacDonald. Le gustaba ese horario, porque todos los clientes habituales se pasaban por allí, pero la cafetería solía estar bastante tranquila.

Como ahora. Habían puesto música antigua y Suzy y él bailaban tras la barra. Cuando *Gangbusters*, de Cats and the Fiddle, empezó a sonar, se vinieron arriba y se marcaron un baile estilo *cowboy* ante la mirada cansada de MacDonald, que les observaba desde la caja registradora. Su expresión lo decía todo, así que no les extrañó cuando a mitad del estribillo, su amiga se acercó dos dedos a la sien y fingió apretar el gatillo al ritmo de la música.

Ellos se separaron, riéndose, y Wesley giró sobre sus talones en un movimiento de lo más fluido para atender a su siguiente cliente. Y ahí estaba Lloyd, sentado en un taburete al otro lado de la barra, mirando toda la escena con curiosidad.

Wesley le sonrió. Lloyd solía pasarse por allí los viernes por la mañana, antes de su clase de economía con el profesor Cooper.

—¿Lo de siempre?

Lloyd se aclaró la garganta y Wesley hizo una pausa en su camino hacia la cafetera para mirarle.

—Quizá ha llegado el momento de probar algo distinto. Algo que tenga la base que me gusta, pero más dulce. No sé... podría añadirle chocolate o algo así.

Wesley alzó la ceja.

—¿Seguro? —le preguntó.

—Por supuesto. Yo siempre estoy seguro.

Wesley cogió un vaso, le preparó el mejor *mocaccino* del mundo y se lo pasó para que lo probara. Lloyd le dio un sorbo, humedeciendo los labios en la espuma dulce y cremosa, y apartó la taza con cara de asco.

—¿Qué narices es esto?

Wesley le quitó el *mocaccino* y le puso su pedido habitual: café tostado, solo, hecho con cafetera de filtro.

Lloyd admiró durante unos segundos el líquido oscuro que ahora llenaba su taza, suspiró y, con un «humm» de satisfacción, dio un buen trago a su café.

Pero ese ruidito de satisfacción se convirtió en un gimoteo cuando Gavin, el supervisor de la cuarta planta, se sentó en el taburete de al lado.

—Acabo de recordar por qué había dejado de venir —dijo Lloyd.

—No me has contestado al correo —le dijo Gavin.

—¿Cuándo me lo has mandado?

—Esta mañana.

Lloyd vació media taza de un solo trago antes de contestar:

—Eres consciente de la hora que es, ¿verdad?

—Sí, las 8:45 a.m.

—Madre del amor hermoso.

Wesley soltó una risita y le rellenó la taza. Lloyd alzó la vista y se lo agradeció con la mirada.

—Tengo varias ideas para la semana de puertas abiertas y quiero que les eches un ojo — propuso Gavin.

—Mándame el enlace.

—Lo tengo aquí mismo. —Gavin puso sobre la barra una carpeta de piel negra—. Ten cuidado con las muestras de tela.

Lloyd miró la carpeta durante unos segundos, luego a Gavin.

—¿Pero a dónde vas con muestras de tela?

—Tenía la esperanza de encontrarme contigo.

—Mira, Gavin, yo solo quiero tomarme un café tranquilo, tener una charla agradable...

—¿Y qué charla puede ser más agradable que esta?

MacDonald soltó un bufido en su camino hacia la cocina y Wesley sonrió antes de decir:

—Gavin, deja de acosar a mis clientes.

—Solo estamos hablando de lo importante que es que tu supervisor se implique un poco más, que sea más creativo, más espontáneo.

Wesley dejó la cafetera un segundo y se acercó a una pizarra que tenían en la pared tras la barra, donde solían poner frases y citas cada día.

Cuando hubo escrito lo que quería, se bajó de la banqueta y llamó la atención de Lloyd y Gavin para que miraran la pizarra.

—«Prohibido hablar de cosas de supervisores en este local» —leyó Lloyd en voz alta—. Pues no se hable más, las normas son las normas.

Wesley sonrió.

—Quiero un porfolio que contenga un tema para la fiesta y un presupuesto aproximado para antes de Acción de Gracias —siguió insistiendo Gavin.

—Acción de Gracias es la semana que viene.

—Tienes todo el fin de semana para pensar en algo.

—Lo tendrás a tiempo —le dijo Wesley al pasarle su café con leche y caramelo en un vaso para llevar. Gavin le tocaba mucho los huevos a Lloyd, pero no era mal supervisor. Y para ser justos: las fiestas de su planta eran las mejores de toda la residencia—. Al café invito yo.

Cuando Gavin y su carpeta de cuero se fueron, Wesley cambió la taza de Lloyd por un vaso de papel, para que se lo pudiera llevar a clase.

—Esta noche vamos a ir a Glitter.

—Ese es el club que tanto te gusta, ¿no?

—Sí. Es perfecto para bailar el *swing*. Y hace honor a su nombre. *Glitter* significa brillantina y esa es la esencia de la discoteca: brillantina por todas partes. También habrá serpentinas, tu cosa favorita del mundo. Deberías venir.

—¿Las bebidas llevan sombrillitas de esas de colores?

—¡Sí! ¿Cómo lo has sabido?

—Una idea loca que he tenido —dijo Lloyd con tono irónico.

—¿Vienes, entonces?

—Suena a planazo.

Wesley sonrió ante el evidente sarcasmo que pudo percibirse en su voz. Cogió el rotulador permanente que usaban para escribir los nombres en los cafés para llevar, garabateó algo en el vaso de Lloyd y le puso una tapa.

Lloyd leyó en voz alta:

—«Si vienes, dejaré que me invites a un...», ¿qué es un *Brillitini*?

—Un Martini con *brillibrilli*. La especialidad de Glitter.

—Qué pena, esta noche estoy de guardia, que si no... —dijo Lloyd, dejando el dinero sobre la barra.

Wesley soltó una risotada mientras atendía a otro de sus clientes habituales. Por encima del hombro de Capuchino con leche de almendras observó cómo Lloyd se cruzaba la cartera a modo de bandolera y se dirigía a la salida.

—¿Seguro que no puedes conseguir que Gemma te cubra? —gritó Wesley en su dirección.

Lloyd ya estaba en la puerta cuando le contestó sin ni siquiera girarse a mirarle:

—Nos vemos mañana con el *brillibrilli* de la luz del sol.



AÚN NO HABÍA LUZ DEL SOL, PERO TÉCNICAMENTE YA ERA POR LA MAÑANA. LA UNA DE LA madrugada, para ser exactos. Esa es la hora a la que Wesley llegó a la residencia tras tres horas seguidas bailando. Tenía calor, estaba inquieto y los vaqueros se le pegaban al cuerpo. Fue directo al cuarto de Lloyd, entró y, tras quitarse los zapatos y desabrocharse el primer botón de los pantalones, se lanzó a la cama de su supervisor, que lo miraba desde su silla frente al escritorio.

—¿Qué haces aún despierto? —le preguntó Wesley.

—Estudiar. Algo que tú deberías hacer de vez en cuando.

Wesley se rio.

—¿Y se puede saber qué estudias con esta luz tan romántica y medio desnudo? —Wesley se puso de lado y le miró con lascivia—. Sea cual sea la asignatura, podría interesarme.

Lloyd se miró a sí mismo: llevaba solo una camiseta y un bóxer. Luego se fijó en el flexo, que había dado la vuelta para que la luz incidiera contra la pared. Giró en su silla, para ponerse frente a Wesley.

—Te aseguro que no es tan excitante como lo estás haciendo sonar. Y menos teniendo en cuenta que es viernes.

—No te preocupes, que la noche aún es joven y yo no te voy a entretener mucho tiempo.

—Mira que lo dudo.

Wesley se puso bocarriba en la cama y bostezó.

—¿Te he dado ya las gracias por ayudar a Caleb?

—Más de una vez.

—Me refiero a darte las gracias como es debido. —Wesley le guiñó el ojo y metió los pies por debajo de la almohada—. Oye, ¿por qué tu cama es tan grande?

—Privilegios de ser supervisor. Por cierto, los pies suelen ir al otro lado.

Wesley los hundió aún más bajo la almohada.

—¿Y cómo podría darte las gracias por prestarte a ser mi prometido?

Lloyd se echó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Quisiera saber más sobre las piruletas esas de Halloween. Porque esa noche recuerdo que te encontré hecho un ovillo en mi puerta. Pensé que estabas borracho.

—¡Creí que lo había soñado! ¿Cómo llegué a la cama?

—Solo diré que pesas más de lo que parece.

Wesley le miró, fingiendo estar escandalizado.

—Seguro que fue la piruleta, que me añadió unos kilitos de más.

—Pues te debiste comer unas cuantas.

Sus miradas se encontraron y Wesley sonrió.

—Caleb y yo fuimos a una fiesta que organizó Steve, una de esas casas del terror. Y, bueno, resumiendo: mi hermano y yo acabamos encerrados en un armario lleno de esqueletos; y no es una metáfora, dentro había esqueletos de plástico.

—Vaya historia más decepcionante.

Wesley le miró mal, pero conteniendo la risa. Lloyd siempre le hacía reír.

—Pues el resto es aún más decepcionante, así que te ahorraré los detalles.

—Pero ahí es donde suelen estar los secretos más jugosos, en los detalles.

Wesley contuvo el aliento al ver cómo Lloyd se levantaba y se acercaba a él. Le agarró con manos firmes por los tobillos y le dio media vuelta, haciéndole girar y colocándole bien: con la cabeza en la almohada y los pies en la parte inferior de la cama. Wesley se agarró a las sábanas, riéndose, mientras un cosquilleo se extendía por sus piernas desde donde Lloyd tenía sus manos, hasta las rodillas.

—Tú lo que quieres es saber los supuestos secretos que le confesé a Caleb esa noche —dijo Wesley.

Lloyd le soltó y se sentó a su lado en la cama.

—Es que ese tipo de confesiones desinhibidas suelen ser bastante sinceras.

—Si de verdad quieres saberlo vas a tener que ser un supervisor rebelde e irresponsable y emborracharme.

—¿No estás borracho ahora? —le preguntó Lloyd.

—Estoy con un subidón enorme, pero de bailar. Si te apetece, podemos salir a tomar algo.

Tras decirlo, Wesley se incorporó, se acercó a su supervisor y apoyó la cabeza en su hombro.

Lloyd le acarició la mejilla con suavidad y el mero roce hizo que toda su piel cobrara vida.

—Si lo que le dijiste era importante y era verdad, saldrá a la luz por sí solo sin que yo te sonsaque —le dijo Lloyd, quitándole una motita de purpurina con el dedo índice y dejando su lado para volver a sentarse frente al escritorio.

Wesley suspiró, dejando salir el aliento que estaba conteniendo y dijo:

—¿Qué hiciste tú aquella noche? En Halloween, digo. ¿Por qué no saliste con nosotros?

Mientras esperaba la respuesta de su supervisor, Wesley pasó la mano por la sábanas, acariciando el hueco en el que Lloyd había estado sentado instantes antes y del que se había levantado demasiado deprisa.

—Lo primero, porque estaba de guardia. Recuerdo que esa noche me tocó limpiar vómito del baño. Qué asco, no voy a volver a probar las gominolas en mi vida.

—¿Y lo segundo?

—¿Qué?

—Parecía que me ibas a dar más de una razón para no haberte venido con nosotros.

—Nadie me invitó.

A Wesley le pareció ver una sombra de decepción cruzar la cara de póquer de Lloyd.

—Yo te hubiera invitado —le dijo entonces.

—Soy tu supervisor. Y no es muy mi rollo, la verdad. Seguro que os hubiera aguantado la fiesta.

—Una lamidita a una de esas piruletas y tus numerosas reglas hubieran sido un recuerdo muy

muy lejano.

Lloyd frunció el ceño.

—Podría haber acabado mal.

—Podría haber acabado con nosotros dos encerrados juntos en un armario.

Sus miradas se encontraron.

Se oyó un golpe en la puerta y Diana asomó la cabeza, borracha como una cuba, gritando el nombre de Lloyd.

—He perdido mi llave. Voy a tener que dejar de guardarme cosas en el sujetador.

Lloyd gimoteó.

—Enseguida estoy contigo. —Se giró hacia Wesley y le preguntó—: ¿Por dónde íbamos?

Wesley se dirigió al cesto de los condones y dijo:

—Justo te iba a pedir uno de estos.

Los ojos de Lloyd centellearon.

—¿Quién es el elegido esta vez?

—Un tío fuerte. Inteligente. Con principios.

—¿Un profesor?

—No, mi... —Wesley sonrió—. Mierda, se ha hecho tarde, no quiero hacerle esperar.

Wesley salió de la habitación, pasó de largo a Diana y cuando abrió su puerta oyó a Lloyd decir:

—Debe de tener la paciencia de un santo.



**El tiempo se me hace muy largo sin ti.**

## Capítulo Ocho

---

**A**lguien estaba aporreando la puerta de su dormitorio.  
—¡Largo! —se quejó Wesley, haciéndose un ovillo. Por fin tenía la cama para él solo y quería disfrutar un poco más de esa maravillosa sensación.

—Teníamos una cita.

¿Lloyd? Porque si alguien podía conseguir espabilarle a estas horas intempestivas de la mañana, ese era su supervisor. Se levantó y fue hacia la puerta, recolocándose la erección antes de abrir.

—¿Qué?

Lloyd le miró de pies a cabeza y luego fijó los ojos en su cara. Wesley vio admiración en su mirada, lo que fue una sorpresa, teniendo en cuenta su habitual cara de póquer.

—Se suponía que hoy ibas a ayudarme con lo de la fiesta.

—Sí, pero a las nueve.

—Son más de las diez y Gavin ya me ha mandado dos correos.

Wesley se estiró de forma exagerada buscando de nuevo la aprobación en los ojos de Lloyd, pero este siguió mirando al frente sin inmutarse.

—Persistente es, eso no vamos a negárselo.

—Me estoy quedando frío con solo mirarte. Ponte algo de ropa, anda.

Wesley fue hacia el armario.

—¿Frío, Lloyd? ¿En serio?

—Date prisa.

Wesley sacó dos camisetas de un cajón y se las puso contra el pecho.

—¿Esta o esta? —preguntó.

Lloyd sacó una camiseta del cajón que había quedado abierto y se la lanzó.

—Esta —dijo.

Sacó también un jersey.

—Este.

Le pasó la cazadora de cuero.

—Esta.

E hizo lo mismo con un par de vaqueros y los zapatos.

—Estos y estos. Hala, ya está, ahora vámonos.

Wesley lo cogió todo, dividido entre las ganas de reír y de hacerle la peineta.

—Estás un poco gruñón, ¿no?

—Es que aún no he tomado café.

Ya en el coche, con Lloyd parando diligentemente en cada luz ámbar que encontraban, Wesley se atrevió a preguntar:

—¿Y qué te decía Gavin en sus correos de esta mañana?

A Lloyd le cambió la cara. Fuera lo que fuera lo que contenían esos *mails*, parecía haber tocado fibra sensible.

—En el primero decía que si despejábamos el sótano podríamos convertirlo en una pista de baile para el día de la fiesta.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Nada.

—Ah, así que es eso. Ha hecho una sugerencia bastante razonable y te sienta mal porque vas a tener que replantearte toda esa hostilidad que sientes hacia él.

Lloyd se quedó pensando unos segundos antes de contestar.

—Puede que tengas razón.

—¡Punto para géminis! ¿Y de qué iba el segundo correo?

—En ese me contaba que habían despedido a O’Conner, uno de los supervisores de Richardson, por acostarse con uno de sus residentes.

—¿Qué? —dijo Wesley en una especie de grito. Trató de controlar su voz y repitió—: ¿Qué?

Lloyd le reprendió con la mirada.

—Las reglas están ahí para cumplirlas, Wesley —le dijo.

—Ya, bueno, yo creo son más que nada para evitar malos rollos si la cosa no funciona.

—Es más que eso. Porque si la historia acaba mal no lo sufre solo la pareja en cuestión. Se han dado casos en los que plantas enteras se han enfrentado después de una ruptura.

—Ya, pero... Vaya mierda.

Lloyd estiró los brazos contra el volante y apoyó la cabeza en el asiento.

—O’Conner tiene que estar dándose de cabezazos contra las paredes. Al despedirle pierde la beca. Y son doce mil dólares de beca.

Wesley silbó.

—Fue un idiota por sucumbir a la tentación —continuó diciendo Lloyd mientras aparcaba frente a una cafetería a un par de manzanas de Party Palace, la tienda a la que iban.

—No. Fue un idiota por permitir que le pillaran —murmuró Wesley según salía del coche.



—NO PODEMOS TOMAR CAFÉ AQUÍ. HAY QUE IRSE. YA.

—¿A qué te refieres con que no podemos tomar café? —Lloyd sonó escandalizado, como si Wesley hubiera ofrecido como alternativa alguna aberración tipo dejarse cortar los huevos en un rito satánico.

Wesley le agarró y lo sacó de la cola en la que llevaban ya diez minutos.

—Soy yo el que se ha tenido que levantar a las nueve para pasar la mañana con un supervisor que hoy está especialmente gruñón, así que si alguien necesita café, ese soy yo —dijo, observando cómo un hombre con alzacuellos caminaba en su dirección—. Pero vas a tener que esperar un poco. Yo me encargo luego del café, prometido. Te invito a los cafés que quieras.

Lloyd cedió. Y casi habían conseguido escapar del local cuando se oyó una voz a sus espaldas.

—¡Joven Hidaka!

Wesley reprimió un quejido y se agarró al brazo de Lloyd antes de girarse para encontrarse cara a cara con el reverendo Geoff, a quien conocía desde que era pequeño porque oficiaba la

misa de los domingos en la iglesia de su madre. Era un hombre con una cuidada barba canosa, gafas sin montura y la actitud más condescendiente del mundo.

—Tu madre reza por ti cada semana, para que vuelvas a casa con ella —dijo el reverendo, que al percatarse de la presencia de Lloyd frunció el ceño—. Según parece, te has desviado del camino, hijo.

Y esa era la única impertinencia que Wesley iba a permitirse escuchar por parte de este señor.

—Para nada, yo mi camino lo tengo muy claro. Sigo en él y con paso firme. De hecho, voy a seguir mi camino ahora mismo. Hacia la calle. Con brío y del brazo de mi prometido.

Wesley tiró de Lloyd hacia la salida y dejó al pastor Geoff mirádoles con la boca abierta. No paró de andar hasta que llegaron al coche y se escondió tras él, agachándose contra el maletero. Lloyd le miraba con algo a medio camino entre la incredulidad y la risa. Y quizá, algo más...

—¿Ha dejado de mirarnos? —preguntó Wesley, dándose cuenta de lo cerca que tenía la cara del paquete de Lloyd. A un beso de distancia. Casi podía sentir la tela de sus pantalones contra la nariz.

Lloyd se apartó de forma tan abrupta que se dio un golpe contra el lateral del coche.

Wesley se tomó unos segundos para analizar esa reacción y, sonriendo, se levantó y se acercó aún más a él.

Lloyd le agarró por el hombro y lo arrastró hasta la puerta del copiloto.

—Necesito ese café como el respirar.

—Ya, ¿seguro que es café lo que necesitas? ¿Ahora lo llaman así? —le preguntó Wesley con una sonrisa.

Lloyd cerró los ojos, respiró hondo y le abrió la puerta.

—Deja de tontear y entra.

Wesley lo hizo, pero sonriendo de oreja a oreja.



EL PARTY PALACE ERA UNA TIENDA TIPO IKEA PERO CON MIL COSAS PARA FIESTAS Y CELEBRACIONES. Lloyd había entrado un poco reacio, pero Wesley le había animado y le había dicho que era el sitio perfecto, que aquí vería la luz.

—Tendremos tema y presupuesto enseguida, ya verás —le dijo mientras Lloyd cogía una daga de una balda llena de espadas medievales.

—¿Cómo es posible que no conociera este sitio?

—Porque es una tienda para supervisores creativos y ese no es tu fuerte. Tu eres el chico del café solo y cargado que dedica su tiempo a solucionar los problemas de sus residentes.

Lloyd le miró de reojo.

—*Algunos* residentes ocupan mi tiempo más que otros. —Lloyd se acercó a una mesa de piedra e inspeccionando el cáliz que había sobre ella, añadió—: Y tampoco es que tenga cero creatividad, a veces soy muy espontáneo...

—Sí, sí, claro. Eres superespontáneo —dijo Wesley con sarcasmo mientras miraba su reflejo en una armadura medieval. Se quejó—: Tengo una pinta horrible.

—Tienes la pinta de siempre.

Wesley se apartó de la armadura y se pasó las manos por el pelo, intentando arreglárselo un poco. Estrechó los ojos en Lloyd y le dijo:

—Eres malvado cuando no has tenido tu dosis de cafeína.

Lloyd le miró de arriba abajo.

—Es que es verdad, estás hecho una piltrafilla.

—Pues el bulto en tus pantalones cuando estábamos en el aparcamiento de la cafetería parecía decir lo contrario. —Wesley hizo una pausa—. Eso, o que este *look* desaliñado te pone cachondo. Ay, madre, que es eso, que te gustan los chicos con pinta de despojo humano... Eso explicaría alguno de los novios que has tenido, la verdad.

Lloyd le dirigió una mirada de advertencia.

Wesley sonrió y salió de la sección medieval, dirigiéndose a una zona que parecía uno de esos restaurantes de los cincuenta con suelos de azulejos blancos y negros, enormes máquinas de batidos y pequeñas mesas plateadas. Del techo colgaban banderitas y serpentinas con forma de discos.

Una de las paredes estaba llena de imágenes de la película *Grease*. Tenían hasta un *photocall* de Danny y Sandy en cartón y en tamaño real. Wesley se acercó a ellos y, poniéndose detrás de Sandy, asomó la cabeza por el hueco en la cara de esta y dijo:

—¿Estás disponible, nene?

Lloyd sonrió.

—La verdad es que *Grease* me recuerda a aquel verano en el que... —Lloyd dejó la frase incompleta, ruborizándose.

Ahora Wesley se moría de curiosidad por saber qué había estado a punto de decir.

—Aquel verano en el que, ¿qué?

—Bueno, digamos que por culpa de esa película me resbalé y caí un peldaño en la escala Kinsey. Pasé de «exclusivamente homosexual» a «principalmente homosexual con contactos heterosexuales esporádicos».

Wesley le puso morritos, pasando una mano por el contorno del cuerpo de cartón de Sandy.

—¿Sí? ¿Te la cascabas pensando en Sandy? Soy muy fan.

—¿De cascártela?

—Sí, de eso también —contestó Wesley riéndose—. Pero me refería a la peli, al rocanrol en general. Aunque Sandy nunca me puso ni un poquito.

—A mí tampoco.

—¿Y quién te ponía cachondo, entonces? —le preguntó Wesley aún en el *photocall* y con una mano apoyada en la cadera de la rubia—. Por favor, no me digas que la señorita McGee.

—Rizzo.

—Eso no me lo esperaba. No te pega.

Lloyd fijó la mirada en Wesley.

—Puede que no, pero ya sabes lo que dicen de los opuestos...

Wesley se acercó a Lloyd.

—Bueno es saberlo. Cuéntame más cosas que no sepa. Cuéntamelo todo. Si hace falta te canto eso de *tell me more, tell me more*.

Lloyd intentó ocultar una sonrisa.

—¿Qué quieres saber?

Wesley le pasó un brazo por los hombros y se acercó para susurrarle al oído.

—Si me dices cuándo es tu cumpleaños, te organizo la mejor fiesta que te puedas imaginar.

Lloyd le contestó también en un susurro, su respiración acariciándole el pelo.

—No.

—¡Venga, Lloyd! ¿Por favor?

—Deja de creer en esas tonterías del horóscopo y puede que te lo diga.

—Pero es que es todo verdad. Mira, hace dos semanas leí que mi vida daría un giro de ciento

ochenta grados y, de repente, ¡zas! Tengo a mi hermano viviendo conmigo.

—¿Perdona?!

Lloyd se apartó de él y Wesley se maldijo a sí mismo por metepatas.

—Que mi hermano está viviendo *con amigos*.

Lloyd le miraba fijamente.

—Has dicho «conmigo».

—No. Me has entendido mal. Si hubiera dicho algo así y tú creyeras que puede ser verdad, tendrías que delatarme y poner una queja.

Lloyd dudó un momento antes de hablar:

—¿Y por qué tu hermano está viviendo con amigos?

Wesley hizo una mueca, como si la mera pregunta doliera.

—Puede que yo tenga la culpa de que Caleb creyera que irse de casa era buena idea —confesó mientras entraban en una sala dedicada a los años setenta—. Por lo menos ya no está viviendo en una fábrica abandonada.

Lloyd se apoyó en una mesa llena de adornos con forma de bola de discoteca y se quedó mirándole. Wesley se empezó a poner nervioso bajo su escrutinio, así que fingió especial interés en la pared de enfrente, llena de discos enmarcados. Cuando se giró de nuevo, Lloyd seguía en la misma posición, tamborileando los dedos sobre la mesa y con la vista aún fija en él. Hasta que *Love Is in the Air* de John Paul Young inundó la sala. Eso pareció sacar a Lloyd de su ensimismamiento. Wesley creía que podía haber sido él quien hubiera puesto la música sin querer porque, de los nervios, había toqueteado cada aplique y disco de la pared.

Se dirigieron entonces a la siguiente estancia y, nada más entrar, empezó a sonar *I Want to Hold Your Hand* de The Beatles. Lloyd dudó unos instantes y, tras mirar a su alrededor, volvió sobre sus pasos y se dirigió de nuevo hacia la sala decorada como una cafetería de los cincuenta. Wesley alzó una ceja, pero le siguió. En cuanto pusieron un pie dentro, la voz de Elvis lo envolvió todo.

—Cómo no —murmuró Lloyd.

Entre mesas, expositores y *photocalls*, Wesley empezó a moverse, marcando con un pie los primeros acordes de *Blue Suede Shoes*.

Lloyd suspiró.

—Qué miedo me das.

—¿Yo? —dijo Wesley con voz inocente a la vez que le ofrecía la mano—. Baila conmigo.

—¿Te acuerdas de que antes te he dicho que puedo ser muy espontáneo? —dijo Lloyd haciendo una mueca—. Pues era mentira.

Wesley le señaló con el dedo índice y le instó a acercarse.

—Deja que yo te guíe.

Lloyd dudó, pero dio un paso hacia él. Antes de que pudiera arrepentirse, Wesley le tomó de la mano y lo atrajo hacia él.

—Limitate a sentir la música. Mira: *Rock, rock, backstep*. Hazlo también mientras giramos. No, no tenses el brazo, así podemos movernos con más soltura y hacer mejor el *swing*.

Lloyd perdió el ritmo y Wesley se lo explicó de nuevo:

—Lento, lento; rápido, rápido —le dijo, levantando las manos enlazadas de ambos y pasando por debajo a la vez que giraba.

El movimiento hizo que Lloyd se soltara de su agarre, pero Wesley le volvió a coger la mano.

—Relájate. Déjate llevar. —Lloyd estaba rígido como una tabla y, aunque al escucharle destensó un poco los hombros, la cosa no mejoró demasiado y perdió el ritmo otra vez instantes después—. Estás esforzándote demasiado en hacerlo perfecto y no se trata de eso. Hay que

soltarse, sentir la música. Equivocarse está bien.

Wesley hizo un *big kick* y se pegó al cuerpo de Lloyd. Deslizó una pierna entre las suyas e inició un paso de tango que hizo que su supervisor se agarrara a él más fuerte, sorprendido. Wesley sonrió al ver esa sorpresa reflejada en su cara.

—No sabía que... —Lloyd tragó con dificultad—, bailabas tan bien.

—Llevo años haciéndolo. —Wesley dejó de bailar, pero siguieron juntos, pegados, sus dedos enlazados y sus pulsos latiendo al unísono—. Conocí a Suzy en clase de baile hace cinco años y hemos sido pareja desde entonces. Pareja de baile, quiero decir. Practicamos de todo: Lindy Hop, jive, rocanrol.

—¿Ella es la razón por la que sigues en Williamson? Eres de los pocos alumnos de tercero que quedan.

—Oye, que la residencia mola.

—Lo sé, lo sé, no era un ataque, que yo también sigo viviendo allí.

—Hay muchas razones por las que he decidido quedarme. —Wesley le dio un apretón en la mano—. El servicio de limpieza es la primera.

Lloyd se rio.

—Está a cinco minutos de la universidad.

—Sí, eso es muy práctico, estoy de acuerdo —dijo Lloyd.

—Es una gran forma de conocer gente pintoresca. Mi vida no sería igual sin Randy o sin Gavin. Y sin MacDonald, por supuesto.

—Sé a lo que te refieres. Mi vida tampoco sería la misma sin ti.

Wesley notó cómo algo le revoloteaba en el pecho.

—Puedo levantarme de la cama y en dos minutos, literalmente dos minutos, estar abriendo Me Gusta Robusta.

—¿Piensas quedarte entonces hasta que termines la carrera?

Wesley se encogió de hombros.

—No. Creo que este será mi último año. Aunque las cositas gratis que me das también son un gran pro.

—¿Qué cositas gratis?

—Los condones, Lloyd.

El aire pareció tensarse entre ambos y, cuando la canción acabó, se separaron de forma abrupta.

Lloyd se frotó la nuca.

—¿Qué te parece si nos quedamos con este tema para la fiesta?

Wesley no podía estar más encantado con lo que escuchaba.

—¿*Grease*? ¿O los cincuenta en general?

—*Grease*.

—Me gusta. Pero si nos ceñimos a la película, el sótano va a estar lleno de *pink ladies* y de tíos vestidos de cuero en plan *T-birds*. Sin embargo si el tema es «años cincuenta» hay más variedad de disfraces donde elegir.

—¿Disfraces? Ya no estoy tan a favor de la idea. ¿Qué tal un tema tipo «ponte lo que quieras y diviértete»?

Wesley sacó una moneda de la cartera y se la colocó en el pulgar.

—Si sale cara: hacemos una fiesta de los años cincuenta; si sale cruz: no hacemos un «ponte lo que quieras y diviértete».

Lloyd miró la moneda y luego a Wesley, antes de decir con una pizca —solo una pizquita— de

sarcasmo:

—Mis posibilidades de ganar son apabullantes.

—Es lo que hay, nene —fue la respuesta de Wesley que puso un tono de lo más sensual en ese «nene», al más puro estilo Sandy.



**Mi amor por ti fue instantáneo.**

## Capítulo Nueve

---

—¿Me dejas el coche?

Wesley estaba agachado frente a la puerta abierta de Lloyd, abrochándose las botas. Llevaba un rato allí, pero al hacer la pregunta miró directamente a su supervisor con una sonrisa coqueta en los labios.

—¿Qué le pasa al de MacDonald?

Wesley se incorporó antes de contestar.

—Según parece, me vio conducir el viernes pasado y ahora dice que no me lo deja.

—Y hace bien. —Lloyd echó un vistazo a su reloj—. ¿Para qué lo quieres?

—Para seguir a mi hermano. Llevo días convirtiéndome en su sombra y asegurándome de que llega a Sandalwood a su hora.

—¿Así que eso es lo que has estado haciendo por las mañanas?

Wesley se apoyó contra el marco de la puerta y dijo en una especie de ronroneo:

—Me gusta que me prestes atención.

—¿Y qué pasa con tus clases? ¿El trabajo?

Por supuesto que eso era lo que le preocupaba a Lloyd, típico.

—Solo me estoy perdiendo alguna clase suelta y, salvo los viernes, estoy haciendo el turno de tarde en Me Gusta Robusta.

Lloyd cogió las llaves.

—¿Me lo dejas, entonces? —le preguntó Wesley sonriendo.

—No, te llevo yo, vamos —contestó Lloyd cogiendo su abrigo.

Tres minutos después salían del aparcamiento de la residencia en el coche de Lloyd.

—¿Dónde coge tu hermano el autobús?

—Aquí, en la puerta... Esto... en la puerta de nuestra casa, quiero decir. En Chatem Valley. ¿Por qué lo cogería aquí, en la puerta de la residencia, si vive en casa, con mi madre? En Chatem Valley. Sí. Ahí es donde vive.

Lloyd le miró con desconfianza.

Wesley le sonrió. Y, justo en esos momentos, vio cómo Caleb se subía al autobús en la parada que había calle abajo.

—Suele coger el 172. Mira, qué suerte hemos tenido, ahí está el autobús —dijo Wesley cuando su hermano ya estaba dentro y fuera del alcance de los ojos de Lloyd.

—¿Qué casualidad, ¿no?

—Ya te digo.

Lloyd le miró de reojo y empezó a seguir al 172.

—Con la de tiempo que has pasado abrochándote las botas en la puerta de mi cuarto, ¿y ahora te las quitas?

Wesley siguió con las hebillas hasta que logró quitárselas y subió los pies al salpicadero.

—No tengo que conducir y tenemos cincuenta minutos por delante. Tiempo suficiente como para que pueda ponerme cómodo y seguir con esa charla que tenemos pendiente sobre tu vida. Cuéntame: ¿quién es la tal tía Tabitha?

Lloyd dobló la esquina tras el autobús.

—Es la hermana de mi madre. Lo que la hace mi tía. Y a mí, su sobrino.

Wesley le dio un puñetazo juguetón en el brazo.

—¿Y os lleváis bien?

—Es una ricachona. Y no, no nos llevamos bien.

—Detalles, por favor.

Lloyd hizo una mueca antes de hablar:

—Mi madre me tuvo a los dieciséis años y su familia la echó de casa y la desheredó. Tabitha se quedó con todo y, cuando mi madre se quedó sin trabajo, se ofreció a pagarme el colegio. Claro, que luego me hizo devolverle cada centavo, obligándome a trabajar como su asistente personal durante los veranos.

—¡Pero qué horrible! Me parece fatal. De hecho, horrible se queda corto para describir la sensación de cabreo que está empezando a hervir en mi interior. ¿Cómo te hizo algo así? La odio, la odio mucho en tu nombre.

Lloyd apretó los labios para no sonreír ante su verborrea.

—Tienes que estar orgulloso de ti mismo —continuó Wesley—. Estás sacando la carrera con notazas, tú solito. Eres tan listo que hasta te dan becas de esas de matemáticas.

—Me gusta que me prestes atención.

Compartieron una sonrisa cómplice.

—Sí, te presto atención. Ayer, sin ir más lejos, te estaba prestando tanta atención que incluso pudiera parecer que te espiaba o te escuchaba a escondidas... y, bueno...

Lloyd alzó una ceja.

—Estabas al teléfono con alguien. Hablando, riéndote... ¿Quién era?

A Lloyd se le iluminó la cara y a Wesley no le gustó nada.

—Te lo cuento, pero no puedes decírselo a nadie.

—Te prometo intentarlo, que ya es mucho. Y solo por ser tú. Dime: ¿quién es él?

—¿Cómo sabes que es un chico?

Wesley le puso morritos, fingiendo (o no) estar indignado.

—Así que es un chico.

—Wesley.

—Eso explicaría ese buen color que tienes últimamente. Y lo de que te brillen los ojos. Pero eso no está bien, Lloyd, no es sano. No puedes ir de un tío a otro así, a lo loco. Creí que querías encontrar a ese alguien que se fuera pronto a la cama los sábados.

—Creo que voy a tener que renunciar al requisito de los sábados tranquilos.

—No, no, nada de renunciar. Tienes que ser fiel a tus instintos de capricornio y encontrar al hombre perfecto para ti, aunque eso signifique que no salgas con nadie en mucho, mucho tiempo.

—Estás un poco celoso, ¿o me lo parece a mí?

Wesley se rio.

—Ya te gustaría, *capri*

Lloyd resopló, divertido.

—¿Sigo o no?

Wesley le hizo un gesto para que continuara.

—Estaba hablando con Jamie. Espero que pueda supervisarme la tesis de final de máster el año que viene.

—Ah. El profesor ese que es amigo tuyo.

—Aún no somos lo que se dice amigos, pero tiene pinta de que lo seremos, sí. Espero. A los dos nos encanta la economía y la estadística, y los dos disfrutamos muchísimo analizando cifras y...

—Que sí, que sí, que te cases con él.

Lloyd soltó una risotada.

—No creo que a Theo, su pareja, le haga ninguna gracia que me case con su novio.

Wesley se animó de repente.

—¿Por qué no has empezado por ahí?

Lloyd puso los ojos en blanco.

—¿Qué? —se defendió Wesley—. Estamos prometidos. A tu novio no se le habla de otros hombres así tan alegremente. No, los prometidos no hacen eso.

—Ya. Bueno, el caso es que tengo que impresionarle, conquistarle.

—¿Conquistarle? A ver, Lloyd, que me estás volviendo loco. Esta conversación tiene mis emociones subiendo y bajando como un yo-yo.

—Para que sea mi mentor. Todo el mundo quiere que Jamie supervise su tesis.

—Pero bueno, ¿quién es este casanova? —Wesley alzó la mano para darle una colleja, pero justo en esos momentos vio cómo Caleb se bajaba del autobús bastante antes de su parada—. ¡Será mamón! Mierda, ¿Y ahora qué hago? —Wesley señaló a su hermano—. Lloyd, que te lo pregunto a ti, ¿qué se supone que debo hacer?

—Bájate y habla con él.

—Vale, vale, eso sería lo más razonable. Pero tengo otra idea: vamos a seguirle y ver dónde le llevan esas botas de *cowboy* tuyas.

Lloyd aparcó en un hueco junto a la acera y Wesley abrió la puerta a toda prisa, empezando a bajarse del coche sin haberse quitado el cinturón.

—Shhh —siseó Wesley al ver que Caleb caminaba por la acera hacia ellos. Empezó a cerrar la puerta de nuevo para que no les viera ahí parados, pero al hacerlo, se dio un golpe en el dedo gordo del pie y un intenso dolor se le extendió hasta el gemelo—. ¡Me cago en la puta! ¡Joder, joder, mi dedo!

Lloyd, que ya había salido del coche y había abierto la puerta del copiloto, se agachó a su lado y le puso una mano en la rodilla.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Déjame echarle un vistazo.

Wesley se rio entre dientes, dolorido.

—Es increíble que no nos haya visto con el jaleo que estamos montando.

Lloyd se quedó mirándole.

—¿De verdad quieres seguirle?

—Sí. Ayúdame a ponerme las botas, que el dedo se me está hinchando y la cosa va a estar complicada.

—Estás loco.

—Y tú. Por mí.

Lloyd negó con la cabeza y, con mucho cuidado, le ayudó a calzarse.

—Venga, date prisa que ha girado en esa esquina.



WESLEY ARRASTRÓ A LLOYD POR UN AUDITORIO LLENO DE GENTE. HABÍAN SEGUIDO A CALEB HASTA allí, pero ahora, parados ante un cartel en el que podía leerse: «Audiciones. Extras de baile», lo habían perdido.

—No lo veo —murmuró Wesley—. Puto dedo gordo... habría llegado más rápido si no...

—¿Te hubieras quitado las botas en mi coche?

—... Hubiera tenido que usarte como muleta.

A través de la multitud, Wesley vio a su hermano subir al escenario con la funda de su flauta en la mano. Hizo una mueca y se mordió el labio.

—Debería haberte escuchado.

—Sin duda. Pero te digo tantas cosas que no sé a cuál te refieres ahora mismo.

—Tendría que haber hablado con Caleb fuera.

Wesley se fijó en la mesa que había junto a ellos y en las pegatinas sobre ella. Eran números. Cogió dos. Y, antes de que Lloyd le preguntara qué hacía, se pegó una a sí mismo y otra a su supervisor. Listos. Wesley era el número 198 y Lloyd el 199.

De fondo, alguien dijo varios números en voz alta mientras la música empezaba a sonar.

—Wesley —dijo Lloyd en tono dubitativo, mirando hacia la salida—. ¿Por qué estamos haciendo la cola como si fuéramos a presentarnos al *casting*?

—Porque necesito hablar con Caleb. Gritarle, para ser precisos.

Lloyd le miró fatal y Wesley intentó camelárselo con una sonrisa coqueta de esas que nunca solían funcionarle con él. Para su sorpresa, suavizó la expresión un poco o eso le pareció ver, pero también podría haber sido un efecto de las luces del escenario.

—Ya oíste a Bontempo: si se pierde una sola clase, no habrá recomendación para Treble.

—¿Y qué tienes pensado? ¿Ir bailando por el escenario hasta llegar a él?

—Me parece lo más sencillo, sí.

—¿Sencillo, dices?

Wesley miró hacia donde estaba mirando Lloyd, hacia el escenario, donde multitud de parejas daban vueltas y hacían piruetas al ritmo de la música. La música... ¿Su hermano estaba tocando *Happy*, de Pharrell Williams?

Joder. Caleb era buenísimo.

—Parece divertido.

Lloyd le dirigió una mirada inexpresiva.

—¿Es que no te acuerdas de la última vez que intentamos bailar? Pues añádele a eso un dedo hinchado.

Podía ser que Lloyd tuviera algo de razón.

La música paró y el director pidió a los bailarines que bajaran del escenario. A gritos, dijo al auditorio en general:

—Os estoy dando la oportunidad de cumplir vuestro sueño. ¿Podrías intentar bailar de verdad? —Miró la pizarra que tenía en las manos y escupió una serie de números. Varias parejas subieron al escenario.

Wesley bailaba más o menos como ellos. Quizá incluso mejor. Obviaría el dolor de dedo que tenía y subiría ahí.

—Lo haremos bien —le dijo a Lloyd, que tenía el móvil contra la oreja—. ¿A quién llamas?

—¿A alguien que me salve? —le contestó Lloyd e, inmediatamente después, habló al teléfono

—: Gemma, soy Lloyd. Voy a llegar tarde a trabajar, ¿me puedes cubrir hasta que vuelva? ¿Que

qué estoy haciendo? —Dirigió una mirada a Wesley, conocedor de que le estaría escuchando y, sosteniéndole la mirada, añadió—: Estoy siendo un buen novio.

Wesley sonrió y vocalizó en voz baja:

—El mejor.

Quince minutos después les tocó el turno a ellos. Lloyd hizo un ruidito al oír sus números.

—El plan es subir e ir acercándonos hacia donde está Caleb —dijo Wesley, que dio unas pataditas contra los escalones para comprobar el nivel de dolor de su dedo gordo. Vale, le molestaba, pero podía con ello—. Quizá no tengamos ni que bailar. Si tenemos que hacerlo, hacemos algo sencillo y ya está.

Cuando empezó a sonar la música, Wesley agarró a Lloyd de la mano. Al hacerlo una corriente eléctrica le subió por el brazo y una ola de calor le atravesó la piel. Esperó unos segundos a que se le pasara el efecto y arrastró a Lloyd con él, conduciéndolo a través de las parejas de bailarines.

Estaban a mitad de camino cuando el director pidió que pararan la música.

—Ciento noventa y ocho y ciento noventa y nueve, ¿por qué no estáis bailando?

Todo el mundo en el escenario, tanto bailarines como orquesta, se quedó mirándoles. Caleb tragó de forma visible y casi se le cae la flauta.

El foco central les iluminó desde arriba y a Wesley le gustó la sensación de protagonismo. Sonrió.

—Es que nos sentimos más cómodos en la parte de atrás, junto a los músicos.

Wesley fulminó con la mirada a su hermano que, al menos, tuvo la decencia de sonrojarse. Caleb le miró avergonzado, alzó la mano y articuló «cinco minutos».

—Tu compañero es alto —pareció estar de acuerdo el director, aunque no sonó demasiado convencido.

Wesley señaló a Lloyd con un movimiento de cabeza.

—Lo es. Y no quisiera yo que eclipsara a sus actores principales, porque como verá, también está buenísimo.

Lloyd se rio, pero cuando Wesley se giró para mirarle, sus labios estaban apretados en una línea fina. Eso sí, le miraba con una ceja alzada y Wes no pudo evitar sonreírle.

El director pegó un grito:

—No, estáis bien ahí donde estáis. Retomamos desde la cuenta atrás. Pegaros bien a vuestras parejas, que ha llegado el momento del besuqueo. Venga, venga, se supone que empieza el año nuevo, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Tras decirlo, el hombre hizo un gesto a la banda que empezó a tocar mientras el resto empezaba con la cuenta atrás: Diez, nueve, ocho...

La mirada de Lloyd se posó en los labios de Wesley, que de repente sintió el corazón en la garganta.

Siete. Seis.

Wesley se lamió los labios y se rio.

—Bueno... pues aquí estamos.

—Aquí estamos, sí.

Lloyd le pasó el pulgar por los nudillos, acariciándoselos. La verdad es que debía de tenerlos hasta blancos de lo fuerte que le estaba apretando la mano. Wesley aflojó un poco el agarre y le dedicó una sonrisa tímida.

Cinco. Cuatro. Tres.

Wesley cambió el peso de un pie a otro y puso una mano temblorosa sobre el pecho de Lloyd.

—Se acerca el besuqueo.

Lloyd bajó la cara hacia él. A Wesley se le cayó el estómago a los pies, así, de golpe. Lloyd le habló al oído, su voz calmada y segura:

—Estamos en un *casting*. No deberíamos.

Dos. Uno.

Lloyd intentó apartarse, pero Wesley le pasó la mano por el cuello, le dedicó una sonrisa diabólica y le besó. Sus labios se encontraron con los de Lloyd, insistentes, pero no estaba preparado para la calidez de su boca, para su sabor.

Wesley deslizó las manos a lo largo de la espalda de Lloyd para terminar fijándolas entre sus omóplatos y este deslizó los dedos por el pelo de Wesley atrayéndole más cerca, pegándolo más a él.

El cuerpo de Wesley cobró vida, como si una corriente eléctrica se extendiera por sus venas. Se pegó al pecho de Lloyd, ardiendo, y Lloyd deslizó la lengua por sus labios, haciéndole combustionar. Y siguieron ahí, besándose, a pesar de que la música había dejado de sonar hacía rato. Cuando se separaron, Wesley parpadeó. Una vez. Otra. Y no se dio cuenta de que estaba mirando fijamente el labio hinchado de Lloyd hasta que su supervisor habló:

—¿Wesley?

Wesley alzó la vista hacia sus ojos, aún perdido en el momento.

El director gritó sus números:

—Vosotros dos. Fuera, adiós muy buenas.

Wesley se giró hacia el hombre.

—No nos estará echando por el beso, ¿no?

—Sí. Fuera.

—¿Pero está usted mal de la cabeza? Ese beso ha sido increíble.

El director le ignoró y se dirigió a la orquesta.

—Flauta, gracias por venir, sé que te hemos avisado con poco tiempo. Violín y trompeta habéis terminado.

Wesley fulminaba al director con la mirada, mientras Lloyd le miraba a él con una expresión divertida; su rostro brillaba y a Wesley se le cortó la respiración ante esa visión. No fue hasta que el director empezó a gritar números de nuevo que logró salir de su ensimismamiento y, arrastrando a su hermano con él, bajaron del escenario.



YA EN EL COCHE DE LLOYD, DE CAMINO A SANDALWOOD, WESLEY Y CALEB SE FULMINABAN EL UNO al otro con la mirada.

—¿Qué? —gesticuló Caleb desde el asiento de atrás.

Wesley intentó contestarle de forma telepática. No pudo, claro, porque su hermano se hizo el despistado y miró hacia otro lado. Wesley sacó el móvil.

**Wesley:** Estoy muy cabreado contigo.

**Caleb:** A primera hora tenía clase de música con la señorita Carr. Me ha dado permiso. Ella me entiende.

**Wesley:** Sigo cabreado.

**Caleb:** Pues lo que deberías estar es agradecido porque, si no fuera por mí, no hubieras tonteado con las amígdalas de Lloyd.

Wesley hizo un aspaviento de indignación y volvió a teclear:

**Wesley:** Pues eso mismo, ¡si no fuera por ti, no hubiera tonteado con las amígdalas de Lloyd!

Lloyd miró a Caleb por el espejo retrovisor y luego centró su mirada en Wesley.

—No puedo evitar preguntarme si estáis hablando de mí.

Wesley soltó una risa de lo más forzada.

—El mundo no gira a tu alrededor, ¿sabes?

—Bueno, el mío, al menos, no —fue la respuesta de Caleb.

Wesley frunció el ceño a su hermano. A Lloyd le dedicó una pequeña sonrisa.

—Ojalá te fundan a deberes en Acción de Gracias, Bombón.

Cuando su hermano estuvo fuera del coche, Wesley se giró hacia Lloyd y tironeando de su pulsera de cuero, le dijo:

—El beso ha sido tu culpa, que lo sepas.

Lloyd puso el coche en marcha y se incorporó a la carretera. Con calma y precisión, como todo lo que hacía.

—¿Ah, sí?

—Sí, porque dijiste que no deberíamos.

—Eres la única persona del mundo que al sumar dos más dos puede obtener cualquier resultado —dijo Lloyd mirándole de reojo—. ¿Por qué decirte que no deberíamos hace que sea mi culpa?

—Pues porque lo hiciste sonar como un imperativo, como un mandato —contestó Wesley, subiendo el pie al asiento y haciéndose daño en su dedo hinchado—. Y a mí me gusta romper las reglas. —Lloyd le miró y la mirada de Wesley se fijó en sus labios—. Me gusta romperlas una y otra vez. Muchas veces. Todo el rato. Perdona, ¿de qué estábamos hablando?

Lloyd apretó los labios para no sonreír.

—De reglas.

—Eso. Que les huyo, lucho contra ellas porque —se señaló a sí mismo con un dedo— soy géminis. Y tú eres capricornio. —Y Wesley no debería olvidarlo. Había sido el beso, que le había nublado el juicio—. Así que sí, ha sido tu culpa.

Lloyd le miró y dijo:

—No volverá a pasar.

¡Pero bueno, Lloyd!



**Eres como la cafeína: me mantienes despierto toda la noche.**

## Capítulo Diez

---

—E lige.

Wesley estaba sentado en la cama de Lloyd y miraba con atención los distintos tipos de tijeras y cortaúñas que este le ofrecía.

Cambió de posición y desvió la vista hacia su uña negra, que colgaba de un hilillo de piel, a punto de desprenderse del dedo. Habían pasado dos días desde la audición, quedaban menos de veinticuatro horas para Acción de Gracias y Wesley no sabía qué le molestaba más: que su uña se cayera a trocitos o que Lloyd hubiera vuelto a su ser. A su ser gruñón y cascarrabias.

No habían vuelto a hablar del beso.

Era como si nunca hubiera sucedido.

Y era lo mejor, desde luego.

Justo lo que Wesley le había pedido.

—Con el cortaúñas ya lo intenté y no funcionó. —Wesley se quedó mirando las tijeras y todas le parecieron instrumentos de tortura—. ¿Qué usarías tú?

Lloyd hizo rodar su silla hasta él, llevando consigo una pequeña papelera que dejó en el suelo antes de fijar la vista en el dedo de Wesley.

—Oh, Lloyd, si me miras la uña mala con tanta intensidad, los otros deditos se van a poner celosos.

Lloyd le pasó las tijeras más puntiagudas de todas, dejó el resto en la madre de todos los botiquines y volvió a acercarse a él.

—¿Estás seguro de que estas tijeras no son demasiado grandes? —preguntó Wesley, haciendo una mueca de dolor al clavarse el filo en la palma de la mano.

Lloyd le agarró el tobillo y sonrió. Fue una de esas sonrisas de medio lado, pero enseguida la disimuló, poniéndose el pie de Wesley sobre el regazo.

—Pásamelas.

Wesley lo hizo, no sin cierto recelo.

—Si me cortas el dedo, te demando.

—Lo que, sin duda, te resultaría mucho más sencillo si estudiaras un poquito.

—Qué poco confías en mis habilidades.

—Trato de motivarte, a ver si te centras —dijo Lloyd agarrándole la base del dedo.

—Eso duele, ¿eh?

A punto de cortar la uña, Lloyd hizo una pausa y alzó la vista hacia él.

—No, el dedo no. Lo que duele es tu falta de fe en mí —dijo Wesley, sonriendo.

—Dime: ¿por qué estudias derecho, si no te gusta?

—Por lo que hago todo, supongo. Por vanidad, para llamar la atención de alguien.

Lloyd volvió a su operación a vida o muerte y, tras un cortecito de nada, todo hubo terminado. Había sido mucho más sencillo de lo que Wesley creyó que sería y antes de darse cuenta, Lloyd estaba tirando la uña a la papelera y limpiándole el dedo. Su toque era suave, delicado. Nada que ver con su tono de voz cuando habló:

—No creo que esa vanidad te lleve a ningún sitio, la verdad. Y no creo que te haga feliz.

—Por favor, Lloyd, deja de embestirme con esos cuernos de capricornio, que estás empezando a arañar mi superficialidad.

Lloyd alzó la vista.

—Cuando te embista lo sabrás, créeme.

A Wesley se le cortó la respiración y fue más consciente que nunca de su pie sobre el regazo de Lloyd. Este era el típico momento en el que el tonto le salía solo, pero se acababa de quedar en blanco, no se le ocurría nada.

Lloyd devolvió la mirada al dedo de Wesley y le puso una pequeña venda alrededor.

—Deberías hacer algo que de verdad te apasione.

—Ya, claro, como si pudiera dedicarme a servir cafés durante el resto de mi vida.

—¿Por qué no?



ESE «POR QUÉ NO» LE PERSIGUIÓ DURANTE TODO EL DÍA. TRABAJÓ CON EL RUNRÚN EN LA CABEZA Y se lo llevó con él a la biblioteca donde pasó un par de horas fingiendo que estudiaba.

¿Podría dedicarse a servir cafés toda su vida?

¿Ganaría lo suficiente como para poder mantenerse? ¿Un camarero de treinta y pico años era el ideal de novio de alguien? ¿Y dónde quedaba eso de seguir los pasos de su padre, que había sido el primer americano de ascendencia japonesa en conseguir ser juez en su ciudad? Y Wesley también podría lograrlo si aprobaba el examen de acceso a la abogacía.

Y así, sin darse cuenta, las horas fueron pasando. El campus empezó a vaciarse, los alumnos marchándose a sus casas a pasar el puente de Acción de Gracias. Las nubes negras que habían amenazado con romper durante todo el día, por fin explotaron y empezó a llover. Wesley salió corriendo hacia Williamson.

Antes de llegar, divisó a Lloyd en el patio delantero, abriendo un paraguas. Llevaba una camisa gris, unos pantalones que le quedaban de muerte y un cinturón que decía «fóllame» como pocas cosas lo hacían. Se acercó a él y se aclaró la garganta.

Lloyd se giró y el movimiento hizo que unas gotas de agua fueran de su paraguas a la frente de Wesley, que parpadeó ante las gotas que ahora se deslizaban por sus ojos.

—¿Dónde vas, Mary Poppins?

—Cada vez que me ves con el paraguas me llamas Mary Poppins, el chiste ha perdido la gracia.

—Lo que no ha perdido la gracia es ese enorme paraguas tuyo.

Lloyd le cubrió con él y volvió sobre sus pasos para acompañarle hasta la puerta de la residencia.

—Ahora no te quejas de su tamaño, ¿eh?

La verdad es que estaba muy agradecido, pero igual, bromeó:

—No me he quejado en ningún momento, soy muy fan de este paraguas que parece una tienda de campaña. —Cuando llegaron a la puerta, Wesley le sonrió—. ¿Dónde vas? ¿Tienes una cita o

algo así?

Lloyd desvió la mirada.

—He quedado con alguien, sí.

—Ah, bueno, vale. Pues pásalo bien —dijo Wesley, que se giró hacia la puerta y empezó a forcejear con ella sin conseguir abrirla.

Lloyd alzó una ceja.

—No has pasado la tarjeta.

A Wesley no le dio tiempo a encontrarla porque Lloyd pasó la suya antes y abrió el portón de un pequeño empujón con esos elegantes zapatos suyos.

—¿Sabes ya lo que vas a hacer este fin de semana?

—Creo que pasaré todo el puente tirado en la cama escuchando tu voz en mi cabeza —contestó Wesley ya a cubierto en el vestíbulo.

Lloyd le miró a los ojos.

—¿Mi voz?

—Sí, tu «por qué no», tu «deberías hacer algo que de verdad te apasione».

—Ah, eso.

Wesley se apoyó contra la puerta para mantenerla abierta.

—Llevo todo el día pensando en lo que me dijiste y es verdad. Me encanta ir a trabajar. Me apasiona servir a mis clientes habituales: al señor Muffin, a Capuchino con leche de almendra, a Café con leche desnatada... —Suspiró—. Me encantan las mañanas. Llegar al trabajo y respirar el exquisito aroma del café. De verdad que cuando acabo un turno yo mismo huelo a tu café favorito. Sudo café tostado, te lo juro.

Lloyd se pasó la lengua por el labio inferior como si la mera mención del aroma del café le estuviera dando sed.

—Ese café tostado es excepcional.

Wesley bajó la mirada.

—Ya, bueno, venga, que tienes que irte.

—¿Y tú? —preguntó Lloyd.

—Tengo un par de temas pendientes de derecho civil que intentaré estudiar mientras escucho cómo Caleb le da una serenata a MacDonald e intenta que salga de su habitación.

—No sé en el lugar de quién preferiría estar, la verdad.

Wesley cerró la puerta de una patada y guiñó un ojo a Lloyd.

—Yo, a veces, tampoco.



ESA NOCHE, WESLEY SE DESPERTÓ SOBRESALTADO TRAS TENER UN SUEÑO HORRIBLE. PARPADEÓ EN la oscuridad de su habitación y miró a Caleb, que roncaba plácidamente de espaldas a él.

Tenía la pesadilla tan metida dentro y la sensación de desasosiego era tal, que se levantó y salió al pasillo. Bajo la tenue luz que lo iluminaba, pensó en la frase que le había dicho Lloyd en su sueño, en cómo le había mirado de arriba abajo y le había soltado: «Eres todo risas y diversión, pero estás vacío por dentro».

Se dirigió a la habitación de Lloyd. La puerta estaba cerrada y la luz apagada. Pero si eso no le había detenido en el pasado, tampoco lo haría ahora.

Llamó a la puerta.

—¿Lloyd?

Nada.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando oyó la voz adormilada de Lloyd al otro lado:

—Un segundo.

Lloyd abrió en un estado de desnudez delicioso. Solo llevaba el bóxer y unos calcetines tobilleros. Parpadeó, ajustando sus ojos a la luz que entraba desde el pasillo. Tenía marcas en un lado del torso, de las sábanas, posiblemente.

Cuando su mirada conectó con la de Wesley, Lloyd pareció despertar de golpe, poniéndose rígido y cruzando los brazos sobre el pecho, como si acabara de darse cuenta de que estaba medio desnudo.

Se sumergió de nuevo en las sombras de su habitación y le hizo un gesto para que pasara.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras sacaba una camiseta de uno de los cajones de la cómoda.

—Oh, no, no te cubras por mí, por favor.

Lloyd hizo una pausa con los brazos ya metidos por las mangas y se quedó mirándole, pero la penumbra del dormitorio le impidió ver con claridad la expresión en su rostro.

Wesley encendió la luz.

Lloyd se quejó ante la abrupta luminosidad y terminó de ponerse la camiseta.

—Supongo que no me has despertado a las cinco de la madrugada solo por diversión. Aunque, pensándolo bien... —dijo, dirigiéndole una mirada que decía claramente que lo veía más que probable.

Wesley suspiró y se lanzó sobre la cama. Aún estaba caliente. Aún podía sentirse la calidez del cuerpo de Lloyd contra las sábanas.

Lloyd se acercó, alerta.

—¿Se te ha roto la cama o algo así?

—He tenido un sueño.

Lloyd deslizó sus ojos somnolientos por el cuerpo de Wesley, deteniéndose en su entrepierna.

—¿Uno bueno?

—No, malo.

—¿Qué pasaba?

«Que me odiabas», pensó Wesley, que acabó diciendo:

—Mi madre tenía una cabra. No sabes lo que dolía.

—¿Por qué? ¿La cabra te daba una patada o algo así?

—No, si la cabra era un sol. Lo mejor de la familia Hidaka. De hecho, creo que hasta yo la quería, pero no lo admitiré nunca en voz alta.

Lloyd se frotó los ojos.

—¿Soy yo el que está soñando? Porque no entiendo nada.

—Que me sustituía, Lloyd. Mi madre me cambiaba por una cabra.

Lloyd se giró para mirarle, sus hombros se movían como si estuviera conteniendo la risa. Pero esto no era una broma. Wesley estaba hablando muy en serio.

—Esperaba un poco más de apoyo por parte de mi supervisor, la verdad.

Lloyd sonrió y se le marcó el hoyuelo de la mejilla y ese hoyuelo no salía a jugar a menudo. De hecho, era una rareza.

—Lo siento. ¿Te hago un té y lo hablamos?

—¿Un té? ¿Pero tú me conoces de algo?

—Vale, café. ¿Quieres leche normal o de cabra?

—No me jodas. ¿Ahora? ¿Ahora decides ponerte en plan bromista y juguetón? Ven aquí. — Wesley palmeó la cama, a su lado—. Consuélame.

Los ojos de Lloyd parecieron brillar justo antes de darle al interruptor y sumir la habitación de nuevo en la oscuridad. La madera crujió con cada paso de Lloyd hacia la cama. El colchón se hundió cuando se tumbó al lado de Wesley, lo más lejos que pudo de él.

Wesley no estaba para gilipolleces, así que se pegó más a Lloyd y se acurrucó contra su pecho.

—Así mejor —dijo, sus labios casi pegados a la piel suave de los pectorales de Lloyd—. Ahora, pregúntame otra vez si estoy bien.

Lloyd le colocó una mano en la espalda.

—¿Estás bien?

Wesley inhaló el aroma de Lloyd.

—Sí. Quiero decir, no.

Los dedos de Lloyd empezaron a vagar por su columna, recorriéndola arriba y abajo.

—Cuéntamelo.

—El Caleb de mis sueños decía que la cabra conducía mucho mejor que yo.

El cuerpo de Lloyd tembló por la risa contenida.

—¿De verdad soy solo risas y diversión, pero estoy vacío por dentro?

Lloyd dejó de reír al instante, se echó hacia atrás y miró a Wesley a la cara.

—¿Quién ha dicho eso?

—Salía en mi sueño.

Lloyd le acarició el hombro.

—Los sueños no son reales. Nada de lo que sucede en sueños tiene por qué pasar en la vida real.

—Pero quizá era una señal. Quizá encierre algo de verdad.

Los dedos de Lloyd pararon de forma abrupta.

—Vale. A veces eres todo risas y diversión...

—¿Lo ves?

Lloyd subió la mano hasta la nuca de Wesley y le dio un apretón.

—Pero también eres cariñoso y atento. Y brillas con una luz especial que ilumina cada sitio al que vas.

—¿No crees que soy el peor hermano del mundo?

—No, no lo creo.

—Vale, gracias.

—¿Y ya está?

—Sí, oírtelo decir me ha ayudado mucho. Ahora ¡shhh!, que tu cama es supercómoda y estoy cansado.

Wesley se acurrucó aún más contra Lloyd.

—¿Wesley?

—Es que... —Wesley volvió a inhalar el aroma de Lloyd, presionando los labios contra su pecho—. Es increíble estar así, pegado a ti.

—¿Acabas de besarme?

—No te preocupes, no es el tipo de beso que estás pensando.

Tras unos segundos, Lloyd le preguntó:

—¿Y qué tipo de beso ha sido?

—Uno que dice: me gusta sentirme protegido en tus brazos. Ahora lo que quiero es tu amistad. Ese tipo de beso.



—¿«AHORA LO QUE QUIERO ES TU AMISTAD»? ¿EN SERIO? —PREGUNTÓ CALEB A WESLEY, QUE IBA sentado en la parte de atrás del coche de MacDonald—. Entiendes que con ese «ahora» estás implicando que normalmente quieres *algo más* que su amistad, ¿no?

Wesley se movió en su asiento, incómodo.

—Me sale natural. Tonteo hasta cuando estoy medio dormido.

—¿Y también te acurrucas con Suzy y la besas en el pecho?

Wesley se atragantó ante lo absurdo del comentario.

—Admítelo —dijo MacDonald en tono irónico—. Tú lo que quieres es que Lloyd te empotre contra la pared.

—Pues ahí está el quid de la cuestión, que eso nunca pasará. No es el estilo de Lloyd, le tiene demasiado cariño a su espalda.

—Si no quieres acostarte con nuestro supervisor, ¿por qué le hemos seguido a su casa en Acción de Gracias?

Wesley miró por la ventana, a la casa de dos pisos frente a él. Era una casa modesta, en los límites de un barrio que daba bastante miedo. Era una zona que solía evitar cuando iba a Sandalwood, pero ahí estaba ahora: acampado frente a la casa de Lloyd, con Caleb y MacDonald y una imperiosa necesidad de ir al baño.

Wesley miró hacia la botella de medio litro de coca cola que se había bebido enterita en su camino hasta allí. MacDonald le miraba y negaba con la cabeza.

—Te dije que beberte medio litro de coca cola no era la mejor de las ideas. De verdad, es como si nunca hubieras acosado a nadie antes.

Caleb, que estaba en el asiento del copiloto, la miró. Su expresión divertida parecía decir que creía que MacDonald era el ser más gracioso sobre la faz de la tierra. Pero luego miró a su hermano, como si estuviera poniendo en tela de juicio su equilibrio mental.

—No estamos acosando a nadie —dijo Wesley que, al ver la figura de Lloyd a través de la ventana de la planta baja, se agachó a toda prisa—. Solo estamos averiguando más cosas sobre él. Para tener una visión más global y detallada.

—No se lo tengas en cuenta —susurró Caleb a MacDonald de forma teatral, como si Wesley no pudiera oírles—. Se va dando cuenta poco a poco de lo que Lloyd significa para él.

—No es verdad —contestó Wesley. Aunque, bueno... a lo mejor sí era un poco verdad. O un mucho.

—Muy muy poco a poco —matizó Caleb.

—Las cosas están bien como están —murmuró Wesley y en parte era verdad. Cuanto más conocía a Lloyd, más le gustaba y no quería echar a perder esa amistad ni el tonteo que siempre había entre ellos.

—¿Por qué habré accedido a esto? —se quejó MacDonald.

—¡Cuidado, alguien sale! —gritó Wesley al ver cómo la puerta principal de la casa se abría. Él y Caleb se agacharon hasta que sus cabezas quedaron ocultas.

MacDonald soltó una risotada.

Quince segundos más tarde, Lloyd se asomaba por las ventanillas del coche. Su mirada recorrió primero los asientos delanteros y luego se quedó mirándole a él en la parte de atrás.

Wesley le saludó con la mano, con cara de culpabilidad.

Lloyd le hizo un gesto para que saliera del coche.

Caleb gimoteó.

—Nos han pillado.

—Aficionados —les recriminó MacDonald.

Wesley abrió la puerta y salió. Se estiró y dirigió a Lloyd una mirada que decía «sí, sí, soy lo peor, lo sé, pero me quieres igual».

—¿Podría ir al baño? No puedo más —le dijo.

Lloyd le miraba como si quisiera soltar una carcajada y sacudirle al mismo tiempo. Sacudirle a conciencia. Unas cuantas veces.

—Solo llevas aparcado aquí veinte minutos.

—Ya, pero cuando paraste en el Subway nosotros también y... —se quejó Wesley.

—Nadie te obligó a comprar medio litro de coca cola.

Wesley le miró con la boca abierta.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque estabais justo detrás. Literalmente. Pegados a mi coche.

—¿Y cómo nos has visto? Debes de ser la única persona del mundo que usa los espejos retrovisores.

Caleb y MacDonald salieron entonces del coche. Lloyd les miró y les dijo con tono de súplica:

—Por favor, que nunca conduzca solo. No le dejéis. Nunca.

Wesley, encantado, le pasó un brazo por la cintura y se pegó a él.

—Este es mi capricornio.

Lloyd le agarró por el cuello y se lo acercó más, susurrándole al oído:

—También podías haber aceptado mi invitación de pasar Acción de Gracias en mi casa.

—¿La invitación en la que incluiste a todos aquellos residentes que no tuvieran otros planes? ¿Esa? —A pesar del calor que le producía la cercanía del cuerpo de Lloyd, una corriente fría le golpeó de repente, sorprendiéndole—. No era una invitación muy personalizada, que digamos.

Lloyd gimió, frustrado.

—Tú eras el *único* residente que no tenía planes. —Hizo una pausa—. Al menos lo eras hasta que los padres de MacDonald decidieron irse a Las Vegas en vez de quedarse a celebrar Acción de Gracias.

El golpe de frío pareció mitigarse y Wesley sintió una bola de calor crecer en su interior. Lloyd se dirigió de nuevo hacia su casa y una vez en el porche, sacó las llaves.

—Entonces, ¿querías que viniera? ¿Y por qué no me lo has preguntado directamente? No sabía yo que fueras tan tímido.

—A ver, Wesley, que todo esto es por Gavin, para que me deje en paz. —Lloyd metió la llave en la cerradura—. Yo, en realidad, no soy tímido. No soy tímido en absoluto.



**Eres la leche.**

## Capítulo Once

---

Lloyd les presentó a su madre, Cathy, una mujer pequeñita de pelo largo y sonrisa enorme. Lo contrario de Lloyd, vaya. Bueno, los dos tenían los mismos ojos color avellana y las mismas pestañas oscuras.

A Wesley le dio un vuelco el estómago cuando Lloyd se puso un delantal de gatitos y cogió al vuelo la manopla de horno que su madre le lanzó. Ambos empezaron a moverse en una sincronía perfecta que dejaba claro que tenían mucha experiencia cocinando juntos.

Cathy miró a Wesley y luego a Caleb, antes de preguntar:

—¿Cuál de los dos es el que debería preocuparme?

Lloyd señaló a Wesley.

—Ese —dijo—. El que está callado por primera vez en su vida.

Wesley miró a Lloyd.

—Estoy callado muchas veces.

—Ah, mamá, esa es otra cosa por la que deberías preocuparte: miente. Miente mucho.

La sonrisa de Cathy era resplandeciente.

—Estás en un buen lío entonces, hijo.

—¿Motivo de preocupación? ¿Yo? —Wesley se apartó un mechón de pelo que le había caído sobre los ojos y sonrió con picardía—. Venga, va, me declaro culpable.

Cathy se rio.

—Acompáñame al comedor —le dijo Lloyd a Wesley, pasándole una fuente con algo recién salido del horno.

Wesley le siguió y puso la bandeja en la mesa. Una mesa con cinco platos.

—¿Cuándo has puesto la mesa?

—No la he puesto yo. Ha sido mi madre.

—¿Y cuándo se supone que la ha puesto?

Lloyd dejó un par de cuencos de verduras en el centro y se giró para mirarle.

—La llamé cuando venía de camino. ¿Te gusta el *tofupavo*?

Wesley se rio y desvió la vista hacia el pavo que había traído. Hacia el *nopavo*, más bien.

—Mmm... ¿me encanta?

—Wesley —le advirtió Lloyd.

—No, en serio, me da igual la comida. Me gusta tu casa. Me gusta que nos hayas invitado.

Lloyd se quedó mirándole con intensidad. Wesley no sabía si era diversión lo que veía en sus ojos o pura y simple frustración, pero cuando Lloyd se acercó a él y sintió la cercanía de su cuerpo, su olor, todos sus sentidos se pusieron alerta y su corazón empezó a latir desbocado.

Caleb y MacDonald entraron entonces en el comedor. Lloyd les miró y en su tono más mandón, les dijo:

—Vosotros dos, a ese lado de la mesa, Wesley se sienta a mi lado.



—DEJA DE PONER TU *TOFUPAVO* EN MI PLATO —SUSURRÓ LLOYD MIENTRAS CALEB SE REÍA E intentaba meter un guisante en la boca de MacDonald, que le fulminaba con la mirada.

Wesley le puso otro tenedor de *nopavo* a Lloyd.

—Lo hago por ti, porque sé que te gusta mucho.

—Y me gusta. Pero ya estoy lleno. ¿Para qué repites?

—Porque tu madre me ofreció más y me parecía de mala educación decir que no. —Wesley se llevó una patata asada a la boca—. Pero las verduritas especiadas están de muerte.

Caleb movió las cejas de forma sugerente.

—Creo que la especia es canela, por eso de *dar canela*, ya sabes.

Wesley le dio una patada por debajo de la mesa.

MacDonald dio un saltito.

—¿En serio, Wesley? Qué respuesta tan madura.

—Lo siento —dijo Wesley riéndose—. ¿Le pasas el mensaje a mi hermano?

MacDonald sonrió.

—Con mucho gusto.

Caleb movió su silla rápidamente hacia Cathy y le dijo:

—La comida está deliciosa. Y qué curioso esto del *tofupavo*.

Cathy desvió la mirada hacia su hijo y le sonrió.

—Qué energía tienen, ¿cómo lidias con esto a diario?

Lloyd asintió, muy solemne él.

—Es todo un reto.

—Y le encanta —intervino Wesley—. Está en su naturaleza de capricornio. Y hablando de capricornios, Cathy, cuéntame todo lo que deba saber de tu hijo. Desde el principio. Desde su primer año de vida. Qué digo año; día y hora exacta de nacimiento, por favor.

—No te rindes, ¿eh? —Lloyd se echó para atrás en la silla y se cruzó de brazos.

Cathy le guiñó un ojo a su hijo, sonriéndole con complicidad.

—De pequeño era una cosa chiquitina y blandita. Quién nos iba a decir que se convertiría en un chico tan guapísimo.

—Y este chico tan guapísimo, ¿cuándo dices que nació, exactamente?

Cathy se inclinó sobre la mesa, hacia Wesley, y le dijo en susurros:

—Es que me ha dicho que no te lo diga.

Wesley se rio y le dio una palmada a Lloyd en el muslo. Fuerte. Muy fuerte.

—¿Por qué frustras todos mis intentos de llegar a conocerte mejor?

—Dime que los horóscopos no significan nada y te cuento todo lo que quieras ahora mismo.

—¡Eso es de capricornio total!

Lloyd suspiró.

—No aprende.

Entonces, sonó el timbre de la puerta y Lloyd se tensó bajo la palma de su mano. Y fue en ese instante que Wesley se dio cuenta de que no había dejado de tocarle el muslo. Retiró la mano lo más rápido que pudo y cogió su vaso de agua.

Lloyd frunció el ceño.

—No será capaz.

—Sí, es capaz. —Cathy suspiró y fue a abrir. Un minuto después estuvo de vuelta presentándoles a todos a la famosa tía Tabitha, que les echó un vistazo de refilón y poniendo mala cara, dijo:

—¿Es que esta gente no tiene familia a la que visitar?

—Ahí la tienes, Wesley —dijo Lloyd limpiándose las manos en una servilleta y levantándose de la silla—. Mi tía Tabitha en estado puro.

—¡Lloyd! —dijo la tía, escandalizada—. ¿Qué modales son esos?

—Disculpadme —dijo Lloyd saliendo del comedor.

Wesley dirigió una mirada asesina a la señora y siguió a Lloyd. Lo encontró en la parte de atrás de la casa, con la puerta al jardín abierta, inhalando grandes bocanadas de aire fresco.

—Es muy molesto cuando la gente se presenta sin avisar, ¿verdad? —le dijo Wesley, acercándose a él.

Lloyd se apoyó en el marco de la puerta y dijo:

—Siento que haya sido borde con vosotros.

—*Nah*, no te preocupes. Además, algo de razón tiene. Durante la cena no paraba de pensar en que así era como siempre me había imaginado la cena de Acción de Gracias, como siempre quise que fuera. Y luego la imagen de mi madre, cenando sola en casa, me vino a la cabeza y...

Lloyd le dio una patadita en el pie bueno y Wesley continuó hablando:

—Creo que debería... después de ayudar a recoger y eso...

Lloyd asintió.

—¿Cuánto hace que no vas a casa?

—Casi un año.

Wesley se encogió de hombros y bajó la vista, estudiando el suelo con muchísima concentración. Lloyd se acercó y una pared de calor reemplazó la brisa fría que entraba de fuera.

—Yo recojo. Tú haz lo que tengas que hacer. Ve. Ve y di lo que tengas que decir.

—Creo que te quiero.

Ante semejante declaración, ambos se dieron la vuelta para mirar a MacDonald y a Caleb, que se acercaban por el pasillo. Caleb iba detrás, sonriendo.

—Quiero que seas la madre de mis hijos. Quiero pequeños y pequeñas MacDonald correteando por ahí.

Wesley y Lloyd le miraban pasmados. Su hermano se había vuelto loco. No había otra explicación. MacDonald ya estaba loca de antes, así que todo, en general, era una auténtica locura.

Su hermano se percató de cómo le miraban y articuló:

—¿Qué?

—Que se te ha ido la cabeza —contestó Wesley.

—Del todo —contestó Caleb con una sonrisa y, pasándole un brazo a MacDonald por encima de los hombros, le susurró al oído lo suficientemente alto para que todos lo oyeran—: Por eso funcionamos tan bien juntos.

MacDonald casi se ríe, pero pareció pensárselo mejor, miró a Wesley y dijo:

—Tenemos que irnos. Ya.

Wesley la miró sin entender, luego miró a su hermano, buscando una explicación a tanta prisa.

—Tiene razón. Hay que irse. Y quizá no podamos volver nunca —dijo Caleb, que miró hacia atrás como si esperara que una muchedumbre enfurecida portando antorchas y lanzas viniera tras ellos—. No sé si Tabitha llegará a recuperarse alguna vez del ataque de MacDonald.

La susodicha miró a Lloyd y le dijo:

—Supongo que debería disculparme por ofender a esa vieja miserable, pero no voy hacerlo. No quiero. Gracias por la cena y adiós.

Wesley les siguió en su apresurada huida, y mirando hacia atrás, según se iba, le dijo a Lloyd:

—Pues nada, que parece que me voy. Gracias y tal.



WESLEY MIRABA FIJAMENTE LA PUERTA PRINCIPAL DE SU CASA MIENTRAS SE LLENABA LA BOCA DE UNOS cereales que había encontrado en el coche. El sol se estaba poniendo y se reflejaba en las ventanas de la casa de estilo victoriano frente a ellos.

Caleb estaba a su lado, agarrando con fuerza el volante. Habían dejado a MacDonald en la residencia y le habían cogido prestado el coche.

—Ha sido tu idea, así que eres tú quien tiene que dar el primer paso —dijo su hermano.

—Ya, pero tú te has venido arriba cuando he dicho que podríamos pasarnos, así que quizá debas ser tú quien haga el primer movimiento.

—Piedra, papel o tijera.

Wesley perdió.

—¿Al mejor de tres?

—No, sal —dijo Caleb—. Yo te sigo.

Ya en el porche, Wesley cogió aire, y llamó al timbre. Al segundo, la puerta se abrió.

Su madre estaba en el umbral con un traje de chaqueta y pantalón. El mechón de pelo gris que le recorría el pelo negro, recogido en un moño, hacía que pareciera que tenía una mofeta sentada en la cabeza. Sorprendida, alzó las cejas y se apartó para dejarles pasar, haciéndoles un gesto para que entraran.

—Parece que mis plegarias han sido escuchadas.

—Queríamos hablar contigo.

—Bueno, él quería hablar —murmuró Caleb sin poder evitar dar un beso en la mejilla a su madre—. Yo sigo cabreado.

Ella le acarició el brazo en respuesta. Sus ojos brillaban aliviados y algo cansados.

—He hecho la cena.

La mesa estaba llena de los platos favoritos de Wesley: puré de patatas, guisantes, pastel de calabaza, salsa de arándanos y pavo relleno.

El nudo en la garganta de Wesley se hizo más grande aún.

—Guau, mamá, ¿estás esperando a toda tu congregación? —preguntó Caleb sentándose en una silla y metiendo el tenedor en uno de los platos.

Wesley también se sentó, pero no se veía capaz de comer. Tenía el estómago cerrado.

Su madre frunció el ceño a Caleb.

—Ya ni bendices la mesa, ¿o qué?

Caleb hizo una pausa con un muslo de pavo a medio masticar.

—¿Benditos sean estos alimentos? —dijo.

Ella se sentó en la cabecera de la mesa donde una copa de vino la esperaba.

—¿Qué tal la carrera, Wesley?

La mirada de Wesley se posó en la silla en la que solía sentarse su padre y recordó lo fácil que siempre había sido hacerle sonreír. Seguro que el gran juez Hidaka hubiera estado muy orgulloso de que su hijo siguiera sus pasos.

Así que se disculpó con él en silencio, mentalmente, antes de decir:

—No muy bien. Voy a terminar el grado, pero no voy a seguir con la carrera de abogado.

La admisión le sorprendió incluso a él.

Su madre dio un sorbo al vino.

—No tomes ninguna decisión apresurada de la que luego te puedas arrepentir. Quizá las cosas mejoren, quizá sea solo una fase.

*Fase* era la segunda palabra favorita de su madre después de *Jesús*.

—No, no lo es —dijo Wesley bajito pero con firmeza—. Nunca ha sido una fase. Odio el derecho y me gustan los hombres y, si alguna vez tú y yo vamos a tener algo parecido a una relación, vas a tener que aceptarlo. Vas a tener que aceptarme a mí.

Su madre hizo girar la copa de vino en la mano y se quedó mirando la comida, ya fría, en la enorme mesa.

—El reverendo Geoff me dijo que te había visto con alguien, con tu... ¿prometido?

Caleb dejó de comer y dirigió la mirada a uno y a otro como si estuviera en un partido de pimpón.

—Se llama Lloyd.

La cara de su madre se cubrió de un evidente dolor al oírlo y Wesley se tensó a la espera de las súplicas y los comentarios sobre si de verdad merecía la pena romper los lazos familiares por un chico.

Caleb la cortó antes de que hablara.

—He conseguido un papel en un musical superimportante.

Su madre centró entonces su atención en Caleb.

—¿Esa es la razón por la que has estado faltando a clase?

—Sí, pero Wes me está ayudando...

—Me parece bien que te guste tocar la flauta, pero no se puede vivir de la música.

Solo llevaban en casa cinco minutos y Wesley ya se sentía como un adolescente de nuevo: frustrado y cabreado. Ojalá su madre abriera los ojos de una vez.

—Deberías haberle oído tocar, mamá —dijo—. Fue increíble. Tiene un talento impresionante y la pasión suficiente como para poder vivir de ello.

Caleb tragó con dificultad, sus ojos brillantes.

—¿De verdad lo crees? —le preguntó a Wesley en un susurro.

—Por supuesto que sí. Me costó horrores sacarte de ese auditorio. A ver, que lo volvería a hacer, pero ojalá no tuviera por qué.

—Por si no te lo he dicho, gracias. Gracias por llevarme al colegio ese día y gracias por todas las noches que me dejas quedarme contigo, arriesgándote a la ira de tu supervisor.

Se sonrieron el uno al otro.

—Deberíamos hacer algo para darle las gracias a Lloyd —sugirió Caleb.

La mera idea llenó a Wesley de calidez, hasta que la picardía absorbió todos sus buenos deseos.

—Ayúdame a averiguar un par de cosas que necesito y se lo agradecemos con una fiesta sorpresa, ¿te parece?

—Quiero conocerle —dijo su madre en voz baja.

Wesley se giró para mirarla. Estaba echada hacia atrás, apoyada en el respaldo de la silla, la copa de vino aún en la mano.

—Quiero entender por qué la cosa esa de ser gay es tan importante para ti, hijo. —Tras decirlo, miró a Caleb—. Y sé que tú no te has ido de casa por lo que pienso de tu música. Lo has

hecho porque echas de menos a tu hermano.

Caleb se movió, incómodo.

—Lo he hecho porque tú también lo echas de menos.

A Wesley le empezaban a escocer los ojos.

Caleb se levantó y salió pitando de la habitación con un:

—Lo siento, tengo que... Tengo alergia o algo.

Su madre habló y había un tono de súplica en su voz cuando preguntó:

—¿Me dejarás conocer a tu prometido?



ESE HABRÍA SIDO UN MOMENTO PERFECTO PARA ADMITIR QUE LLOYD NO ERA SU PROMETIDO.

Pero estaba siendo todo tan emocional y los sentimientos estaban tan en carne viva...

Así que ahora tenía que contarle a Lloyd el aprieto en el que estaban.

Le dio a Caleb las llaves de su habitación y se bajó del coche para hacer el resto del camino hasta casa de Lloyd andando.

Era casi medianoche cuando puso un pie en el jardín de su supervisor, que fue también cuando se dio cuenta de que se había dejado el móvil en el coche de MacDonald.

Pero entonces recordó que Lloyd había hecho algún comentario sobre cómo el escritorio de su habitación tenía vistas a la calle principal, así que cogió unas piedrecillas del jardín y empezó a tirarlas contra una de las ventanas de la planta superior. Cuando las piedras golpearon el cristal hicieron un *cling-clang-clang* que hizo sonreír a Wesley. Siempre había querido hacer algo así.

Alguien se aclaró la garganta y Wesley se giró para ver a Lloyd caminando por el césped en albornoz y zapatillas de estar en casa. Le señaló la ventana y dijo:

—Mi habitación es la de al lado. Esa es la de mi madre que, por cierto, te pide con mucha educación que te muevas unos pasitos a la derecha, para que puedas acertar a mi ventana o que, directamente, entres en casa.

Wesley se puso las manos alrededor de la boca y gritó:

—¡Lo siento, Cathy!

—¡Te veo mañana por la mañana, Wesley! —fue la respuesta desde el otro lado de la ventana.

Wesley empezó a caminar hacia la puerta.

—¿Cómo sabe que voy a quedarme a dormir?

—Es medianoche y estás en plan Romeo en su jardín delantero. No sé, será que es muy lista.

Lloyd cerró la puerta tras ellos. Wesley se quitó los zapatos y la cazadora y le siguió escaleras arriba.

—Me encanta tu *look*, por cierto —susurró Wesley tironeando del cinturón del albornoz—. Es como tener una visión de tu yo del futuro. Eres el típico viejecito gruñón que riñe a los niños del vecindario por hacer demasiado ruido. —Wesley le miró entonces de arriba abajo y añadió—. O quizá no estoy viendo el futuro y es que ya eres esa persona.

—No creo que vaya a ser así en sesenta años, la verdad.

—¿No? ¿Y cómo serás?

—Muchísimo más gruñón.

Lloyd encendió una luz e hizo pasar a Wesley a la habitación de su infancia que, para su sorpresa, estaba bastante desordenada. Una estantería cubría una de las paredes y estaba a rebosar de libros, juegos de mesa y más de un cubo de Rubik.

Y luego estaba... la cama.

—Un poco pequeña, ¿no? Vamos a tener que acurrucarnos mucho.

Sin apartar la vista de él, Lloyd hizo un movimiento con el pie y sacó una cama con ruedas de debajo de la suya.

—¿Arriba o abajo?

—Me gustan las dos cosas —contestó Wesley con lascivia—. Pero si tengo que elegir, prefiero abajo.

Lloyd cerró los ojos.

—Madre del amor hermoso.

Wesley sonrió y se empezó a quitar la ropa hasta quedarse solo con el bóxer y una camiseta interior. Sin volver la mirada en su dirección ni una sola vez, Lloyd le pasó una manta, se quitó el albornoz, quedándose en el mismo estado de semidesnudez que él, y apagó la luz.

—No creo que hayas venido solo a dormir, ¿no?

—No es como esperaba que me lo propusieras, la verdad, no es muy tu estilo, pero bueno, me vale.

Lloyd le lanzó una almohada a la cara y Wesley se rio, colocándola en la cama de abajo.

Cuando ambos estuvieron tumbados, Wesley se quedó mirando las pegatinas de estrellas que había en el techo, de esas que brillaban en la oscuridad.

—Parece que no soy el único obsesionado con las estrellas.

Lloyd se puso de lado y le miró desde la cama de arriba.

—¿Qué haces aquí exactamente?

—He venido con la esperanza de que mientras duermes te dé por recitar fechas, y entre ellas esté la de tu cumpleaños.

—Wesley.

—Le he dicho a mi madre que en cuanto me gradúe dejo el derecho, que no voy a especializarme ni a ejercer la abogacía.

—¿Por lo que hablamos?

—Bueno, el pensamiento no surgió tan de repente, llevaba tiempo pensándolo.

—¿Cómo te has sentido al decírselo?

—Culpable. Luego muy aliviado. Y ahora estoy nervioso. —Wesley se mordió el labio—. Como mi supervisor, ¿crees que estoy tomando la decisión correcta?

En cuanto la palabra *supervisor* dejó su boca, Lloyd se alejó de él unos centímetros.

—Pensaremos cuáles son las opciones que mejor se adaptan a ti. Quedamos una tarde y lo vemos.

—No soy nada bueno tomando decisiones. Soy un ser incoherente y lo más indeciso del mundo.

—Me he dado cuenta.

—Soy bastante desastre.

—Y aún eso, me gustas.

Wesley suspiró.

—Me encanta oírte decir eso, porque puede que le haya dicho a mi madre que vendrás a cenar en Nochebuena. Como mi prometido.

Silencio.

El corazón de Wesley latía desbocado mientras intentaba adivinar la expresión de Lloyd en la oscuridad.

—¿Por favor?

Tras unos minutos eternos, Lloyd rumió algo en voz baja, se giró en la cama lejos del alcance de Wesley y dijo:

—Las cosas que hago por ti.



**Quiero tu crema en mi boca.**

## Capítulo Doce

---

—**M**uchísimas gracias por el desayuno —le dijo Wesley a Cathy mientras recogían los platos.

Cathy le sonrió, una de esas sonrisas cálidas y maternas.

—Un placer. Y puedes venir cuando quieras. Me encanta que Lloyd traiga amigos a casa.

—¿No suele hacerlo?

—Esta es la primera vez desde que empezó la universidad.

A Wesley casi se le caen los vasos que llevaba en la mano.

—Bueno, pues no te preocupes, que pienso venir mucho, me invitéis o no. Lloyd es el mejor y es mi amigo. —Cientos de mariposas empezaron a batir sus alas de repente en su interior, colapsándolo todo. Muy bajito añadió—: Es mi mejor amigo.

Cathy sonrió.

—A él también le importas.

En ese momento, Lloyd apareció de nuevo en el comedor.

—¿Necesitáis ayuda?

Wesley tragó de forma audible y asintió con vehemencia.

—Yo sí, necesito que te pongas en plan *capri* conmigo. A lo bestia.

Cathy les dejó solos y Lloyd se acercó a él con una ceja alzada.

—¿Perdona?

—Ahora mismo estoy sintiendo cosas y estoy muy confuso —dijo Wesley.

Lloyd le quitó los vasos de las manos y los volvió a dejar en la mesa.

—A ver, qué sientes, cuéntame.

—Eres mi mejor amigo.

Los labios de Lloyd se elevaron en una enorme sonrisa, con hoyuelos y todo. Y le brillaban los ojos muchísimo, lo que no hizo sino poner más nervioso a Wesley.

—Vale, es un buen comienzo —dijo Lloyd.

Wesley empezó a tironear de su pulsera, totalmente paralizado ante la espectacular sonrisa de Lloyd. Esa sonrisa que llevaba tanto tiempo esperando poder ver.

Pero había estado equivocado. La sonrisa de Lloyd no le daba ganas de tirárselo contra la primera superficie, plana o no, que encontrara. No, lo que esa sonrisa estaba provocando era que el pecho se le hinchara, impidiéndole respirar.

—De verdad que te agradecería que te pusieras en plan capricornio gruñón; me ayudarías a bajar un poco del subidón que tengo ahora mismo.

Lloyd se rio y una corriente de electricidad estática golpeó a Wesley de pies a cabeza.

—Eso no ayuda —le recriminó, mirándole con los ojos entrecerrados.

Lloyd le puso las manos en los hombros, los pulgares presionando su clavícula.

—Lo creas o no, no siempre estoy gruñendo. A veces, no muchas, pero a veces, soy superdivertido.

—No lo entiendo. Me paso el día diciéndole a todo el mundo que estamos prometidos y ni me inmuto, ¿por qué decir que somos mejores amigos me hace sentir tan raro y tan vulnerable?

—Porque lo dices de verdad y eso cambia mucho las cosas.

Wesley cambió su peso de un pie a otro.

—¿Tú sientes lo mismo por mí?

—Mira, como ahora no me sale lo de ponerme en plan *capri* gruñón contigo —dijo Lloyd, atrayendo a Wesley contra el calor de su pecho—, ¿qué tal si nos centramos en lo de mejores amigos y te lo demuestro?

En esta nueva y primeriza etapa como mejores amigos, Lloyd contestó a todas las preguntas que Wesley le hizo, incluso a las más indiscretas como que si podía ver los álbumes de fotos familiares o que le contara aventuras de cuando era adolescente.

Lloyd le arrastró por el jardín cubierto de rocío y le hizo trepar a un árbol para enseñarle la casita, ahora destartalada, que había construido en su cima.

Los rayos de sol se colaban por la ventana del tejado e iluminaban dos pequeños taburetes, una mesita y las estanterías que decoraban el minúsculo interior. Wesley se sentó en uno de los taburetes y dijo:

—Así que aquí es donde venías a ser superdivertido.

Lloyd quitó las telarañas de una fila larguísima de piñas colocadas al lado de un atrapasueños hecho de ramitas.

—Solía jugar a que era el director del colegio y las piñas eran mis alumnos.

Wesley apoyó los codos en la mesa y dijo en tono de broma:

—Así que, ¿de mayor quieres ser director de un cole?

—Sí. Primero profesor de matemáticas y luego director.

—¿En serio?

Lloyd cogió una piña que se había caído al suelo.

—Sí.

—Bueno, en ese caso, déjame que te ofrezca un plan de futuro: quítale el puesto a Bontempo en Sandalwood y así no me dará ningún miedo llevar allí a mi hijo.

Lloyd se quedó mirándole, haciendo una pausa a medio movimiento.

—¿Quieres tener niños?

—Niños, no. Un niño, en singular. Y pienso ser un padre superpesado, todo el día pegado a él. Vamos, que no va a tener novia hasta los cuarenta. —Wesley se apoyó contra la pared a su espalda —. ¿Tú has pensado en ello? ¿Quieres tener hijos?

—Hombre, con lo que según tú me gusta gritarles y reñirles, cómo resistirme.

Se sonrieron.

—¿Qué es esto? —preguntó Wesley levantando un artilugio hecho de bellotas que había sobre la mesa.

—Un ábaco que hice.

—Como no podía ser menos.

Wesley se pasó el resto del día obligando a Lloyd a enseñarle sus lugares favoritos, cada recoveco: su colegio, la tienda donde solía comprar chuches de pequeño, la zona del bosque por la que salía a correr siendo adolescente... incluso le dejó toquetear su colección de películas y

discos donde, para su dolor y desgracia, no había nada de rocanrol.

Tras deshacer a conciencia uno de los cubos de Rubik de Lloyd, Wesley se lo lanzó para que lo hiciera de nuevo y observó cómo con gran habilidad volvía a poner cada cara de su color.

—Hay un festival de luces en Green Valley Park —dijo Lloyd, colocando el cubo terminado en la estantería que tenía sobre la cama—. Está cerca. —En esos momentos, Wesley cogió un cubo de los de nueve caras y Lloyd se apresuró a quitárselo de las manos—. ¿Te apetece que nos acerquemos a ver qué tal está?

Veinte minutos después, muy abrigados con cazadoras y bufandas, llegaban a un parque lleno de lucecitas.

Diez minutos después de eso, Wesley divisaba un puesto de perritos calientes.

—Mira, perritos. Me encantan los perritos, vamos —dijo, palpándose los bolsillos y maldiciendo al momento—. Mierda, se me ha olvidado la cartera. Y tú acabas de dar todo lo que llevabas suelto a los de la hucha de los donativos. ¿Por qué tienes que ser tan generoso?

—Cómo se me ocurre dar dinero a la caridad teniendo tú necesidades tan vitales e inmediatas como comerte un perrito —dijo Lloyd con ironía.

Wesley sonrió.

—No sé si suenas muy arrepentido, pero bueno. Venga, vamos a por mi perrito.

Lloyd le miró incrédulo, podría decirse que hasta preocupado.

—Pero si no tienes dinero —le dijo.

—Voy a hacer un trueque.

—¿Qué? ¿Qué vas a intercambiar? —gritó Lloyd a la espalda de Wesley que ya estaba llegando al puesto de perritos—. ¿Y qué significa esa sonrisa?

Wesley se paró frente a un chico de unos veintipocos, guapo y con un uniforme rojo fuego que hacía un poco de daño a la vista. Le dedicó una de sus sonrisas más encantadoras.

—A ver, te cuento —dijo Wesley en el momento en el que Lloyd llegaba a su lado—. Me encantan los perritos, pero no tengo dinero y estaba pensando: ¿qué tal si tú me das uno, con mostaza y sin cebolla, por favor, y yo, a cambio, te doy a este tío bueno que tengo a mi derecha?

El chico de los perritos dejó de fruncir el ceño y medio sonrió.

Lloyd dijo algo entre dientes y suspiró.

—¿Tu tío bueno a cambio de un perrito?

Wesley asintió y añadió:

—Tiene principios, nunca rompe las reglas y estoy seguro de que las salchichas se le dan de lujo.

La sonrisa del de los perritos era ahora enorme y a Wesley no le pasó desapercibido el escaneo que le estaba haciendo al cuerpo de Lloyd. De hecho, también se dio cuenta del momento en el que Lloyd sintió toda esa lujuria emanando del chico, porque se movió nervioso a su lado.

—¡Te gusta! —dijo Wesley, que quiso aprovechar esa ventaja para conseguir su perrito—. Pues que sepas que además besa que te mueres.

Lloyd gimoteó y Wesley casi rompe a reír cuando sintió su fuerte agarre en el codo. Pero continuó:

—Tiene un tema raro con lo de hacerlo siempre en una cama, pero bueno, he leído que los capricornio tienen un aguante increíble y que siempre esperan a que su compañero llegue, no sé si sabes a lo que me refiero...

—Todo el mundo sabe a lo que te refieres —dijo Lloyd—. Hay un turista francés al otro lado del parque que no habla nuestro idioma y hasta él ha entendido a lo que te refieres.

El chico de los perritos soltó una carcajada ante el sarcasmo de Lloyd y eso hizo que este se

irguiera un poco y fijara su vista en él, prestándole atención por primera vez.

A Wesley empezó a picarle la piel, pero nada comparado con la quemazón y el dolor de estómago que sintió cuando el chico hizo reír a Lloyd.

Ni hambre tenía ya.

—Vale —dijo el del uniforme rojo follándose a Lloyd con la mirada y deteniéndose demasiado tiempo en su entrepierna—. Te doy todos los perritos que quieras.

Con una sonrisa tensa, Wesley agarró a Lloyd del brazo y dijo:

—He cambiado de opinión. No hay perrito caliente en el mundo que me haga cambiar a este tío bueno.

Cruzaron medio parque antes de que Wesley redujera un poco la marcha.

—Wesley, que no nos sigue.

—Más le vale.

Lloyd le hizo un gesto, indicándole que se dirigieran hacia una pequeña cancela decorada con cientos de lucecitas.

—No tengo claro si debería estar ofendido porque hayas intentado cambiarme por un perrito caliente o emocionado porque al final no lo hayas hecho.

Un ruido procedente de los arbustos hizo que Wesley se parara de golpe y Lloyd se chocara contra su espalda, teniendo que ponerle las manos en las caderas para estabilizarle e impedir que se tropezara y cayera al suelo.

—Te tengo —le susurró al oído.

Wesley se giró y le agarró por la camisa. Hizo un gesto con la cabeza hacia los arbustos.

—Creo que hay un jabalí entre los matorrales.

—¿Un jabalí en la ciudad? Dudo mucho que... —Lloyd dejó de hablar y, con la vista fija en un punto por detrás del hombro de Wesley, su expresión pareció congelarse en una cara de horror absoluto.

Los arbustos siguieron crujiendo.

—Es un jabalí, ¿a que sí?

—Vaya, esto es un poco... incómodo —dijo una voz masculina que Wesley no reconoció.

Lloyd se puso su cara de póquer como si de una máscara se tratara.

—Hola, Jamie. Y... supongo que tú eres el que siempre le está haciendo reír por teléfono.

Otra voz de hombre:

—Hola, soy Theo y, por su bien, espero ser esa persona, sí.

Wesley se dio la vuelta y miró a los dos chicos que salían de entre la maleza. Ambos estaban recolocándose la ropa y tenían las mejillas rojas, tanto por las cochinas que hubieran estado haciendo ahí detrás, como de vergüenza.

Wesley reconoció al que se estaba subiendo la manga del jersey, dejando a la vista un bonito reloj de plata; pero al chico de hoyuelos y sonrisa maquiavélica no le había visto nunca.

—¿No es este el profesor que quieres que supervise tu tesis el año que viene? —preguntó Wesley a Lloyd, señalando al del reloj.

Lloyd se movió nervioso tras él.

—El mismo.

Entonces, Wesley le dio unas palmaditas en el pecho a Lloyd y, guiñándole un ojo, le dijo:

—Escándalo público... yo diría que alguien tiene cierta ventaja sobre sus compañeros...



MEDIA HORA DESPUÉS, LLOYD SE MOVÍA DE UN LADO A OTRO DE LA COCINA MIENTRAS WESLEY SE SERVÍA UN VASO DE ZUMO DE MANZANA.

—¿«Yo diría que alguien tiene cierta ventaja sobre sus compañeros»? ¿En serio, Wesley?

Wesley se dio un susto al oírle.

—¡Lloyd! Si vas a volver a hablarme así tan de repente, al menos, adviérteme antes —dijo Wesley, limpiándose el zumo que se le había derramado por la barbilla y por el pecho.

—¿Ventaja? ¿De verdad has dicho eso? —insistió Lloyd mientras ponía una cazuela con agua en el fuego y sacaba un paquete de salchichas del frigorífico.

—Ya, ya. Creo que no ha sonado como pretendía. No sé si les he causado muy buena impresión —estuvo de acuerdo Wesley, haciendo girar el vaso en la mano.

Lloyd le miró con dureza.

—Es mi profesor. Y un amigo en potencia.

—Mi intención era ser gracioso.

—Pues ha sonado fatal. Ahora parece que quiero chantajearle.

—Pero yo no lo decía en ese sentido, era una bromita —dijo Wesley tratando de camelárselo con una sonrisa inocente—. ¿Vas a seguir enfadado conmigo mucho más tiempo?

—Un poco más, sí.

Y se lo merecía. Era consciente de ello.

Wesley empezó a abrir cajones hasta que encontró unas pinzas y se las pasó a Lloyd para que metiera las salchichas en el agua, que ya estaba hirviendo.

—Producto cien por cien vegetariano —leyó Wesley en voz alta antes de tirar el envoltorio a la basura.

Miró la olla con desconfianza.

Lloyd vio la expresión en su rostro, suspiró y le dijo:

—Con un poco de ketchup y mostaza ni notarás la diferencia.

—No me gustan las cosas vegetarianas.

—Esa afirmación es muy radical, ¿acaso las has probado alguna vez?

—Sí, hace años. Le di un mordisco a una y nunca más, vetadas de por vida.

Lloyd dio la vuelta a la *nocarne* con las pinzas.

—Quizá la salchicha vegetariana que probaste no era la apropiada.

—El tofu es tofu, lo mires como lo mires.

—Es seitán.

—¿Le han cambiado el nombre? Satán le pega mucho más, desde luego.

—*Seitán*. Está hecho de gluten de trigo. El tofu, de semillas de soja.

—Así que, ¿me estás diciendo que estos perritos son lo más rico del mundo y que me voy a morir del gusto al probarlos?

—Te estoy diciendo que dejes de lado tu idea preconcebida de que no te van a gustar y los pruebes.

Wesley abrió la puerta del frigorífico frunciendo el ceño y sacó el ketchup y la mostaza.

—Vale, los probaré.

Cinco minutos después, Wesley miraba fijamente su perrito satán. Su *satanrito*.

Lloyd se sentaba frente a él y ya había devorado la mitad del suyo.

Wesley gimoteó.

—¿De verdad tengo que hacerlo?

Lloyd pareció decepcionado.

—No, nadie te obliga a hacer nada.

Wesley cogió el panecillo a rebosar de ketchup y, después de olisquearlo, le dio un mordisco. El seitán estaba aún caliente y tenía queso fundido en su interior. Se llevó más a la boca. Estaba delicioso. Muchísimo más rico que cualquier otro perrito que hubiera comido.

Cuando acabó le dijo a Lloyd, que le miraba con cara expectante:

—Podría haber sido peor. ¿Vas a acabarte el tuyo?

Los labios de Lloyd se curvaron en una cuasisonrisa y le pasó la mitad que aún le quedaba.

—Te ha encantado.

—No te vengas arriba, ¿eh? —Wesley sonrió antes de dar un enorme mordisco al perrito de Lloyd, gimiendo en éxtasis mientras masticaba—. Pero he de reconocer que me alegro de haberlo probado. ¿Qué vamos hacer durante lo que queda de noche?

—Es tarde. Debería llevarte a la residencia y dormir un poco.

—Sí, sí, muy buena idea, pero espera, que tengo otra mejor...



VIERON UNA PELÍCULA EN LA CAMA DE LLOYD, CON EL PORTÁTIL ENTRE LAS PIERNAS DE AMBOS, Y cuando acabó ambos bostezaban al unísono.

—Parece que hoy también tendré que quedarme a dormir —dijo Wesley con una sonrisa.

—Lo tenías planeado desde el principio.

—¿Qué te hace pensar semejante cosa?

Lloyd le miraba con cara de «¿en serio?».

—Nos has hecho ver *El sueño*.

—Porque la dirigió Andy Warhol.

—Son cinco horas y veinte minutos de tomas de su amante durmiendo.

—¿Ya ha amanecido, entonces? ¿La luz que entra no es de las farolas?

—Vete a tu cama.

Ambos se prepararon para acostarse, se quedaron en bóxer y camiseta y se metieron en sus respectivas camas.

Wesley se quedó mirando la constelación de Capricornio en las estrellas brillantes del techo.

—¿Lloyd? —dijo en un susurro.

Lloyd dejó caer un brazo por su lado de la cama y movió los dedos para hacerle ver que le escuchaba.

—Siento haberte avergonzado delante de tu profesor y casi amigo.

—Corramos un tupido velo —contestó en voz baja Lloyd.

Wesley se lo compensaría, lo tenía clarísimo. Le agarró la mano y tironeó de sus dedos.

—He leído una cosa sobre los capricornio.

Lloyd emitió un «humm» en tono molesto antes de decir:

—A ver, ¿qué?

—Que no tenéis rival en lo que a paciencia se refiere.

—Es cierto.

—Pero que cuando ya no podéis más, se acabó.

—¿Cómo que se acabó?

—Que os plantáis. Un «hasta aquí he llegado» en toda regla.

—Me temo que eso también es cierto —dijo Lloyd.

—Sigue gruñéndome, riñeme, llámame la atención cada vez que me pase y cuando haga alguna estupidez. Haz lo que tengas que hacer, aunque nos peleemos. Pero no quiero que me saques de tu

vida.

—Pues como no me duerma ahora mismo —dijo Lloyd en un bostezo—, va a haber otra pelea muy muy pronto.

—A eso me refiero. —Wesley le dio otro tirón en los dedos y Lloyd le agarró la mano, enlazándolas juntas.

—Nos quedan muchísimas peleas por delante, cientos. Pero te quiero a mi lado al acabar cada una de ellas.



**Me *viénés* de maravilla.**

## Capítulo Trece

---

Una semana después del puente de Acción de Gracias, Wesley se puso enfermo. Con un gimoteo y mucho esfuerzo, logró incorporarse en la cama para descubrir que la habitación daba vueltas. Todo le daba vueltas. Levantó un brazo para avisar a Caleb, que dormía tranquilo a su lado y, aunque su intención era despertarlo con un golpecito en la cabeza, tenía tan poca fuerza y le pesaba tanto el cuerpo, que su hermano ni notó el roce. Patético.

—¿Bombón? —dijo con voz ronca.

Le pellizó la mejilla. Nada. Ni se inmutó.

Vale, pues le dejaría roncando e iría a buscar ayuda a otra parte.

Iría a buscar a Lloyd.

Suponía que a esas horas ya estaría de guardia y, efectivamente, se lo encontró sentado frente al escritorio tecleando algo en el portátil. Hasta que oyó el gemido de Wesley, que se había medio arrastrado hasta allí y ahora se desplomaba contra la puerta abierta. Entonces, se levantó a toda prisa de la silla y fijó toda su atención en él.

Wesley le ayudó con el diagnóstico que parecía estar haciéndole con la mirada:

—Me duele todo, tengo sudores fríos y una taladradora dentro la cabeza.

Lloyd fue hacia su botiquín y él le siguió.

—Estoy ardiendo. Tócame la frente.

—Te creo.

Wesley intentó cogerle la mano para que le tomara la temperatura, pero estaba tan débil que se cayó en la cama en el intento.

—Eres mi mejor amigo —balbuceó mientras Lloyd buscaba algo en el botiquín gigante—. Deberías comprobar lo supercaliente que estoy.

—Supercaliente es lo que me pones a mí.

—¿Qué?

Lloyd hizo una pausa antes de seguir revolviendo medicamentos y remedios varios.

—Nada, que seguro que sí.

A pesar de su agonía, Wesley consiguió sonreír.

—No has dicho eso, has dicho que te pongo supercaliente... ¡Ay, qué dolor!

—Deberías volver a tu cuarto y acostarte, estás delirando.

Ya, pero es que en su cuarto estaba Caleb.

—Mi cama no es apta para gente enferma. ¿Puedo quedarme aquí?

Lloyd se puso rígido.

—¿Está tu herma...? Mira, déjalo. Tápate, que ya te cuido yo.

Fiel a su palabra, Lloyd le abasteció de clínex, analgésicos y le fue a comprar zumo de naranja recién exprimido. Le comprobó la fiebre cada poquito y dejó la habitación completamente a oscuras cuando a Wesley empezaron a dolerle los ojos con la luz. Y luego, por la noche, le hizo una sopa.

Wesley se incorporó, apoyándose contra una almohada. El flexo estaba contra la pared, para que su reflejo no le molestara.

—Lloyd, mi enfermero particular. Solo por verte así, merece la pena estar enfermo. Es más, no me importaría ponerme malo una vez por semana.

Lloyd le acercó la cuchara a los labios.

—Ni enfermo te callas.

Wesley hizo un gesto de dolor al tragar la sopa.

—Me gusta oír mi propia voz.

A Lloyd lo miraba con ojos brillantes, sonrientes.

—¿Puedes continuar tú o quieres que siga dándote cucharadas?

—Pues mira, aunque me encanta que lo hagas tú, yo creo que la mitad del liquidillo se me está escurriendo por la barbilla y mojando las sábanas. —Wesley le quitó la cuchara—. Y no quiero que lo uses como excusa para echarme.

—Te prometo que las sábanas no son la razón por la que voy a echarte.

—O sea, que sí vas a echarme.

Lloyd movió la mano entre ambos. Señalando a uno y después al otro.

—Supervisor. Residente. Si te quedas a dormir toda la noche aquí, daremos que hablar.

Wesley lloriqueó.

—Pero es que no puedo ir a mi cuarto. No estaría cómodo ni aunque Bombón durmiera en el suelo.

—No he oído lo que acabas de decir. Por favor, no lo repitas. —Lloyd se puso de pie y, con las manos en las caderas, recorrió la habitación con la mirada, como si esta encerrara la solución a todos sus problemas. Con un suspiro, abrió el armario y sacó una manta—. Dormiré en el sofá. Si alguien pregunta, se te ha roto la cama.

Y dicho esto, salió de la habitación. Wesley empezó a reírse, pero terminó gimiendo del punzante dolor de cabeza que la risa trajo consigo.

—Sí, claro, porque eso no dará nada que hablar.



SEGÚN PARECÍA, EL VIRUS QUE COGIÓ WESLEY ERA UN CABRONAZO QUE FUE DE CAMA EN CAMA HASTA afectar a más de la mitad de los residentes de Williamson. El panorama: media residencia confinada en sus cuartos y Lloyd corriendo de un dormitorio a otro, asegurándose de que todo el mundo se recuperaba correctamente.

La parte buena: era un virus de 48 horas y, tras otro día durmiendo en la cama de Lloyd, Wesley se sentía mucho mejor.

La parte mala: el virus cabrón, en su promiscuidad, también afectó a Lloyd.

Intentó disimularlo, como el buen capricornio que era, pero terminó gimoteando en la cama como los demás.

Wesley, muy a su pesar, tuvo que trabajar la mayor parte de la mañana, pero en cuanto acabó, fue directo a la habitación de Lloyd.

—Por fin. Ahora soy todo tuyo —le dijo según entraba en su cuarto.

Lloyd estaba tumbado y tenía una pinta de recién follado impresionante.

—¿Todo mío? —preguntó con voz ronca.

—Enfermero Wesley, a su servicio.

A Lloyd se le escapó un ruido que podría haber sido una risa, pero no estaba claro.

—¿Podrías apagar la luz?

Wesley lo hizo y se acercó a la cama. Le acarició el ceño fruncido antes de ponerle el termómetro. Le estaba subiendo la fiebre.

—Voy a sacar el botiquín al pasillo para poder ver. Necesitas ibuprofeno.

Lloyd se puso de lado, tiritando, y fijó sus ojos febriles en Wesley mientras este bajaba, no sin cierto esfuerzo, el botiquín gigante de la estantería.

—Quédate ahí y no te muevas —le dijo Wesley.

La respuesta sarcástica de Lloyd le llegó cuando ya estaba fuera:

—Oh, no, con la de planes que tenía.

Wesley cerró la puerta tras él y se sobresaltó al ver que en el pasillo estaban construyendo un fuerte con mantas. Se sobresaltó aún más cuando alguien se asomó desde debajo y le agarró de los tobillos. Era Randy que, dándole un tironcito en los pantalones, le instó a que se agachara y entrara.

—Pero ¿cuánto tiempo he estado en la habitación de Lloyd?

Randy se rio del comentario y le dijo que estaban haciéndolo por toda la planta.

Para moverse por dentro del fuerte había que medio arrastrarse y eso es lo que hizo, como pudo y con el botiquín a cuestas, con la única intención de llegar a la primera lámpara del pasillo y buscar el ibuprofeno. Pero las puertas de todas las habitaciones estaban abiertas, con las sábanas enganchadas en sus marcos, y en la suya podía escucharse el sonido de una flauta, así que se dirigió hacia allí. Caleb estaba tocando sentado bajo una sábana de flores, sus dedos bailando por la longitud de la flauta a una velocidad de vértigo. MacDonald y Suzy estaban sentadas frente a él, escuchándole. Cuando MacD se percató de la presencia de Wesley, le dijo:

—Estoy aquí porque se niega a devolverme la llave de mi habitación.

Wesley no le contestó que podría usar la de Suzy. Suzy tampoco dijo nada; se limitó a dirigirle una mirada cómplice antes de que él diera media vuelta y se encaminara de nuevo a la habitación de Lloyd, haciendo antes una corta parada en la cocina para sacar una pastilla y coger un vaso de agua.

Al entrar en el cuarto de Lloyd, intentó bloquear su campo de visión para que no viera el pasillo. Hubiera cerrado la puerta, pero necesitaba la luz de fuera para orientarse y, aparte, que un poco de ventilación no vendría nada mal para airear la habitación un rato.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —preguntó Lloyd en tono cansado.

La cara de Wesley era la viva imagen de la inocencia.

—¿Fuera, dónde? —preguntó.

Lloyd gruñó. No le engañaba.

—Huelo el caos desde aquí.

—Permíteme que dude que en tu estado seas capaz de oler algo.

Lloyd intentó incorporarse, pero Wesley se acercó a la cama y le empujó para que se tumbara de nuevo, poniéndole la pastilla contra el pecho.

—Tómame el ibuprofeno, bébete el vaso de agua y no mires hacia el pasillo.

—¡Randy! —gritó Lloyd, pero estaba tan afónico que se le quebró la voz.

—Qué mono eres.

Lloyd le fulminó con la mirada.

Wesley cogió la pastilla que le había dejado en el pecho y se la ofreció:

—Toma —dijo y, cogiendo el agua, añadió—: Bebe.

Lloyd miró el vaso de agua, luego el ibuprofeno y luego intentó echar un vistazo al pasillo por encima del hombro de Wes.

—Vale —cedió Wesley, compadeciéndose de él. Era un pobre capricornio que no pararía hasta no saber qué pasaba—. Algunos residentes han construido un fuerte gigante a base de sábanas y mantas.

Lloyd se destapó y se levantó de la cama. Cuando intentó ponerse de pie, sus rodillas cedieron y tuvo que apoyarse en los hombros de Wesley para poder sostenerse. El movimiento hizo que el agua se derramara del vaso y mojara la camiseta de Lloyd.

Wesley le ayudó a quitársela y, sin molestarse en ponerse otra, volvió a tumbarse.

—La última vez que hicieron algo así, los muy idiotas rompieron una de las lámparas y llenaron todo el pasillo de cristales rotos.

—No creo que pase lo mismo una segunda vez.

—Estamos hablando de Randy. Todo con él pasa una segunda vez.

Ahí iba a tener que darle la razón.

—Se supone que estoy de guardia. Gemma no llega hasta esta noche y ni de coña voy a dejar que Gavin se ocupe de mis residentes. —Lloyd se incorporó de nuevo, alzándose sobre los codos—. ¿Le podrías pedir a MacDonald que me deje sus muletas?

Wesley se sentó junto a él en la cama y le dijo:

—Tómate el ibuprofeno, duerme, y deja que yo me ocupe de todo. —Lloyd gimoteó y no estaba muy claro si era por dolor físico o por el comentario, así que Wesley se puso serio y le dio un toque en el pecho—. Tú cuidaste de mí. Ahora es mi turno.

Lloyd hizo un ruidito de asentimiento.

—Asegúrate de que dejen la cocina fuera del fuerte. Y que nadie cocine hasta que quiten las mantas.

Wesley asintió.

—Todo controlado.

—Y si se quejan, que lo harán, diles que es por su seguridad.

—¿Algo más?

—Si salta la alarma mientras estoy enfermo, le voy a dar una patada en el culo a alguien.

Cuando Lloyd por fin se tomó la pastilla, Wesley cogió el vaso vacío.

—Eso es algo que no me importaría ver.

—Wesley, para —dijo Lloyd, tosiendo.

—¿Que pare qué?

—De hacerme sonreír. Me duele cada músculo.

Wesley le subió las sábanas, recolocándoselas sobre el pecho.

—Lo intentaré, pero no prometo nada. Me sale natural.

Lloyd le agarró por la camiseta, acercándole más a él. Al momento le soltó, haciendo como que estiraba las arrugas de la zona del hombro.

—¿Te puedes llevar mi teléfono? Jamie me va a llamar para quedar. ¿Podrías organizar algo para mañana?

—¿Mañana? Va a ser que no.

Lloyd suspiró, frustrado y el suspiro se convirtió en otra tos.

—Vale, pasado mañana.

—La semana que viene, hecho —dijo Wesley.

Lloyd cogió aire, sin duda para rebatirle, pero perdió fuelle antes de hacerlo.

—Vale. ¿Pasas a verme luego?

—Y te traigo sopa calentita.

—No, si sigue el fuerte en pie, mejor fría, por favor.



JAMIE LE DIJO QUE VERÍA A LLOYD LA SEMANA SIGUIENTE. JUSTO CUANDO IBAN A COLGAR, WESLEY le preguntó:

—¿Estás hoy en tu despacho? Quiero decir, ¿ahora mismo?

—Sí, ¿por qué?

Porque iba a hacerle una visita.

Cuando llegó, se encontró la puerta de la oficina de Jamie abierta, así que dio unos golpecitos en la pared de fuera para anunciar que estaba ahí, y se asomó. El profesor Cooper estaba comiendo algo de un túper y no estaba solo. Su novio, Theo, estaba sentado a su lado con los pies en su regazo.

—Quién me ha visto y quién me ve, ¿eh? —dijo Theo en tono jovial—. Yo cocinando.

Jamie sonrió mirando el túper y enroscando espaguetis en el tenedor.

—Esto es recalentar, Theo. No cocinar.

Wesley volvió a llamar.

Theo le reconoció en cuanto alzó la vista.

—Mira, pero si es el novio de Lloyd. Pasa, pasa.

Wesley entró, agarrando con fuerza la correa de su cartera, que llevaba cruzada al hombro.

—Mmm, sí, esto... he venido porque... A ver, una pequeña aclaración antes de nada: Lloyd no es mi novio.

Theo dejó caer los pies del regazo de Jamie y se apoyó en la mesa.

—¿Estás seguro?

—Theo —le dijo Jamie—, que tú no eres quién para hablar.

Theo le lanzó un beso.

—Pero los años me han hecho más sabio.

Su conversación se vio interrumpida por unos gritos procedentes del pasillo:

—¿Quién es el capullo al que le ha saltado el tomate en el microondas y lo ha dejado todo sucio?

Theo se levantó de un salto y fue a cerrar la puerta. Jamie cerró los ojos y se rio. Cuando volvió a abrirlos centró la mirada en Wesley.

—¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a disculparme. Espero que puedas perdonarme la gracia tan mala que hice el día que nos conocimos —dijo Wesley, deslizando los dedos arriba y abajo por la tira de la cartera—. No quiero que mi pésimo sentido del humor afecte a Lloyd. Yo no chantajearía a nadie, bueno, casi seguro que no lo haría. Y, casi seguro también, que Lloyd tampoco haría nunca algo así. Lloyd es la persona más madura, considerada y justa del mundo. Es bueno hasta decir basta y quería dejarlo claro.

La mirada de Theo iba de uno al otro.

—Me muero por decir algo —dijo.

Jamie negó con la cabeza y dejó sus espaguetis en la mesa, entre montones de papeles.

—Me gusta Lloyd. Pone muchísima pasión en su trabajo y tiene una iniciativa bestial. Se toma

esto muy en serio.

—¿Sigues considerándole apto para hacer cosas de esas... económicas con él?

Theo soltó una risotada y dijo:

—Me gustas, Wes.

—No me veo capaz de supervisar otra tesis y estar cien por cien en ello —dijo Jamie—. Pero la profesora Katzenberger es una maravilla y sé que le tiene echado el ojo a Lloyd. Puede que además pueda ofrecerle algún trabajo de investigación para el año que viene. O incluso dar clase como profesor asociado.

A Wesley le invadió una ola de decepción enorme. Al final sí que se había cargado las opciones de Lloyd.

—Ah, vale.

Theo fulminó con la mirada a su novio y luego se giró hacia Wesley con una sonrisa animada.

—Katzenberger es una gran profesora, de verdad, y es una opción estupenda que nos viene bien a todos —dijo Theo, gesticulando con una mano entre los tres.

Jamie asintió y dijo:

—Lloyd y yo nos entendemos muy bien y Theo y yo somos relativamente nuevos en esta ciudad, con lo que nos encantaría conoceros un poco más. A los dos.

—No porque seáis novios, por supuesto —dijo Theo—. Nos gustáis. Sois divertidos. Deberíamos hacer algo los cuatro.

Wesley se relajó un poco. Quizá a Lloyd le gustara la idea. Amigos con los que quedar un sábado para luego irse temprano a la cama.

—¿Os gustan los clubes?

Theo soltó una carcajada y Jamie contestó:

—Espero que te refieras a clubes de matemáticas.

*Sip.* Esta pareja pegaba muchísimo con Lloyd y con él.

Con Lloyd. Quería decir, que pegaban mucho con Lloyd.



—¿LO VEIS? POR ESO ES MEJOR NO TENER CONTACTO FÍSICO CON NADIE —DIJO MACDONALD desde la puerta de la habitación de Wesley, sin apartar la vista de Caleb, última víctima del virus cabronazo. Su hermano estaba tirado en la cama y, ante el comentario de MacD, le lanzó un beso.

—Toma, cariño, cógelo.

Ella se apartó un mechón de pelo de la frente con el dedo corazón, dio media vuelta y se fue. Wesley siguió leyéndole el horóscopo a Caleb, aunque no lo necesitaba demasiado, la verdad, estaba bastante claro lo que iba a suceder en los próximos días.

—No tiene buena pinta.

—Me duele la garganta. Es como si alguien me estuviera estrangulando.

—Mira que cuando me puse enfermo te dije que te fueras a casa para que no te contagiara.

Caleb apretó los labios en una fina línea y cambió de tema:

—Este fin de semana tenía que haber hecho un trabajo de matemáticas. Lo tengo que entregar mañana.

Wesley se hundió más en su silla y gruñó.

—¿Por qué no lo hiciste ayer? —preguntó a su hermano.

—Porque creí que podría hacerlo hoy.

—Bueno, mañana no vas a ir a clase, así que da igual.

Caleb se frotó la garganta.

—Mañana estaré mejor. Más me vale. Tengo ensayo.

Wesley le pasó un vaso de agua.

—Pues hazte a la idea de que tampoco vas a ir a ensayar.



—Sí, sí QUE VOY A IR. DAME MI FLAU... —CALEB SE INTENTÓ LEVANTAR, PERO UN FUERTE ATAQUE de tos interrumpió tanto sus palabras como su intento de incorporarse.

Wesley se puso la flauta contra el pecho y dijo:

—Perdona, ¿tu qué?

—Mi flau... Flau... Buf, paso. —Caleb fulminó con la mirada a Wesley, pero solo durante unos segundos, ya que se mareó un poco y tuvo que apoyarse en la mesilla de noche para no caerse.

—Voy a llamar al colegio.

—Oye —dijo Caleb respirando con dificultad—, ¿a dónde te llevas eso?

A la cocina. Wesley se llevó la flauta de su hermano a la cocina y la puso encima del frigorífico. Si Caleb lograba cogerla, es que estaba lo suficientemente recuperado como para tocarla de nuevo.

Marcó el número de Sandalwood.

—Señor Hidaka —dijo la secretaria en voz baja, como si temiera que alguien la escuchara—. Hoy hay reunión de profesores y alumnos. El señor Bontempo va a notar que Caleb no ha venido.

—Está enfermo. No puede ir.

Una voz masculina y pedante se apropió en esos momentos de la línea:

—Ya me encargo yo —dijo el director Bontempo—. ¿Wesley Hidaka? ¿He escuchado bien?

—Es como volver al pasado —contestó Wesley con fingida cortesía—. Tiene usted el asombroso don de aparecer donde no se le quiere.

—Déjeme que adivine el motivo de su llamada: su hermano no ha terminado algún trabajo pendiente porque casualmente está enfermo, ¿a que sí?

Wesley empezó a caminar por el pasillo.

—Está enfermo de verdad.

Estaba claro que a Bontempo le daba igual.

—¿Tenía que entregar algún trabajo? Tenga en cuenta que me bastaría pasarme un segundo por la sala de profesores para averiguar si me está mintiendo.

Wesley apretó el móvil con tanta fuerza que se le escurrió de entre los dedos y tuvo que cogerlo al vuelo y sujetarlo contra el hombro.

—Sí, hay un trabajo, pero...

—Tráigame el trabajo y justificaré la ausencia.

Wesley colgó, maldiciendo. Entró en su habitación hecho una furia y vio que Caleb se había vuelto a quedar dormido. Tenía puesta una de sus botas de *cowboy*, la otra estaba tirada en el suelo, junto a su brazo, que le caía lánguido desde la cama.

El trabajo de matemáticas sin hacer estaba sobre el escritorio.

Wesley cogió los papeles y se fue a la habitación de Lloyd.

—¡Oh, tú, mejor amigo donde los haya! —dijo Wesley entrando en la habitación cuando Lloyd le abrió la puerta con solo una toalla alrededor de las caderas—. ¡Mi alma gemela! ¡Mi fiel guardián de secretos! —Wesley le dedicó una sonrisa avergonzada y zarandeó los papeles en su

mano—. Oh, tú...¿hacedor de trabajos de matemáticas?

—Estaba a punto de ducharme.

—Sí, eso salta a la vista. —Wesley le puso los papeles contra el pecho y, con una sonrisa enorme y batiendo las pestañas, añadió—. Vista que se me nubla con todos estos números.

Lloyd cogió los papeles sin perder de vista la sonrisa de Wesley.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque tenemos que darle con él en las narices a Bontempo. —Wesley estaba tan cerca de Lloyd que podía ver la piel de gallina alrededor del pezón. Se lo pellizó con suavidad—. ¿Has pensado alguna vez en ponerte un *piercing*?

A Lloyd se le cortó la respiración y se le cayó una de las hojas de la mano.

Wesley la recogió y, al incorporarse, la pegó al muslo de Lloyd.

—Wesley —gimió Lloyd—. Me estás volviendo loco.

—¿Loco hasta el punto de decir que sí a...? —Dejó de hablar, distraído por toda esa piel desnuda y empezó a arrastrar el folio hacia arriba, hacia el pecho de Lloyd, el filo del papel haciendo ondular los músculos de su abdomen a su paso.

Lloyd le puso un dedo bajo la barbilla y le obligó a alzar la vista. Cuando sus ojos se encontraron, le sonrió y alzó una ceja a modo de pregunta.

Ah, vale, que se había quedado a mitad de frase.

—A llevarme —dijo, mirándole de arriba abajo otra vez—. ¿Me llevarías a Sandalwood?

Lloyd se rio y su respiración le acarició el pelo, lo que dejó a Wesley otra vez ensimismado. Sacudió la cabeza un par de veces para centrarse y lo intentó de nuevo:

—Por favor, ¿podrías llevarme a Sandalwood a dejar el trabajo que vas a hacer por Caleb?

—Dos cosas. Una: pienso cometer fallos.

Vale, tenía sentido.

—Dos: no lo hago por Caleb.

—Ya —dijo Wesley, saliendo de la habitación con una sonrisa—. Lo haces por mí. Tu alma gemela. Tu fiel guardián de secretos.

Lloyd le siguió hasta la puerta y le dijo:

—Tu hacedor... ¿de?

Wesley le guiñó un ojo y empezó a caminar pasillo abajo.

—Eso ya se verá.



**Eres la razón por la que me despierto cada mañana.**

## Capítulo Catorce

---

**J**ailhouse Rock, de Elvis, estaba puesta a tope en la habitación de Suzy para que se oyera bien en el pasillo, que era donde Wesley y ella estaban bailando. Pararon en mitad de un paso, para dar más énfasis a una pausa en la canción, y luego completaron el *swing*.

—Tenemos que volver un día a Glitter —comentó Suzy, con una sonrisa.

—¿En Nochevieja? —propuso Wesley que sabía que ese día solían poner rocanrol clásico. No era mal plan.

—¿Y luego te quedas a dormir en mi casa?

La música se paró de repente y MacDonald asomó la cabeza desde la habitación.

—Mis padres van a irse a perder dinero a Las Vegas otra vez, así que os podríais venir todos a mi casa.

A Wesley casi le da un síncope.

—¿Nos estás invitando a pasar tiempo contigo, así sin más, de forma voluntaria?

—La residencia cierra durante las navidades —dijo MacDonald—. Me moriré si no tengo a nadie a quién atormentar.

—Asegúrate de que tu hermano venga —le susurró Suzy antes de volver a su cuarto a estudiar.

Un nubarrón de mal humor pareció apoderarse del pasillo en el momento en que Lloyd apareció por la puerta que daba a las escaleras y los estudiantes empezaron a desaparecer como por arte de magia. Wesley no, por supuesto. Lloyd era la razón por la que había estado holgazaneando en el pasillo.

Sus miradas se encontraron y Wesley fue hacia él.

—Gavin quiere hablar contigo —le dijo cuando estuvo a su lado.

Un gruñido.

—Justo lo que me apetecía oír tras cinco horas de estudio intensivo.

—Ya, pero es que ha dicho que *necesita* hablar contigo.

—Bueno, pues si le ves, le dices que venga a verme durante mis horas de guardia.

Wesley le siguió hasta la cocina y le dijo:

—Sabes que es muy impaciente.

Lloyd cogió una taza y le echó unas cucharadas de café instantáneo.

—¿Y ahora qué quiere?

Wesley echó un vistazo al café instantáneo, indignado.

—Empiezo a trabajar en quince minutos —dijo, quitándole la taza a Lloyd y forcejeando con él hasta quedar entre su cuerpo y la encimera—. Creo que el café puede esperar hasta entonces.

Sus cuerpos estaban pegados. Wesley sostenía la taza en alto, tras él, fuera del alcance de

Lloyd, que fruncía el ceño cada vez más.

—A lo mejor me he cansado de esperar.

—Venga, *capri*. Sabes que tienes más aguante que eso.

—Solo un cafetín, uno pequeño.

—Humm, no. Cuando acabemos esta discusión ya será mi hora de entrar a trabajar y lo primero que voy a hacer es prepararte tu café favorito.

—Tú sí que sabes cómo tentarme.

—Lo intento.

Lloyd se separó de Wesley.

—Pues si tengo que lidiar con Gavin, me lo vas a tener que hacer doble.

—Estoy casi seguro de que lo que quiere es fijar la fecha de la fiesta. Pero te aviso: lleva su carpeta de piel con él.

Lloyd emitió un quejido antes de decir:

—Quizá pueda dejar una nota en mi puerta diciendo que para emergencias, pueden localizarme en Me Gusta Robusta.

—¿Vas a esconderte detrás de mí?

—No —dijo Lloyd a la vez que empezaba a caminar hacia su habitación—. Mi plan es sentarme en la barra, tomarme un café y cuando llegue Gavin señalar la pizarra en la que pone: «Prohibido hablar de cosas de supervisores en este local».

Wesley le siguió por el pasillo, sonriendo.

—Soy un buen supervisor —continuó Lloyd—. Tengo el genio suficiente para acobardar a mis residentes. Gavin no me da miedo.

—Ya —dijo Wesley según Lloyd abría la puerta de su habitación y daba un grito de sorpresa.

Gavin estaba sentado en la silla de su escritorio con la carpeta de piel abierta sobre el regazo y una hoja llena de purpurina a la vista.

—Ya era hora —les dijo.

La sonrisa de Wesley se hizo aún más grande cuando Lloyd, rígido como una tabla, se giró para fulminarle con la mirada.

—Sabías que estaba aquí. —Una afirmación.

—Ajá.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

—Te advertí que estaba impaciente.

Lloyd bufó y el brillo en sus ojos dejaba claro que Wesley iba a pagarlo después. Se giró hacia Gavin y le dijo:

—¿Se puede saber cómo has entrado?

Gavin le enseñó una llave.

—La tengo por si algún supervisor pierde la suya.

—Así que ahora también tengo que preocuparme de que te cueles en mi cuarto sin avisar.

—No veo el problema. A no ser que tengas algo que ocultar. —La mirada de Gavin fue a parar en Wesley.

Wesley soltó una risotada y dijo:

—¿Crees que nos estamos acostando? Pues, mira, no. ¿Cuántas veces voy a tener que repetir esto? Él es capricornio y yo géminis. El sexo sería espantoso.

—¿Y cómo explicas entonces lo unidos que estáis? —preguntó Gavin.

—Somos mejores amigos. No es tan complicado de entender.

Gavin alzó una ceja. Lloyd seguía ahí quieto, en calma.

—A O’Conner le echaron por acostarse con uno de sus residentes —dijo Gavin—. No querrás que lleguen rumores a nuestro coordinador, ¿no?

—Como Wesley ha dicho, aunque lo del sexo espantoso ha sobrado, no nos estamos acostando. Y, por ahora, no vamos a hacerlo.

—Pues he oído que estás fingiendo ser su prometido... Entenderás que eso me lleve a error, ¿no? No sé hasta qué punto estás metido en situación.

—No me gusta cómo lo has hecho sonar —dijo Wesley—. Puede que Lloyd odie bailar y las serpentinas, pero se mete en el papel de prometido a la perfección. Hasta diría que muestra algo de espontaneidad y todo. Me sigue el rollo, es cariñoso y se lo toma con un buen humor increíble.

—Uy, sí, estoy seguro de que se mete en el papel maravillosamente —dijo Gavin con sarcasmo y a Wesley le dieron ganas de enseñarle el dedo corazón.

Lloyd apretó la mandíbula y siguió fulminando a Gavin con la mirada.

—Hago lo imposible por seguir las normas al pie de la letra —dijo Lloyd—. Sería agradable que tú también hicieras lo imposible por respetar mi espacio.

Gavin cerró su carpeta de piel y asintió una sola vez con la cabeza.

—Está bien. ¿Te parece bien que discutamos los planes para la semana de puertas abiertas en la sala común?

Lloyd gruñó un poco y luego fijó la mirada en Wesley.

—¿Qué tal si lo discutimos tomando un café doble y *extragrande* —añadió con tonito— en Me Gusta Robusta?



WESLEY LES SIRVIÓ CAFÉS EXTRAGRANDES A AMBOS Y LES DEJÓ AHÍ, HABLANDO DE SUS COSAS.

Caleb entró como un alma en pena, soltándose la corbata del uniforme del colegio. Señaló con el dedo a Lloyd y a Gavin y dijo en voz alta:

—Creí que estaba prohibido hablar de cosas de supervisores en este local.

Lloyd se echó hacia atrás en su taburete, interrumpiendo su acalorada conversación con Gavin, y contestó también en voz alta:

—Y yo creí que los hermanos pequeños vivían en sus casas.

—Hacéis un trabajazo en Williamson, chicos, seguid así —contestó Caleb alzando ambos pulgares y apresurándose hacia donde estaba Wesley terminando de preparar un café bombón, que le pasó furtivamente por un lado de la barra.

—Han decidido que será una fiesta de los años cincuenta, disfrazarse es opcional pero recomendable y se celebrará el quince de enero.

—Esa semana tengo los últimos ensayos de vestuario —dijo Caleb, pensándose—. Creo que podré cuadrarlo. ¿Dónde está MacD?

Caleb se fue a buscar a su chica favorita en el mundo y Wesley atendió a unos cuantos clientes más. Cuando acabó con el último pedido, se acercó a Lloyd que, en esos momentos, despedía a Gavin. Wesley le imitó y le dijo adiós con la mano. Luego se miraron el uno al otro y el brillo en los ojos de Lloyd hizo que algo en su interior se iluminara.

Lloyd se sacó la cartera del bolsillo trasero de los pantalones y dijo:

—Se acerca la Navidad.

—¡¿No me digas?! Ya decía yo que había demasiada gente obsesionada con un greñudo de barba blanca... ahora todo tiene sentido.

Lloyd ni siquiera se dignó a poner los ojos en blanco.

—Me gustaría comprar cincuenta vales. De esos con los que puedes elegir el tipo de café que quieras.

—¿Fuiste tú quien nos los regaló el año pasado?

—No digas nada, ¿vale? No quiero que nadie lo sepa.

—¿Quién te los vendió las navidades pasadas? MacDonald, ¿a que sí? —Wesley negó con la cabeza y miró a la susodicha, que estaba tonteando con Caleb en la otra punta de la cafetería—. Qué calladito se lo tenía.

—Es la única que parece saber guardar un secreto. —Lloyd le dio el dinero—. ¿Me puedes dar los vales luego? Tengo una reunión con Jamie ahora.

A Wesley se le revolvió el estómago. No le había dicho nada a Lloyd de lo de que Jamie no iba a tener tiempo de supervisarle la tesis.

—¿Estás bien? —le preguntó Lloyd con cara de preocupación—. Te has quedado muy callado.

—¿Yo? Sí, sí, estoy bien, es solo que... lo de tu reunión...

—¿Sí?

En el último momento, no pudo.

—Estaré pensando en ti.

Lloyd le dedicó una sonrisa que Wesley no se merecía para nada y salió de Me Gusta Robusta.



CUANDO ACABÓ SU TURNO, LLEVÓ LOS CINCUENTA VALES A LA HABITACIÓN DE LLOYD Y SE LO encontró tirado en la cama, mirando al techo y con los ojos llorosos.

—¿Estás triste? —preguntó Wesley porque, por lo visto, era idiota perdido.

—¿Por qué habría de estarlo? —Su voz sonó afectada, pero trató de controlarla.

—No, por nada.

Lloyd se incorporó como si fuera un resorte; fue una especie de «hala, ya está, entro en modo supervisor». Wesley le puso una mano en el hombro, evitando que se levantara.

—Pero si lo estuvieras...

—No lo estoy.

—Vale, solo quería asegurarme —dijo Wesley, dejando caer la mano.

—Pues ya te has asegurado.

Lloyd suspiró y se dejó caer de nuevo sobre el colchón.

Wesley quería ayudar de alguna forma, calmar la desilusión que veía en el rostro de Lloyd. Vio la cesta de la colada en una esquina de la habitación, se arrodilló junto a ella y, una vez comprobó que era ropa limpia y no para lavar, empezó la ardua tarea de emparejar calcetines.

Lloyd le miró desde la cama.

—¿Qué haces?

—Algo agradable por ti.

Lloyd se perdió en sus pensamientos, echándole vistazos de vez en cuando. Cuando Wesley acabó, se acercó a su amigo y, con las manos en las caderas, dijo:

—¿Tienes algún trabajo de clase que pueda hacer o revisar por ti?

Lloyd parpadeó.

—¿Un trabajo de clase?

Con una leve sonrisa, Lloyd se levantó de la cama y se dirigió al escritorio, donde empezó a revolver entre papeles y carpetas. Entonces, cogió lo que parecían unos veinte folios llenos de números y se los tendió.

—¿Sabes qué? Que ya no te veo triste —dijo Wesley, acobardado.

Lloyd dejó caer los papeles sobre el portátil y le sumió en un enorme abrazo que le pilló tan por sorpresa que Wesley casi se cae hacia atrás.

—Gracias por interceder con Jamie y hablar bien de mí —dijo Lloyd, su respiración acariciándole el pelo.

—Siento que esté tan liado que no pueda llevar tu tesis. —Wesley bajó la voz—: Te lo tenía que haber contado, pero no sabía cómo.

El agarre de Lloyd se hizo aún más fuerte, tirando de él y pegándole más a su cuerpo.

—Me habría costado aceptarlo de haber sido tú quien me lo dijera y la frustración de no poder hablar con Jamie al momento me hubiera comido vivo.

—Le caes muy bien. Quiere que seáis amigos. —Wesley se apartó un poco para poder mirarle a la cara—. Y eso está bien, ¿no?

Lloyd asintió.

—Sí, sí, claro.

—Pero querías más.

Lloyd se quedó callado durante unos segundos, luego dejó caer los brazos y dijo:

—La profesora Katzenberger es muy buena. Es una gran opción. No estoy triste.

—Bueno..., ¿quizá un poquito?

—Se me pasará.

—Ya, si es que eres así de maduro, pero... —Wesley metió la mano en el bolsillo.

—¿Pero qué?

Wesley zarandeó el móvil delante de él y dijo:

—Sería una pena que lo superaras demasiado pronto.

Lloyd enganchó los pulgares en el cinturón.

—Y eso, ¿por qué?

Wesley desbloqueó el teléfono y *Heartbreak Hotel* empezó a sonar.

—¿Nunca te has dejado arrastrar y te has sumergido por completo en tu pena? ¿No has bailado hasta sacar todo el dolor de dentro? ¿Nunca has llorado hasta caer rendido?

—La verdad es que no.

—Pues hay que hacerlo. —Wesley colocó el móvil en la estantería, se subió a la cama de Lloyd y empezó a saltar al ritmo de la música—. Baila conmigo.

Lloyd dudó un instante, pero se acercó a él. Wesley le cogió la mano y, al tocarle, notó cómo una corriente eléctrica se extendía por las palmas de ambos. Justo cuando acababa de tirar de él y Lloyd ponía un pie sobre el colchón empezaron a llamar a la puerta con un golpeteo urgente. Se separaron de golpe.

Al otro lado del rellano estaba Randy sangrando a borbotones por la nariz.

Ahora sí, Lloyd se puso en modo supervisor, la responsabilidad abriéndose paso entre la tristeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a su residente.

Randy lloriqueó.

—No vi la puerta.

—Wesley, coge el boti... Gracias.



acero inoxidable y se la enseñó a su hermano, que estaba al otro lado.

—¿Qué te parece?

—¿Cómo que qué me parece? —preguntó Caleb.

—Que si crees que le gustará a Lloyd.

—Pensé que ya le habías comprado un regalo.

—No, el que le compré es para su cumpleaños.

—Ese que aún no sabes cuándo es.

—Ya, pero he decidido que voy a elegir yo la fecha. ¿Crees que le gustará la taza?

—No sé, es una taza.

A Wesley le gustaba el tacto del acero. Era de un gris apagado, sutil, sólido.

—Quiero hacerle un grabado.

Caleb apoyó los codos en la balda superior de la estantería.

—¿Y por qué no le compras un anillo de compromiso directamente?

Wesley dejó la taza y empezó a buscar otra opción.

—¿Cuándo vais a rendiros? —preguntó—. Lloyd va a ser mi novio.

Caleb le dedicó una mirada maliciosa.

—Lo sé.

—No, no, que me he equivocado. Que *no* va a ser mi novio. Quería decir que *no* va a ser mi novio.

—Pues yo creo que es perfecto.

—¿El regalo?

—El novio.

Wesley encontró otra taza, una que era una versión brillante de la anterior y comparó ambas.

—Si yo fuera cáncer o él sagitario, puede.

Caleb cogió un colgante de plata de una caja de terciopelo.

—¿Por qué cojones tienes semejante aversión a los capricornio?

—Mi horóscopo casi siempre da en el clavo y... —Wesley dejó de hablar.

Pero Caleb no le dejó escaquearse y le preguntó:

—¿Y?

—Nada.

—Venga ya. Que soy tu hermano. Me puedes contar lo que sea, sabes que siempre voy a estar de tu lado. Bueno, a no ser que estés equivocado.

Wesley le dedicó una mirada asesina y Caleb sonrió.

—¿Y ese colgante que tanto toqueteas? ¿Es para MacDonald? —le preguntó Wesley con tono inocente.

—Mira, le regalo esto y me corta los huevos.

—¿Y por qué llevas un rato con él en la mano y sin dejar de mirarlo?

—Porque me gustaría. Poder dárselo, digo. —Caleb lo devolvió a la caja—. Te toca.

—Me sorprende que no lo hayas averiguado por ti mismo.

—¿Es porque mamá es capricornio?

Wesley estudió las tazas en sus manos antes de contestar:

—Y Bontempo. Y el reverendo. Y mi primer novio. Todas las relaciones que han fallado en mi vida han sido con *capris*. —Se rio—. Tío, esa confesión suena a que necesito terapia pero ya.

Caleb se señaló a sí mismo como indicándole que él ejercería de terapeuta encantado.

—Sigue hablando —le dijo.

—Estamos bien como mejores amigos. Ya está.

En esos momentos, a Wesley le sonó el teléfono y dejó las dos tazas.

—¡Lloyd! Justo ahora estábamos hablando de ti.

—Todo cosas buenas, espero —fue la respuesta de este.

Wesley se alejó de Caleb, que le miraba con demasiada intensidad.

—Dime.

—Le he contado a mi madre que no cenaré con ella en Nochebuena.

—¿Le has dicho lo de que estamos prometidos y eso?

—Sí. Le ha hecho mucha gracia. Ha sugerido que, dado que cenamos en tu casa en Nochebuena, podríamos comer con ella en casa el día de Navidad. Le dije que te preguntaría. Puedes decir que no, por supuesto.

—¿Quieres que diga que no?

La respuesta de Lloyd fue rápida y firme:

—No.

Sonriendo, Wesley se decidió por la taza de acero inoxidable.

—Es una cita.

Cuando colgó vio cómo Caleb le alzaba una ceja desde la estantería en la que seguía apoyado.

—Ni media palabra —le dijo Wesley.



WESLEY SE DESPERTÓ CON LA ESPALDA DESTROZADA. SE PUSO DE LADO Y SE PASÓ LA MANO POR LA zona dolorida, fulminando con la mirada a Caleb que, en esos instantes, bostezaba tan tranquilo a su lado, estirándose como un gato. Cuando abrió los ojos, miró a su hermano y le sonrió.

—Qué bien he dormido.

—¿Cuándo vas a volver a casa? —le preguntó Wesley.

Caleb le sopló en la cara.

—¿Cuándo vas a volver tú? —le contestó. Pero ante las dagas que su hermano le lanzaba con los ojos, alzó las cejas y, a la defensiva, matizó—. Sin ti me siento solo, ¿vale?

—¿Y de verdad estar en la residencia es mejor?

—Pues sí, porque, por lo visto, me gusta acurrucarme con mi hermano por la noche... Humm... Creo que los dos necesitamos ir a terapia.

Wesley le empujó y lo tiró de la cama.

—Es el último día antes de que te den las vacaciones de Navidad. Planta tu culo en el colegio cuanto antes, anda.

Caleb recogió su uniforme de entre la pila de ropa del suelo y dijo:

—Date la vuelta mientras me pongo calzoncillos limpios.

Wesley cerró los ojos.

—Que alguien me dispare, por favor.

Cuando los hermanos salieron de la habitación vieron a Danny y a Charlie peleando, usando muñecas hinchables como si fueran espadas.

Entonces, apareció Lloyd que, con cara de paciencia, les separó.

—¿Qué sois? ¿Adolescentes?

Danny se abrazó a su muñeca.

—De hecho, sí —contestó.

Lloyd quitó el taponcito de ambas muñecas y estas empezaron a desinflarse a la vez.

—Pues es hora de crecer. Con este tipo de comportamiento no vais a conseguir ganaros el

corazón de nadie medio respetable.

Charlie se quejó y Lloyd cogió su muñeca medio desinflada y le siguió por el pasillo.

—Tengo ganas de vivir en la residencia de Treble —dijo Caleb, suspirando.

Wesley le dio un apretón en la nuca.

—Conseguiremos esa recomendación.

Siguieron caminando por el pasillo y se cruzaron con Lloyd, que primero miró fatal a Caleb y luego se giró hacia Wesley.

—¿Es que ya ni siquiera vais a disimular?

—¿Disimular qué?

—Que tu hermano sale de tu cuarto cada mañana.

—No, no, que va. Él no...

—Wesley.

Wesley empujó a Caleb hacia la cocina.

—No sé a qué te refieres, ¿de mi cuarto, dices? Deberías ver a un médico, pareces desorientado.

Lloyd le dio una colleja y le dijo:

—A mi habitación. Vamos a tener unas palabritas.

Una vez dentro, Wesley se sentó en la butaca. No porque quisiera, no, él hubiera optado por la cama, pero Lloyd le empujó hasta allí, sentándose en la silla de su escritorio y mirándolo en plan *capri* total.

—No puedes seguir siendo mi excepción. Cuando otros estudiantes infringen las normas, pongo una queja. —Lloyd suspiró—. Lo siento, pero tengo que dar parte.

—¿Qué? —gritó Wesley.

Lloyd levantó una mano.

—Las dos primeras quejas son solo advertencias. Ni las leen.

Wesley se hundió más en la butaca. Vaya mierda. Aunque era consciente de que Lloyd no podía seguir haciendo la vista gorda.

—Y si nadie las lee, ¿por qué molestarse en hacerlas? Total...

—O rompo las reglas con todos, o te hago cumplirlas a ti.

—Romper la reglas con todos; esa, esa es la opción.

Lloyd disimuló una sonrisa.

—Es increíble que estés estudiando derecho.

—Más increíble aún es que además mi padre fuera el gran juez Hidaka. —Wesley suspiró de forma exagerada—. ¿Qué le vamos a hacer? Tengo doble personalidad, soy géminis.



**No tienes filtro y eso me encanta.**

## Capítulo Quince

---

Williamson cerró unos días antes de Navidad.

Suzy les ofreció refugio y Caleb se agarró a la oferta como a un clavo ardiendo. Wesley optó por perdonar a Lloyd por lo de la queja y aceptó dormir en su cama de abajo.

Era la decisión más lógica, dado que siempre estaban juntos.

Pintaron la casita del árbol. Wesley incluso sacó brillo a cada uno de los alumnos piña. También fueron al gimnasio. Bueno, Lloyd fue al gimnasio e hizo cosas de tío cachas mientras Wesley le esperaba en la piscina climatizada un piso más abajo.

Fue todo muy de mejores amigos.

Y, entonces, llegó Nochebuena.

Wesley no paraba quieto con la pulsera, sin apartar la vista de Lloyd, que iba conduciendo. Llevaba una camisa muy elegante y unos pantalones de vestir que se le ajustaban a las piernas a la perfección. También llevaba uno de esos cinturones *fóllame* que le encantaba ponerse y que a Wesley le volvían loco.

—Estoy tan entusiasmado con lucirte ante mi madre... Mira —Wesley alzó la mano—, estoy hasta temblando. Y yo no tiemblo nunca. A no ser que esté en pleno... Ya sabes a lo que me refiero, ¿no?

—Me alegra ver que ni temblando pierdes esa sutileza que te caracteriza.

—Espero que te adore. —Wesley se rio de su propia gracia—. Seguro que sí. Todo el mundo te adora.

Lloyd le agarró la mano temblorosa, enlazando sus dedos.

—Bien. Buen plan —dijo Wesley según aparcaban frente a su casa—. Tú sigue agarrándome. De hecho, deberíamos entrar de la mano. Seguro que así parece una relación de verdad.

—*Es* una relación de verdad.

—Sí, sí, ese es el espíritu.



WESLEY IBA AGARRADO A LA MANO DE LLOYD COMO SI LE FUERA LA VIDA EN ELLO. ESTABA sudando como nunca y la fría brisa de diciembre no hacía nada para suavizar esa sensación. Las luces de Navidad que brillaban sobre sus cabezas parecían formar un signo de interrogación.

—¡Mamá! ¡Somos nosotros! —soltó Wesley en cuanto la puerta se abrió.

—Eso ya lo veo —dijo su madre, sus ojos yendo de uno a otro y a sus manos enlazadas, hasta que centró la mirada en Lloyd—. ¿Tú eres el prometido de mi hijo?

Lloyd movió un poco la mano, como si pretendiera tendérsela a su madre para saludarla, pero, al final, lo que hizo fue darle un apretón a Wesley y contestar:

—Encantado de conocerla.

Su madre les dijo que pasaran y Wesley tuvo que soltar a Lloyd mientras se quitaban las cazadoras, cosa que no le gustó nada.

—Así que... —dijo la señora Hidaka mirando a Lloyd de arriba abajo—. Tú también eres gay.

—Lo soy, sí.

—Pues no pareces muy gay, la verdad.

—Mamá —dijo Wesley en tono de advertencia.

Lloyd puso la cara que ponía cuando algún residente infringía las normas.

—Tampoco parezco muy paciente y le aseguro que lo soy, y mucho. —Su mirada fue a parar a Wesley, que le dedicó una sonrisa agradecida a la par que avergonzada. Le debía una a Lloyd, una muy gorda.

—Sentémonos a la mesa —dijo su madre caminando hacia el comedor—, que el jamón con berenjenas no se come solo.

Wesley arrugó la nariz.

—Ojalá lo hiciera.

—Tú te puedes sentar a ese lado —le dijo la madre de Wesley a Lloyd, indicándole el extremo más apartado de la mesa, lo más lejos posible del sitio donde solía sentarse su hijo.

A Wesley se le erizó el vello de la nuca.

—No. Él se sienta a mi lado, para que pueda meterle mano por debajo de la mesa.

—¡Wesley! —exclamó su madre, escandalizada, a la vez que Lloyd soltaba una risita.

—¿Dónde está Caleb? —preguntó Wesley en tono suplicante.

—¿Alguien está pidiendo refuerzos para mediar en una situación incómoda? —preguntó su hermano, entrando en el comedor con un sombrero de reno—. ¿Dónde quieres que me ponga?

—Entre ellos —murmuró su madre.

—Enfrente de nosotros —contestó Wesley a su vez.

La señora Hidaka cogió la botella de vino y sirvió dos copas.

—Lloyd —dijo en tono tirante—. ¿Quieres un poco de vino tinto?

—No, muchas gracias.

—Ya me bebo yo los dos —dijo ella.

Wesley se sentó en una silla e hizo un gesto a Lloyd para que se sentara a su lado.

—Yo me tomaré una, mamá.

—Sí, ya, ¿para que te vayas al baño con tu chico como la última vez? No, tú bebes agua, que está muy fresquita.

Entonces, Caleb intervino en el más jovial de los tonos:

—Yo no me preocuparía de que hicieran cochinas, mamá. Estoy bastante seguro de que Lloyd quiere esperar.

—Esperar —dijo su madre impresionada—. Eso está bien.

Wesley casi se ahoga de solo pensarlo. Esperar... sí, claro.

—¡Alimentos, daos por bendecidos! —dijo Caleb ya con la boca llena de jamón y berenjena—. Bueno, Lloyd, cuéntanos: ¿cómo le propusiste matrimonio a mi hermano?

Wesley le fulminó con la mirada. Caleb estaba disfrutando un poco demasiado de la situación.

Lloyd habló, tranquilo:

—De hecho, fue tu hermano quien me lo pidió a mí —dirigió una mirada traviesa a Wesley—. Cuéntales, cielo.

Caleb disimuló la risa con una tos.

Su madre se bebió lo que le quedaba de vino de un trago.

Wesley empezó a contar cómo lo habría hecho en caso de ser real:

—Primero le hice el mejor café de la historia. Fuerte, pero con toques de chocolate. Y con el tueste favorito de Lloyd. Cada sorbo que daba me consumía los nervios y me preguntaba si se lo bebería entero y vería el mensaje grabado en el fondo de la taza: «¿Te casas conmigo?». —Lloyd se giró para mirarle con una sonrisa en los labios y los ojos brillantes de diversión. Wesley acercó la silla a él y se pegó a su cuerpo. Le puso una mano en el muslo y le mordisqueó el cuello antes de añadir—: ¿Les cuentas tú el resto, mi amor?

Los ojos de Lloyd siguieron fijos en los suyos durante unos instantes antes de decir:

—Y yo dije que sí.

Wesley le dio un codazo.

—Siempre le digo que sí a todo —añadió Lloyd volviendo de nuevo la vista hacia Wesley—. Da igual la locura que me pida. No puedo evitarlo, estoy enamorado de él.

A Wesley se le puso la piel de gallina, pero inmediatamente se tensó, esperando la carcajada de su hermano.

Pero la risa nunca llegó. Caleb se limitó a sonreír, contento, y su sonrisa pareció de lo más real.

—Os deseo lo mejor, chicos. Bueno, a ti Lloyd lo que te deseo es mucha suerte.

Wesley le miró fatal antes de girarse hacia su madre que, a su vez, miraba a Lloyd por encima del filo de su segundo vaso de vino.

—Me recuerdas a alguien, pero no consigo recordar a quién.

Lloyd habló, con ese tono tranquilo tan suyo. Pero debió de percibir la tensión que emanaba de Wesley porque deslizó la mano por debajo de la mesa y la apoyó en su rodilla, calmándole.

—No sé, quizá me viera en la residencia cuando Wesley se mudó hace unos años.

Su madre dio otro trago al vino y negó con la cabeza.

—No, nunca me ha invitado a ir a la residencia.

—¿Podemos hablar un momento en privado, mamá?

Wesley se llevó a su madre a la cocina para evitar hacer una escena delante de su hermano y de Lloyd. Una vez allí, le dijo:

—Creí que querías intentar entenderlo, aceptar que soy gay... Que, por cierto, mamá, decir «la cosa esa de ser gay» queda fatal. Pero, en serio, creí que querías conocer a Lloyd.

Ella cerró los ojos y suspiró.

—Y quiero. Quería... Pero es más difícil de lo que esperaba.

—No debería serlo —dijo Wesley con tristeza—. Nos vamos. Lo intentaremos de nuevo cuando estés lista.

Wesley esperó que le detuviera. Pero no lo hizo.



—¿TE ACUERDAS DE QUE UN DÍA TE HABLÉ DE MI BUEN AMIGO ALCOHOL? —PREGUNTÓ WESLEY EN tono despreocupado mientras volvían a casa de Lloyd—. Creo que me gustaría quedar con él hoy.

Lloyd pareció entenderlo.

—Una copa.

—Tres.

—Dos.

—Pues más te vale que sean vasos gigantes.

Pero no hubo suerte. Los vasos eran de tamaño normal.

Lloyd sacó una botella de vodka del mueble bar y lo mezcló con *ginger ale*. Cathy se había retirado pronto a la cama y les había dejado allí. Ahora tenían el salón para ellos solos y la verdad es que se estaba fenomenal. Había un arbolito de Navidad en una esquina y, aunque era pequeño, su aroma a pino lo perfumaba todo. En la chimenea las llamas ardían y unas cortinas gruesas les aislaban aún más del frío del exterior. A pesar de eso, Lloyd le había obligado a ponerse dos pares de calcetines.

La primera copa ayudó a mitigar la decepción ante la reacción de su madre al conocer a su *prometido*. La segunda ayudó todavía más.

Wesley descubrió cómo usar el viejo estéreo que tenían en el salón y puso clásicos de los cincuenta, sesenta y setenta sin parar. Ahora bailaba al ritmo de la música mientras Lloyd le miraba, copa en mano, desde el sofá.

—Mira, esto es lo que te decía de bailar hasta sacar todo el dolor de dentro —dijo Wesley, dando saltos y vueltas mientras movía la cabeza arriba y abajo.

Cantó *You Can't Hurry Love* de The Supremes mientras Lloyd le sonreía. Y, tras bailar un par de canciones más, dio todo lo que le quedaba de energía en *You Really Got Me* de The Kinks.

Cuando no pudo más, colapsó en el sofá, contra Lloyd, apoyó la cabeza en el hombro de este y, jugueteando con su pulsera, dijo:

—¿Ves? Cena olvidada.

Lloyd le pasó un brazo por los hombros y permanecieron así durante una canción entera. Era tan cómodo... demasiado. Wesley podría hasta quedarse dormido de lo a gusto que estaba, así que se soltó de su agarre y se escabulló hacia la estantería, donde antes había visto una baraja de cartas.

—Juguemos —le dijo a Lloyd dejando caer las cartas sobre la mesita de café.

—¿A qué?

—Al *Strip poker*.

Lloyd empezó a barajar.

—Si tienes calor, puedes quitarte los calcetines extra.

Wesley le sacó la lengua y se los quitó.

—Lo que quieres es que tenga menos prendas que quitarme, ¿eh? —Wesley se pasó una mano por el cuerpo, de forma sugerente—. Y poder apreciar lo normalito que soy. Porque te diré que soy espectacularmente normalito.

—En vez de ropa, apostemos otra cosa —sugirió Lloyd, aún barajando.

—¿Más alcohol!

—O...

—Dudo mucho que lo que vayas a decir supere mi idea.

—Podemos apostarnos la fecha de mi cumpleaños —dijo Lloyd—. Si ganas, te digo cuándo es. Eso sí que le interesaba. Más que nada. Sin duda, había superado lo del alcohol. Con creces.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—¿Cuándo no?

Ahí tenía razón.

—Vale. Yo me juego una fecha también. A ver... algo interesante... el día que perdí la virginidad.

—¿Por qué querría saberlo? No. Nada del pasado. Apostemos una fecha futura: si gano, me das un día en el que tendrás que hacer lo que te mande.

—Vale, esclavo por un día..., parece divertido.

Lloyd se rio y, tras acordar jugar al *Texas Hold'em*, escribió algo en un papel y lo puso en el centro de la mesa.

—Empezaremos por el año.

—Ya sé en qué año naciste.

—Venga, pues fecha completa, apunta tú la tuya y juguemos.

Wesley tenía unas cartas de mierda y cuando Lloyd enseñó sus cartas (dos parejas) creyó que todo estaba perdido, hasta que se dio cuenta de algo:

—Espera un segundo —dijo Wesley, robando dos cartas de la mesa que cambiaron su suerte del todo—. Vale. A ver cómo superas esto.

Wesley mostró sus cartas: escalera de corazones.

Lloyd suspiró.

—Está bien, tú ganas.

Wesley, feliz y encantado, desdobló el papel.

—Vamos a ver esa fecha de nacimiento.

Lloyd suspiró, pero no parecía excesivamente molesto.

—Ocho de enero —leyó Wesley en voz alta. Sí, claro—. Me estás puteando, ¿no? Venga, dime cuándo es.

Lloyd frunció el ceño, confundido, sacó el carnet de conducir de la cartera y se lo enseñó.

—Buf, la foto no te hace justi... ¡No me jodas! Es verdad, es el día 8.

—¿Es una especie de fecha mágica entre capricornios, o qué?

Wesley le miró, incrédulo.

—¿No sabes lo que supone que nacieras el ocho de enero?

—¿Debería?

Wesley le empezó a lanzar cartas a la cara.

—¡Es el cumpleaños de Elvis! ¡Compartes cumpleaños con Elvis! —Se tiró en el suelo y se quedó ahí espatarrado en la alfombra, como una estrella de mar—. Me da algo.

—Es solo una fecha. No significa nada.

Wesley miró hacia el reflejo de la lámpara en el techo y se empezó a reír.

Para algunos, podría ser una curiosa coincidencia; para Wesley, que su mejor amigo y su ídolo hubieran nacido el mismo día era algo mágico.

En ese momento empezó *Light My Fire* de The Doors y, en cuanto Wesley oyó los primeros acordes, se levantó del suelo y se puso a bailar de nuevo. Hubiera sido mucho mejor con unos altavoces buenos y más espacio para moverse, pero bueno.

—Oye, ¿qué planes tienes para Nochevieja? —preguntó a Lloyd, que acababa de terminar su copa y ahora recogía las cartas esparcidas por el suelo.

—Tenía pensado quedarme en casa y organizarme, que enero es un mes muy ajetreado.

—Estás de coña, ¿no?

Pero no, Lloyd no se reía.

Wesley frunció el ceño.

—Glitter. Bailar. Besarse. Ese es el plan.

—¿Me estás invitando a ir contigo?

La sombra de duda que oscureció la cara de Lloyd le partió el corazón. Le recordó lo que le había contado sobre la fiesta de Halloween, que nadie le había invitado.

—¿Te gustaría venir? ¿A pesar de tu fobia a las serpentinas? Puedo darte la mano y no soltarte en toda la noche.

Lloyd dejó la baraja en la estantería y Wesley fue hacia él con ojos de cachorrillo, suplicantes.

—Voy a estar quitándome purpurina de la ropa durante semanas, ¿a que sí?

—Y de lo que no es la ropa —contestó Wesley—. Se te va a meter por cada pliegue de tu cuerpo, si sabes a lo que me refiero.

—Con tanta sutilidad no sé cómo siempre consigo saber a lo que te refieres.

—Prométeme que vendrás conmigo.

Lloyd fingió pensárselo, como si fuera una ardua decisión, pero Wesley vio cómo le brillaban los ojos.

—Vale. Iré.

—¡Bien! Podemos intentar encontrar unas de esas piruletas *expandementes* y buscar el armario más cercano.

—Nada de piruletas, ni de armarios, ni de expandir mentes.

Wesley se rio con tanta fuerza que tiró un CD de la estantería, cogiéndolo contra el pecho de Lloyd antes de que cayera al suelo.

—Vale, vale, lo ponemos en el «no» junto a lo de hacer cochinas en el baño.

Lloyd negó con la cabeza, devolvió el CD a la estantería y dijo:

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Nada divertido, por lo visto.

—Venga, a la cama.

—Eso suena mucho mejor —dijo Wesley, saliendo del salón.

Lloyd se rio a su espalda y Wesley disminuyó la marcha hasta que lo tuvo pegado a él. Y entonces se paró, haciendo que Lloyd le agarrara de las caderas y lo empujara escaleras arriba.

Una vez en la habitación, Wesley se quedó solo con el bóxer y se metió en la cama.

Lloyd también se desvistió y cuando pasó por su lado para acostarse, Wesley le agarró por el tobillo, reteniéndole.

—Gracias por estar ahí —le dijo acariciándole la pierna con suavidad sin apenas darse cuenta de lo que hacía—. Y no solo en la cena con mi madre. Gracias por esto. Por todo.

Se miraron a los ojos.

—Siento que la noche no haya ido como esperabas.

Wesley intentó restarle importancia.

—Me has dicho cuándo es tu cumpleaños, así que no todo ha ido mal.

—Duérmete, anda.

Lloyd apagó las luces y se metió en la cama. Wesley sonrió.



CUANDO SE DESPERTÓ A LA MAÑANA SIGUIENTE, WESLEY SE NOTABA LIGERO COMO UNA PLUMA Y lleno de energía. Por algún motivo se sentía bien, como nuevo.

Fue al baño y, a la vuelta, se tropezó con la cama de abajo. Tuvo un segundo para decidir si caía sobre su colchón o sobre Lloyd.

Se tiró con entusiasmo sobre Lloyd. Que seguía dormido y... empalmadísimo.

Lloyd abrió de repente los ojos y su mirada se oscureció en cuestión de segundos. Agarró a Wesley y giró sus cuerpos, quedando sobre él, presionándole, caliente y duro, contra la cama.

—¡Feliz Navidad! —dijo Wesley.

Lloyd se apartó de un salto, balbuceando algo en voz baja y, con la mandíbula apretada, se fue hacia el baño a toda prisa.

Wesley se rio y le siguió, hablándole a través de la puerta cerrada:

—Te has levantado gruñón, ¿eh?

Desde dentro del baño le llegó un gruñido como única respuesta.

—¿Eso significa que necesitas café? ¿Como la otra vez?

—No, significa que o te largas o me vas a escuchar cascármela.

Wesley se quedó sin aliento y todo su torrente sanguíneo fue directo a su entrepierna. Dudaba si apartarse de la puerta o no. Tenía la polla durísima y no sabía qué hacer.

—Bueno, ya sabes... —dijo en un tono suave como la seda—. A veces los amigos se echan una mano entre ellos.

—No quiero ser tu *follamigo*, Wesley.

—¿Seguro? —Wesley se acarició la erección, pensando en ello—. Porque mi boca alrededor de tu polla podría ser algo espectacular. Y una de las ventajas de que yo sí tenga pelo es que te puedes agarrar y tirar de él mientras me la trago hasta el fondo—. Wesley se metió la mano por dentro del bóxer y, al pasar el dedo pulgar por la punta, notó la humedad allí concentrada—. Una mamada rápida, sin compromiso. Mejores amigos ayudándose. Te la comeré hasta que te corras y grites...

—¡WESLEY!

—Eso, hasta que grites exactamente eso.

Desde dentro llegó una maldición.

—Vete a hacer café. Litros y litros.

—Pero es que seguro que tu madre está en la cocina.

—¿Y?

—Que la tengo durísima. Pásame el lubricante y ya me encargo yo.

—Me estás matando.

Un movimiento, ruido de cajones abriéndose.

La puerta del baño se abrió, solo un poco, y un bote de lubricante salió volando. Inmediatamente después se oyó el clic del cerrojo.

Wesley se rio.

—Si cambias de opinión sobre lo de ser *follamigos*, házmelo saber.

Lloyd gimoteó.

—Olvídate. Eso no va a pasar.

Wesley se lanzó sobre la cama de abajo y se quitó el bóxer a patadas. Estaba superempalmado, no aguantaba más. Le faltó tiempo para empezar a estrujar el bote de lubricante.

A través de las paredes le llegaban los suaves sonidos que estaba haciendo Lloyd y Wesley se lo imaginó follándose su propia mano, a lo bestia. ¿Estaría fantaseando con chicos guapos mientras se la cascaba?

Wesley empezó a trabajarse su polla, pulsos eléctricos recorriéndole el cuerpo mientras imágenes de Lloyd lo llenaban todo.

Lloyd teniendo sexo.

Con Wesley.

Sus ojos, desorbitados por el placer, al entrar en él; sus labios entreabiertos, sus ojos fijos en los suyos. Entraría y saldría de él, para volver a penetrarle con fuerza.

Se oyó un gemido al otro lado y Wesley empezó a masturbarse más rápido, casi sin aliento. ¿Le estaría escuchando Lloyd? ¿Saber lo que Wesley estaba haciendo le pondría tan cachondo como la situación le tenía a él?

Subió una pierna a la cama de arriba, el talón haciendo palanca entre las sábanas enredadas.

Abrió aún más las piernas y se metió la punta del dedo corazón en el culo mientras seguía bombeando su polla sin descanso.

Seguro que Lloyd era un amante mandón. Controlador. Se movería despacio y estudiaría cada reacción. Seguro que cuando sus gemidos se hicieran más fuertes e intensos, taparía la boca a Wesley y se lo follaría a toda hostia.

Ojalá su dedo llegará más profundo. Durante unos segundos, echó un vistazo a la habitación, preguntándose si habría por allí algún consolador. O una puta zanahoria. Porque la verdad era que ya le daba igual una cosa que otra. Lo único que quería era algo grande y duro embistiendo en su culo.

Otro gemido procedente del baño.

Wesley renunció a la estimulación anal y bajó la mano hacia el interior de su rodilla, fingiendo que era el toque de Lloyd sobre su piel. Imaginando que le miraba a los ojos con cada estocada.

Puede que le ordenara que le tocara los pezones, y Wesley le diría algo como: «Oblígame a hacerlo» y entonces Lloyd le follaría con más fuerza y le pondría las manos sobre la cabeza, agarrándose las, prohibiéndole tocarse, obligándole a correrse así...

Wesley empezó a disparar semen sobre su abdomen y su orgasmo le recorrió de pies a cabeza, dejándole tiritando.

Cuando consiguió recuperar el aliento, bajó la pierna de la cama de Lloyd.

—Joder —murmuró aún con las ondas de su orgasmo recorriéndole el cuerpo.

Lloyd dio unos golpecitos en la puerta, pidiendo permiso para salir del baño y Wesley le dijo que pasara, sin pudor alguno.

Al verle, se quedó congelado a los pies de su cama, donde Wesley seguía tendido, arrastrando un dedo por el semen que perlaba su cuerpo. Una toalla cayó sobre su entrepierna.

—El baño está libre.

Wesley sonrió y se levantó con toda la tranquilidad del mundo, poniéndose la toalla alrededor de la cintura.

—Como no quiero que se enrarezca el ambiente entre nosotros, te voy a decir aquí y ahora que me he masturbado pensando en ti. No he podido evitarlo.

Lloyd fijó su mirada color avellana en él, tal y como Wesley había imaginado en su fantasía.

—¿Tu forma de no enrarezca el ambiente es soltármelo así? ¿En serio?

Wesley le guiñó el ojo.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, lo finas que son las paredes... pues me parece correcto señalar lo evidente, sí.

Lloyd dejó salir un enorme suspiro e hizo un gesto con la mano, señalándoles a ambos.

—¿A qué te refieres con «teniendo en cuenta las circunstancias»?

—Venga, Lloyd... estaba claro que íbamos a pensar el uno en el otro.

—Vale. Está bien. —Lloyd asintió—. Vamos a hablarlo.

—¡Bien! —dijo Wesley.

Pero tampoco era nada del otro mundo que ambos se hubieran masturbado pensando el uno en el otro. Los tíos solían hacer eso, ¿no? Seguro que era algo habitual entre mejores amigos. Lloyd no tenía de qué preocuparse. A Wesley no se le iba a cruzar un cable y de repente querer ser su novio o algo así.

Le había quedado más que claro que Lloyd no quería nada sexual entre ellos. Quizá no era su tipo. Y eso estaba bien. Más que bien. Porque Lloyd seguía siendo capricornio.

Así que tampoco era su tipo. Para nada.

—Tienes razón —dijo Lloyd, medio sonriendo—. Yo también he pensado en ti.

Wesley sonrió.

—¿Ves? Dejar las cosas claras está bien. Ahora sigamos con nuestro día con normalidad, que hoy es Navidad.

—No creí que fueras a admitirlo, la verdad —dijo Lloyd, pensativo, y con el ceño un poco fruncido.

—Bueno, pues lo he hecho.

—Creí que estaríamos evitando el tema hasta que ya no viviéramos en la residencia.

—Eso hubiera sido incómodo y no es eso lo que quiero que haya entre nosotros.

—¿Hay un *nosotros*?

—A pesar de que tú eres un yonqui de las normas y la legalidad, y yo un ligón de tres al cuarto, creo que entre nosotros hay algo. Conectamos. Y quiero que dure. Y eso quiere decir que nada de evitar temas incómodos.

La sonrisa de Lloyd era tan enorme que se reflejaba en sus ojos y Wesley se preguntó si estaría pensando en lo que acababan de hacer.

Wesley alzó la vista ante el sonido de la carcajada que soltó Lloyd, fijándose en cómo sacaba la punta de la lengua y se acariciaba el labio inferior, persiguiendo la risa que acaba de escapar de sus labios.

—Seamos honestos —dijo Wesley.

—Me parece bien.

—¿Mi única condición? No vuelvas a mencionar lo de que no quieres tener sexo conmigo, ¿vale? Lo he entendido.

Lloyd suspiró, aliviado, y dijo:

—Lo siento. Me encantaría que las cosas fueran diferentes.

Wesley no era su tipo. Vale, que sí, que lo entendía.

—Las cosas son como son.

—Me alegro de que lo entiendas.

Wesley se sacudió la decepción de encima. Ser mejores amigos era mucho mejor. Y duraría más. Mucho más que una simple aventura universitaria. Amistad era algo que un capricornio y un géminis podrían tener para siempre.

—Podemos seguir como hasta ahora.

—No tienes ni idea de lo mucho que eso me gustaría —fue la respuesta de Lloyd.

Wesley le acarició el pecho, de forma juguetona, notando la suavidad de la camiseta de algodón que llevaba puesta.

—Lo que no prometo es que vaya a dejar el tonto.

—No sería lo mismo si no tontearas. —Lloyd le agarró la mano y la retuvo contra su pecho—. ¿Wesley?

—¿Lloyd?

—¿Qué te parece una cena y después un cine?

—¿Hoy? ¡Pero si es Navidad!

—No, me refiero a la semana que viene, cuando vuelva del viaje que voy a hacer con mi madre.

Wesley se hizo una idea mental de los trabajos de clase que tenía pendientes y después accedió:

—Vale, pero tengo que obligarme a estudiar y ponerme al día con varias asignaturas, así que no podrá ser hasta el viernes.

—Pues el viernes, entonces. Es una cita.



SALVO POR LAS GANAS DE COMER CARNE QUE TENÍA, EL DÍA DE NAVIDAD FUE PERFECTO.

Cathy no paró de hacerles fotos, sonriendo como si le hubiera dado bien al ponche de huevo.

—Es que es una ocasión especial. Os prometo que esta será la última. Pegaos más y decid seitán.

Wesley le pasó el brazo sobre los hombros a Lloyd, que le agarró por la cintura, su mano un foco de calor contra su costado. Wesley sonrió y cuando Cathy le pidió una pose divertida, se agarró bien a él, abrazándole, y fingió morderle en plan vampiro, dándole unos piquitos en el cuello.

Lloyd dio un salto hacia atrás y Cathy y Wesley rompieron a reír, encantados.

—Me gustaría tener una copia de alguna de las fotos —dijo Wesley, aún riéndose.

Cathy prometió hacerle un álbum.

Después de desayunar, Wesley empezó a repartir regalos. A la madre de Lloyd le dio unos bombones y le dijo:

—Como son las primeras navidades juntos he ido a lo seguro. Iré mejorando a medida que nos conozcamos más.

—Me encantan los bombones. Me encantas tú. Me está encantando el día de hoy.

Cuando se quedó a solas con Lloyd en el salón, se sentó a su lado y le dio su regalo.

—No te preocupes, que no te estoy pidiendo matrimonio.

Acompañó el comentario con una risa nerviosa y Lloyd le apaciguó poniéndole una mano en la rodilla y diciendo:

—Es perfecta.

Ambos se quedaron mirando la dedicatoria grabada en la taza: «Eres un listillo, un mandón y un gigante de cabeza rapada».

—Dicho desde el cariño, por supuesto —comentó Wesley.

—Quién lo diría.

Wesley le dio un empujón y Lloyd se dejó caer en el sofá, arrastrándole con él. Su risa se coló en su interior, bien profundo y su sonido, y el contacto de sus cuerpos tal y como estaban, hicieron que se le pusiera dura en cuestión de segundos. Si pudieran repetir lo de antes...

Lloyd le agarró y les hizo rodar; su cuerpo un peso embriagador sobre el de Wesley. Pero antes de que pudiera deleitarse en tan deliciosos músculos, Lloyd se separó de él y se movió hacia la otra punta de la habitación. Sacó un sobre muy elegante de la estantería y se lo pasó, diciendo:

—Feliz Navidad.

Wesley dio un gritito de sorpresa al abrirlo.

—Qué bien me conoces.

—Me gusta creer que sí.

—Pero de verdad, de verdad. Ahora mismo mi corazón *latte* desbocado.

Lloyd soltó una risotada.

—Me alegro de que te guste tanto.

Wesley se quedó mirando su regalo: una inscripción para un curso avanzado de *latte-art*. Había mencionado una vez de pasada que le gustaría hacer algo así, aprender más, y Lloyd se había acordado. Joder, esto de ser mejores amigos estaba infravalorado. Wesley quería tener esto para siempre.

—Cuando nos mudemos de Williamson, deberíamos irnos a vivir juntos.

La sonrisa más enorme y más brillante del mundo iluminó el rostro de Lloyd, que dijo:

—Ahora es mi corazón el que *latte* desbocado.



**Cuando me miras me quedo cortado.**

## Capítulo Dieciséis

---

**E**ra viernes por la noche y Wesley y Lloyd se abrían paso entre las butacas del cine para poder llegar a sus asientos. Delante de ellos había dos adolescentes morreándose a lo bestia.

—¿En serio? —dijo Lloyd, negando con la cabeza—. Pero si ni siquiera han empezado los *trailers*.

Wesley se puso las palomitas entre los muslos y agarró la mano de Lloyd para evitar que se pusiera en plan viejo gruñón con la pareja.

—Están muy entregados —dijo Wesley, metiendo la mano de Lloyd en el cubo de palomitas—. Y no queremos ser ese tipo de gente, ¿verdad? Los que llaman la atención a unos pobres enamorados cachondos.

Un hombre les mandó callar desde la fila de atrás.

Lloyd se giró para fulminar al señor con la mirada y luego metió la mano en las palomitas. El movimiento hizo que el cubo rozara la entrepierna de Wesley.

—Ahora sé a que tipo de gente te referías —le susurró Lloyd, arrimándose a él.

—Sí, a los viejos gruñones. ¿Por qué no te quedas tú con las palomitas y me pasas mi cocaola?

Tuvo que sugerirlo, porque si Lloyd seguía metiendo la mano en el cubo y cogiendo palomitas a puñados, Wesley se iba a empalmar.

Lloyd sonrió mientras hacían el cambio.

—No te la bebas toda de golpe —le dijo.

Wesley se la bebió toda de golpe.

Y a mitad de película tuvo que salir para ir al baño.

Cuando volvió, Lloyd seguía negando con la cabeza.

—¿Qué me he perdido?

El señor de la fila de atrás, el que antes les había mandado callar, se aclaró la garganta llamándoles la atención de nuevo.

Wesley se pegó más a Lloyd y le hizo un gesto para que le resumiera en voz baja. Su respiración al hablar le rozaba la piel del cuello en forma de pequeñas bocanadas, haciéndole estremecer. El escalofrío fue tan real que tembló de forma visible y el movimiento hizo que los labios de Lloyd le acariciaran el lóbulo de la oreja.

—Se han dicho «te quiero» —le dijo Lloyd.

Wesley giró la cara y puso las manos alrededor de la oreja de Lloyd antes de susurrar:

—¿Me estás diciendo que me he perdido lo mejor?

Lloyd negó con la cabeza.

—No, lo mejor está por venir.

—¿Sabes lo que va a pasar?

—Hombre, alguna cosilla sé.

Por los *trailers*, seguro. Revelaban mogollón, contaban demasiado de la historia.

—Vale, pero no me lo cuentes, quiero sorprenderme cuando pase.



NOCHEVIEJA LLEGÓ EN UN PESTAÑEO Y, EN GLITTER, UNA HORDA DE GENTE BAILABA A GOLPE DE rocanrol rodeada por serpentinas y brillibrilli por todas partes. Algunos residentes de Williamson habían adelantado la vuelta de sus vacaciones de Navidad y estaban aquí celebrando el Fin de Año: Randy, Diana, Violet y, para desgracia de Lloyd, Gavin.

Aún quedaban un par de horas para las doce. Wesley le llevaba a Lloyd su segunda cerveza de la noche cuando vio cómo Suzy tiraba de él, intentando sacarle a bailar. Le dijo algo al oído, algo que hizo dudar a Lloyd, como si se lo estuviera pensando. Desde luego, eso era más de lo que había conseguido Wesley, a quien le había dicho que no sin el más mínimo titubeo.

Wesley llegó a la mesa. Dio un sorbo a su copa y luego probó la cerveza de Lloyd. Nunca entendería por qué la gente bebía cerveza. Era como agua mierdosa y burbujeante.

—Aquí tienes lo tuyo —le dijo a Lloyd, deslizando el vaso por la mesa y sentándose en el asiento de enfrente.

Suzy cogió la copa de Wesley y bebió de ella.

—Tu chico no quiere bailar.

Lloyd le restó importancia con un movimiento de mano y, señalando la pista, que estaba llenísima de gente, dijo:

—Esta noche, no.

Wesley le dio unos golpecitos a Suzy sobre el tatuaje de la flor que tenía en la muñeca, para llamar su atención y que le devolviera su *whisky* con cocacola.

—Vamos a enseñarle lo que se pierde —le dijo a su amiga, poniéndose de pie, tras dar buena cuenta de su copa.

A Suzy se le iluminaron los ojos.

—Justo le acabo de pedir al DJ que ponga algo de Elvis.

—De puta madre.

*Hound Dog* empezó a sonar y Wesley se encaminó hacia la pista, contoneándose de forma provocativa a cada paso e indicándole a Suzy con un dedo que se uniera a él. Ver que tenía toda la atención de Lloyd le hizo arder de entusiasmo.

Cuando la pareja empezó a bailar, la pista se despejó; así de buenos eran. Y puede que estuvieran luciendo más de lo normal, pero, al fin y al cabo, era Nochevieja y era la noche perfecta para hacerlo.

Sincronizaron sus pasos a la perfección, ejecutando una rutina que habían estado practicando unos años atrás. Wesley levantó a Suzy por los aires en un movimiento muy impresionante conocido como *Ferris wheel* y, justo cuando la canción estaba a punto de finalizar, la bajó en un *ground flip* que dejó a todos los que les observaban con la boca abierta y a ellos sin aliento y con una sonrisa de oreja a oreja. Eran unos frikis del rocanrol.

MacDonald y Caleb les miraban atentamente. También Gavin, a quien se le había caído la mandíbula al suelo. Lloyd, sin embargo, ya no les prestaba atención. Tenía el teléfono en la oreja y

asentía a lo que fuera que le estaban diciendo.

Wesley y Suzy siguieron un rato más en la pista, intentando nuevos pasos y nuevas combinaciones, pero cuando Wes vio que Lloyd se acercaba a ellos, dejó de bailar. Suzy aprovechó y fue hacia la barra.

—Aunque veros bailar es estupendo, tengo que irme.

A Wesley se le revolvió el estómago de pura decepción.

—¿Se está haciendo demasiado tarde para ti, viejito? —le preguntó.

Lloyd sonrió.

—No. Mi madre no se encuentra bien. Le llevaré algún analgésico de camino a casa y pasaré la noche con ella.

—¿Quieres que vaya contigo?

—¿Y que tú también te pongas enfermo?

Alguien que pasaba por detrás empujó a Lloyd contra él y Wesley le agarró de los bíceps para estabilizarle. Le dio un apretón, encantado de tocar todo ese músculo.

—Ya te lo dije: ponerse malo merece la pena siempre y cuando tú seas el enfermero.

—Suzy y tú os estáis divirtiendo, quédate y baila con ella. Celebrad el año nuevo como es debido.

Wesley se acercó más a él y le dio un beso en la mejilla.

—Es una pena que no podamos repetir el beso con cuenta atrás del *casting*.

Cuando se apartó de él, le pareció que los ojos de Lloyd se oscurecían, llenos de lujuria. Pero Wesley sabía que eso no era posible. Lloyd le había dejado muy claro que no era su tipo y que no quería nada físico con él.

Sería por la cerveza.

Lloyd se fijó en algo sobre el hombro de Wesley y apretó la mandíbula.

—¿Es que no puede dejar de vigilarme ni un segundo?

Wesley miró hacia atrás y vio a Gavin acercándose a ellos con la vista fija en Lloyd. Soltando una risa llena de frustración, empujó a su supervisor hacia la salida y le dijo:

—Vete, yo le entretendré. No quiero que acabes el año de mal humor.



—CLARO. SI TE VIENE MEJOR POR LA MAÑANA, QUEDAMOS AHORA SIN PROBLEMA —DIJO LLOYD con una sonrisa y colgó el teléfono.

—¿Quién es esa personita afortunada con la que has quedado? —le preguntó Wesley desde la puerta.

—¿Siempre escuchas mis conversaciones a escondidas?

—No, el diez por ciento de las veces se lo pido a Suzy.

Lloyd se metió el móvil en el bolsillo y cogió la cartera.

—¿Vas a estar por aquí a las once?

—Sí. Entro a trabajar a las doce. ¿Con quién hablabas? ¿Con Jamie?

—Humm... Sí —murmuró Lloyd mientras agarraba a Wesley y le daba media vuelta para que saliera de su habitación.

—¿Qué haces? ¿Me estás echando de tu cuarto? Estás hiriendo mis sentimientos.

Lloyd garabateó una nota en la pizarra que tenía colgada en la puerta.

—Tengo que hacerlo. Si vuelvo y te encuentro otra vez tumbado en mi cama no respondo de mis actos. Estamos confiando mucho en mi fuerza de voluntad.

—¿Un capricornio perdiendo la paciencia? —Wesley sintió un temblor recorrerle el cuerpo de pies a cabeza—. ¿Cómo será eso?

—Puede que llegue tarde. ¿Crees que podrás encargarte de los residentes hasta que vuelva?

—¿Me lo estás diciendo en serio? —La cara pícara de Wesley lo decía todo.

—Olvídalo. Me daré toda la prisa que pueda y llegaré a tiempo —dijo Lloyd, caminando a toda prisa hacia la escalera.

Wesley gritó tras él:

—¡No hagas planes para esta noche!

Cuando la puerta se cerró tras Lloyd, Wesley pilló por banda a MacDonald y a Caleb y se los llevó a la sala común para planear los últimos detalles de la noche.



A LAS SIETE EN PUNTO, CUANDO CALEB LE MANDÓ UN MENSAJE DICIÉNDOLE QUE ESTABA TODO listo, Wesley se acercó a la habitación de Lloyd.

—Aquí estás —le dijo ante su puerta abierta, jugueteando con la cremallera de su impermeable.

Lloyd tecleó un par de veces más y se giró en su silla para mirarle. Cuando se dio cuenta de que iba en piernas y de que las tenía totalmente depiladas se quedó un rato con la mirada fija en ellas.

Por Dios, qué alivio era ver que Lloyd tenía debilidades como el resto de los mortales. Y lo que mostraba su cara en esos momentos era indecisión: parecía no saber en qué emoción centrarse. Al final, tragó saliva, y se decantó por la incredulidad.

—¿Te has depilado las piernas enteras?

Wesley le guiñó el ojo y, alzando los brazos, dio unos golpecitos con los dedos en la parte superior del marco de la puerta.

Lloyd volvió a hablar.

—Es la primera vez que te veo así —dijo, aclarándose la garganta y tragando saliva otra vez—. O sea, lo de las piernas afeitadas y suaves es nuevo... que te queda bien, pero es algo nuevo.

Wesley le sonrió de forma malvada y le dijo:

—Te va a explotar el cerebro.

—¿Qué?

Lloyd se sacudió la confusión de encima con un movimiento de cabeza y levantó la vista hasta el rostro de Wesley. Al final, dijo:

—Sí, eh... tengo el cerebro nadando en números. Dime, ¿a qué has venido? ¿A poner los pies en mi almohada o a lucir muslos?

—Aunque lo de lucirme me encanta, he venido a recogerte. Salgamos, hace muy bueno.

—Ah, ¿sí? —Lloyd miró hacia la ventana, hacia la oscura y heladora noche.

—Esto... sí... es una noche... evocadora. Y además, no deberías estar pegado al portátil en tu noche libre.

—No estoy de guardia, pero tengo otras cosas que hacer aparte de ser supervisor. Dame un rato.

—No, no te permito que trabajes ni un minuto más.

Lloyd le sonrió, divertido, y se giró de nuevo hacia el portátil, tecleando de nuevo.

—¿Crees que puedes decirme qué hacer?

—No, creo que puedo decirte qué no hacer.

—Wesley, necesito interpretar estos datos, entretente durante un ratito.

—Vale —contestó, entrecerrando los ojos.

—Bien.

Wesley se cruzó de brazos y resopló.

—Hace una noche fresquita y estupenda. Si yo estuviera inmerso en mis libros de derecho, me encantaría que me sacaras fuera a disfrutar del aire libre.

Lloyd soltó una carcajada.

—Si alguna vez te veo inmerso en tus libros de derecho, te prometo que te sacaré donde quieras.

Wesley resopló.

—Vale, pues me voy solo.

Lloyd se levantó.

—Los números en los que estoy trabajando son para ti. Es algo que creo que te parecerá interesante. —Cogió su abrigo del perchero y se lo puso—. No es que no me gusten... —volvió a mirar por la ventana— los paseos románticos a la luz de la luna.

Cuando se dirigían hacia la escalera, Wesley le guiñó un ojo y le dijo:

—Venga, ahora ya puedes hablarme de esos números tan interesantes.

Lloyd suspiró.

—Vas a desconectar en cuanto empiece a hablar, ¿verdad?

—De forma inmediata.



YA FUERA, EN LA NOCHE GÉLIDA Y GRIS, LLOYD NO PARABA DE MIRARLE LAS PIERNAS.

—¿No tienes frío?

Estaba helado, pero llegarían en un minuto.

—No, estoy bien.

—Pues tienes carne de gallina en los muslos. ¿Qué llevas debajo del chubasquero?

Wesley contuvo la sonrisa y dirigió sus pasos hacia Me Gusta Robusta. Las luces estaban apagadas, tal y como habían quedado, y estaba tan nervioso que casi se le caen las llaves al llegar a la puerta.

—¿Podemos entrar un momento? Me da la sensación de que se me ha olvidado cambiar el filtro a la cafetera.

—Eres peor que Randy.

—Lo soy —contestó Wesley, metiendo la llave en la cerradura y empujando a Lloyd dentro.

Nada más entrar, las luces se encendieron y un coro de voces gritó «¡sorpresa!» al unísono.

Wesley se rio al ver la cara de pasmo de Lloyd cuando su fiesta sorpresa cobró vida frente a él. Caleb, MacDonald y Suzy se habían pasado toda la tarde decorando la cafetería como si fuera la de *Grease*, con manteles a cuadros y una barbaridad de discos de vinilo colgando por todas partes.

MacDonald estaba sentada en un taburete con unos pantalones negros ajustados y una peluca rubia cardada como el pelo de Sandy. Caleb estaba a su lado, con los codos en la barra, el pelo peinado hacia atrás y una cazadora de cuero de los *T-bird*.

Suzy estaba tras la barra. Llevaba una cazadora rosa y estaba intentando desengancharse de la peluca uno de los muchos confetis que Wesley había colgado del techo.

Theo y Jamie iban vestidos de atletas y llevaban unos pantaloncitos blancos muy cortos. Theo

le sonreía como si supiera algún secreto que Wesley desconocía.

Todos los invitados, menos uno, habían llegado.

Lloyd atrajo a Wesley contra su cuerpo y le dio un abrazo enorme. Irradiaba tanto calor y la corriente eléctrica que le recorrió fue tan enorme, que a Wesley le entraron hasta ganas de cantar. Entonces, Lloyd, le dijo al oído:

—Inesperado y maravilloso.

—Justo la reacción que buscábamos.

La respiración de Lloyd le hizo cosquillas en la oreja.

—Pero te dije que mi cumpleaños era el día ocho, ¿verdad?

Wesley se echó hacia atrás, sonriendo.

—Pero entonces la fiesta hubiera perdido el factor sorpresa. —Tras decirlo, se quitó el impermeable y llamó a su hermano—. ¡Bombón! Pásame los zapatos y el pintalabios.

Wesley colgó el chubasquero detrás de la puerta, revelando el disfraz que llevaba debajo: una camisa de manga corta, una falda negra que le llegaba a la mitad del muslo y un cinturón ciñéndole la cintura.

Lloyd tragó con dificultad y murmuró algo ininteligible.

Wesley sonrió a la vez que se ponía unos zapatos rojos de tacón. Usó el reflejo de la puerta para pintarse los labios y completar así el atuendo de Rizzo. Se giró hacia Lloyd y le dijo:

—¿Qué? ¿Era esto lo que te ponía?

—Madre del amor hermoso.

—Me lo voy a tomar como un sí. —Wesley le quitó las gafas de sol a Caleb según pasaba por delante de él en su camino hacia la barra y se las puso—. ¿Y ahora? ¿Qué te parece?

—Que estás loco.

—¡Uy, pero si se me olvidaba! Tengo tu disfraz bajo la falda.

—Lo dicho, como una cabra.

Wesley metió una mano en el bolsillo oculto que tenía en la parte trasera de la falda y sacó una etiqueta.

—Mi impermeable no tiene bolsillos, no tenía otro sitio donde meterla.

Lloyd miró alrededor de Me Gusta Robusta con sorna.

—¿En serio? ¿No había sitio en toda la cafetería?

Wesley le sacó la lengua y despegó la pegatina, pegándole la etiqueta en la frente.

—Ahí la tienes, bien calentita —le dijo mientras lo agarraba y se lo llevaba con él tras la barra. Lloyd miró su reflejo en la superficie brillante de la cafetera y sonrió.

—¿Soy la señorita McGee?

—Querías ser director de mayor y no querías disfrazarte: ¡todo en uno! —Wesley se agachó y sacó el regalo que había guardado antes debajo de la barra. Cuando vio cómo le brillaban los ojos a Lloyd, se quedó perdido mirándole durante unos segundos, luego se aclaró la garganta y le entregó el paquete—. ¡Feliz casicumpleaños, Lloyd!

Él lo cogió y le contestó con dulzura:

—Nunca me habían organizado una fiesta sorpresa. —Tragó saliva con dificultad, sus ojos brillaban, llenos de ternura—. Gracias. Me encanta.

Wesley creyó que las mariposas que revoloteaban en su estómago saldrían disparadas de un momento a otro y era una sensación tan abrumadora que no sabía qué decir. Estaba muy cerca de Lloyd y, a la vez, no lo suficiente.

Lloyd seguía con el regalo en las manos, pegado al pecho, y ahora era Wesley quien tenía dificultades para tragar con normalidad. Al final, logró decir:

—Venga, ábrelo.

Lloyd empezó a desenvolver el regalo.

—Es para la pared de tu cama —dijo Wesley—. O para la de tu escritorio, si alguna vez quitas esos pósteres de «cómo persuadir a tu audiencia».

La mirada oscura y divertida de Lloyd disparó el pulso de Wesley y una ola de lujuria le recorrió de pies a cabeza.

Lloyd quitó el papel de regalo azul y reveló un marco con una foto suya vestido de Rizzo. Al mirarlo, soltó una enorme carcajada y la polla de Wesley saltó a la vida ante el sonido. Tuvo que darse la vuelta y empezar a preparar una ronda de cafés para distraerse.

Pero la mirada de Lloyd le siguió, atenta, y no le dejó ni un segundo.

—Es un *look* curioso.

—Pues aprovecha y mírame todo lo que puedas, porque es la única vez que me vas a ver llevando tacones. No puedo comprender cómo alguien puede bailar con esto en los pies.

Lloyd le miró las piernas de arriba abajo.

—¿Y qué me dices de la falda?

Entonces llegó Caleb subiéndose el cuello de su cazadora de cuero, y dijo:

—No quiero interrumpir ni nada, pero algunos de nosotros necesitamos un café bombón con urgencia.

Wesley dejó de moler café y le fulminó con la mirada.

Caleb retrocedió unos pasos.

—Guau... qué miedo de mirada, la señorita está lista para embestir. —Caleb señaló con un dedo a Lloyd—. A él, embístele a él.

Wesley le hizo la peineta a su hermano, pero con una sonrisa en los labios.

En esos momentos, Suzy, que estaba subida a la barra, se tropezó y empezó a caer, pero Lloyd frenó su caída cogiéndola en brazos en un movimiento que pareció salido de una película romántica antigua. Con una mano en su peluca de Frenchy, para evitar que se le cayera, Suzy murmuró algo sobre lo mucho que habían mejorado los reflejos de Lloyd. O eso le pareció entender a Wesley.

Una vez preparados los cafés —en vaso de batido, por supuesto, que esto era una fiesta—, Wesley le pidió a Suzy que le ayudara a servirlos y llamó a los invitados a su alrededor. Bueno, aún faltaba alguien por venir, pero quizá se lo había pensado mejor y había decidido no hacerlo.

—¡Venga, que empiece esa partida de póquer!

Ante eso, Lloyd dijo con cautela:

—Sabes que la universidad no permite que se juegue dentro del campus, ¿no?

—No lo permite si se apuesta dinero. —Wesley enganchó su brazo al de Lloyd y lo condujo fuera de la barra. Cada paso dado con esos tacones asesinos le machacaba un poquito más los pies—. Me he leído las normas.

Lloyd casi se tropieza.

—¿Tú? ¿*Tú* te has leído las normas?

—Bueno, no. Le pregunté a Gavin cómo iba la cosa.

Lloyd frunció el ceño.

—¿A Gavin?

Wesley le dio un apretón en el brazo.

—No podía preguntarte a ti, hubiera arruinado la sorpresa.

Eso fue recibido con un gruñido, pero parecía un gruñido de asentimiento.

—Con respecto a Gavin...

Lloyd se tensó de forma inmediata y Wesley tuvo que hacer uso de su mejor sonrisa. Pero justo en esos momentos la puerta se abrió y Lloyd siguió su mirada hasta el recién llegado, contrayendo su gesto en una mueca de horror.

—¿Gavin? ¿Has invitado a Gavin?

Wesley tiró de él hacia la mesa.

—Es una parte importante de tu vida. Es como ese hermano molesto que nunca tuviste.

Caleb, que había oído la última parte de la conversación, abrió mucho la boca en fingida indignación.

—¿Y tú que sabrás de hermanos molestos? —preguntó, simulando estar escandalizado.

Mientras Lloyd saludaba a sus invitados, Wesley se acercó a Gavin, que llevaba un humeante cigarro falso en la mano.

—No sé si he hecho bien en venir.

Wesley le hizo un gesto para que se sentara en la mesa.

—Tú intenta ser agradable. Lo pasaremos bien.

Suzy agarró a Gavin por el brazo y lo sentó a su lado. Wesley se sentó frente a ellos, al lado de Lloyd.

—Venga, pues juguemos al póquer —dijo Lloyd cuando MacDonald puso una baraja de cartas sobre la mesa—. ¿Y qué nos jugamos si no es dinero?

Caleb volcó una bolsa de piruletas sobre el tapete.

—Chuches.

Lloyd miró las piruletas sobre la mesa y luego dirigió una mirada especulativa hacia Wesley, que negó con la cabeza sin poder ocultar su decepción.

—No hay armarios lo suficientemente grandes.



CALEB ACABABA DE TERMINAR DE REPARTIR CUANDO GAVIN PUSO EL MÓVIL SOBRE LA MESA Y LE dedicó a Lloyd una mirada disgustada.

—Lloyd, esto no puede ser.

Lloyd echó un vistazo a sus cartas y, arrastrando las palabras, dijo:

—Estamos apostando piruletas no alucinógenas, así que todo en orden.

—No, no hablo del póquer. Hablo de que no contestaste al *mail* en el que te pedía que solicitaras las licencias para poner las canciones de la lista esa que me mandaste. Y la fiesta es la semana que viene.

—¿Me estás diciendo que este cabreo es porque no te he contestado a un *mail*?

Gavin empezó a gesticular con el cigarro, haciendo que una neblina de humo bailara sobre ellos.

—Hay muchísimas cosas de las que ocuparse. Tantas, que hasta a mí se me escapan. Por eso he buscado tu nombre en mi buzón de entrada y he comprobado que nunca llegaste a contestarme.

Lloyd apartó el humo con una mano.

—¿Por qué buscabas mi nombre en tu correo justo ahora? —preguntó a Gavin.

—Pues porque sabía que se te olvidaría algo y como ahora estamos aquí juntos, me pareció una buena idea comprobarlo.

—Sí que tiene las licencias —intervino Wesley, que les había estado observando atentamente.

Lloyd volvió a apartar el humo de su cara y lo hizo con el dorso de la mano, como si estuviera dando una bofetada en la cara a Gavin.

—Anda que no hay formas de felicitar me por mi casicumpleaños... Ya se te podía haber ocurrido alguna mejor, ¿no?

Gavin asintió.

—Feliz casicumpleaños, Lloyd.

—¿Ha sido tan difícil?

Gavin dio una calada a su cigarrillo falso.

—No tanto como responder un *mail*, según parece.

—Gavin —dijo Lloyd entre dientes.

Ahora toda la mesa les miraba. Quizá Wesley no debería de haber invitado a Gavin. Se disculpó con Lloyd dándole un pequeño apretón en la rodilla.

—Solo digo —continuó Gavin—, que esto explica por qué los residentes de tu planta son algo así como... los espíritus libres de Williamson.

—Mis residentes siempre siguen las reglas.

—Sí —contestó Gavin mirando a Wesley de reojo y luego de nuevo a Lloyd—. Pero ¿y tú? ¿Las sigues tú?

Wesley suspiró de forma audible y cogió una piruleta.

—A mí me gustaría haber roto unas cuantas reglas esta noche —dijo Wesley mientras le quitaba el papel a la piruleta, se estiraba sobre la mesa y se la metía a Gavin en la boca. Le dio un par de palmaditas sobre la cabeza antes de decirle—: Es de fresa, ¿te acuerdas de lo que te pasó *a ti* con aquel residente al que le diste fresas? Pues hala, chupa y calla.

Después de eso, jugaron unas cuantas partidas de póquer sin mayores incidentes. Wesley siempre era el primero en perder mientras Theo y MacDonald se batían por el primer puesto.

Lloyd pareció aliviado cuando Wesley perdió todas sus piruletas, hasta que Suzy le dio las suyas para que jugara una última mano.

Caleb seguía dentro y echó unas cuantas piruletas más sobre el montón. Jamie se retiró y, tras otra ronda de apuestas, a Wesley le sorprendió seguir al pie del cañón como un profesional. No paraba de mover la pierna, nervioso, esperando a que le dieran la vuelta a la carta. ¡No tenía ni idea de que el póquer podía ser tan emocionante!

Lloyd le miró y negó con la cabeza.

—Nunca en tu vida juegues con dinero, por favor.

Theo lanzó una de sus piruletas sin perder de vista a MacDonald, que tampoco le quitaba ojo a él.

Jamie le acariciaba la espalda a su novio mientras hablaba con Lloyd:

—Estoy deseando saber más de esos números en los que has estado trabajando.

Lloyd miró de reojo a Wesley, lo que, por supuesto, hizo que este empezara a prestar atención a la conversación.

—El estudio aún es muy pequeño para tener alguna relevancia, pero, en principio, parece que sí hay parejas que funcionan mejor que otras.

—¿Parejas? —preguntó Wesley mirando a uno y otro, profesor y alumno.

Lloyd se echó para atrás en su silla.

—Compatibilidad de los signos del zodiaco. He estado haciendo un análisis estadístico de unos cuantos matrimonios, teniendo en cuenta la fecha de nacimiento de cada uno.

Wesley dejó escapar una carcajada y le dio una palmada en el muslo a Lloyd.

—¡Deberías habérmelo contado!

—Lo he intentado antes.

—No, dijiste algo sobre interpretar datos y, para mí, eso es como para ti escucharme masticar

hielo. El horror. —Wesley pegó más su silla a la de Lloyd—. Venga, cuenta, dame el resultado estadístico entre géminis y capricornio. —Al ver la cara de Lloyd, Wesley gimió—. Espantoso, ¿no?

—Si quieres reducir la complejidad del estudio a la conclusión más básica: sí.

—¿Y por qué creías que querría oír algo así?

—Dije que lo encontrarías interesante, no que te gustaría lo que te dijera.

A Wesley le dio un bajón y hasta se le revolvió el estómago.

Lloyd lanzó una piruleta al montón y Caleb dio la vuelta a la carta.

—Pero no somos la peor pareja del zodiaco.

Ah, bueno, pues estupendo, ya se sentía mucho mejor. Soltó una risa carente de todo humor.

—Te lo dije, te dije que lo nuestro no iba a funcionar.

—¿Y qué pasa con piscis y virgo? —preguntó Caleb a Lloyd con una mirada hacia MacDonald que fue de todo menos sutil.

Lloyd se había informado a conciencia y tuvo a la mesa entretenida durante un rato mientras Wesley fulminaba las cartas con la mirada.

Después de un rato, el tema de conversación cambió y Gavin le preguntó a Theo y a Jamie si vendrían a la fiesta de los años cincuenta.

—Pues estaría bien volver a ponerse estos disfraces, pero...

Entonces Theo, en tono superemocionado, continuó por él:

—Pero no podemos, tenemos cita con un abogado.

—Guau —dijo Wesley—. Primera vez que oigo a alguien tan feliz ante la perspectiva de ver a un abogado.

Theo sonrió aún más.

—Es que está especializado en adopciones.

La cara de devoción con la que miró entonces a Jamie hizo que este le agarrara por la nuca y le diera el más dulce de los besos.

—Te quiero —le dijo a Theo.

Todo el mundo empezó a preguntarles sobre ello y a desearles lo mejor.

Wesley se dio cuenta de que él le estaba acariciando el brazo a Lloyd por debajo de la mesa. Se apartó rápido, con un rubor totalmente desconocido para él subiéndole por el cuello.

Lloyd se acercó más, su respiración haciéndole cosquillas en la mandíbula y Wesley solo esperaba que lo difícil que le estaba resultando tragar saliva no fuera audible para toda la mesa.

—Te toca.

Wesley comprobó sus cartas, frunciendo los labios.

—¿Puedo...?

Cogió una de la cartas de Lloyd, una reina; antes se las había mirado a escondidas y sabía lo que tenía, pero ante unas cuantas cejas arqueadas y otras muchas miradas de «ya te vale», soltó sus cartas y dijo:

—Vale, estoy fuera.



**Estás que ardes.**

## Capítulo Diecisiete

---

**A**l día siguiente, mientras Lloyd buceaba entre sus números, Wesley se dedicó a buscar información en internet sobre los signos del zodiaco. Sobre capricornio, para ser más precisos.

Estaba inquieto, molesto.

Con un resoplido de frustración echó la silla hacia atrás, apartándola del escritorio y, pasándose una mano por el pelo, fulminó a Elvis con la mirada.

No era justo que cada vez que mirara el póster de su amor platónico se acordara de Lloyd y de que ambos compartían cumpleaños.

Tampoco era justo que Lloyd hubiera echado raíces en sus fantasías más guarras... si él supiera la de veces que Wesley había estado a punto de sugerir (otra vez) que fueran amigos que follan... Que si todo era porque Lloyd no se sentía atraído por él, pues se cubría la cara y tan ricamente.

—Me estoy engañando a mí mismo —murmuró—. No es mi cara lo que le echa para atrás. Es nuestra amistad. Tiene miedo de perderla.

Elvis seguía ahí, mirándole con su gesto sexi desde la pared.

—Pues sí que eres tú de mucha ayuda...

Le mandó un mensaje a Caleb preguntándole a qué hora volvería del ensayo. No hubo respuesta.

Se dirigió como alma en pena hacia el cuarto de Lloyd y mientras caminaba por el pasillo esquivó una pelota de fútbol que dos residentes se pasaban el uno al otro.

La puerta de Lloyd estaba abierta y él estaba de pie, metiendo sus cosas en la cartera. Así que Wesley se sentó en la silla de su escritorio y su humor remontó de repente.

Lloyd le dedicó una cálida sonrisa mientras se dirigía al armario.

—¿Quieres hacer algo conmigo? —preguntó Wesley justo cuando Lloyd se quitaba la camiseta—. Humm... Cualquiera cosa... Lo que quieras.

—He quedado con alguien —contestó, poniéndose una camiseta limpia—. Pero podemos ver algo en Netflix cuando vuelva, si te apetece.

Wesley se quedó muy quieto y miró alrededor de la habitación, buscando un reloj.

—¿Has quedado? ¿A las cinco de la tarde?

—Sí —contestó Lloyd, sentándose en la cama para ponerse los zapatos.

Wesley se cruzó de brazos.

—¿Con quién has quedado?

—Elige la peli que quieras, pero que no dure más de tres horas, que nos conocemos y mañana tengo cosas que hacer —dijo Lloyd con una sonrisa.

Estaba dándole largas y Wesley se estaba poniendo nervioso.

Había quedado con alguien.

Lo que no debería ser tan impactante, ya que Lloyd llevaba una época usando mucho eso de «me voy, que he quedado». Desde Acción de Gracias, para ser exactos. Wesley se había intentado autoconvencer de que con quien quedaba era con Jamie, pero ahora ya lo dudaba. Quizá Lloyd se estaba viendo con alguien. Con algún chico.

¿Y si estaban saliendo?

¿Y si salía con alguien y Lloyd no se lo había contado porque Wesley siempre criticaba a sus novios?

Aunque nadie podía negarle que los novios en cuestión eran muy criticables. Ninguno era digno de Lloyd. El que no le ponía los cuernos, admitía abiertamente que lo único que quería era sexo sin complicaciones.

Pero, aun así, Lloyd nunca había ocultado a ninguno de sus novios. Siempre había escuchado con paciencia las razones que le daba Wesley de por qué el novio de turno no le iba a durar. De hecho, con los dos últimos chicos, Lloyd le había hasta rebatido sus argumentos y habían hablado de ello.

Así que las alarmas de Wesley estaban ahora echando humo. Algo pasaba.

¿Podría ser que a Lloyd le gustara mucho este chico misterioso y no quisiera que Wesley lo echara a perder?

Y había que reconocer que tenía todas las papeletas para hacerlo, porque últimamente había desarrollado una molesta (y nada práctica) posesividad hacia Lloyd.

Pero, a ver... Si de verdad le gustaba ese chico y al chico le gustaba Lloyd de verdad, Wesley no lo criticaría.

Era su mejor amigo. Quería verle feliz.

—¿Estas reuniones ultrasecretas te hacen feliz? —le soltó a bocajarro cuando consiguió deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

Lloyd se metió la cartera y las llaves en el bolsillo y asintió.

—Muchas cosas me hacen feliz. La estadística, las fiestas sorpresa...

—¿Tu fiesta sorpresa va después de la estadística? ¿En serio?

Lloyd puso los ojos en blanco.

—No las enumeraba según su orden de importancia.

—Vale. ¿Y qué más te hace feliz?

Lloyd se sentó de nuevo en la cama y le miró.

—Pues la verdad es que hay algo que me haría tremendamente feliz...

Wesley se echó hacia delante, poniendo los codos sobre las rodillas, imitando la postura de Lloyd.

—Dime.

Lloyd le miró a los ojos y tragó saliva.

—Me encantaría que el chico maravilloso con el que estoy saliendo me dejara referirme a él como «mi novio».

A tomar por culo todo. Así que era verdad... Había un chico misterioso y encima era importante.

Todas sus buenas intenciones de ser un buen amigo y aceptar al nuevo novio le abandonaron a toda mecha.

—¿Y no crees que es muy pronto? Cuánto tiempo ha pasado..., ¿mes y medio o algo así? —dijo Wesley, echándose hacia atrás y apoyándose contra el respaldo de la silla.

Todo a su alrededor pareció detenerse. La cálida sonrisa en los labios de Lloyd se evaporó y la expresión de su rostro se ensombreció, imposible de leer.

—Pero nos conocemos desde hace mucho tiempo. En cierto modo, es como si hubiéramos sido novios desde siempre, desde el primer día.

Wesley tragó con dificultad y tironeó de la pulsera de cuero con una fuerza tremenda.

—Vaya, parece que has encontrado al chico perfecto.

—Es más que perfecto. ¿De verdad crees que es demasiado pronto para decir que somos novios?

—Quizá antes de dar ese paso, habría que tratar el tema del secretismo, ¿no?

Lloyd suspiró.

—Tienes razón. La situación no es la mejor. —Lloyd se levantó y se palmeó los bolsillos para comprobar que llevaba todo—. Me imagino que tendré que posponerlo un poco más.

Wesley sintió una mezcla de culpa y alivio.

Era una persona horrible. Mierda.

—Espera —le dijo a Lloyd antes de que saliera por la puerta. Este se paró, pero no se dio la vuelta. A Wesley le costó la vida pronunciar las siguientes palabras—: Estaba equivocado. Sea quien sea este chico, debería sentirse afortunado de que quieras llamarle «novio».

Lloyd se dio la vuelta de forma abrupta.

¿Quizá a Wesley se le había notado mucho el tonito molesto? Intentó pensar en algo que decir para disculparse, pero no le salía nada. Según parecía, los celos le convertían en un cabronazo.

Lloyd se quedó mirándole y dijo algo entre dientes. Se pasó la mano por el pelo.

—Madre del amor hermoso, Wesley. Cómo te lo explico. —Tras decirlo, resopló y cerró los ojos durante unos segundos—. Me voy, vuelvo en un rato.

Wesley hizo un puchero y salió de la habitación de Lloyd.

—Vale.

La carcajada hueca de Lloyd resonó por todo el pasillo.

—No traigas nada de Me Gusta Robusta, compraré algo de cena para que nos lo comamos viendo la película.

—Algo que tenga carne —fue la respuesta de Wesley.



WESLEY SE PASÓ LAS HORAS SIGUIENTES MIRANDO MAL A TODO EL MUNDO. A SUZY. A RANDY. A ELVIS.

—Joder —dijo Caleb, entrando en su cuarto—. ¿Se puede saber qué te ha hecho el Rey?

Wesley se giró en su silla.

—Pues tú tampoco estás libre de culpa, que lo sepas.

—Tío —dijo Caleb dejando su flauta sobre la cómoda—. ¿Qué te tiene tan jodido?

—No estoy jodiendo.

—Vaya deslíz... Como te oiga Freud.

Wesley tiró de su pulsera unas cuantas veces.

—Soy un mejor amigo pésimo.

Caleb se tumbó en la cama.

—Cuéntame.

Wesley abrió la boca para empezar a desahogarse, pero Caleb le hizo callar, olfateando el aire.

—¿Has vuelto a hacer otra vez esas galletas? ¿Las que llevan vainilla?

Pues sí. Eso es lo había estado haciendo toda la tarde mientras fulminaba con la mirada a cada residente que entraba en la cocina.

Sacó la caja de galletas del cajón de su escritorio. Galletas que había hecho para Lloyd. Lloyd que estaría ahora con... con su novio. Se le secó la garganta.

—Toma, cométe las todas.

—¡Gracias! —Caleb dio un mordisco a una con cara de felicidad—. Continúa.

—Me he comportado como un idiota.

—Yo también suelo comportarme como un idiota —dijo Caleb con la boca llena—. Se me dan fatal las relaciones sociales. No sé cuándo largarme de un sitio o cuándo callarme... Sí, sé de lo que me hablas.

Wesley miraba al techo ahora.

—Quizá si tuviera principios. Algún principio, al menos. O si nunca escuchara conversaciones a escondidas. Si condujera bien...

—Entonces no serías tú. —Caleb se movió y puso los pies sobre los muslos de Wesley, llamando su atención—. Y me gustas tal y como eres.

—Tú eres mi hermano, como no te guste a ti...

—No. La cosa no funciona así y eso es algo que he aprendido de ti y de mamá.

—¿A qué te refieres?

Caleb suspiró.

—Que seamos familia no quiere decir que tengamos que gustarnos o caernos bien. Respetarse, tolerarse... eso sí, eso te lo concedo, pero, por lo demás, podríamos no dar una mierda el uno por el otro. Pero a mí sí me importas. Mucho. —Caleb parpadeó, rápido—. Si no fueras mi hermano, querría que lo fueras.

A Wesley casi se le escapa un sollozo, pero consiguió contenerlo. Lo que no pudo contener fue la lágrima solitaria que logró escaparse de sus ojos y cayó sobre la bota de Caleb. Wesley le pasó una mano por el cuero de la bota, secándola, y le dio un apretón en el tobillo, riéndose.

—Y qué pasa contigo, ¿eh? ¿Por qué esa fijación con que vuelva a casa?

—Pues mira, voy a reconocerte que he sido muy egoísta en cuanto a eso. Mamá y tú deberíais arreglarlo sin que yo esté ahí presionando. O no arreglarlo. Tú decides.

—Me estás acojonando.

—¿Por qué?

—Porque sueñas tan maduro... y creo que es la primera vez que te veo actuar así.

Caleb sonrió.

—¿A que me pega? Venga, reconócelo. Estoy incluso hasta más guapo.

Ante eso, Wesley le bajó los pies de su regazo y los dejó caer en la cama de nuevo.

Estuvieron un rato forcejeando con la caja de galletas hasta que la cama se llenó de migas y ambos acabaron a carcajada limpia.

Wesley le dio un capirotazo en la nariz y le dijo:

—Si no fueras mi hermano, yo también querría que lo fueras.



CALEB LE LEVANTÓ EL ÁNIMO Y, GRACIAS A ESO, CUANDO LLOYD LLEGÓ, ESTABA DE MUCHO MEJOR humor.

O al menos estaba más preparado para no sacar a relucir su parte cabrona celosa.

Lloyd le miró raro cuando ambos se chocaron en el pasillo. Quizá fuera porque Wesley estaba

paseándose frente a su puerta, esperándole.

A Lloyd le asomaba la camisa por debajo del chaquetón que llevaba puesto y sus elegantes zapatos de piel brillaban tanto como el filo del cuchillo que en esos momentos se le clavaba a Wesley en el pecho. Era ropa de cita. Sin duda.

—Estás muy guapo —le dijo, intentando que pareciera que estaba tonteando con él y no muriéndose de celos.

Lloyd levantó la bolsa que llevaba en una mano (de un restaurante tailandés) y empezó a buscar la llave de su cuarto con la otra, acorralando a Wesley contra la pared en el proceso.

La espalda de Wesley chocó contra la puerta y tuvo que apoyar las manos en ella para evitar agarrar a Lloyd por las solapas y acercarlo aún más a él. De la bolsa emanaba un aroma delicioso.

—Cógela —le dijo Lloyd.

Wesley lo hizo.

—Cómo me apetece —murmuró sin dejar de mirarle—. La comida, digo.

Sonriendo y negando con la cabeza, Lloyd abrió la puerta con cuidado, para evitar que Wesley se cayera hacia atrás.

Hasta que Lloyd no le quitó la bolsa de las manos y se apartó de él, Wesley no pudo respirar con normalidad.

—¿Has decidido qué vamos a ver? —le preguntó desde su posición frente al escritorio.

—Humm, no.

Fíjate que ese hubiera sido un buen entretenimiento. Le hubiera distraído y hubiera sido mucho más útil que pasearse frente a su puerta como un acosador de pacotilla.

Lloyd sacó los recipientes de comida tailandesa y los puso sobre la mesa.

—Salteado de pollo con almendras para ti y tofu con verduras para mí.

Wesley le observó quitar la tapa a su tofú y abrió mucho la boca.

—No serás vegetariano, ¿no?

—Por favor, dime que no te acabas de dar cuenta.

—Pero... Pero... —Wesley miraba ahora con atención cada músculo del cuerpo de Lloyd—. Pero si estás supercachas. Y eso se consigue comiendo carne. Mucha carne. Creí que solo eras vegetariano cuando estabas en casa.

—También soy vegetariano aquí. Desde siempre.

—Jo, pues ahora me siento fatal por haberte tratado de cambiar por un perrito caliente.

—¿Ahora? ¿Ahora es cuando te sientes mal? ¿En serio?

—Estoy aprendiendo un montón de cosas sobre ti hoy: que tienes un novio secreto, que eres vegetariano... Ya solo me falta que me digas que llevas tiempo buscando al tío que dejó embarazada a tu madre hace veinticuatro años.

Lloyd masticó lo que estaba comiendo y cuando tragó, dijo:

—No tengo ninguna intención de encontrarle, pero ya que estamos hablando de padres, sí que me gustaría que me hablaras del tuyo.

Wesley soltó el trozo de pollo que acababa de coger.

—El gran juez Hidaka. Él es la razón por la que quería ser abogado. Mi padre era un tipo justo, bueno y amable. Ojalá hubiera podido contarle que soy gay antes de que le diera el ataque al corazón. —Sonrió con añoranza—. Me hubiera aceptado. Y habría intentado convencer a mi madre.

—Lo siento.

—No me voy a derrumbar, no te preocupes. Ya me derrumbé lo suficiente en mis últimos años en Sandalwood. Caleb se enterró en libros y empezó a tocar la flauta; mi madre se volcó en la

iglesia y en la religión; y yo me pasé todo el bachillerato siendo un puto desastre. Salí del armario, me negué a escuchar a todo el que me dijera qué hacer y me dejé follar por cualquiera que mostrara un mínimo interés en mí. No era tan maravilloso como me ves ahora —dijo con sorna, guiñando un ojo a Lloyd.

Pero Lloyd no se rio. Dejó su tofu en el escritorio y le puso un dedo bajo la barbilla hasta que Wesley le sostuvo la mirada. Una mirada llena de ternura y empatía.

—Tuvo que ser muy duro.

—Ahora intento centrarme solo en los buenos recuerdos.

Lloyd le acarició la mandíbula antes de retirar completamente el dedo y separarse de él.

—Pues si te apetece contarme alguno de esos recuerdos agradables, me encantaría escucharlos.

Wesley quería. Claro que quería. Le apetecía compartirlo todo con Lloyd.

—Fue mi padre quien me descubrió a Elvis y el rocanrol.

Lloyd le miraba con los ojos llenos de deleite. Y a Wesley le brillaban igual.

—Cuando yo tenía doce años, Caleb se puso enfermo y mi padre le organizó un maratón de películas en la cama. Vimos *Rock Around the Clock*, *El rock de la cárcel*, *Grease...* Le dije que yo quería bailar así, como ellos, y mi padre lo hizo realidad. Durante los cuatro años siguientes me llevó una vez por semana a clase de baile y a cada exhibición de la que tenía conocimiento. — Wesley tenía un nudo en la garganta—. Me dijo que podía hacer lo que me propusiera.

Lloyd se acercó arrastrando la silla y le ofreció una servilleta. Wesley se secó la lágrima traidora que se le había escapado.

—Estaría orgulloso de ti —dijo Lloyd, acariciándole la espalda con suavidad—. Eres la persona más auténtica que he conocido en mi vida. Eres tan... tú.

La carcajada de Wesley sonó un poco como un sollozo.

—Mira que estoy sensiblón hoy; casi mejor que veamos algo ligerito.

—¿*Grease*? ¿Te apetece?

—Buena opción. Pero te lanzo otra mejor: *El rock de la cárcel*.

—¿Y que te pases toda la peli babeando por Elvis? —dijo Lloyd, dándole un apretón en la nuca y volviendo a su cena—. Veto.

Decidieron ver *Rock Around the Clock*, medio tumbados en la cama con el portátil entre ellos. Wesley le miraba de reojo en sus partes favoritas, encantado al ver que Lloyd estaba muy metido en la película. Él no lo estaba tanto, porque no podía parar de preguntarse por el chico misterioso y si Lloyd lo consideraría ya su novio de forma oficial.

Cuando la peli acabó, Wesley se quedó por ahí toqueteando los recipientes de comida, haciendo tiempo y fingiendo que quería repetir.

Se sentó en la silla de Lloyd y empezó a picotear un poco de las sobras del pollo.

Pero no llegó a llevárselo a la boca. Desistió y soltó el tenedor de plástico.

—¿Qué tal tu cita?

Lloyd le miró raro otra vez. Quizá temiendo otro ataque de celos como el de antes.

Así que Wesley se lo preguntó otra vez, con un tono muchísimo más dulce.

Lloyd apretó los labios y pareció pensárselo.

—Me ha encantado. Y creo que a él también, pero...

—¿Pero qué? —preguntó Wesley en tono seco.

—Que me he dado cuenta de algo. Y tiene su gracia, pero también duele.

¿Tiene su gracia pero duele? La curiosidad ganaba a los celos por goleada, ahora tenía que saber.

—¿De qué se trata?

—Creo que él no se ha dado cuenta de que estamos saliendo.

—Venga, hombre, por Dios. ¿Me estás diciendo que tú crees que ya sois prácticamente novios y él piensa que solo sois amigos?

Lloyd se cruzó de brazos y suspiró.

—Eso parece.

Wesley trató de no sonreír, pero no lo consiguió.

—Qué difícil es ser gay a veces, ¿eh? Algunos chicos no se enteran de nada.

—Algunos menos que otros.

Wesley tironeó de su pulsera.

—¿Se lo vas a decir?

—Esta noche, no. Esta noche quiero meditar sobre los últimos meses y reírme un rato. Quizá incluso llore. Mañana. Mañana se lo diré.

—Tengo una idea —sugirió Wesley—. Podrías tomártelo como una señal y no insistir más. Ni intentes tirártelo ni nada.

Los labios de Lloyd se elevaron en una sonrisa.

—Oh, no, eso no es opción. Tirármelo, me lo voy a tirar.

El cuchillo ese que Wesley había tenido antes clavado en el pecho, pues alguien lo acababa de retorcer, metiéndolo aún más profundo.

—Pues pásatelo bien. Y usa condón.

Lloyd se cernió sobre él, para recoger los recipientes de comida. Tenía los ojos fijos en los suyos y cuando habló la frustración en su voz resonó por toda la habitación.

—Por un lado, quisiera lanzarme sobre él y comérmelo entero, pero es que vive en esta residencia y no quiero perder mi trabajo. Pero ¿cuando llegue el momento? Olvídate de lo de «condón» en singular. Voy a echar mano al *alijo* de condones y no voy a parar.

Wesley tiró de su pulsera tan fuerte que se rompió.

—Joder —se quejó poniéndose en pie y apartando a Lloyd. No podía ni mirarle a la cara.

—Dámela. Quizá pueda arreglarla.

—No, no puedes. Está bien así. Así son las cosas. —Wesley seguía sin mirarle, tenía miedo de que su cara revelara demasiado. Así que salió por la puerta sin alzar la vista y, forzando un tono coqueto, dijo—: Espero que el chico te merezca.

Lloyd le fue a agarrar del hombro, pero Wesley se lo quitó de encima y se apresuró hacia su habitación, pero en la distancia pudo oírle decir:

—Lo que espero es merecerle yo a él.

Wesley cerró la puerta de su cuarto y se encontró con la mirada de Elvis, que le observaba desde la pared como si tuviera algo que decir.

—Lo que me faltaba ya.



**Tu azúcar me quita la amargura.**

## Capítulo Dieciocho

---

**E**n el trabajo, Wesley tuvo un serio enfrentamiento con la cafetera de filtro. El líquido, aún frío, se empezó a salir del embudo y, en un intento de devolverlo a su sitio, se le enganchó la mano en el asa. Tiró y tiró hasta que el café salió disparado hacia su cara, empapando también la camiseta blanca que llevaba puesta.

Jamás en la vida le había pasado algo así.

Él era el hombre que susurraba a las cafeteras. El encantador de cafés.

Quizá hoy era el día de todo al revés. Quizá en su clase de esta tarde se pusiera a citar artículos y leyes como un auténtico profesional.

Menos mal que, al menos, todo esto había ocurrido después de atender el pedido de Lloyd.

—Le he llevado el café a tu prometido —le dijo Suzy, alzando una ceja ante la imagen empapada de café que lucía Wesley—. Se ha sentado fuera, por si quieres tomarte un descanso de cinco minutos e ir a verle.

Frustrado pero ansioso, Wesley salió de la llenísima cafetería. Desde la puerta divisó la camisa verde azulada de Lloyd al otro lado del patio y se dirigió hacia él, escurriéndose la camiseta.

Entonces, vio que Lloyd no estaba solo y se detuvo.

Un chico muy atractivo se sentaba frente a él. Y sonreía; sonreía encantado y coqueto, inclinándose sobre la mesa y acercándose más a Lloyd.

Wesley miró su reflejo en el cristal de Me Gusta Robusta. Qué pinta. Dejando caer los hombros, abatido, dio media vuelta y...

Alguien le agarró por la muñeca, haciéndole girar.

Lloyd.

Estaba sentado bajo la sombra de un árbol. Con la misma camisa verde azulada.

—¿Wesley?

Lloyd le miró y luego dirigió la vista al otro lado del patio, hacia la mesa a donde se había dirigido Wesley segundos antes. Cuando le devolvió la mirada, sonreía.

—Hey, qué tal... Iba a... —eso fue todo lo que consiguió decir Wesley.

—¿A cagarte en la marca American Eagle por vestir a medio campus?

Wesley sonrió, tímido, y dijo:

—Estoy teniendo un día rarísimo.

Lloyd le pasó una servilleta.

—Tienes algo en la barbilla.

Qué vergüenza. Wesley se limpió y soltó una carcajada carente de todo humor. Cogió el café de

Lloyd y le dio un buen trago solo para poder esconderse detrás de algo.

—No te preocupes —le dijo a la vez que le hacía un gesto para que se sentara a su lado—. Estás guapísimo cubierto de Me Gusta Robusta.

Wesley se atragantó al oírle, escupiendo el café sobre la puta camisa de American Eagle que parecía estar de moda. Lo que daría porque el comentario hubiera tenido el tonito guarro que Wesley quería oír en él.

Lloyd parpadeó; luego, se levantó y se quitó la camisa.

—Creo que somos demasiados llevando esta camisa. Fuera.

Wesley se rio, tenso.

—¿Tienes tiempo para hablar? —preguntó Lloyd, haciéndole de nuevo un gesto para que tomara asiento.

—Pues depende, la verdad —soltó Wesley sin pensárselo dos veces—. ¿Es sobre tu novio? —Eso hizo que Lloyd soltara una carcajada—. No entiendo qué es lo que te parece tan gracioso.

—Que estés celoso. Tiene gracia y es superdulce.

Wesley notó cómo un rubor le subía por el cuello. ¿Era tan obvio lo que sentía?

—Ay, Wesley... Venga, siéntate, vamos a hablarlo. Vamos a hablar sobre nosotros. Sobre lo que está pasando entre nosotros.

Mierda. Lloyd sí que sabía que estaba celoso. Parecía tenerlo clarísimo.

Maldijo en arameo por no tener su pulsera en esos momentos.

Estaba muerto de vergüenza y lo único que quería era encontrar algún escondite donde poder ocultarse y no salir nunca más.

—Mira, ya sabes que me encanta hablar y eso, pero... —empezó a andar de espaldas hacia la puerta de la cafetería—. Tengo que volver al trabajo. Hay mucho jaleo y no puedo dejar sola a Suzy.

—Wesley —dijo Lloyd, sonando divertido y desesperado a la vez—. Necesito...

—Sea lo que sea lo que necesites, todos estos clientes me necesitan más.

—¡Wesley!

Wesley no paró de trabajar ni un segundo. Lloyd intentó hablar con él un par de veces más, pero en ambas ocasiones logró escaquearse y evitarlo. Al cabo de un rato, oyó cómo Lloyd le decía a MacDonald que tenía que irse porque había quedado y que a qué hora terminaría Wesley su turno.

Tras dos horas sirviendo cafés sin parar, estaba rendido. Se apoyó sobre la barra que MacDonald estaba limpiando y le dijo:

—¿Quieres hacer algo cuando cerremos?

—Creí que tenías planes. No sé, como seguir a Lloyd a todas partes como un cachorrillo abandonado.

Wesley suspiró de forma dramática.

—Pues mira, no. Estoy solo en la vida. Me entregaré al café y ya está.

—¿Este drama es porque Lloyd ha quedado con alguien?

Qué graciosa... Ahí, metiendo el dedo en la llaga.

—¿Cómo es posible que yo haya sido la última persona en enterarme de que Lloyd estaba saliendo con alguien?

—Porque no te enteras de nada. Estás cieguísimo.

—Que no es que me sorprenda que tenga vida más allá de mí... —Wesley se tapó la cara con un trapo y gimoteó—. Pero ¿por qué tiene que tener vida más allá de mí?

—Buf... Tu hermano y tú, los dos, sois idiotas perdidos —dijo MacDonald, lanzándole rayos

con la mirada. Abrió la boca para decir algo. Fuera lo que fuera, hubiera sido algo sarcástico, eso seguro, pero la cerró y, agarrándole por los hombros empezó a zarandearle—. Abre los ojos, Wesley, y deja de engañarte de una vez.

Alguien empezó a aplaudir y ambos se giraron para ver a Caleb, que acababa de llegar.

—Yo no podría haberlo expresado mejor, MacD. Bien dicho.

Así que ahora eran dos contra uno. Wesley se movió, incómodo, viendo cómo le miraban ambos.

—Vale, vale, tengo que echarle huevos y decirle lo que siento —dijo con un suspiro, derrumbándose contra la cafetera.



—¿Y CÓMO LE ECHO HUEVOS? —PREGUNTÓ WESLEY A ELVIS QUE PARECÍA NO TENER RESPUESTA AL respecto. Pues vaya ayuda...

Wesley se aclaró la garganta y siguió hablando con el Rey como si este fuera Lloyd:

—Eres capricornio; eres de fiar, sensato y vas a por lo que quieres; te gusta seguir las reglas y tenerlo todo bien estructurado. A mí me gusta bailar, cotillear, tontear y morder trocitos de hielo solo para sacarte de quicio. Y se acabó, ya no puedo seguir flirteando así contigo.

Wesley puso un tono de voz más grave, como si fuera Lloyd y preguntó:

—¿Por qué?

A lo que él mismo se contestó, volviendo a su voz normal:

—Porque esto ha dejado de ser un juego.

Wesley suspiró. Después se puso una camisa y los vaqueros más sexis que tenía.

Se pasó una mano por el pelo, abrió la puerta y... Ahí estaba Lloyd, con la mano levantada, dispuesto a llamar. Llevaba una camisa de rayas abierta sobre una camiseta negra y vaqueros oscuros; y, por supuesto, un cinturón, uno de esos con hebilla plateada. Estaba buenísimo, para comérselo, y esa mirada en sus ojos color avellana estaba poniendo a Wesley a cien.

—¿A dónde ibas? —preguntó Wesley, sorprendido.

Lloyd le miró de arriba abajo, fijándose en sus ajustadísimos pantalones.

—¿A dónde ibas *tú*?

Wesley le agarró por la camisa y tiró de él hasta meterlo en su cuarto, cerrando la puerta en cuanto lo tuvo dentro.

—Iba a buscarte.

Lloyd miró hacia abajo, hacia donde Wesley seguía teniéndole sujeto. Luego alzó la vista y le miró a los ojos.

—Ya, pues yo venía a por *mi novio*.

Tras decirlo, giró a Wesley y lo empotró contra la puerta. Sus cuerpos chocaron el uno contra el otro y Lloyd le comió la boca. Esa boca que parecía haberse quedado sin palabras. Sus labios se deslizaron sobre los de Wesley, acariciándolos, presionando, soltando... Lloyd estaba por todas partes. Una de sus manos le acariciaba desde la cintura hasta la cadera; la otra iba de la nuca al pelo, tirando con fuerza de él.

Wesley gimió y Lloyd le besó con más ganas, más profundo, con más urgencia. Y con una necesidad que Wesley no se hubiera imaginado ni en sus mejores sueños.

—No te enteras de nada. Eres impresionante, espectacular en todos los sentidos, pero despistado hasta decir basta.

Lloyd abrió más la boca contra los labios de Wesley, a quien latigazos de electricidad habían

empezado a recorrerle brazos, piernas e ingle. Pero junto a esa electricidad y ese calor también sentía alivio. Y entusiasmo.

Agarró a Lloyd con fuerza, pegándolo más a él, como exigiéndole una explicación. También quería pedirle que nunca dejara de besarle.

Wesley juntó sus caderas y notó la polla de Lloyd tan dura como la suya.

—Joder... Joder. —Wesley echó la cabeza hacia atrás, contra la puerta, y miró a Lloyd—. ¿Yo? ¿Yo soy tu novio? ¿Cuándo se supone que hemos empezado a salir?

—A mí no se me ocurre cita más clara que cena y cine, la verdad. E invité yo.

—¡Porque había que pagar con efectivo y yo no llevaba!

—Cuando nos dieron la carta elegimos el «menú para parejas».

—Porque no quería que te gastaras mucho y era el más barato.

—¡Vamos de la mano muchas veces y nos rozamos y acariciamos constantemente!

—¡Porque eres mi mejor amigo! Y, además, yo soy un ligón cuasiprofesional.

—¿Le das apretones en los muslos a muchos tíos?

—Últimamente, no. —Bueno y si lo pensaba... nunca lo había hecho con nadie—. ¿Entonces por qué decías que no querías follar conmigo? Dijiste, con toda claridad, que no era eso lo que querías de mí.

Lloyd se dio una palmada en la cara.

—Lo que no quería era tener una aventura contigo. No quería un rollo. No quería ser tu *follamigo*. Quería salir contigo. Que fuéramos novios.

«Novios». Su estómago hizo un triple mortal al oírlo.

—¿Con quién has estado quedando, entonces?

Lloyd le pasó un dedo por la mejilla.

—He estado estudiando.

Wesley se lamió los labios.

—Así que..., ¿estamos saliendo?

La carcajada de Lloyd hizo que sus labios húmedos cosquillearan.

—Sí.

—¿Y yo me lo he perdido?

—Voy a contestar que «sí» otra vez porque, a partir de ahora, no voy a dar nada por sentado y lo voy a decir todo en voz alta.

Wesley juntó su boca a la de Lloyd.

—Me deberías haber besado antes. —Se echó para atrás de forma abrupta a media frase—. ¿Por qué no me has besado antes?

—Por la misma razón por la que no te he lanzado sobre la cama y te he follado de forma salvaje. Cosa que suelo tener ganas de hacer, al menos, tres veces cada hora.

Wesley sintió su polla palpar.

—Porque va contra las normas de Williamson —continuó Lloyd—. Ya solo besarte rompe algo así como doce reglas.

—Por favor, dime que vamos a poder romper doce más. Por lo menos.

—Estas dos últimas semanas han sido difícilísimas. Me he tenido que obligar a no besarte porque sabía que una vez te probara —Lloyd hizo una pausa para succionarle el labio inferior— iba a querer más. Sabía que no podría parar.

Lloyd se retiró, despacio, pero Wesley fue tras sus labios y los separó con una caricia de su lengua.

—Mmm, no pares, no te contengas.

—Tengo a Gavin pesadísimo con el tema, con mi relación contigo. Está deseando que me echen.

—Lo mantendré en secreto.

—¿Cuándo, en tu vida, has guardado tú un secreto?

Pues también era verdad.

—Tu trabajo tampoco mola tanto, ¿no? ¿A que no?

Lloyd gimió y le besó la mandíbula, con hambre.

—Resulta que sí, que me encanta mi trabajo. Resolver problemas y enfrentarme a nuevos retos cada día.

—Pues resuelve nuestro durísimo problema, entonces —dijo Wesley frotando sus pollas.

Lloyd volvió a gemir y, con un movimiento de caderas, presionó a Wesley contra la puerta.

—Para ese problema ya tengo una solución. —Tomó aliento antes de seguir—: Esperamos hasta que acabe el curso y...

—¿Esperar?

—Sé que es frustrante, pero es posible. Yo me he apañado estos dos últimos años. Unos meses no son nada en comparación.

—¿Llevas años queriendo estar conmigo?

—Desde la primera vez que mordisqueaste hielo en mi presencia. Y odiaba no poder tocarte, que fueras inaccesible para mí. Así que intenté con todas mis fuerzas pasar de ti, pero nada... no hay manera.

Wesley tiró de Lloyd hacia él y arremetió contra sus labios, metiéndole la lengua hasta la tráquea y rodeando sus caderas con una pierna.

—A mí también me fascinabas. Siempre estamos con la broma de que soy un ligón, pero la verdad es que la única persona con la que tonto es contigo. —Sus manos hicieron una pausa en el culo de Lloyd—. Joder, es verdad que no me entero de nada. —Volvió a frotar sus cuerpos—. Pero ahora puedes aclararme unas cuantas cositas. En mi cama. En el suelo, si tu espalda te lo permite.

Lloyd se rio y se apartó de él sin muchas ganas, separando sus bocas.

—Ya no es por mí. Si me echan, no quiero ni pensar en cómo humillaría mi tía a mi madre. No puedo hacerla pasar por eso.

—¿Y qué tal si follamos y no te echan? Puedes ponerme una mordaza o lo que quieras. Estaré calladito.

Lloyd se pasó una mano por la polla y gruñó.

—¿Ves? Este es el motivo por el que me he contenido y no te he besado hasta ahora.

—Pero ahora que lo has hecho, no vas a poder contenerte más, ¿no?

Wesley esperaba que no. Quedaban meses.

—Soy capricornio. Ponme a prueba.

—Y yo soy géminis. Puedo vencerte.



—Y EL PREMIO PARA LA DECLARACIÓN DE AMOR MÁS ROMÁNTICA ES PARA: *PUEDO VENCERTE*, POR Wesley Hidaka —dijo Caleb, sentado en un taburete de la barra mientras mordisqueaba su habitual tostada con aguacate.

Suzy soltó una risotada desde donde se encontraba, en la entrada de la cocina.

—Lloyd tenía razón —dijo MacDonald, quitando migas de la barra y tirándolas a la basura—.

Nos has contado lo vuestro en el mismo instante en el que has entrado por la puerta. Entiendo que quiera esperar.

Wesley sirvió leche al capuchino que estaba preparando, dándole forma de corazón.

—Ahora mismo no me apetece escucharte.

—Porque sabes que tengo razón.

—Ay, madre, que me acabo de dar cuenta —exclamó Suzy zarandeando el móvil—. Fue anoche cuando Lloyd y tú hicisteis oficial lo vuestro, ¿verdad?

Wesley alzó una ceja, curioso.

—Entonces MacDonald ha ganado la apuesta. Ha estado cerquísima de dar con la fecha exacta.

—Ya, creí que sería mañana —dijo la susodicha, mirando a Wesley.

Mañana. El ocho de enero.

MacDonald había sabido en todo momento cuándo cumplía años Lloyd.

—Como tesorera oficial —dijo Suzy—, declaro que el botín es tuyo. Y no te preocupes, Wesley, os guardaremos el secreto para no meter en líos a Lloyd.

—Gracias, si yo tuviera que guardaros un secreto... Bueno, la verdad es que hubiera hecho lo mismo y lo hubiera cantado todo —dijo Wesley mientras molía café.

—¿Qué vas a hacer con el dinero de la apuesta? —preguntó Suzy—. ¿Gastártelo? ¿Donarlo a una buena causa? Es una pasta, mil dólares.

—Sí —dijo MacDonald en tono sarcástico—. Voy a hacer una buena obra. La que me pida mi corazoncito.

Wesley preparó y entregó dos capuchinos más. ¿Tendría razón Lloyd en lo de esperar? Vale, era verdad que se lo había contado a Suzy, a MacDonald y a Caleb en cuanto había podido, pero es que...

—Es que vosotros tres sois como... partes de mi cuerpo, digamos —dijo Wesley poniendo varios vasos de papel en la cafetera—. Tengo que compartir estas cosas con vosotros, debería estar permitido.

—Mientras no me toque ser tu mano derecha o tu tercera pierna —dijo Caleb—, estoy de acuerdo con la analogía. Lo veo.

MacDonald se encogió de hombros.

—Pues yo sigo creyendo que Lloyd tiene razón con lo de esperar.

Wesley miró a su hermano.

—¿Qué piensas tú al respecto, Bombón?

—Lo contrario de lo que diga MacD.

MacDonald puso los ojos en blanco.

—Tú sí que sabes cómo conquistar a una mujer, ¿eh?

Caleb se inclinó sobre la barra y se acercó a ella, acariciándole un mechón de pelo y colocándose detrás de la oreja.

—Pues yo creo que sí, que sé cómo hacer que salten las chispas.

Suzy suspiró.

—Yo no creo que Gavin quiera que echen a Lloyd.

—¡Gracias! —dijo Wesley—. Yo tampoco creo que vaya a chivarse. Me da a mí que, en el fondo, Gavin cree que Lloyd mola mucho.

—Muy muy en el fondo —intervino MacDonald.

—¿Lo veis? Eso significa que está bien lo de intentar vencer a Lloyd y convencerle para tener sexo.

Alguien se aclaró la garganta tras él y a Wesley se le erizó el vello de la nuca. Tragó saliva de

forma audible y se giró con una sonrisa en los labios para enfrentar a su *novio*, que estaba al otro lado de la barra de brazos cruzados.

—Ahora mismo te pongo lo de siempre —exclamó, jovial, Wesley, sirviéndole un café extragrande.

Cuando le puso el vaso para llevar sobre la barra, Lloyd lo cogió cubriendo la mano de Wesley con la suya.

—¿De verdad crees que géminis puede vencer la fuerza de voluntad de capricornio?

Wesley se quedó con la mirada fija en sus labios y luego le echó un vistazo al resto de su cuerpo: la camisa que se le ajustaba a la perfección, los chinos oscuros y ese cinturón «si te pillo te follo vivo» ajustándose a la parte baja de las caderas.

—Motivado estoy, te lo aseguro.

Lloyd le acarició los dedos.

—Somos novios. Deberíamos estar fornicando como conejos —dijo Wesley, estremeciéndose de placer de solo pensarlo.

—¿Quién dice eso?

—Lo dicen tres de las cuatro personas que te estamos mirando en estos mismos momentos.

Alguien metió el brazo entre ellos.

—¿Disculpa? ¿Me atiende alguien?

—¿Qué quieres? —Tras decirlo, Wesley miró al recién llegado—. Ah, Café con leche, hola.

—Café con leche *desnatada*.

Wesley cogió el vaso de Lloyd y se lo pasó a su cliente habitual, diciéndole:

—Mira, este te va a encantar. Es ultraligero. El más desnatado del mercado.

Lloyd miró fatal al tipo que ahora abandonaba Me Gusta Robusta con un café que no era suyo.

—Una de las ventajas de salir contigo es el café que me preparas y un imbécil se está llevando el mío ahora mismo.

Wesley se mordió el labio inferior de forma sugerente.

—Salir conmigo tiene otras muchas ventajas. Dame la llave de tu habitación y déjame que te sorprenda.

Lloyd se metió la mano en el bolsillo, pero en lugar de sacar su llave, sacó el móvil.

—¿A quién vas a llamar? —le preguntó Wesley.

—A alguien que venga a poner barrotes de hierro en mi puerta.

—Humm... Con los barrotes podemos hacer maravillas también...

Caleb se tapó los oídos y empezó a repetir una especie de mantra «blablablablabla». Luego, dijo:

—Me voy a lavar los oídos con agua y jabón y luego a ensayar. Nos vemos después.

Lloyd se acercó más a Wesley y le susurró al oído:

—¿Y qué tal si tú y yo salimos a cenar esta noche?

—¿A cenar?

—A las siete y media.

Miles de mariposas levantaron el vuelo en la tripa de Wesley.

MacDonald le puso un café recién hecho a Lloyd; este le dio las gracias y se dirigió hacia la puerta caminando hacia atrás y sin despegar la vista de Wesley.

—Y para que quede claro: es una cita.



A LAS SIETE Y MEDIA, WESLEY SE PUSO UNA CAZADORA Y SALIÓ DE SU CUARTO. SE CHOCÓ CON Lloyd en el pasillo. Estaba impresionante. Llevaba un abrigo gris y una bufanda azul colgada del brazo. Los guantes de piel no hacían sino añadirle más atractivo. Devastador.

—Hey —dijo Wesley jugueteando con la cremallera de su cazadora.

—Hey —contestó Lloyd, mirándole de arriba abajo y fijándose especialmente en los vaqueros que llevaba. Suelos, pero bajos de cadera—. Te iba a pasar a recoger. Todo muy cita formal.

Wesley dejó de intentar subirse la cremallera.

—Yo iba a tu habitación, pero si quieres recogerme en mi cuarto... —dijo, haciendo amago de volver sobre sus pasos.

Lloyd le agarró de la manga y le retuvo. Soltó una risita nerviosa.

—Bueno, no hace falta que hagamos toda la puesta en escena. Así también está bien.

—Guau —se oyó decir a Caleb, que estaba con Suzy y MacDonald en la puerta abierta de la habitación de las chicas—. Son como muy monos, ¿no?

Wesley y Lloyd les fulminaron con la mirada y luego se centraron el uno en el otro de nuevo. Wesley sonrió. Sí que eran monos. Él, por lo menos, se sentía así, muy tontorrón.

Porque esta vez era consciente de que esto era una cita.

Y le sudaban las manos.

Fueron hacia la escalera y ambos agarraron el pomo de la puerta a la vez. A Wesley le dio un ataque de risa.

Una vez fuera, Lloyd le detuvo y le puso la bufanda azul que llevaba en el brazo alrededor del cuello.

—Me gusta que estés nervioso.

—¿Nervioso yo? Qué va. —No le salía ni fingir que no era así—. Vale. A lo mejor un poquito. ¿Por qué te gusta?

Lloyd le dio un golpecito en la nariz.

—Para empezar, porque estás adorable.

—¿Y para continuar?

—Porque si estás así de nervioso y adorable no tengo que preocuparme de que saques tus otras armas e intentes eso de vencerme.



—ME ENCANTA QUE HAYAS PLANEADO HASTA EL ÚLTIMO DETALLE DE LA CITA —LE DIJO WESLEY frente al puesto de perritos calientes del parque de las luces.

—Pues que sepas que mejora —contestó Lloyd, llamando la atención del chico del puesto que, por suerte, no era el de la otra vez.

—Tus perritos de seitán están listos y calientes —dijo el chico.

Wesley parpadeó. ¿Esto también estaba organizado? ¿Se había pasado Lloyd antes por aquí a traer su *nocarne*? Tragó saliva.

Entonces el chico se dirigió a Wesley:

—¿Quieres tú uno normal?

Wesley miró a Lloyd antes de contestar:

—¿Cuántos perritos vegetarianos has traído?

—Un par.

Wesley se giró hacia el chico.

—Tomaré uno de los suyos —le dijo.

Ya con sus perritos vegetarianos, Wesley y Lloyd pasearon por el parque. Las luces sobre sus cabezas iluminaban la fría noche y creaban un ambiente de lo más romántico.

—Entonces... respecto a lo nuestro —dijo Wesley tras chuparse el ketchup de los dedos—. ¿Cuándo supiste que me gustabas?

Lloyd se paró bajo una arcada llena de lucecitas y le agarró ambas manos, acercándole más a él.

—Había gestos... cosas aquí y allí. Cuando bailamos juntos en el Party Palace; el beso en la audición; que me siguieras a casa en Acción de Gracias... pero ¿el gesto que me lo demostró del todo? —Lloyd juntó mucho su cara a la de Wesley antes de continuar—: Cuando te diste cuenta de que yo era tu mejor amigo.

—Ese fue el día en el que sonreíste por primera vez.

Lloyd se apartó un poco, clavando sus ojos en él.

—¿Cómo que la primera? Llevo sonriendo a tu alrededor desde el primer día.

Wesley se quedó sin aliento.

—Esto... Mira..., que me mires así va a ser un problema.

Lloyd frunció el ceño y Wesley se pegó de nuevo a él.

—Me da ganas de hacer cosas contigo. De hacerte muchas cosas.

Lloyd metió la mano entre ellos, buscando algo en su bolsillo y estaba muy muy cerca de rozar la durísima polla de Wesley.

—Tengo una idea... —dijo Wesley con una sonrisa malvada en el rostro—. ¿Y si nos metemos detrás de los arbustos y hacemos todas esas cosas?

Lloyd se sacó del bolsillo una petaca.

—¿Y si en vez de eso nos tomamos algo?

—¿Has traído una petaca? —Wesley se la quitó de las manos—. Creí que nadie tenía petacas, que era un mito.

—La noche no estará completa sin esto.

Wesley desenroscó el tapón y le dio un trago. Acto seguido escupió su contenido y fulminó a Lloyd con la mirada.

—Esto no es *whisky*.

—Pues claro que no, soy tu supervisor. —Y sonrió al decirlo, el viejito de él—. La he rellenado de mi café favorito. Y que siempre me prepara mi persona favorita de Me Gusta Robusta.

—¿Yo?

—No, MacDonald. —Lloyd sonrió—. Pues claro que eres tú, idiota.

Feliz y ligero, Wesley paseó con Lloyd por el parque. Y luego, por las calles de la ciudad hasta la residencia. Llegaron a Williamson a eso de la medianoche.

Wesley siguió a Lloyd hasta su habitación y mientras este se quitaba los guantes y el abrigo, Wesley sacó dos condones de la cesta: en uno ponía «extralubricado» y en el otro «con estrías».

—Vale, me valen los dos... Uy, pero este es mejor —dijo sacando otro preservativo más—. Uno normalito, para empezar con algo sencillo.

Lloyd era una pared de calor pegada a su espalda y Wesley se echó hacia atrás, apoyándose contra su pecho. Entonces Lloyd puso sus enormes manos sobre sus hombros y le giró, empujándole fuera de la habitación.

—Mañana te prepararé el desayuno —le dijo, cerrándole la puerta en las narices.

—Vale —dijo Wes, sonriendo, frente a la puerta ya cerrada—. Pero ¿quieres que te dé alguna pista de lo que voy a hacer en cuanto llegue a mi cuarto?

La risa de Lloyd le llegó desde dentro y Wesley también sonrió, enviándole un mensaje de camino a su habitación (y la de Caleb).

**Wesley:** Feliz cumpleaños, *capri*.



LLOYD LE HIZO EL DESAYUNO EN LA COCINA DE LA TERCERA PLANTA, PERO SI WESLEY QUERÍA repetir y comerse otra de esas maravillosas tortitas, lo iba a tener complicado, porque media residencia se había pasado por allí y Lloyd, para demostrar que no estaban en plena cita-desayuno, les había ofrecido tortitas a cada uno de ellos.

Wesley estaba sentado en la encimera viendo cómo todos los residentes les miraban como si supieran que entre ellos estaba pasando algo.

Caleb entró justo cuando Lloyd ponía la última masa de tortita en la sartén.

—Yo también quiero. Gracias.

Lloyd puso los ojos en blanco.

—Adiós al desayuno romántico.

Caleb bostezó.

—Si quieres le doy media a Wes, para compensar. —Y, girándose hacia su hermano, añadió—: ¿Se lo has preguntado ya?

Lloyd le dio la vuelta a la tortita y dijo:

—¿Preguntarme qué?

Wesley comprobó que no había nadie cerca de la puerta de la cocina y le acarició el muslo a Lloyd con el pie.

—¿Me dejas el coche?

—¿Quieres que te dé alguna pista de lo que voy a contestar a eso?

Wesley hizo un puchero.

—Vale. ¿Puedes llevarnos a mi hermano y a mí al ensayo y luego dejar a Caleb en Sandalwood?

Lloyd puso la tortita en el plato que había sacado Caleb.

—¿Quieres pistas también para esa pregunta o sabes la respuesta?

Lloyd sonreía, con hoyuelos y todo, y Wesley supo la respuesta de forma inmediata. Esto de ser novios tenía sus ventajas.

Wesley le dedicó una sonrisa radiante y le dijo:

—Si quieres que te dé las gracias como es debido, solo tienes que pedírmelo.

—Si se lo vas a pedir —dijo Caleb con la boca llena—, me voy de la cocina pitando y os dejo solos.

—¡Sí! ¡Vete! —dijo Wesley.

—¡No! ¡Quédate! —dijo Lloyd a la vez.



**Tu ex tenía muy mala leche. Yo soy mucho más dulce.**

## Capítulo Diecinueve

---

Lloyd, fiel a su palabra, les llevó al ensayo y observó desde la parte de atrás del auditorio cómo Wesley se enfrentaba al director, hablándole del beso que se habían dado en el casting.

—Tiene que acordarse de ese beso.

—Sí que me acuerdo, sí.

Wesley alzó las manos al cielo.

—¿Y por qué nos echó del escenario, entonces?

—¿Tan desesperado estás por un papel en mi musical?

—No, no, si yo no quiero salir. Lo que quiero es oírse lo decir.

—¿Oírme decir qué?

—¡Que el beso fue la leche!

En el escenario, Caleb dejó de tocar la flauta para decir:

—Señor, ¿el chico ese que le está incordiando? No es nada mío.

El director le hizo un gesto a su ayudante, como indicándole que sacara de allí al espontáneo que le estaba molestando, pero Wesley fue rápido y se escapó de su agarre, dirigiéndose a toda prisa hacia Lloyd, que seguía con la mirada fija en él. Parecía de lo más entretenido, apoyado contra una columna, de brazos cruzados y con las piernas también cruzadas a la altura del tobillo.

Wesley disminuyó la marcha para poder mirar a su novio con detenimiento y follárselo un poquito con los ojos.

—Creo que yo sé por qué nos echó del escenario —dijo Lloyd—. Pero tengo miedo de tu reacción si te lo digo.

Wesley se paró frente a él.

—¿Qué crees que voy a hacer? ¿Enfadarme contigo?

—Sí —dijo Lloyd. Y, bajando la voz, añadió—: Después de abalanzarte sobre mí e intentar follarme.



PUES TENÍA RAZÓN. EN CUANTO LAS FRASES «BESO ARDIENTE» Y «TENSIÓN SEXUAL NO RESUELTA» abandonaron la boca de Lloyd, Wesley se lanzó sobre él, queriéndoselo comer entero. Y cuando la cosa terminó con ellos saliendo de nuevo a la fría y lluviosa mañana, efectivamente, se enfadó con él.

De hecho, todo el camino a Sandalwood lo hizo frunciéndole el ceño. Y Lloyd haciendo como que no lo notaba.

—Mierda —dijo Caleb mientras entraban en el aparcamiento del colegio—. Por ahí va mi profesora de matemáticas. Tengo que llegar a clase antes que ella. No me puede ver.

Wesley dirigió entonces su ceño fruncido al asiento trasero, a su hermano.

—Las cosas que hago por ti, Bombón. Me debes una.

—Lo sé. —Caleb dirigió una mirada fugaz a Lloyd—. Tengo algo en mente.

Wesley se desabrochó el cinturón de seguridad y dijo:

—Venga, vamos, Lloyd. Tenemos que distraer a esa agradable señora.

Lloyd fue rezongando todo el camino, pero siguió a Wesley por el aparcamiento hacia los escalones de entrada de Sandalwood, donde se encontraron con la señorita Bailey.

—Señor Hidaka —dijo ella, sorprendida—. Me encanta verle de nuevo. ¿Ha venido a hablar sobre su hermano?

Bueno, había venido a traerle, pero eso se lo calló.

—¿Cómo le va a Caleb? —preguntó Wesley.

—Bien. Y esperemos que siga así.

—Esperemos que sí —contestó él, sin perder de vista a Caleb por encima del hombro de la profesora.

Cuando pareció que la señorita Bailey iba a girarse para ver qué miraba Wesley tan fijamente, este llamó su atención hacia el otro lado, para así dar tiempo a su hermano para dar la vuelta a la esquina y desaparecer por un lateral del edificio.

—Qué jardines tan bonitos y cuidados... ¿Con quién podríamos hablar mi prometido y yo para ver si podemos casarnos aquí?

—Ay, qué bonito —dijo la señorita Bailey tras emitir un chillidito de emoción.

—Sí, estábamos pensando en hacer una celebración al atardecer y declararnos amor eterno entre té, capuchinos y cafés con leche.

—Pues la persona con la que tenéis que hablar es con el director Bontempo. Venga, venid conmigo, su despacho está de camino a mi clase.

Y no tuvieron mucha más opción que seguirla y entrar dentro de esa prisión de ladrillo a la que llamaban colegio.

—¿Los jardines de Sandalwood? —le dijo Lloyd al oído—. ¿En serio?

—Ni de coña. He tenido que decir algo rápido. Sigo queriendo mis jardines de lavanda.

—Vale. El resto, sin embargo, suena de maravilla.

La señorita Bailey les dejó frente a la oficina del director y Wesley se despidió de ella con un movimiento alegre de su mano, como si estuviera encantado de estar ahí y de ver al capullo de Bontempo. Pero en cuanto la vio doblar la esquina, agarró a Lloyd y tiró de él hacia la salida.

Según avanzaban por el pasillo hacia la puerta, se oyó la voz del director procedente de algún lugar a sus espaldas —su despacho, posiblemente— y Wesley entró en pánico, mirando a su alrededor en busca de una vía de escape. Fijó la vista en el armario de la limpieza.

—Corre —le susurró a Lloyd, abriendo la puerta del armario y urgiéndole a que entrara.

—Ahí no cabemos los dos.

—Sí que cabemos.

De un empujón metió a Lloyd en el cuartito y se pegó a él intentando encajar en el reducido espacio como si de una pieza de Tetris se tratara. Cuando cerró la puerta, el armario quedó sumido en la oscuridad.

Lloyd respiró profundamente.

Wesley presionó sus labios contra el cuello de su novio y se rió contra su piel, intentando no emitir sonido alguno.

Cuando oyeron los pasos de Bontempo alejándose por el pasillo, Wesley fue a abrir la puerta. Giró el pomo, pero no se abrió.

Wesley se mordió el interior de la mejilla.

—¿A que siempre he dicho que me encantaría quedarme encerrado en un armario contigo?

Wesley sintió el suspiro de Lloyd contra su pelo.

—Dime que es broma.

—Ya quisiera, ya. —Wesley cambió de posición—. Se me está clavando algo en el muslo.

—«Algo», dice... Si es que de verdad no te enteras de nada.

Wesley soltó una carcajada.

—No me refiero a eso, Lloyd. Hay otro «algo» que se me está clavando en la pierna. ¿Podrías...? —Lloyd retiró el palo de escoba que se había caído entre ambos—. Gracias. Ahora si metes la mano otra vez entre nosotros y...

—No te aproveches.

—No puedo evitarlo. Tenerte así de cerca es una sensación maravillosa. Quizá es el momento de que te pongas en plan *capri*.

—¿Por?

—Para que me recuerdes por qué no me puedo lanzar a comerte la boca, que es lo que quiero hacer ahora mismo.

Lloyd gimió.

—Eres mi residente, yo soy tu...

—Supervisor, lo sé. ¿Lo ves? Lo haces fenomenal.

—Intenta abrir la puerta de nuevo.

—Será lo mejor, sí. Porque si empezamos a enrollarnos ahora, podemos acabar echando un polvo rapidito y no..., no es una buena idea.

—No me gustan los polvos rápidos. No contigo. Y, desde luego, no para nuestra primera vez.

Wesley estaba a un suspiro de empezar a frotarse y restregarse contra Lloyd.

—¡Que alguien abra esta puerta! —gritó.

Veinte segundos después la puerta se abrió, la luz filtrándose en el interior del armario. Wesley y Lloyd salieron despedidos hacia el pasillo, cayendo a los pies del director Bontempo.

—Vaya, vaya, señor Hidaka. Es como volver atrás en el tiempo.

Lloyd fue el primero en levantarse y, en cuanto estuvo en pie, le ofreció la mano a Wesley y tiró de él.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Wesley echó un vistazo a Bontempo y luego miró a Lloyd.

—No sé, pregúntame de nuevo dentro de una hora.

Bontempo se aclaró la garganta.

—¿Podría verle en mi despacho, por favor?

Con la cabeza gacha, Wesley le siguió hasta su oficina con Lloyd a su lado.

El director les ofreció asiento y lo aceptaron, sentándose, pero Wesley lo único que quería es que la silla de terciopelo se lo tragara y le hiciera desaparecer.

Era como volver a primero de bachillerato. Era como revivir esa charla de cómo controlar sus deseos.

Se agarró fuerte al borde de la silla. No pasaría por algo así otra vez.

—No pienso quedarme aquí y aguantar la charla. Mi prometido y yo nos besamos donde nos da la gana.

No se habían estado besando, pero eso él no lo sabía.

Tanto Bontempo como Lloyd giraron la cabeza hacia él, sorprendidos ante su arrebatado.

Los ojos de su novio brillaban llenos de respeto y de algo más... dulce.

El director, sin embargo, estaba de pie tras su enorme sillón, con las manos apoyadas sobre el respaldo.

—El colegio no es el lugar más apropiado para ello. Y, menos aún, el armario de la limpieza. —Suspiró—. Pero ya que está aquí, hablemos de su hermano.

—Entregó su trabajo de matemáticas a tiempo y está sacando sobresalientes en todas las asignaturas.

—Señor Hidaka, su hermano se ha esforzado más en estas últimas seis semanas, eso es verdad. Y tampoco ha faltado a clase. Pero su compromiso está flaqueando. Me ha pedido permiso para faltar dos días y...

—¿De qué habla? —preguntó Wesley con el ceño fruncido.

—Caleb vino ayer a verme para pedirme permiso para ausentarse dos días. Le dije que no.

—No me ha dicho nada.

—Pues se puso histérico cuando le dije que no, la verdad. Como usted en su día...

—¡Pero no se trata de mí! —soltó Wesley, levantándose de la silla de golpe y tirando sin querer unos papeles de la mesa de Bontempo.

Lloyd también se levantó y le dio la mano, enlazando sus dedos y dirigiéndole la más fría de las miradas al director.

—Señor Bontempo...

—*Director* Bontempo, si no le importa.

—Señor Bontempo —repitió Lloyd—. Vaya al grano.

Los ojos de Bontempo se redujeron a rendijas.

—Quizá el modelo a seguir de Caleb —dijo, dirigiendo una mirada penetrante a Wesley—, no sea el mejor.

Wesley estaba a punto de explotar de rabia y apretaba la mano de Lloyd con muchísima fuerza.

Fue Lloyd quien contestó. Y lo hizo con la voz tensa, pero con su tono paciente de capricornio.

—Creo que no tenemos nada más que hacer aquí.

Wesley se tragó todo lo que tenía ganas de soltar porque quería luchar por Caleb, tenía que intentarlo.

—¿Y por qué no le ha dado ese permiso de dos días? Caleb vino directamente a usted. Lo hizo porque es importante para él. Podría haberle firmado un justificante por enfermedad. ¿Por qué no lo hizo?

Bontempo desvió la mirada hacia la ventana, hacia uno de los jardines traseros.

—Si hubiera sabido lo problemáticos que eran los Hidaka nunca les hubiera admitido en mi colegio. Han pasado cuatro años y estoy manteniendo la misma conversación que mantuve en su día con su madre. Claro que esa vez era sobre usted.

Wesley se quedó mirándole unos segundos, fijándose en sus canas, en lo gris que se le estaba poniendo el pelo.

—¿Qué?

Bontempo les miró por encima del hombro y fue una mirada bastante desagradable, la verdad.

—Usted era listo, muy inteligente, pero un gamberro. Su madre vino a rogarme que le hiciera una recomendación para esa universidad privada a la que asiste.

Wesley se tambaleó al escucharle y Lloyd lo estabilizó agarrándolo del codo y evitando que se cayera hacia atrás.

—Pero usted lo hizo. Escribió esa carta.

—Es que hubiera sido una descortesía después de la donación tan generosa que hizo al departamento de música del colegio.

Semejante noticia dejó a Wesley mudo y, cuando al final encontró las palabras, su voz salió ronca, rota:

—¿Cuánto dinero le entregó?

—¿Querrá decir que cuál fue la cuantía que tan amablemente donó a Sandalwood?

—¿Cuánto?

Bontempo se giró a mirarles con un brillo nada sutil en los ojos.

—Cincuenta.



—SIN ENTRAR A VALORAR LO POCO ÉTICO DE TUS ACTOS, ME HA ENCANTADO QUE HAYAS INTENTADO donar cincuenta dólares —le dijo Lloyd una vez que estuvieron sentados en el pequeño café frente al aparcamiento de Sandalwood. Estaban en una de las mesas de la ventana y pequeñas gotas caían y se deslizaban sobre el cristal mientras Wesley se daba cabezazos contra la mesa.

—Pero ¿es que soy yo el único que no entendió que se refería a cincuenta mil dólares?

Lloyd le acarició la pierna por debajo de la mesa.

—A tu favor he de decir, que en ese despacho solo éramos tres personas.

Wesley gimoteó.

—Caleb tiene que venir a clase sí o sí. Aunque tenga que traerlo arrastrado por la flauta.

Tras decirlo se acordó de MacDonald y le dio un escalofrío del repelús. La maldijo en voz baja.

Cuando llegaron sus cafés, Wesley probó el suyo y a punto estuvo de escupirlo.

—Horrible. Todo el día ha sido horrible. ¿Y es cosa mía, o Bontempo cree que eres tú quien va a hacer una donación al colegio?

—No es cosa tuya. Me ha mirado y ha visto a mi tía Tabitha.

—Prométeme algo.

Lloyd le acarició el tobillo con un pie, indicándole que continuara. Wesley lo hizo:

—Un día destronarás a ese tirano y te convertirás en el director de Sandalwood. Serás un líder firme pero justo y vendrás a esta cafetería a la hora de comer.

Lloyd dio un sorbo al horrible café y se encogió ante su sabor.

—¿Por qué querría venir aquí?

—Porque será mío. Y será la mejor cafetería de toda la ciudad.

—Estará llena de adolescentes con las hormonas disparadas.

—Sí, el drama apoderándose de todo. Será fantástico. —Wesley se quedó mirando el enorme colegio, que se erigía imponente en la acera de enfrente—. Odio reconocer que Bontempo pueda tener razón, pero es que puede que tenga razón.

Lloyd apoyó los codos sobre la mesa y preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Pues a que es verdad que soy un poco melodramático. Si no me hubiera ido de casa... O si me hubiera ido, pero hubiera pasado más a menudo por allí... Quizá así hubiera sido un mejor modelo a seguir y Caleb no estaría en la situación que está ahora mismo.

—Deberías darte un poco más de crédito. Tú también has pasado por lo tuyo. Y sé que solucionarás esto. Yo voy a ayudarte.

—¿Tienes cincuenta mil dólares para regalar?

Lloyd se rio de forma un tanto irónica.

—No, no los tengo, pero... —dijo, levantándose de golpe—. Vamos.

Lloyd lo llevó a rastras a través de la lluvia hasta el coche, negándose a contarle su plan. Diez minutos después entraban en una de las zonas más ricas de la ciudad y aparcaban frente a una enorme mansión.

—¿Qué haces? ¿Qué está pasando? —A Wesley se le encogió el estómago, temiendo saber la respuesta.

Lloyd respiró hondo y salió del coche. Wesley quiso ir tras él, dándose cuenta tarde de que no se había desabrochado el cinturón. Se lo quitó a toda prisa y logró retenerle antes de que llamara al interfono.

—No, Lloyd, para.

—Hay cosas más importantes que el orgullo.

—¿Serías capaz de pedir el dinero a tu tía?

Lloyd tragó saliva y Wesley notó cómo se estremecía.

—Hace donaciones muy superiores sin apenas despeinarse.

—No. —Wesley le quitó las llaves de la mano y empezó a caminar hacia el coche. Cuando vio que Lloyd no le seguía, cambió el sentido de sus pasos, fue hacia la puerta del conductor y la abrió—. Jamás permitiré que le pidas algo a esa mujer.

—A ella le encanta meterse donde sea con tal de figurar —dijo Lloyd.

—Sube al coche.

—Si hace una donación a Sandalwood, Bontempo será tan feliz que le hará a Caleb la recomendación para Treble.

—Si no entras ahora mismo en el coche, me voy sin ti.

A eso sí pareció prestarle atención.

—Ni sueñes con ponerte detrás del volan...

Wesley entró, se puso tras el volante y arrancó el motor.

Lloyd no perdió el tiempo y dos segundos después estaba sentado en el asiento del copiloto. En cuanto cerró la puerta, Wesley puso en marcha el coche y salió.

—Lloyd, te digo esto desde el cariño, pero ¿qué cojones ibas a hacer?

—Odio que creas que Caleb va a tener que renunciar a su sueño por tu culpa.

—Tu tía no es la solución —dijo Wesley, tomando una curva supercerrada y haciendo que Lloyd tuviera que agarrarse para no salir disparado.

—Vas un poco demasiado pegado a la acera.

Wesley dio un golpe al volante para dar más énfasis a sus palabras.

—Hubieras estado en deuda con ella durante el resto de tu vida.

—No te pegues tanto, que te vas a llevar por delante esa boca de riego.

—Y, encima, yo me hubiera sentido muy muy culpable.

—Mira, no sé qué decir. Me encanta que hayas evitado que llamara al timbre, pero... ¡La boca de riego!

Wesley dio un volantazo, derrapó sobre un charco y salpicó un lateral del coche en plan ola gigante. Misión cumplida, boca de riego esquivada.

—¿Podrías llamar a tu madre y ponerla en el manos libres, por favor?

Lloyd le miraba sin entender.

Wesley levantó las caderas y le dijo:

—Tengo el móvil en el bolsillo, sácamelo.

—¿Te he dicho alguna vez que me vuelves loco?

La luz del semáforo al que se acercaban se puso en ámbar y Wesley dio un frenazo enorme, haciendo que los cuerpos de ambos terminaran rebotando contra los asientos.

—¿Ves? Yo también sé cumplir las normas.

Lloyd se puso el cinturón de seguridad lo más rápido que pudo y negó con la cabeza.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Se me ocurren muchísimas cosas, pero, primero, llama a tu madre.

—¿Qué le quieres decir?

—Que ha criado al ser más generoso y altruista del mundo.



WESLEY SE SENTÓ ENFRENTE DE CALEB EN SU MESA HABITUAL DE LA VENTANA.

Caleb alzó la vista del libro que estaba leyendo. Se quedó mirando a su hermano y al café bombón que este tenía en sus manos y demostró lo mucho que le conocía cuando puso el marcapáginas, cerró el libro y lo dejó sobre la mesa.

—Joder. Lo sabes, ¿no? Sabes que voy a perder la oportunidad de ir a Treble.

—¿De verdad es tan necesario que faltes a clase?

—Nos han cambiado los ensayos del fin de semana y los han puesto jueves y viernes.

—Pero estamos hablando de tu futuro, Bombón.

—Trabajar con Johnson-Brown también es mi sueño. Además, no puedo dejarles tirados ahora.

Oyeron cómo alguien se aclaraba la garganta y ambos miraron a MacDonald, que colocó la tostada con aguacate en la mesa, frente a Caleb, y le miró con los ojos entrecerrados antes de decirle:

—¿Vas a renunciar a tu futuro en Treble solo por tocar la flauta en una musical?

—Si el director me dejara faltar esos dos días y escribiera la carta de recomendación podría hacer ambas cosas. —Caleb miró a Wesley, dejando caer los hombros en señal de derrota—. Pero parece ser que no puedo.

—Me cago en Bontempo y en sus reglas —dijo Wesley.

—Eso mismo —estuvo de acuerdo Caleb.

MacDonald seguía mirando al pequeño de los Hidaka, su cara no mostraba para nada lo que estaba pensando, así que o Caleb la conocía muchísimo mejor que Wesley o se había vuelto completamente loco, porque le agarró la mano con suavidad y, dándole un beso en la yema de los dedos, le dijo:

—No te preocupes por mí, MacD. Voy a conseguir vivir de la música.

Wesley no paraba de darle vueltas a qué decirle a Caleb para hacerle cambiar de opinión, pero luego pensaba que quién era él para siquiera intentarlo, para impedir a su hermano seguir su sueño, su camino en la vida.

Le pasó su café bombón y se levantó de la mesa para seguir trabajando, aunque se pasó todo su turno descentrado, debatiéndose entre el cabreo y la pena que le daba que Caleb tuviera que pasar por esto.

Suzy salió pitando antes de tiempo, diciendo que había quedado con alguien y que llegaba tarde, y MacDonald y él se encargaron de cerrar la cafetería.

De camino a la residencia, Wesley llamó a Lloyd, pero no obtuvo respuesta. Cuando llegaron fue directo a su cuarto, pero tampoco estaba allí.

—Joder —dijo, agobiado y con la garganta seca—. Joder.

MacDonald estuvo a su lado en un parpadeo.

—Deja de resoplar y dime qué te pasa.

—Joder. Necesito ir a casa.

MacDonald se ofreció a llevarle, asegurándole que tenía la pierna bastante bien y que ya podía conducir. Así que Wesley aceptó y ambos se subieron al coche y emprendieron el camino a la casa de su madre.

—¿Quieres que entre contigo? Porque tengo un don para ofender a madres y tías malvadas. Bueno... en realidad tengo un don para ofender a todo el mundo, en general.

—Me alegra ver que tienes la pierna mejor. Por cierto, ¿cómo te la rompiste, exactamente?

MacDonald desvió la mirada antes de contestar.

—Me caí en la ducha.

—¿Y por qué nos hiciste creer que tenía algo que ver con el sexo? Llegaste al trabajo diciendo que renunciabas para siempre.

—Porque estaba practicando cuando pasó.

—¿Practicando?

—Sí, practicando —contestó con una risa—. Y dado que ni siquiera soy capaz de hacerlo bien sola, he llegado a la conclusión de que quizá no esté hecha para ello, así que renuncio. Punto. Y ahora, por favor, bájate del coche antes de que me muera de vergüenza por haber tenido esta conversación contigo.

Wesley se acercó a ella y le dio un beso en la sien.

—Gracias por traerme.

—Te esperaré aquí.

Wesley le dio las gracias de nuevo, se bajó del coche y fue a enfrentar a su madre.



SE MIRABAN EL UNO AL OTRO POR ENCIMA DE SUS TAZAS DE CHOCOLATE CALIENTE; SU MADRE sentada en una butaca azul de flores y Wesley en el sofá a juego, frente a ella.

—¿Por qué ya nunca llevas camisa? Siempre vas con esas camisetas ajustadas y esos vaqueros que te hacen unas patitas... como si hubieras pasado mucho tiempo en una secadora.

Wesley se miró la camiseta que se había puesto ese día para trabajar: blanca y con el cuello en V. Como su madre pensara que eso era ajustado...

—No me he vuelto a poner camisa desde que dejé Sandalwood y solo me la ponía en aquella época porque era obligatorio llevarla con el uniforme.

—Te hace parecer más serio, más maduro.

—¿La camiseta o el uniforme?

Su madre le miró con cara de «ya sabes a lo que me refiero».

Y sí, lo sabía.

—Y bien... —dijo su madre tras beber un poco de chocolate—. No creo que hayas venido para que charlemos de los atuendos que mejor te sientan.

—No, hoy no.

—«¿Hoy no?» —Un rayo de esperanza iluminó sus ojos—. ¿Quiere eso decir que contemplas la posibilidad de que en un futuro tengamos este tipo de conversaciones frívolas y sin importancia?

Wesley dejó la taza en la mesa.

—¿Por qué pagaste al director Bontempo para asegurarte de que me escribía una carta de recomendación?

Ella se levantó de la butaca y se acercó al mueblecito de la pared donde guardaban los antiguos cedés de música de su padre. Wesley echó un vistazo y notó que muchas de las cajas estaban abiertas, como si su madre los hubiera escuchado recientemente. Sacó dos posavasos y los llevó con ella hacia la mesa.

—Fue una donación. Creo que para el departamento de música.

Wesley cogió el posavasos que su madre le tendía y lo colocó bajo su chocolate.

—¿Tanto te cuesta creer que siempre me he preocupado por ti? —le preguntó, mirándolo.

—Mamá...

—Ya lo sé —dijo su madre, colocando su propia taza sobre el posavasos—. Que te lo diga no significa nada si no acepto la cosa esa de ser gay.

—Ojalá lo hicieras —dijo Wesley.

—Tu padre dejó el dinero suficiente para pagar vuestros colegios y la universidad tanto de Caleb como tuya. Y algo más.

—¿Cincuenta más?

Ella le miró con el ceño fruncido.

—Wesley, hijo, cincuenta no, cincuenta mil.

Una enorme ola de ternura invadió a Wesley tras escucharla.

—Ay, mamá... —Suspiró—. Somos más parecidos de lo que creemos.

—¿Eso ha sido un cumplido o un insulto?

—Ambas cosas.

Ella se apartó de un soplado un mechón de pelo negro que se había escapado y vagaba libre por su rostro.

—Tú eres más como tu padre que como yo. Tienes su desparpajo, que es lo que me robó el corazón cuando le conocí.

Un silencio muy agradable cayó sobre ellos en esos momentos y, aunque Wesley tuvo que romperlo, no lo hizo porque estuviera incómodo, sino porque necesitaba hablar de su hermano.

—Caleb tiene un talento increíble. Treble es su lugar, encajará perfectamente. Pero Bontempo no va a escribir esa recomendación.

Wesley creía que el muy capullo incluso sería capaz de disuadir al comité de admisiones y convencerles de que no le dejaran entrar ni siquiera por sus méritos musicales.

Su madre se apoyó en el brazo de la butaca, apoyando la barbilla en una mano.

—Ya no queda dinero. ¿No podría ir a otra universidad?

Wesley tenía la mano en la taza, acariciando el asa arriba y abajo, pero sin llegar a levantarla.

—Es su sueño, mamá.

Su madre presionó sus labios en una fina línea y luego suspiró. Lo entendía.

Wesley se puso en pie y echó un último vistazo a la estantería de cedés de su padre antes de irse.

—Me voy, MacDonald me está esperando.

Su madre salió con él y le acompañó casi hasta el coche. Wesley respiró hondo, armándose de valor y dijo:

—¿Mamá?

—Dime.

—¿Te gustaría venir a la fiesta de los años cincuenta que vamos a celebrar en Williamson?



**Hoy lo quiero dulce y suave.**

## Capítulo Veinte

---

Wesley llevaba un buen rato consultando páginas de derecho en internet. Estaba tan centrado que no oyó a Caleb entrar. Tampoco le oyó salir, y solo apartó la vista del ordenador cuando Lloyd se aclaró la garganta a su lado.

Su novio estaba de pie junto a la puerta con un recipiente que parecía contener pan de pita relleno de verduras. Y olía a curry.

—Tienes que comer algo.

—No tengo tiempo.

—Haz una pausa de dos minutos para comer y desaparezco, lo prometo.

—¿Y si me lo vas dando tú mientras yo sigo estudiando? —sugirió Wesley.

Ante la mirada severa de Lloyd, cogió el pan de pita y le dio un mordisco. Todavía estaba caliente y estaba riquísimo. Gimió de placer y se metió más en la boca.

—¿Por qué no me has obligado a comer antes? —preguntó Wesley, echándose hacia atrás en la silla y degustando el potente sabor del curry.

Lloyd sonrió y miró la pantalla del portátil. Cuando vio la página que tenía abierta la sonrisa se convirtió en algo más... tierno.

—¿Estás haciendo lo que creo que estás haciendo?

Wesley se mordió el labio inferior y, echando él también un vistazo a su ordenador, contestó:

—Sí.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, TRAS TODA UNA NOCHE DE BÚSQUEDA E INVESTIGACIÓN, WESLEY SE presentó en Sandalwood.

Mientras caminaba por los pasillos, en dirección a la oficina de Bontempo, iba repasando mentalmente su discurso y, estaba tan perdido en sus pensamientos, que no se dio cuenta de que venía alguien en sentido contrario hasta que se chocó con...

—¿MacDonald? —preguntó Wesley, sorprendido. No podía ser real—. ¿Qué haces aquí?

—No me has visto, ¿de acuerdo?

—¿Y eso qué significa?

Ella siguió andando por el pasillo, dejando a Wesley atrás.

—Me tengo que ir. Tendría que estar ya en el sótano, preparándolo todo para la fiesta.

Wesley fue tras ella y la agarró del codo, deteniéndola.

—¿Has venido a cantarle las cuarenta al director?

Cuando MacDonald habló, lo hizo en voz queda.

—No. He venido a hacer una donación. Para que reconsidere su postura.

—¿Una donación?

—Crecí en un casino de Las Vegas, Wes. Mi segunda casa era un club clandestino de apuestas. Sé jugar y, gracias a Lloyd y a ti, tenía mil dólares para hacerlo.

—¿En serio? Pero...

—No le des vueltas. No es más que dinero.

Tras decirlo, siguió caminando hacia la salida, sus tacones repiqueteando en el suelo del pasillo.

Con más prisa que antes, Wesley fue en busca de Bontempo. Se lo encontró justo cuando este abandonaba su despacho.

—Señor Hidaka, no esperaba que volviera a visitarnos tan pronto.

—Me gustaría hablar con usted, señor.

—Tengo reuniones todo el día. Va a tener que concertar una cita con mi secretaria para otro momento.

—Lo que tengo que decirle no me llevará ni cinco minutos.

Bontempo empezó a caminar más rápido y Wesley le igualó el paso.

—Pues hable conmigo de camino a mi siguiente reunión, si es que es tan urgente.

—Parece usted resplandeciente, señor, como si la chica que acaba de dejar su oficina le hubiera hecho una cuantiosa donación.

—No puedo hablar de estos temas, son cosas privadas del colegio, pero puede que esa señorita haya hecho una aportación de treinta mil dólares a la biblioteca, sí. Algo que aprecio mucho, la verdad.

¡Hostia puta! ¿Treinta mil? MacDonald, por Dios.

—Y me imagino que la chica en cuestión habrá mencionado que conoce a Caleb.

Bontempo entrecerró los ojos.

—¿Entiendo que conoce usted a la señorita MacDonald?

—La conozco, sí. ¿Y sabe qué más conozco? La ley.



WESLEY LLEGÓ AL TRABAJO POR LOS PELOS.

Recibió a todos los clientes habituales con la alegría de siempre, pero pasó la mayor parte de su turno distraído. Estaba deseando contarle a Lloyd lo que había pasado en Sandalwood. Y también quería encontrar a Caleb y tener una charla con él.

Encima, estaba nervioso por la fiesta de esa noche. Por su madre, que vendría a la residencia por primera vez. Esperaba que esta visita fuera mejor que los otros encuentros que habían tenido. Ojalá.

En cuanto cerró la cafetería, salió disparado hacia Williamson y fue directo al sótano.

Habían quitado todos los trastos del medio y había quedado un espacio muy despejado con sitio de sobra para la improvisada pista de baile. El techo estaba cubierto de globos blancos y negros. MacDonald estaba removiendo el recipiente del ponche, y Suzy y Randy estaban colocando bandejas de canapés en unas mesas que habían colocado contra la pared.

Subido a una escalera —tambaleándose en ella, más bien—, estaba Lloyd. Y Gavin a su lado. Ambos colocando lazos rojos y serpentinatas.

—Tenemos que poner el doble de lazos en las ventanas —dijo Gavin, sujetando un lazo en alto

—. Que sea muy vistoso.

A juzgar por la cara de Lloyd, las ganas de asesinar a Gavin eran reales.

—Lo estás haciendo a propósito.

Gavin movió el lazo a un lado y a otro, probando dónde quedaba mejor.

—¿El qué? ¿Qué se supone que estoy haciendo a propósito?

—Quitándome las ganas de vivir —dijo Lloyd, arrebatándole el lazo de las manos y colocándolo antes de que Gavin cambiara otra vez de opinión.

—Pero si es solo un baile, Lloyd.

—¡Exacto! Es solo un baile. Nadie necesita tantísimos lazos colgando.

—No tenemos tiempo de discutir —contestó Gavin—. Los invitados llegarán en menos de una hora. Así que, venga, pásame otro lazo.

Wesley estudió la estancia en busca de su hermano y cuando vio unas botas de *cowboy* asomando por debajo de una de las mesas, se acercó y le dio un golpecito en una de las suelas. Caleb reptó hacia fuera.

—Wes —dijo, sacudiéndose los pantalones de su disfraz, que llevaba sujetos con unos tirantes

—. ¿Eso que llevas en la mano es un café bombón?

Wesley se lo llevó hacia una esquina de la habitación.

—Dámelo.

—Espera un segundo, que te tengo que contar algo.

Los ojos de Caleb siguieron fijos en el café.

—¿Qué pasa?

—Antes de nada: cuéntame cómo te ha ido en el ensayo.

Caleb se tironeó del elástico de los tirantes con los pulgares antes de contestar:

—Perfecto. También raro, porque me he pasado todo el tiempo pensando si este musical terminaría siendo el punto álgido de mi carrera con la flauta.

—No lo será. Aunque no consigas entrar en Treble, tienes que seguir tu sueño. —Wesley desvió la mirada hacia su novio, que en esos momentos arrebataba a Gavin otro lazo de las manos

—. Hacer lo que de verdad te apasione. Eres buenísimo.

Caleb se ruborizó.

—Dame el café ya, venga, huele fenomenal.

—Con respecto a MacDonald —dijo Wesley, ante lo cual Caleb alzó la vista de golpe—. Sigue intentándolo.

Caleb se soltó los tirantes de golpe y el elástico le golpeó el pecho.

—¿Cómo que lo siga intentando? ¿A qué viene eso?

Wesley jugueteó con el café en su mano.

—Me dijo que no dijera nada, pero no puedo. Y no quiero.

Le contó a su hermano pequeño lo que había visto y en cuanto terminó la historia, le tendió, por fin, el café.

Caleb se limitó a mirarle durante unos segundos, alzando un dedo e impidiéndole decir nada más. Ignoró el café, se dio media vuelta, y fue hacia MacDonald, que en esos momentos colocaba una torre de vasos de plástico sobre una de las mesas.

Llegó a ella, la agarró por los hombros, la giró y la besó, conteniendo el insulto que, sin duda alguna, hubiera salido de su boca. Caleb se apartó y se quedó mirando los ojos recelosos pero brillantes de MacDonald. Entonces, le acarició la mejilla con suavidad y la besó de nuevo.

—Guárdame un baile, Molly. Guárdamelos todos.

Tras decirlo, dio media vuelta y fue directo a por su café bombón.

MacDonald se quedó mirándole, parpadeando y pasándose de forma ausente un dedo por los labios. Se dio cuenta entonces de que todo el sótano se había quedado en silencio y la miraba, así que levantó sus muros de nuevo y fulminó a Wesley con la mirada.

—Lo siento, pero no lo siento —vocalizó Wesley desde la distancia, antes de arrastrar a su tembloroso hermano hasta su dormitorio.

Caleb dejó el café, aún sin tocar, sobre el escritorio y se tiró en la cama.

—Soy demasiado joven para estar tan enamorado —dijo—. Pero lo estoy. Es la mujer de mi vida. Y algún día me casaré con ella.

Y Wesley le creyó.

Caleb suspiró y luego se centró en su hermano.

—¿Qué te vas a poner tú esta noche? —le preguntó.

Wesley ya había empezado a cambiarse y se estaba poniendo unos vaqueros, los que solía usar para ir a bailar, y una chaqueta de béisbol blanca y roja, de esas que usaban los deportistas universitarios, con una letra enorme en la parte delantera, al más puro estilo años cincuenta. Justo se estaba subiendo la cremallera cuando le llegó un mensaje al móvil.

—Es mamá. Está abajo, en el aparcamiento.

Caleb se levantó de la cama.

—Voy a buscarla.

Cuando su hermano salía, Lloyd entraba, medio chocándose ambos en la puerta.

Lloyd paseó su mirada por el cuerpo de Wesley. Desde la chaqueta hasta las botas, despacio:

—Estás...

—¿Sexi que te mueres?

Lloyd se agarró la nuca en lo que pareció un ejercicio de contención; una forma de frenarse, no acortar la distancia entre ambos y lanzarse sobre él. Wesley, sin embargo, se colocó el paquete con todo el descaro del mundo, disfrutando como loco de la lujuria que pudo ver reflejada en los ojos de Lloyd.

Lloyd abrió la puerta de par en par para evitar la tentación. Era un capricornio muy listo.

—¿Qué tal te ha ido en Sandalwood?

Wesley le contó lo de la donación de MacDonald. Y, como era de esperar, Lloyd estaba perplejo.

—¿Treinta mil dólares? Pero ¿cómo es posible?

Wesley le explicó lo que ella le había contado sobre su infancia y cómo se había jugado los mil dólares de la apuesta. Lloyd estuvo unos minutos en silencio, asimilando lo que acababa de escuchar, hasta que, finalmente, le preguntó:

—¿Y conseguiste hablar con Bontempo?

Wesley se giró para mirarse al espejo y pasándose una mano por el pelo, contestó:

—Sí. Y te sorprendería la cantidad de artículos que he sido capaz de escupir en cinco minutos. Jerga legal a tope.

La expresión de Lloyd era de orgullo total.

—Aunque no funcione, el hecho de que lo hayas intentado cuenta.

—Tenías que haberle visto la cara. Se quedó blanquísimo.

—¿Ha funcionado, entonces?

—Le solté mierda legal para parar un tren. Y creo que, por lo menos, le asusté. —Wesley se subió el cuello de la chaqueta de forma un tanto teatral, haciendo sonreír a Lloyd—. Y no fue del todo claro, pero parece ser que podría reconsiderar la *donación* de MacDonald y escribir la carta de recomendación. —Wesley soltó una risa cargada de ironía—. Quién me iba a decir que

estudiar derecho sí que me serviría para algo. Mi padre estaría orgulloso.

—Hubiera estado más que orgulloso de ti.

Wesley se sonrojó.

—¿No te vas a disfrazar hoy, o qué?

Lloyd tiró de Wesley hacia él, sus respiraciones fundiéndose en una.

—Tengo algo para ti. Cierra los ojos.

Wesley obedeció.

Lloyd le levantó la manga de la chaqueta y deslizó algo sobre su muñeca. Wesley sonrió aún con los ojos cerrados, y dijo:

—¿Me estás poniendo un ramillete como si fuera un baile de instituto?

—Llámalo como quieras.

Wesley abrió un ojo para cotillear, pero al ver lo que era, abrió ambos de par en par y se acercó la muñeca para estudiar la pulsera de cuero que ahora tenía en ella.

—¿Te gusta? —le preguntó Lloyd.

—¿Que si me gusta? Me encanta. Tú me encantas. Te quiero. —A Wesley casi se le sale el corazón del pecho cuando vio la emoción en los ojos de Lloyd, en su silencio. Así que lo repitió, manteniéndole la mirada y pegándolo contra su cuerpo—: Te quiero.

Era la primera vez que decía esas palabras a un novio. Pero con Lloyd le habían salido fácil y de la forma más natural. Y se había sentido tan bien que necesitaba decirlas de nuevo.

—Te... —En esos momentos Wesley vio a Gavin caminar hacia ellos y su declaración se vio interrumpida. Empujó a Lloyd, apartándole de él, e intentó disimular—. Té rojo. O negro. Hay muchos tipos de té.

Lloyd alzó las cejas y preguntó, desconcertado:

—¿Qué? —Fue entonces cuando vio a Gavin y asintió—. Claro, claro, hay un montón: té blanco, de camomila, de menta... El café está mejor, pero sí, hay muchos.

—Sí, claro, yo prefiero el café. Pero no empieza por «te» y tenía que empezar por «te».

Gavin golpeteó el marco de la puerta con los nudillos, sus ojos bailando entre uno y otro.

—Lloyd, ¿listo para hacer de anfitrión con los invitados?

Lloyd mantuvo la mirada fija en la de Wesley durante unos segundos que se hicieron eternos y luego empezó a caminar con Gavin pasillo abajo.

Wesley fue con ellos, pegado a Lloyd, nervioso y sin parar de hablar:

—¿Y de dónde procederá la palabra «té»? Así, tan cortita, qué curioso.

—Es una palabra de origen chino. Y es un arbusto. De la familia de la teáceas.

Wesley se paró en seco y se quedó mirando a su novio, que siguió andando al lado de Gavin.

—Pero ¿es que lo sabes todo? —gritó a su espalda.

Lloyd se giró y caminó unos pasos hacia atrás, mirando a Wesley.

—Sí —le contestó.

Como Gavin no podía verle, Wesley articuló un «te quiero» que hizo que Lloyd sonriera de oreja a oreja.

—Luego seguimos hablando del tema —le dijo.

—Estoy deseándolo. Y que sepas que eres más que bienvenido si en cualquier momento quieres librarme de mi madre.

Desde atrás se oyó una risita y Wesley se dio la vuelta para ver cómo Caleb y su madre se acercaban. Pillado.

Wesley miró el atuendo de su madre: falda plisada de flores, camiseta de manga corta con cuello polo y pelo suelto a la altura de los hombros. Ella, a su vez, le miró a él y todo a su

alrededor; sonrió, indecisa.

—Pues nada...

—Pues nada... —se hizo eco Wesley.

Caleb se rio y, pasándole un brazo a su hermano por los hombros, dijo:

—Pues aquí es donde vive nuestro Wesley.



TRAS ENSEÑARLE A SU MADRE TODA LA PLANTA, SE DIRIGIERON A LA FIESTA. HABÍA MUCHA GENTE alrededor de las mesas de los aperitivos y varias parejas bailaban en el centro de la pista de baile.

Wesley buscó a Suzy con la mirada, pero no hubo suerte. Caleb y MacDonald hablaron unos minutos con su madre y se dirigieron a la pista, dejándoles solos.

Desde donde estaba podía ver a Lloyd, que estaba en la mesa del ponche echando la bronca a Steve. Posiblemente porque tenía una petaca en la mano.

—Es un evento familiar. Nada de alcohol —dijo, confiscándole la petaca y perdiéndose la mirada de reojo que Randy le estaba echando al otro bol de ponche—. Venga, largaos, los dos.

Su madre, que se pasaba nerviosa las manos por las tablas de la falda, le dijo:

—Tienes unos amigos de lo más interesantes.

Y era verdad, para qué engañarse.

—Les adoro —contestó él.

A pesar de la música, entre ellos solo se oía el tenso silencio.

—Me voy a por algo de ponche —dijo su madre.

Cuando le dejó solo, Wesley se apoyó contra la pared y suspiró. Le apetecía bailar. Se sacó el móvil del bolsillo y escribió un mensaje a Suzy para que saliera de donde quiera que estuviera escondida.

Esperó dos canciones enteras, pero no hubo respuesta. Su madre, por suerte, se había puesto a hablar con otra madre con la que se había encontrado.

Wesley fue en busca de Lloyd, pero con quien se encontró fue con Gavin, con su carpeta negra de piel abierta, estudiando y repasando con un dedo lo que parecía ser una lista larguísima de cosas por hacer. Wesley sonrió.

—Va todo fenomenal —le dijo, quitándole la carpeta y poniéndola en la repisa de una de las ventanas—. Disfruta. Baila.

Gavin se miró el reloj.

—La primera actuación está a punto de empezar.

Así que iba a haber actuaciones y todo... Claro, estando Gavin implicado era de esperar. Aquí, el señor creatividad.

—Ahí está.

Wesley se giró para ver a quién se refería.

Suzy hacía su aparición en la pista de baile con el pelo cardado y un vestido *rockabilly* de flores.

El sonido de un micrófono encendiéndose envolvió la habitación y la voz de Caleb se oyó alta y clara a través de los altavoces.

—¿Se oye? Bien, perfecto. ¿Podríais despejar la pista para la siguiente canción, por favor?

Wesley no podía estar más sorprendido. Se abrió paso entre la muchedumbre y se puso en primera fila.

Suzy llamó a alguien del público con el dedo. A un Elvis. ¡Pero bueno! El imitador fue hacia ella con un pantalón negro ajustado, una camisa de cuellos enormes y una peluca con tupé.

Desde donde estaba, Wesley podía ver al joven Elvis de perfil, tan perfecto, con sus gafas de sol y todo. Vaya, vaya con Suzy... ¿de dónde habría sacado a este tío bueno?

Entonces, Elvis se giró hacia donde él estaba, buscando a alguien.

Wesley se quedó helado.

—Pero... ¿qué cojones? —dijo, con la boca abierta—. ¿Lloyd?

Caleb volvió a hablar por el micrófono:

—Esta canción va dedicada al géminis más ligón, de parte de un capricornio cascarrabias. Él ya sabe quién es.

Lloyd miró a Wesley por encima de las gafas de sol, en la misma postura y con el mismo gesto que el Elvis del póster que tenía en su cuarto. Y la mirada lasciva del Rey... plasmada a la perfección. Y los labios... follables, muy follables.

Se oyeron los primeros acordes de *A Little Less Conversation* y Lloyd empezó a mover la caderas de forma sugerente, empezando a bailar el *swing*. Hizo un *triple step* perfecto e hizo girar a Suzy sobre sí misma.

Luego, fue Lloyd el que dio una vuelta, siguiendo el ritmo con maestría. Y a Wesley se le derritió el puto corazón.

Lloyd y Suzy hicieron una coreografía a catorce tiempos y no cometieron casi ningún fallo. Giros, pasos en tándem y Lloyd dando vueltas a Suzy sin parar, con brío. Hostia puta. Esto no era un baile de principiantes. Esto era, por lo menos, nivel intermedio. Y era Lloyd.

Algunas personas a su alrededor, intentaron abrirse paso para ver mejor, pero Wesley sacó un brazo a modo de barrera y les impidió acercarse más.

—Cuando Elvis está en la pista, le dais espacio.

Tras darle un pequeño empujón, Lloyd volvió a hacer girar a Suzy, coronando el movimiento con un contoneo de caderas.

A Wesley no le cabía la sonrisa en la cara.

En la última estrofa de la canción, varias parejas se adentraron en la pista y empezaron a bailar, pero Wesley no podía apartar la vista de Lloyd, de cada uno de sus pasos.

—¿Ese espectáculo era para ti?

Wesley se giró al oír la voz de su madre justo detrás de él.

—Has vuelto.

—Me estaba tomando un par de vasos de ponche. Qué cosa más rica.

Eso hizo sonreír a Wesley. Era raro tener aquí a su madre.

Se giró para volver a centrarse en Lloyd justo cuando su madre le decía:

—Creo... Creo que estoy preparada para veros juntos. Me gustaría veros juntos.

Wesley se movió un poco porque Randy estaba bailando en medio, tapándole la vista de Lloyd. Su madre se movió tras él y siguió hablando:

—A ver, que no me he explicado bien —le dijo ella—. Quiero entenderte.

Lloyd y Suzy empezaron a moverse hacia él, bailando. Y cuando les vio hacer un *reverse whip* perfecto, estuvo a punto de lanzarse sobre su novio y comérselo entero. Pero ese pensamiento se vio interrumpido por el parloteo de su madre, que seguía diciéndole cosas:

—Puedes hablarme de ello. Me gustaría. Háblame de ser gay. Cuéntame cómo te hace sentir tu homosexualidad.

Wesley la miró:

—Mamá..., cómo te lo digo... es algo así como una emoción personal e íntima.

Otra canción de Elvis, *Blue Suede Shoes* empezó a sonar y Lloyd le agarró de la mano y lo arrastró a la pista de baile con tanto entusiasmo que casi tiran a su madre en su avance.

Wesley encontró el ritmo rápido y Lloyd le hizo girar en un movimiento conocido como *tuck turn*.

—Joder, Lloyd —dijo Wesley entre risas—. Casi me corro cuando has empezado a bailar.

Lloyd tiró de él y lo acercó a su cuerpo.

—He visto cómo me mirabas con la boca abierta y solo por verte así ha merecido la pena el secreto. Cada día de ocultártelo.

Wesley tomó el control de forma sutil e hizo girar a Lloyd en un *basket whip*. Era un giro complicado, pero Lloyd solo dudó un segundo, siguiendo el movimiento estupendamente.

—¿Esto era lo que hacías en tus citas misteriosas? ¿Quedar con Suzy para practicar el *West Coast Swing*?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—La llamé el día que fuimos al Party Palace. Nada más salir. Verte bailar así y no poder seguirte... No me gustó nada. Y me di cuenta de lo mucho que necesitaba bailar contigo. *Necesidad*, Wesley, en serio.

—Creo que ha llegado el momento de seguir con nuestra conversación de antes —dijo Wesley cuando consiguió calmar las mariposas que se habían vuelto locas en su interior al oír la confesión de Lloyd.

—¿Deberíamos aplaudirles o algo? —oyeron que le preguntaba la madre de Wesley a MacDonald.

Wesley se quejó con un gimoteo.

—Creo que Steve y Randy le echaron algo al ponche antes de que les pillaras. Mi madre no es así.

Y, tras decirlo, hizo girar a Lloyd, que le siguió sin perder el ritmo y con una seguridad que hizo que a Wesley se le cayera la baba. Pero de verdad, hasta el punto de equivocarse en los pasos y todo.

—¡No le pises, Wesley! —gritó su madre con una risita.

Wesley se giró para fulminarla con la mirada y de milagro no se tropezó de nuevo con los pies de Lloyd. Su novio se rio y lo acercó más contra su cálido pecho, evitando que trastabillara. Y empezaron un baile más suave, mucho más lento; las manos de Lloyd deslizándose hasta las caderas de Wesley, que le rodeó el cuello con los brazos.

—Elvis, ¿eh? —le dijo con una sonrisa.

Lloyd se acercó a su oído para contestarle en un susurro.

—Sé lo mucho que te pone el Rey.

Wesley murmuró su acuerdo y tocó el tupé de la peluca que llevaba puesta.

—Un momento —dijo su madre, a su lado y Wesley retiró la mano de golpe—. Ahora sé por qué este chico me era tan familiar. Es el sobrino de Tabitha. Solía ir a misa con ella.

Lloyd se sonrojó.

—¿Ibas a misa? —le preguntó Wesley.

—Ya te dije que me hacía trabajar para ella en verano. Tenía que acompañarla a todas partes.

—Ay, no, no. No puedes ser gay con él. Es un buen chico —dijo la madre de Wesley en voz más baja que antes.

—Los buenos chicos también soy gays, mamá. —Y, tras una pausa en la que pareció asimilarlo, preguntó—: ¿Es que acaso no crees que yo soy buen chico?

Su madre se quedó callada unos instantes.

—Sí que lo eres. Por supuesto que lo eres. Supongo que creí que tú eras la excepción.

Toda la alegría que había mostrado la cara de Lloyd durante el baile, abandonó su cara de repente.

—Creo que debería irme —dijo.

—Quédate —le instó Wesley, agarrándole más fuerte. Miró entonces a su madre y añadió—: Querías vernos juntos y aquí nos tienes. Así somos juntos.

Wesley quería la sonrisa de Lloyd de vuelta.

—¿Por favor? ¿Un baile lento? ¿Conmigo? —le rogó, haciendo un gesto hacia donde estaba Gavin absorto en una conversación con el padre de un alumno—. No se dará cuenta.

Lloyd tardó un segundo en deslizar sus manos por su cintura.

—Mira que me lías —susurró, acercando más a Wesley contra él.

Cuando la canción acabó, el sonido de una flauta inundó el sótano y Wesley se giró en los brazos de Lloyd para ver cómo su hermano tocaba *You've Got a Friend In Me*, de Randy Newman. Le miró mientras bailaba, tironeando de su pulsera de cuero y mordiendo el labio. Cuando la canción acabó, Caleb les guiñó un ojo y Wesley devolvió toda su atención a Lloyd. Se agarró más fuerte a él y le dijo en un hilo de voz:

—Por si no te lo he dicho lo suficiente: gracias. Por ayudarme con mi hermano y por todo. Pero en especial por eso, por ayudarme con mi hermano.

Lloyd le abrazó con fuerza, sosteniéndole mientras la muchedumbre se movía a su alrededor. Wesley vio a su madre mirándoles desde el otro lado de la pista con el ceño un poco fruncido. Sus miradas se encontraron y ella dio un paso hacia atrás, como si una fuerza invisible tirara de ella. A Wesley le pareció que a su madre le brillaban los ojos, con lágrimas no derramadas y se sorprendió ante la imagen.

—Lloyd, tengo que...

—Ve. Lo entiendo.

Wesley fue tras su madre y la alcanzó en el aparcamiento, caminando apresurada entre charcos de agua.

—¿Te vas ya a casa? —le preguntó, cada palabra acompañada por una nube de vaho.

A su madre casi se le caen las llaves justo antes de alzar la vista y mirarle por encima del techo del coche.

—Te he visto. Y eras tú. Simplemente tú.

Wesley se paró al otro lado, a la altura de la puerta del copiloto.

—Sí, era yo. Soy yo.

El rostro de su madre se hizo añicos. Parecía estar viendo la realidad por primera vez. Cogió aire, tratando de respirar, como si, de no hacerlo, pudiera incluso ahogarse.

—¿Cómo es posible que alguna vez haya pensado que ser gay era algo malo? Eres feliz —dijo en un sollozo.

A Wesley se le secó la garganta de verla así. Solo la había visto llorar una vez en su vida, en el funeral de su padre.

—No quiero que llores —murmuró—. Pero, a la vez, me alegro de que nos hayas visto. Y de que quieras entenderlo.

Su madre hizo un ruido que estaba a medio camino entre el hipo y la risa.

—Debería haberte escuchado. Oía lo que decías, pero no te escuchaba.

—Mamá.

—Debería haberte aceptado tal y como eres.

—Aún puedes hacerlo.

—Y si lo hago, si te digo que quiero hacerlo, ¿qué pasa entonces?

—No lo sé —contestó Wesley.

—No sé si voy a poder arreglar lo que ha pasado entre nosotros —dijo su madre, secándose las lágrimas que le caían por las mejillas—. Por Dios, pero si hasta estás prometido.

Wesley rodeó el coche y abrazó a su madre. Olía a jazmín y a culpa, y él absorbió ambos aromas.

—Vale, este es un buen momento para decirte que lo de que vamos a casarnos es mentira. Lloyd no es mi prometido. Fue solo para hacerte ver que no era una etapa, que no voy a cambiar.

Ella se echó hacia atrás para mirarle.

—Supongo que me lo merecía.

—Siento haberte mentado, pero...

Su madre asintió.

—Te hice ver que no tenías otra opción.

Se quedaron ahí, mirándose a los ojos durante unos segundos y, luego, su madre hizo algo que llevaba sin hacer desde que Wesley tenía doce años: le dio un pellizquito en la nariz. Después, le dijo:

—¿Qué haces aquí a la intemperie conmigo cuando tienes tanto esperándote ahí dentro?



*¿Te apetece un francés?*

## Capítulo Veintiuno

---

**A** Wesley le llevó cinco minutos exactos encontrar a Lloyd y arrastrarle por el tupé hasta su habitación.

Cerró la puerta de una patada y miró un instante al Elvis de la pared. El de carne y hueso, sin embargo, le miraba a él con ojos velados.

—Necesito... Quiero... Haberte tenido tan cerca...

Wesley se acercó a Lloyd, que estaba a los pies de la cama y, deslizando la mano por debajo de la peluca se la quitó.

—Te prefiero así —le dijo, dejando la peluca sobre la cómoda.

Lloyd se acercó más a él y Wesley retrocedió hasta que se dio contra la puerta.

—Te gustan tus normas —dijo Wesley—. Sé que te sientes cómodo y bien cumpliéndolas.

—¿Qué tratas de decirme?

—Pues que sé que te gusta tu trabajo. Que no quieres correr el riesgo de que te despidan. Y lo respeto. Respeto tu decisión y voy a esperar por ti.

La profundidad en los ojos de Lloyd pareció acrecentarse mientras absorbía las palabras de Wesley.

—Así que, ¿no vas a seguir volviéndome loco y tentándome hasta la extenuación?

Wesley entrelazó sus dedos con los de Lloyd y le besó los nudillos. Sabían a ponche.

—Eres un capricornio que sigue las reglas y te acepto tal y como eres. Este géminis se queda con su capricornio.

La voz de Lloyd salió tensa y pesada:

—Ya, Wes, pero es que ya no puedo más. He llegado a mi límite.

Wesley no lo entendió.

—¿A qué límite?

—Al de mi paciencia.

Lloyd tiró de él, lo pegó contra su cuerpo y enredó los dedos en su pelo. Wesley creyó morir de lujuria cuando su aliento caliente le rozó la base del cuello.

—¿Que hayas dejado de intentar vencerme en esto? Es lo que finalmente ha podido conmigo. Me rindo.

Tras decirlo, lo besó en el cuello, arrastrando la nariz hasta su oreja y dejándolo sin respiración. Wesley jadeó y Lloyd se frotó contra él.

Y, entonces, le bajó la cremallera de su chaqueta blanca y roja. Lo que arrancó otro gemido de Wesley mientras un escalofrío de excitación le recorría de arriba abajo.

—Lo he dicho de verdad. No era un truco para convencerte de hacer nada.

—Lo sé.

—¿Estás seguro de que quieres...?

Unas manos firmes le agarraron el culo y levantaron a Wesley del suelo. Lloyd caminó un par de pasos hacia la cama con él en brazos y lo lanzó sobre el colchón, tumbándose encima de él al segundo.

—Los últimos cuatro días, desde el beso, han sido una agonía —susurró Lloyd en su oído—. Quiero estar dentro de ti. Lo necesito más que nada en el mundo.

Wesley casi se corre con solo oírle decir eso.

—En ese caso —dijo, desviando la vista hacia el cajón de su mesilla de noche—. El alijo de condones y cualquier otra cosa que necesites están ahí. Coge lo que quieras, no te cortes.

—Anda que lo de venir a mi cuarto a por condones cada semana... mira que te gustaba provocarme...

—A veces incluso más de una vez por semana, no sé si te dabas cuenta. —Wesley le agarró por los hombros y tiró de él hacia abajo. Los labios de Lloyd vagaban sobre los suyos, sin llegar a besarse, haciendo que la anticipación cobrara vida entre ellos y olas de electricidad le recorrieran el cuerpo. Tenía la polla durísima, pero se contuvo, evitó frotarse contra Lloyd, dejando que el dolor y el deseo aumentaran, que fuera su novio quien actuara y le mostrara eso que le había dicho de que no era nada tímido—. Pero creo que, en el fondo, sabía que terminaría usándolos todos contigo.

Lloyd se abrió paso entre sus labios, introduciéndole la lengua con un gemido descontrolado, y empezó a frotarse contra Wesley de forma salvaje. Con las manos, le agarró el culo, elevándolo, para aumentar aún más la fricción. Era una delicia.

Lloyd siguió besándole y Wesley perdió el sentido, el beso arrasó con todo. Y, como si pudiera leerle el pensamiento, metió sus enormes y cálidas manos entre sus cuerpos y le quitó la camiseta.

Wesley también empezó a quitarle la camisa a Lloyd y gimió de frustración cuando no pudo ni desabrocharle los puños.

Lloyd se sentó entonces a horcajadas sobre él, apretándole con los muslos; empezó a desabrocharse él mismo los botones y se deshizo de la camisa, frotándose contra la polla de Wesley e incorporándose un poco para poder desabrocharle los pantalones.

—Siempre tan controlado...

—¿Wesley?

Wesley alzó una ceja a modo de respuesta.

—Acabo de perder el poco control que me quedaba.

Y, nada más decirlo, tiró de los vaqueros de Wesley hacia abajo y le comió los huevos por encima del bóxer.

Wesley hizo un ruido incoherente, su cuerpo gritando y pidiendo más.

—Necesito sentir tu piel contra la mía —le dijo como pudo.

Lloyd se puso manos a la obra, quitándoles a ambos la ropa que aún tenían puesta. En un rápido movimiento, sacó los condones y el lubricante de la mesilla y, una vez los tuvo sobre la cama, se tumbó al lado de Wesley y le agarró la polla con la mano. Su mirada se paseaba por cada milímetro de su cuerpo mientras le acariciaba.

—Una vez dijiste que eras guapo y yo te dije que no... Y es que «guapo» no es adjetivo suficiente para describirte.

Wesley se mordió el labio, como si así pudiera impedir que las mariposas de su interior le salieran disparadas por la boca.

Lloyd empezó a tocarse a sí mismo.

Wesley se quedó sin aliento.

—¿Puede saberse por qué aún no estás dentro de mí?

—Eres muy impaciente.

—Soy muy géminis.

Lloyd sonrió.

—Y puede que hayas acertado con algunos de los rasgos que tenemos los capricornio. —Lloyd se cernía ahora sobre él, tocándole solo con los labios, un mero roce; esa era la única parte de sus cuerpos en contacto en esos momentos—. Nos gusta que dure. —Se incorporó un poco, y siguió acariciándose mientras paseaba la mirada por el cuerpo de Wesley. Despacio—. Tócate como te tocaste aquel día en el dormitorio de mi casa. Quiero ver lo que hiciste.

Wesley se lo mostró y a Lloyd se le oscurecieron los ojos de puro deseo. Y siguió sin quitarle la vista de encima mientras Wesley se echaba lubricante en un dedo y se lo metía en el culo.

Lloyd parecía tener problemas para respirar. Cogió las manos de Wesley y se las puso sobre la cabeza, impidiéndole así que siguiera tocándose. Cuando le tuvo bien sujeto, volvió a sentarse a horcajadas sobre él, a la altura del pecho, haciendo que la punta de su polla le acariciara la barbilla.

—¿Sabes lo que imaginé yo ese día mientras me masturbaba?

Wesley se retorció bajo su agarre y le rodeó la cabeza de la polla con los labios. Lloyd gimió y se alzó sobre las rodillas, apoyando un brazo en la pared y metiéndosela hasta la garganta.

Joder, qué bien sabía: caliente y salado. Y esas venas hinchadas contra su lengua... Una delicia. Sus miradas se encontraron; Lloyd observaba cada movimiento y reacción de Wesley, justo como él había imaginado que haría.

Justo como quería que fuera.

Lloyd empezó a moverse despacio. Entrando y saliendo de su boca entre profundos gemidos que estaban llevando a Wesley a la locura. Embistió contra su garganta una última vez y le sacó la polla de la boca, deslizándose hacia abajo, por su torso y acariciándole con la punta, dejando un rastro húmedo a su paso.

Cuando sus pollas se encontraron, Wesley se arqueó hacia él, pegando sus cuerpos y Lloyd aprovechó para unir también sus labios en un beso devastador e indecente.

—Quiero hacerte tantas cosas... —le susurró Lloyd al oído cuando logró separar sus bocas.

—Eso espero, dado que llevas años imaginándonos juntos.

Lloyd sonrió y eso, ese simple gesto, puso el corazón de Wesley a mil por hora.

—Déjame que te muestre todo lo que me he imaginado.

Y, entonces, volvió a besarle, a arrasarle; el roce de sus cuerpos haciendo que a Wesley se le pusiera la carne de gallina allí donde se tocaban mientras sus erecciones batallaban juntas en una exquisita fricción.

La boca de Lloyd se deslizó por su cuello, su clavícula, sus pectorales...

—Un momento —le interrumpió Wesley—. Que yo tengo unas expectativas altísimas y me acabo de dar cuenta de que tú lo de la creatividad lo llevas regular... ¿Voy a tener que renunciar a esas fantasías de alto nivel?

—Cállate.

Wesley sonrió.

—Oblígame a...

La frase se quedó a medias porque justo en esos momentos Lloyd le pasó la uña por un pezón y lo acompañó con una embestida de su polla, cortándole la respiración.

Wesley cogió un condón, lo abrió a toda prisa y se lo puso a Lloyd con una agilidad y maestría

que hizo que este alzara una ceja. Luego extendió una buena cantidad de lubricante sobre el preservativo y, tras acariciarle un par de veces, le dijo:

—Se acabó la provocación.

Casi ni había acabado de decirlo y ya tenía las piernas alrededor de la cintura de Lloyd y se estaba lanzando a comerle la boca. El beso fue exigente y abrasador; sus lenguas enganchándose a un ritmo vertiginoso. Lloyd gimió en el beso y apartó sus labios para arrastrarlos por el cuello de Wesley, su barba de dos días quemándole la piel.

Wesley estaba tan cachondo que creía estar viendo las estrellas. Jamás en su vida había tenido esta necesidad tan apabullante de ser follado. Todo —absolutamente todo— con Lloyd parecía perfecto. Él era perfecto. Centrado, firme y, efectivamente, nada tímido. Y Wesley respondía ansioso a cada arremetida y roce de su cuerpo.

Justo cuando Wesley cambiaba de posición, haciendo que la polla de Lloyd le acariciara los huevos y se instalara en la entrada de su culo, se oyó un portazo en el pasillo. Y voces, voces de gente enfadada.

Wesley dejó de respirar cuando Lloyd paró de moverse y maldijo en voz baja contra sus labios. Era el supervisor de guardia esa noche.

Dos voces más se sumaron al escándalo de fuera, entre ellas, la de Gavin. Wesley dejó caer la cabeza contra la almohada, frustrado. Ahora Lloyd se tendría que ir, no era justo.

Dejó salir su decepción en forma de gruñido, pero en esos momentos Lloyd le agarró el muslo, le abrió más las piernas y rozó su entrada con la punta de la polla, haciendo saltar a la vida cada nervio que se encontró a su paso.

Wesley empezó a respirar con dificultad y enlazó su mirada con la de Lloyd, que retrocedió y volvió a frotarse contra él, deslizándose de forma fácil debido al lubricante y el líquido preseminal de ambos. Cuando habló, su voz sonó suave pero clara:

—¿Vas a poder estar callado?

Wesley asintió y se mordió el labio en cuanto sintió a Lloyd introduciéndose en él. A ambos parecía estar costándoles no gemir en voz alta.

Lloyd se inclinó sobre él y le besó, bebiéndose sus suspiros, cada aliento.

—Joder, qué bien —susurró Wesley contra su boca hinchada por los besos.

Lloyd dejó de moverse durante unos segundos y se quedó quieto bien profundo en su interior, pero luego hizo rodar las caderas y, agarrando la polla de Wesley, empezó a masturbarle. Wesley contrajo entonces los músculos del culo y Lloyd dejó hasta de respirar.

De fondo se oyó de nuevo la voz de Gavin echándole la bronca a alguien y llamando a Lloyd con tono desesperado.

Al oírle, Lloyd salió de él y... Oh, sí, arremetió de nuevo en su interior, tan fuerte que la cama hasta se movió. Wesley estiró los brazos por encima de la cabeza y los apoyó contra la pared, recreándose aún más en el incesante bamboleo de la cama y de las embestidas de Lloyd, que le estaban llevando a un orgasmo de proporciones épicas.

Lloyd le miraba con los labios entreabiertos y los párpados pesados por el deseo mientras le follaba con intensidad. Primero lento, luego rápido y fuerte, rozándole de forma deliciosa justo donde debía. Y cuando el caos del pasillo se disipó, sus movimientos se volvieron desordenados y salvajes, llenos de necesidad. Lo único que se oía ahora eran los sonidos de los cuerpos de ambos chocando y las plegarias de Lloyd contra los labios de Wesley, que ya no podía más.

—Lo retiro, lo retiro todo —dijo Wesley entre gemidos.

Y es que su química sexual era asombrosa y estaba a punto de hacerle saltar por los aires.

Lloyd aceleró sus envites, entrando en él con fiereza y separándole las rodillas al máximo para

tener un mejor acceso. Wesley iba a explotar de placer, estaba a punto de correrse.

—Me encanta romper las reglas contigo —dijo justo antes de que Lloyd le cogiera la polla y empezara a bombear.

Wesley se corrió con un largo gemido, su semen salpicando el duro abdomen de Lloyd mientras embestía una última vez y se corría gimiendo su nombre.

Olas de placer mecieron sus cuerpos durante unos minutos más; minutos que Lloyd aprovechó para besar a Wesley como si le fuera la vida en ello.

Wesley, a su vez, le masajeaba la espalda mientras trataba de recobrar el aliento. No quería que Lloyd se retirara, quería seguir pegado a él, con los labios contra su cuello. Pero cuando la polla de Lloyd se deslizó fuera, Wesley cedió con desgana y le dejó marchar. Y, por primera vez, Wesley se alegró de que el baño estuviera justo al lado de su habitación, porque Lloyd salió al pasillo sin que nadie le viera y estuvo de vuelta enseguida con una toalla húmeda con la que le limpió los restos de semen del cuerpo.

Wesley se cubrió la cara con un brazo y murmuró:

—Ya sé que hace un rato te he dicho que iba a tener principios y esperar. —Lloyd interrumpió su frase, levantándole el brazo y besándole en la boca—. Pero ahora que sé cómo es... —continuó Wesley entre besos—, necesito que me folles por siempre jamás.

Se oyeron entonces unos golpes en la puerta seguidos por la voz de su hermano:

—Wes, sé que estás ahí, te oigo. Déjame entrar.

Wesley se quejó.

—No. Vete a casa, por favor.

—Ya no hay autobuses y no quiero que tengas que llevarme.

Cuando Caleb empezó a forcejear con el pomo, Wesley se levantó de la cama, se puso un bóxer y entreabrió la puerta.

—Estoy ocupado.

—Mis cosas están ahí dentro —dijo su hermano metiendo su bota de cowboy por la pequeña rendija y abrió la puerta.

—Te he dicho que estaba ocupado —repitió Wesley, cubriéndose los ojos de la luz que entraba del pasillo.

Caleb se quedó helado ante la visión de Lloyd cubriéndose con una sábana y se cubrió los ojos con las manos.

—Has dicho «ocupado», solo eso; podrías haber sido un poco más explícito. —Y entonces, gritó hacia el pasillo—: ¿MacD?

Se oyó el sonido de pasos acercándose por el pasillo.

—¿Qué pasa ahora, Bombón? —MacDonald miró por encima del hombro de Caleb y dijo, alegre—: ¡Por fin! Aleluya y alabado sea el Señor.

Caleb se quitó las manos de los ojos y la miró.

—Si llego a saber que te emociona tanto la idea, hubiera intentado algo hace tiempo.

Wesley puso los ojos en blanco ante el comentario de su hermano y el gesto fue solo un reflejo leve de la mirada que le dedicó MacDonald.

—No digáis nada, ¿vale? —dijo Wesley prácticamente cerrándoles la puerta en la cara—. O si no, haré que mi novio se ponga en plan capricornio con vosotros.

Caleb soltó una risa.

—Es complicado temer a tu supervisor cuando está ahí desnudo en tu cama. Ah, oye, mira qué buena idea: debería estar desnudo siempre para dejar de parecer tan amenazante.

—Lárgate, Caleb —gritó Lloyd.

MacDonald le agarró por el cuello y se lo llevó con ella. Wesley le guiñó un ojo a su hermano y le dijo:

—Me gusta la idea, veré si puedo conseguirlo.



**Tu aroma es una delicia.**

## Capítulo Veintidós

---

**A** la mañana siguiente, tras darse una ducha, Wesley volvía a su cuarto con toda la intención de ponerse a hacer guarradas con su novio, pero resultó que su novio había desaparecido.

Se quitó la toalla, la tiró al suelo con prisa, se puso unos pantalones y una camiseta limpia y fue a buscar a Lloyd a su habitación. Pero tampoco estaba allí.

Era superpronto, estar despierto a estas horas tras la fiesta de ayer era inhumano, la residencia estaba desierta, así que no debería costarle mucho encontrar a un tío bueno de más de metro ochenta.

Pero nada, no estaba en la cocina y no creía que se hubiera ido a arreglar la cisterna del váter por el puro placer de hacerlo y menos a estas horas. ¿Dónde se habría metido?

Desde el otro lado de la puerta que daba a las escaleras se oyó un amortiguado «idiota». Wesley la abrió y se encontró con Lloyd, ya vestido, de espaldas a él y mirando hacia el tramo de escaleras que llevaba a la cuarta planta.

—Soy consciente de que esto viola la normativa supervisor-residente y de verdad que entiendo que las reglas están ahí para algo, pero creo que esta es una situación excepcional y hay que tenerlo en cuenta. Porque estoy enamorado de él.

Las palabras de Lloyd golpearon el pecho de Wesley, fuerte, robándole el siguiente aliento. Luego respiró hondo, tratando de recuperarse, y lo hizo de forma tan evidente que Lloyd se percató de su presencia y se giró hacia él.

Wesley trató de restarle importancia, de hacer como si no pasara nada, y se acercó a la barandilla de la escalera, apoyándose en ella de forma despreocupada antes de decir:

—¿Qué pasa, que no has encontrado a ningún residente despierto a estas horas y te has venido aquí a hablar sobre reglas con la pobre escalera?

Lloyd se rio sin ganas y se pasó la mano por el pelo.

—No, solo estaba... —Lloyd volvió a reírse antes de agarrar a Wesley, atraerle contra su cuerpo y rozar sus labios en un suave beso—. Te quiero, Wesley Hidaka. Estoy enamorado de ti.

Wesley lo besó y le apretó más contra él, soltando todos sus sentimientos en ese beso, dejándolos salir. Cuando se separaron y sus respiraciones volvieron a la normalidad, Wesley dijo:

—Hacedle caso, escaleras, que lo dice de verdad. —Unió sus manos y entrelazó los dedos de ambos antes de continuar, esta vez dirigiéndose a Lloyd directamente—. Venga, vamos a contárselo a Gavin juntos.

Tras una mirada hacia arriba, hacia la cuarta planta, y un apretón de manos, empezaron a subir las escaleras.

—Por cierto —dijo Wesley—, ¿por qué estabas insultándote a ti mismo?

Lloyd le miró sin entender de qué hablaba.

—Cuando he abierto la puerta te estabas llamando «idiota».

—No, no —contestó Lloyd a la vez que entraban en el pasillo del cuarto piso—. Eso es lo que voy a decirle a Gavin en caso de que decida delatarnos.

—Ah, vale. —Wesley tiró de él, para que se detuviera antes de llamar a la puerta de Gavin y, bajando la voz, le dijo—: Pero que sepas que no tenemos por qué confesar. Puedo guardar el secreto, de verdad. Solo nos quedan tres meses.



—... Y SOLO QUEDAN TRES MESES —LE ESTABA DICIENDO LLOYD A GAVIN QUE, CON UNOS pantalones de pijama de franela y cara de sueño, les miraba a través de su puerta entreabierta—. Después nos iremos de Williamson. Si crees que necesitas poner una queja, hazlo. A ver, no quiero que me despidan, pero... —Miró a Wesley con adoración antes de continuar—: Prefiero eso a tener que ocultar nuestra relación.

Wesley creyó que el corazón le explotaría. Unió sus manos de nuevo.

—A ver si lo he entendido —dijo Gavin con el ceño fruncido, haciendo que ambos, que se estaban mirando el uno al otro embobados, volvieran a enfocarse en él—. ¿Acabáis de empezar a salir?

—¿Necesitas que nos besemos para probártelo? —se ofreció Wesley, ya a medio camino de los labios de Lloyd.

—No. Yo... a lo que me refiero es a que... ¿Acabáis de empezar a salir?

—Y una vez más: eso es lo que te estamos diciendo —dijo Lloyd, dándole un pico a Wesley en los labios.

Wesley notó movimiento tras Gavin y vislumbró la cama deshecha y un brazo desnudo. Se mordió la lengua y volvió a mirar a Gavin.

—¡Pero si creía que llevabais meses saliendo en secreto! —exclamó Gavin, que centró su mirada en Wesley—. Pensé que todo ese rollo de «el sexo entre géminis y capricornio sería horrible» era una forma de negarlo y desviar la atención. —Gavin se cruzó de brazos e hizo una especie de puchero—. No quería que te echaran entonces y tampoco quiero que te echen ahora.

Desapareció un segundo en su cuarto y volvió con la carpeta de piel negra. Sacó una carta y se la tendió a Lloyd.

—Mira, nuestro coordinador me pidió que hiciera un informe y que incluyera una breve anotación sobre cada uno de los supervisores.

Wesley leyó por encima, hasta que vio el nombre de su novio en el folio.

—¡Toma ya! Lloyd, dice que eres útil y servicial.

—No sé si el comentario es para ponerse tan contento, pero bueno —refunfuñó Lloyd, pero parecía aliviado.

—¿Me estás diciendo que podríamos haber estado dándole al tema desde hace una semana? —preguntó Wesley escandalizado—. ¿Eres consciente de la tortura que he tenido que soportar?

—Wes, creo que lo que está diciendo es que podríamos haber estado dándole al tema desde hace dos años y medio —contestó Lloyd.

—Lo que estoy diciendo —intervino Gavin—, es que mis labios están sellados.

—Bien —dijo Lloyd.

—Bien —estuvo de acuerdo Wesley.

—Bien —concluyó Gavin.

La liberación que esto suponía hizo que saltaran chispas entre los cuerpos de ambos y, con esa sensación de alivio, Wesley y Lloyd se dirigieron hacia las escaleras. Casi habían llegado cuando Gavin dijo a sus espaldas:

—Espero que luego me ayudéis a limpiar el sótano. Algún imbécil se empeñó en llenarlo todo de serpentinatas.



UNA VEZ EN SU PLANTA, WESLEY DECIDIÓ QUE CIERTAS TRADICIONES ESTABAN AHÍ PORQUE ERAN necesarias y había que mantenerlas: como tomar café por la mañana. Así que volvió a su cuarto, se puso las zapatillas de deporte, cogió una cazadora y fue en busca de Lloyd, que estaba en el cubículo del infierno arreglando la cisterna. Haciendo tintinear las llaves de Me Gusta Robusta frente a él, le preguntó:

—¿Quieres café?

—Creí que nunca me lo preguntarías —contestó Lloyd que, tras lavarse las manos y hacer una breve parada en su habitación, se reunió con él en la puerta de entrada llevando su cartera colgada al hombro.

—Espero que solo traigas la cartera porque en ella lleves la billetera y creas, erróneamente, que te voy a dejar pagar.

Lloyd alzó una ceja a modo de pregunta.

—Que todos esos datos estadísticos tuyos tan superdivertidos de la muerte se pueden quedar en tu habitación mientras tomamos café.

Lloyd soltó una risotada.

—Anda, vamos.

Enseguida llegaron a Me Gusta Robusta. Quedaban dos horas para que abriera al público así que tenían la cafetería para ellos solos.

Lloyd estaba con él tras la barra, apoyado en ella, su cartera descansando al lado de la caja registradora tras él.

—Todo se ve distinto desde este lado de la barra.

Wesley encendió la cafetera y se acercó a Lloyd mientras esta se calentaba. Se pegó bien a él, colocándose entre sus piernas y le dijo:

—Privilegios de novio.

Lloyd le pasó las manos por el pelo y, sujetándole por la nuca, le dio un beso de esos que quitan el sentido. Wesley se abrazó aún más a él y le robó unos cuantos más.

Cuando se separaron para coger aire, Lloyd apoyó la frente contra la suya y le dijo:

—¿Te he dicho ya lo mucho que me gusta eso de ser tu novio?

Wesley sonrió y se dirigió de nuevo a la cafetera, sintiéndose liviano como nunca antes en su vida.

—¿Notaste movimiento en la cama de Gavin?

—Pues mira, no, no estaba prestando atención a su cama.

—Pues había alguien, yo sí me di cuenta.

—¿Y por qué debería interesarme, si puede saberse?

—Porque estoy noventa y nueve por ciento seguro de que era Suzy. Me pareció ver el tatuaje de la flor.

Eso sí despertó el interés de Lloyd.

—¡No!

—He estado a punto de jugar la carta del *chantaje*, pero me he controlado por lo mal que me salió la otra vez. Creo que estoy madurando.

Lloyd le pasó los brazos por la cintura y le besó el cuello. Estuvieron ahí pegados el uno al otro hasta que la cafetera emitió un sonido, indicando que el primer café del día estaba listo. Solo entonces Wesley se separó para coger un par de tazas de una de las baldas. Lloyd le paró.

—¿Podrías servirme el café aquí? —preguntó, sacando de su cartera la taza de acero inoxidable que Wes le había regalado por Navidad.

Wesley le sirvió su café favorito en su taza especial. Y lo hizo con una sonrisa enorme. Y cuando su novio empezaba a tomárselo se subió a una escalera y cogió la pizarra donde estaba escrito el mensaje de «prohibido hablar de cosas de supervisores en este local». Lo borró y cogió una tiza para escribir otra cosa.

—¿Qué estás poniendo? —le preguntó Lloyd.

Wesley se pasó la lengua por los labios aún temblorosos y se lo enseñó: «Géminis se queda con capricornio».

Lloyd soltó una risilla, parecía encantado.

—¿Ah, sí? ¿Me aceptas con todo, entonces? ¿Reglas, normas y principios?

Wesley dejó caer la tiza y besó a su novio antes de decir:

—Si quieres te lo demuestro ahora mismo.

—Espero que me lo demuestres muchas muchas veces.

Wesley llevó las manos al cinturón de Lloyd y este le paró antes de que se lo desabrochara.

—De verdad vamos a tener que esperar a tener una cama cerca, ¿no? —le preguntó Wesley, riéndose y tirando ya de él hacia la salida.

—En sesenta años me lo agradecerás.



**Te necesito caliente cada mañana.**

## Epílogo

---

—¿Qué tal aquí, al lado de la cama? —sugirió Wesley.  
—¿Y si lo llevamos al desván? —contestó Lloyd.

Wesley le fulminó con la mirada.

—¿En el desván? Ni hablar, al desván no va a ir el pobre.

Lloyd le miró con una pregunta clara en su cara: «¿Qué necesidad tenías de traértelo a casa con nosotros?», parecía estar diciendo.

Así que la respuesta de Wesley fue una sonrisa deslumbrante que venía a contestar: «No he podido evitarlo y como tú me quieres tanto, tienes que aceptarlo».

Pero la sonrisa no pareció convencer a su novio en absoluto.

—No lo quiero en la habitación en la que hacemos guarradas.

—¿Ah, no? ¿A que me planto y no hacemos guarradas nunca más?

Lloyd le miró con asombro.

—No te lo crees ni tú. No creo que aguantaras ni un día.

Pues también era verdad. Mierda.

—¿Por qué tienes que ser tan habilidoso con todos los... apéndices de tu cuerpo? —se quejó Wesley entrecerrando los ojos mientras Lloyd sonreía y le abrazaba. Le estaba costando mantener el ceño fruncido con su novio tan cerca—. ¿Y si se queda en el comedor?

Eso fue recibido con una risa contra su cuello.

—¿Y qué te parece el cuartito de la colada? —ofreció Lloyd.

Wesley gruñó indignado y le dio un mordisquito en el hombro, sobre la camisa.

—En la entrada. Encima del mueble que nos regaló tu madre —dijo Wesley.

—En el cobertizo del jardín que igual nos vale de trastero que como tostador de café —fue la contraoferta de Lloyd.

—Sí, ya, para que sea testigo de lo que hacen Caleb y MacDonald ahí dentro.

Ambos hicieron una mueca de desagrado, recordando ese día del verano pasado. Habían estado celebrando en casa que Caleb había concluido un primer y exitoso año en Treble y Wesley aseguraba que necesitaba terapia por lo que había visto. Nunca volvería a mirar a MacDonald y a su colgante de plata de la misma forma. Nunca.

—Vale —cedió Lloyd, dirigiendo la vista hacia la cama—. Ni yo querría que el tipo presenciara eso.

Wesley se acurrucó contra él, regando su cuello de besos.

—Me muero de hambre, ¿vas a hacer algo de cena, *capri*?

—Vas a clavarlo contra la pared en cuanto salga de la habitación, ¿verdad?

—Puedes quedarte y mirar —sugirió Wesley, frotando su mejilla contra la barba de dos días de Lloyd—. O mejor aún: puedes clavarlo tú mientras yo miro.

Lloyd suspiró, pero sonó más a diversión que a paciencia.

—Tú y lo de mirar.

—Es que me pone mucho, en serio.

—¿Pues qué tal si lo bajamos al sótano y ves cómo lo clavo allí?

Wesley se separó un poco de él antes de decir:

—En el sótano no hay hueco. Llevo todo el día metiendo allí los muebles y el equipo para mi nueva y maravillosa cafetería.

La risa de Lloyd resonó contra el pecho de Wesley.

—«Tu nueva y maravillosa cafetería». Lo dices cada vez que puedes.

Wesley sonrió de oreja a oreja. Gracias a los treinta mil dólares que MacDonald había decidido invertir en él, estaba a meses de abrir su propio negocio.

—Aún no puedo creer que MacDonald haya creído en mí.

—¿Y por qué no? —le preguntó Lloyd entre besos—. Eres una gran inversión. La mejor, me atrevería a decir.

—¿La mejor? —Wesley quería que su novio le regalara unos cuantos cumplidos más.

Y como Lloyd le conocía bien, entrelazó sus dedos y continuó:

—Sí, la mejor, el más coqueto, el más divertido, el más...

—¿Guapo del mundo?

—El más mono. Y el que tiene más creatividad e imaginación.

Wesley se derritió en otro beso.

—Tú tampoco estás mal.

Lloyd se rio.

—Hombre, gracias. Eso ha sonado muy romántico.

—Me refiero a lo de la creatividad. A las cosas que me haces en esta cama —dijo Wesley, frotándose contra él.

—Quieres que te lance sobre ella ahora mismo, ¿no?

—Y que me lo hagas a lo bestia, pero antes quiero... —Wesley señaló la pared sobre la cama—. Que lo claves a él contra la pared.

Lloyd seguía sin ceder.

Lo que significaba que Wesley tendría que poner toda la carne en el asador.

Se desnudó y se acercó al armario, sacando el traje que su madre le había regalado tras la graduación. La única ropa que Lloyd no le había visto puesta jamás.

Zarandeo la percha delante de él.

—Clávalo como tú sabes y me pongo esto.

Lloyd cogió el martillo y un clavo.

Y, mientras clavaba en la pared la lámina en blanco y negro de un Elvis medio desnudo, Wesley se puso el traje. Se miró en el espejo mientras se ponía la corbata, tal y como había hecho cien mil veces en su época en el colegio. Y se veía igual de ridículo.

Cuando Lloyd acabó con Elvis, se giró y paseó su mirada por Wesley.

—Llevaba tiempo queriéndote ver en traje.

Wesley le miró. Y luego al Rey. La lámina parecía tan fuera de lugar en esta habitación... Lloyd le agarró por la corbata azul marino, deslizó los dedos por el nudo y se lo deshizo.

—Estás en plan fetiche total, ¿eh? Quieres tema.

—No —dijo Lloyd con suavidad, respirando sobre los labios de Wesley—. No me gusta. No

eres tú.

Prenda a prenda Lloyd le fue desnudando hasta que lo dejó solo con el bóxer, donde su excitación resultaba más que evidente.

Wesley se abalanzó sobre él y lo empujó contra la pared, justo al lado de Elvis.

—A mí tampoco me gusta —le dijo a Lloyd, quitando el póster con una mano—. Solo quiero a una persona contra esta pared.

Se besaron. Con ganas y en profundidad. Cuando se apartaron, Wesley dijo:

—Me refiero a ti. Tú eres al único al que quiero contra esta pared. Bueno, contra cualquier pared, no sé si sabes a lo que me refiero.

Lloyd se rio.

—Y en cualquier superficie —continuó Wes—. La cama, el suelo con su alfombra mullidita, el sofá... Lo de hacerlo en el césped el día de mi cumpleaños reveló lo creativo y espontáneo que te estás volviendo.

Unas manos llenas de ternura se posaron en sus mejillas y la boca más dulce dejó un beso en su labio inferior.

—Pues tengo otra idea de lo más creativa.

—Ah, ¿sí?

—Deja de reírte, que aún no te he dicho qué es.

—Vale, vale, que hablas en serio —dijo Wesley, sonriendo—. Venga, cuéntame.

—Hagamos realidad una de mis fantasías.

Wesley se tragó la carcajada y, alzando las cejas de forma sugerente, dijo:

—Por supuesto. ¿Qué quieres? ¿Hacemos una escena enfermero-paciente? ¿Un polvo Rizzo-Kenickie? Mira que sigo teniendo esa falda...

Lloyd le abrazó y le susurró al oído.

—¿Y qué tal un polvo como novios que se van a casar? ¿En plan prometidos?

A Wesley se le cortó la respiración y cuando habló le salió la voz nerviosa y casi sin aliento:

—¿Prometidos?

—¿Qué te parece?

—Que podemos empezar ahora mismo.

Lloyd le acarició el labio inferior, acercándose más a él.

—Empezamos cuando quieras, siempre y cuando la cosa termine en la época en la que florecen los campos de lavanda.

—¡Eh! ¡Espera un momento! ¿Terminar? ¿Por qué tiene que terminar?

Ante la risa de Lloyd, Wesley se paró a pensar unos segundos.

—Ah, vale. Quieres decir que termina en ese momento porque entonces nos casamos. Dejamos de estar prometidos porque nos casamos. Serás mi marido. Yo seré...

Lloyd le calló con un beso.

~ FIN ~

DISPONIBLE EN ESPAÑOL

*Nota que estoy aquí*

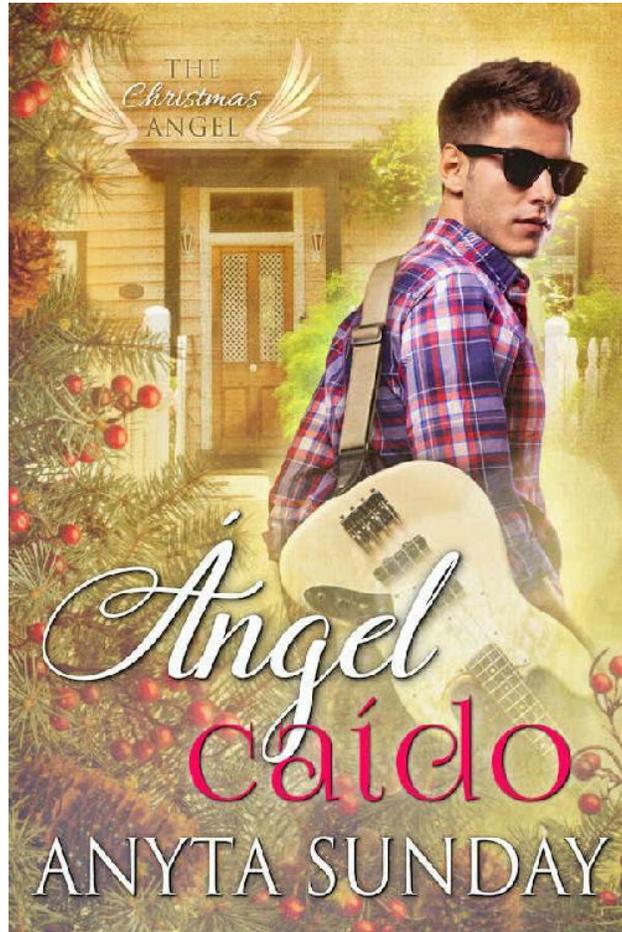


Jacob está en un apuro económico y necesita encontrar compañero de piso de forma urgente ¿y qué mejor manera de conseguirlo que poner anuncios por todo el campus? Pero parece que alguien está haciéndolos desaparecer, lo que lleva a Jacob a escribir al misterioso ladrón de anuncios quien, contra pronóstico, contesta a su nota.

¿Pero quién es este Sr. X con quién ha empezado a intercambiar mensajes?  
¿Y cómo es posible que Jacob se esté enamorando de él?

DISPONIBLE EN ESPAÑOL

*Ángel caído*



Pax Polo es el intrépido guitarrista de Serenity Free.

Mejor dicho: *era* el intrépido guitarrista de Serenity Free.

Ahora tiene un ojo morado y, a solo tres semanas de Navidad, sus colegas le han echado del grupo. Lo que ha supuesto una inesperada patada en su enorme e infladísimo ego. Pero... qué se le iba a hacer.

Sin problema.

Porque, gracias a una conversación que escucha a escondidas, al adorno de un ángel navideño que cae inesperadamente en sus manos y a un soborno con el que podría lograr ser telonero de su banda favorita, Pax conseguirá congraciarse con quienes él cree son sus mejores amigos.

Todo lo que tiene que hacer es entablar amistad con Clifford, el gruñón del vecindario, y distraerle un poco para que su hermana pequeña pueda escabullirse y disfrutar de sus vacaciones de verano. Superfácil. Beethoven para principiantes. La mar de divertido.

Y es que Pax es buenísimo haciendo amigos. Tiene un montón de ellos. Y engatusar a Clifford, la Furia, no debería resultarle para nada complicado. ¿O sí?

## Agradecimientos

---

Como siempre, lo primero que quiero hacer es darle las gracias a mi maravilloso marido por levantarse a las cuatro de la mañana y sacar a pasear a nuestro bebé por Berlín conmigo; esas caminatas de madrugada fueron estupendas para compartir ideas sobre escenas variadas. Tan estupendo como entrar en la pastelería a escribir una vez que la criatura cedía y se dormía.

Otro enorme «gracias» a Teresa Crawford por ayudarme con los fallos de la trama; y por hacerlo estando de vacaciones en Estados Unidos.

Gracias a Devil In The Details por su edición, por trabajar conmigo codo con codo. Y gracias a HJS Editing por su posterior edición del manuscrito. Quedó fenomenal. ¡Tenéis dedos mágicos!

Gracias a Labyrinth Bound Edits por corregir esas expresiones excesivamente británicas que me salen solas. Me queda claro que «*gown*» no significa lo mismo en inglés americano. Ja, ja, ja.

Gracias a Melanie Ting por ser mi lectora de sensibilidad. Agradezco mucho tu ayuda.

Felicidades a Natasha Snow por la portada. En serio, sé que esta vez encontrar al modelo perfecto era difícilísimo... Juntas dimos con lo más parecido a Wesley que pudimos.

Gracias a Maria Gandolfo por los dibujos de Géminis y Capricornio que preceden cada capítulo.

Gracias también a Vicki y a Todd por leer esta historia y darme su opinión. Lo valoro mucho. Y a Sunne, por pillar siempre las inconsistencias en la trama. Y, por último, un agradecimiento especial a Vir, por su apoyo y sus ánimos, y por nuestro amor mutuo por Buffy.

## Sobre la autora

---

### AMOR TAN A FUEGO LENTO QUE TE PARARÁ EL CORAZÓN

Soy una grandísima fan de los romances que se cuecen a fuego lento y es que me encanta leer y escribir sobre personajes que se van enamorando poco a poco.

Algunos de mis temas favoritos son: historias cuyos protagonistas van de amigos —o enemigos— a amantes; chicos despistados que no se enteran de nada y en sus romances todo el mundo es consciente de lo que pasa menos ellos; libros con personajes bisexuales, pansexuales, demisexuales; romances a fuego lento y amores que no conocen fronteras.

Escribo historias de diversa índole, desde romance contemporáneo gay con un tintes tristes, a romances totalmente desenfadados e, incluso, algunos con un toque de fantasía.

Mis libros se han traducido al alemán, italiano, francés, tailandés y español.